

A portrait of a man with dark hair and a beard, wearing a dark suit, white shirt, and dark tie. He is looking directly at the camera with a serious expression. The background is blurred, showing vertical lines and warm lights.

UN
DE **MUNDO**
DIFERENCIAS

UNA NOCHE CON UN DESCONOCIDO QUE AHORA ES MI JEFE

ARIANA V. ANDREWS

UN
DE MÚNDO
DIFERENCIAS

UNA NOCHE CON UN DESCONOCIDO QUE AHORA ES MI JEFE

ARIANA V. ANDREWS

© 2024, Ariana V. Andrews

Título: Un mundo de diferencias

ISBN: 9798338341605

Sello: Independently published

Diseño de cubierta: Anne K. Austen

Maquetación y composición: Anne K. Austen

@annekausten

booksbyannekausten.com

annekausten@gmail.com

<https://www.facebook.com/Anne—K—Austen>

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

CONTENIDO

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

CAPÍTULO 1

Estoy sentada frente a un mojito que ni siquiera quiero, removiendo el hielo con la pajita mientras Virginia y Marta siguen riéndose de no sé qué. No me importa. Toda esta salida de «chicas» fue una mala idea. Si no fuera por la insistencia de mis amigas, estaría en casa, envuelta en una manta y viendo alguna serie cutre para no pensar.

Pero no. Aquí estoy, en un bar demasiado elegante para lo que me apetece, intentando no parecer tan patética como me siento.

—Clau, cariño, ¿por qué no cambias a otra cara que no te haga parecer una monja en penitencia? —Virginia, siempre la más sutil.

—Estoy bien —murmuro, mirando de nuevo mi mojito como si fuera lo más interesante del mundo.

—No, no estás bien —replica Marta, y noto cómo sus ojos me taladran—. Lo único que llevas bien es el rencor. Y eso no te ayudará a superar lo de Álvaro.

Ah, ahí está. La mención prohibida. Mi cuerpo se tensa automáticamente al escuchar su nombre, aunque finjo indiferencia. Sé que mis amigas están intentando ayudar, pero no me apetece hablar de cómo mi prometido decidió, a solo semanas de la boda, liarse con una compañera de trabajo. De mi trabajo. O cómo me dejó plantada con todos los preparativos casi listos, mientras él se revolcaba con esa traidora. No, no quiero hablar de eso.

Lo peor es que no puedo ni emborracharme a gusto sin pensar en cómo ese cabrón me jodió la vida. Pero, hey, al menos tengo a Virginia y Marta recordándomelo cada cinco minutos, como si mi dolor necesitara publicidad.

—Es que no lo entiendo —sigue Marta, porque claro, no puede dejarlo pasar—. ¿Cómo has podido aguantar esa situación? La tipa trabaja en nuestra empresa, ¡con vosotros dos! Yo le habría tirado un cubo de agua en la cabeza en plena reunión.

—No es tan fácil cuando tienes que seguir trabajando en la misma oficina con esos dos idiotas —contesto, apretando los dientes.

—Eso es exactamente lo que quiero decir —Virginia asiente con firmeza—. Necesitas un descanso. Y ya que no puedes huir a una isla desierta, al menos encuentra algo que te despeje. O

alguien.

—No estoy buscando a nadie —respondo, casi indignada. No estoy para rollos. Ni para nada, la verdad.

—Vale, pero nosotras sí buscamos por ti —Marta me da un codazo, sonriendo de oreja a oreja—. Mira quién está en la barra.

Levanto la vista, sin mucho interés, y mis ojos aterrizan en un hombre que parece sacado de una película: alto, traje impecable, cabello oscuro y, por cómo se ve desde aquí, es probable que tenga unos buenos abdominales bajo esa camisa.

Pero lo más sorprendente es que parece completamente fuera de lugar, como si estuviera a punto de presentar un informe financiero en una reunión de alto nivel y no relajándose en un bar. Su cara seria, casi inquebrantable, lo hace aún más intrigante.

Está apoyado, aunque no sentado, en un taburete alto, con una rodilla doblada y la otra pierna estirada, como si estuviera posando sin esfuerzo alguno. Y esa barba tan bien recortada, al estilo *Gladiator*, le da un toque rudo y peligroso que me hace pensar que, aunque esté vestido para los negocios, podría encargarse de cualquier problema sin despeinarse.

—¿Ese? —pregunto, arqueando una ceja—. No sé, parece que está a punto de demandar al camarero por ponerle demasiado hielo en la copa.

—Exacto. Ese tipo de seriedad necesita una buena dosis de diversión —Virginia sonrío con picardía—. Venga, Clau, lo tienes todo hecho. Solo tienes que ir a hablarle. Hazle olvidar por qué vino aquí.

—¿Hablarle? —Me río, aunque el sonido sale más forzado de lo que pretendía—. Ese no parece el tipo de hombre que escucha a desconocidas en un bar. Además, seguro que está esperando a alguien.

—Pues vamos a asegurarnos de que no sea así —replica Marta, dándome un empujón—. Vamos, un clavo saca otro clavo. Y ese clavo parece más efectivo que una semana en un spa.

Intento negarme, pero antes de que me dé cuenta, Virginia ya me está arrastrando hacia él y me doy cuenta de que no tengo escapatoria.

Maldita sea. Estoy de pie justo al lado de este desconocido atractivo que seguro que me ignora o me despacha en dos segundos. Pero justo cuando estoy a punto de decir algo, hago gala de mi torpeza más avergonzante: tropiezo con mi propio pie y, en el proceso, golpeo su vaso, que se tambalea peligrosamente hasta derramar parte del whisky en su mano y, lo peor, en su traje.

—¡Mierda! —exclamo, ya completamente colorada, intentando secar el desastre en su chaqueta con una servilleta. Pero claro, solo consigo empaparlo más—. Lo siento, lo siento mucho.

Él me mira, con esa cara de ¿en serio? Frío como el hielo, como si acabara de evaluar una propuesta de negocios fallida. Sus ojos oscuros me recorren con la misma intensidad que si fuera una hoja de cálculo defectuosa.

—¿Sueles empezar así todas las conversaciones? —pregunta con un marcado acento americano, haciendo una pausa mientras mira su mano mojada y aparta el vaso empapado, como si todo aquello no fuera más que una leve molestia—. ¿O es alguna clase de bienvenida local?

Levanto la mirada hacia él, sorprendida por el tono seco. No puedo evitar sonreír, a pesar de lo torpe que me siento.

Me pongo nerviosa, pero no voy a dejar que se me note. Cojo otra servilleta como si fuera mi escudo y me pongo a secar la barra como una loca, balbuceando—: No... no fue intencionado. Normalmente no voy derramando bebidas sobre extraños... bueno, depende del extraño.

Él me observa en silencio, como si estuviera viendo a un gato intentar cazar su propio rabo. Finalmente, deja el vaso en la barra, enderezándose, y ese traje le queda tan bien que, sinceramente, empiezo a reconsiderar lo de no tirarle encima algo más interesante.

—Quizá deberías volver a tu asiento antes de que decidas incendiar el bar —me sugiere, señalando la mesa donde mis amigas me miran expectante, y su tono gélido, me da ganas de derramarle el próximo trago encima, a propósito, esta vez.

—Ya te dije que lo siento —resoplo, dejando de secar la barra como si estuviera castigada. Me llevo la mano a la frente, sintiendo cómo las mejillas me arden—. Esto no era como me lo había imaginado.

Me vuelve a mirar, esta vez con un destello de curiosidad en los ojos, pero su expresión sigue siendo tan impasible como al principio.

—¿Y qué habías imaginado exactamente? —pregunta, sin emoción, como si estuviera leyendo un informe aburrido.

Le sostengo la mirada, desafiándolo. Ya, ¿qué más da? No tengo nada que perder.

—Bueno, imaginé que me acercaba, decía algo increíblemente ingenioso y tú sonreías —gesticulo con exageración—. Luego, no sé, tal vez me dabas tu número o algo así.

Me observa en silencio durante un par de segundos, evaluándome. Después, levanta su vaso, bebe un sorbo, tomándose todo el tiempo del mundo.

—No soy de los que sonríen con facilidad. Ni de los que dan su número.

—Ah, qué sorpresa —murmuro, cruzándome de brazos con sarcasmo—. Pero si tienes toda la pinta de ser un tío abrumadoramente divertido.

Levanta una ceja, como si estuviera intentando decidir si bromeo o si me he dado un golpe en la cabeza antes de acercarme. Hay un destello de algo en sus ojos, curiosidad tal vez, aunque su expresión sigue siendo de piedra. El hombre podría dar clases de cómo no sonreír ni por accidente.

—¿Divertido? —repito, con ese acento americano que le da un toque todavía más serio, como si la palabra le resultara completamente ajena.

Suelto una risa, sintiendo cómo el alcohol empieza a hacer efecto.

—Bueno, sí, seguro que tienes una agenda llena de actividades emocionantes. Tipo «reorganizar archivos» o «hacer una auditoría espontánea».

Le lanzo una mirada sarcástica, ya sintiéndome más relajada.

Él me observa en silencio, y aunque no dice nada, noto un leve tirón en la esquina de su boca, casi como si estuviera luchando por no sonreír, pero ahí está. ¡Ajá! El tipo sabe hacerlo.

—Interesante teoría —dice finalmente, sin cambiar de expresión—. ¿Así que no era tu intención llamar mi atención de ese modo tan poco... ¿tradicional? Porque intentar ligar conmigo después de ese desastre sería un error.

—Fascinante —le respondo.

—¿El qué? —pregunta, frunciendo levemente el ceño—. ¿Que no me hayas engañado?

—Que conozcas la palabra «ligar» en español. Me parece muy útil, pero no te preocupes —digo, sonriendo con sarcasmo—. Ligar contigo está fuera de mis prioridades ahora mismo.

Veo cómo su expresión cambia ligeramente, con ese acento americano cada vez más pronunciado.

—¿De verdad no vas a intentarlo? —pregunta, y por primera vez, veo una pequeña sonrisa, casi imperceptible, sin embargo, ahí está.

—No soy muy buena en esto —murmuro, sintiéndome un poco tonta—. Pero mis amigas están decididas a que supere a mi ex. Y no me dejarán en paz si no lo intento.

Lo veo mirarme con más atención, como si tratara de descifrar si realmente voy en serio o si todo esto es una broma que le supera.

—Así que lo estás intentando porque te lo han dicho ellas —dice, volviendo a su tono serio, como si estuviera en medio de una negociación. Parece que el humor le dura poco.

—Sí, más o menos —contesto, encogiéndome de hombros—. Aunque no me hace falta mucho convencimiento para darme cuenta de que, a pesar de tu cara de pocos amigos, no eres tan malo.

—¿Ah, no? —arquea la ceja de nuevo, como si le costara creerlo.

—No. Eres peor —respondo, sonriendo ampliamente, jugando su propio juego—. De hecho, me caes fatal. Pero es que tengo un problema con los desafíos.

Él se queda mirándome por un momento, y veo que su expresión se relaja ligeramente. Por fin, algo que no sea esa frialdad constante.

—¿Un desafío? —repite, interesado.

—Sí, tú. No puedes ser tan... aburrido todo el tiempo, ¿verdad? —Lo miro fijamente, como si intentara descifrar qué hay detrás de esa coraza de tipo duro.

Daniel deja su vaso vacío en la barra y cruza los brazos, mirándome con una mezcla de diversión y exasperación.

—Te sorprendería lo bueno que soy siendo aburrido.

—No lo dudo —respondo con rapidez—. Es más, ya casi me lo has demostrado.

Se queda callado, como si estuviera debatiendo algo internamente. Y entonces, finalmente, se inclina un poco hacia mí, acercándose lo justo para que pueda oler su colonia: limpia, intensa y un poco intimidante.

—¿Más que tu ex? —pregunta, su voz baja y grave, cargada de una curiosidad que parece más peligrosa que divertida.

Podría hacerme la interesante, decirle que mi ex fue tan aburrido que por eso lo dejé. Pero la verdad... la verdad es mucho más patética. Trago saliva y decido, por alguna razón que ni yo entiendo, ser honesta.

—Era un imbécil —empiezo, encogiéndome de hombros—, me engañó con otra. Una compañera de trabajo, de hecho.

Él se queda en silencio un momento, su expresión volviendo a ser impenetrable. Pero hay algo en sus ojos, una sombra de comprensión, tal vez.

—Lo siento —dice, su voz más suave de lo que anticipaba. Luego, como si recuperara el control de la situación, se endereza. Sin emoción. Como si fuera parte de su rutina diaria.

Cojo otro taburete y me siento en él, a su lado, sin pensarlo dos veces. Si esto va a convertirse en un desastre, al menos que sea con estilo.

—Ella es realmente bonita, ¿sabes? —le digo de repente, y cuando las palabras salen de mi boca, no puedo detenerme.

—¿Quién? —pregunta él, su tono es tan frío como siempre, apenas curioso.

—La mujer con la que me engañó —respondo, con impaciencia—. Ya sabes, de esas mujeres perfectas, alta, delgada, rubia... todo eso. Seguro que te suena.

—No me suena —contesta él, indiferente, como si estuviera hablando de la previsión del tiempo.

Genial. ¿Por qué no me largo ya? Pero claro, ahora estoy en plena confesión de borracha.

—Noté cómo la miraba siempre —continúo, porque, aparentemente, soy incapaz de callarme—. Pero ¿sabes? Soy del tipo «no celoso». Abierta de mente y todo eso. En plan, no pasa nada porque mi futuro marido babee mirando a otra mujer... yo también aprecio los buenos atributos de otros hombres.

—Ajá —responde Daniel, su expresión más impasible que nunca.

—¡En serio! —digo, levantando un poco la voz—. Yo era de las que pensaba: «bah, es lo normal». Pero... ¡joder! Sabes lo que me cabreó más, ¿no?

—No. No lo sé.

—¡Pues que casi no lo hacíamos! —respondo, lanzando las palabras sin pensar. Él me mira y su paciencia parece empezar a agotarse, pero no puedo parar—. La verdad, no es que el sexo entre nosotros fuera explosivo ni nada. Más bien clásico y rudimentario, ya sabes. Un tipo de sexo que... bueno, es el que se supone que debería ser suficiente y luego me entero de que con ella es... salvaje, increíble, a todas horas... Así que debo ser yo la que no despertaba ese tipo de deseo en él ¿no?

Él frunce el ceño, y no porque le interese lo que digo. Más bien parece estar deseando salir corriendo.

—Otro trago, por favor —le grito al camarero mientras mi pobre acompañante observa la escena con esa expresión de «¿en qué demonios me he metido?». Pero claro, ahora que he empezado, no hay vuelta atrás.

—¿Sabes cómo lo descubrí? —le suelto, inclinándome aún más hacia él, tanto que casi me caigo del taburete alto en el que he decidido acomodarme. Mi voz se quiebra ligeramente, pero

ya no me importa—. ¡El cabrón ni siquiera se molestó en esconderlo bien!

Él me mira, con esa misma expresión de hielo. Estoy segura de que, si pudiera, se esfumaría de aquí en un segundo. Pero sigue ahí, imperturbable, como si yo fuera una presentación de PowerPoint en la que ha perdido interés hace rato.

—Los vi, en la empresa en la que trabajamos —continúo, mientras el camarero me deja otro trago—. Y, luego vi su maldito móvil. Mensajes... fotos... ¡y encima era tan estúpido que me dejó ver todo! Estaban ahí, a plena vista, como si ya ni se molestara en ocultarlo. ¡Qué idiota!

Tomo un sorbo grande del nuevo cóctel, sintiendo cómo el alcohol empieza a hacer su magia, embotando mi cerebro, haciéndome olvidar, aunque solo sea por unos minutos, el dolor de la traición.

—¿Sabes qué decía en los mensajes? —pregunto, con un tono conspirador, inclinándome hacia él como si fuera a contarle el mayor secreto de la historia—. «No puedo esperar para follarte esta noche. Voy a hacerte gritar como nunca. Será increíble».

Ruedo los ojos y doy otro trago, mientras Daniel se cruza de brazos, claramente deseando que esta conversación termine de una vez.

—Increíble —repito, riendo con amargura—. ¿Qué hay de increíble en engañar a la persona con la que has estado durante años? ¿Qué hay de increíble en arruinar todo lo que construiste?

Daniel no dice nada. Ni una palabra. Y, por alguna razón, eso me duele más que si me hubiera cortado en seco. Pero ya estoy demasiado borracha para analizarlo.

—En fin... —digo, levantando el vaso—. Aquí estoy. Claudia Martín, una mujer que se supone que lo tiene todo bajo control, pero que acaba borracha en un bar despotricando sobre su ex con un tipo que probablemente ni siquiera me soporta.

Él suelta un suspiro leve, apenas perceptible, pero lo noto. Está a punto de perder la paciencia. Y no lo culpo.

—Otro trago, por favor —le digo al camarero, pero él levanta una mano, deteniéndome.

—No creo que necesites beber más —dice con tono firme.

Lo miro, frunciendo el ceño.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta que esté borracha? Porque créeme, no soy siempre así. Solo hoy... solo hoy necesito no sentirme como una mierda por todo lo que pasó.

Él me observa en silencio, y finalmente dice, con esa voz controlada:

—No soy quién para decirte cómo sentirte. Pero estar borracha no va a hacer que te sientas mejor. Y, sinceramente... esto no es lo que esperaba.

Su tono, la forma en que lo dice, con una leve frustración me hace centrarme un poco más en él. Él esperaba algo diferente. No sé de qué, pero aquí estoy, arruinándolo.

—No soy una distracción —añade, mirándose con seriedad—. No soy el tipo de hombre que te ayuda a olvidar a alguien más. Así que, si eso es lo que estás buscando, será mejor que te lo pienses dos veces.

Me siento ridícula. Estoy aquí, desahogándome con alguien que ni siquiera conozco, mientras él, frío e imperturbable, pone un límite claro que no me esperaba. Y lo peor es que tiene razón.

Por un segundo, solo quiero desaparecer. ¿Qué estoy haciendo? Es demasiado... controlado, demasiado firme. Y yo estoy aquí, exponiéndome de una forma patética.

—No lo eres —murmuro, bajando la vista a mi vaso medio vacío. El alcohol sigue nublando mis pensamientos, pero lo suficiente como para darme cuenta de lo ridícula que me he vuelto. Esto no soy yo.

—¿Y qué es lo que quieres entonces? —pregunta él, directo, sin rodeos.

Lo miro, y de repente, siento que las palabras no salen. No sé qué decir. Porque ni siquiera yo sé lo que quiero en este momento. Escapar, tal vez. Sentirme viva de nuevo. Sentir algo que no sea esta constante decepción.

—Supongo que no lo sé —admito, casi sin voz.

Él asiente levemente, como si ya lo hubiera intuido. El silencio se instala entre nosotros, tenso y pesado, y entonces Daniel hace un gesto hacia el camarero.

— Te acompañaré a un taxi.

CAPÍTULO 2

Me despierto lentamente, parpadeo, tratando de orientarme en la oscuridad. La luz suave de una lámpara de noche me sirve para darme cuenta de que no estoy en mi habitación. Me doy la vuelta y ahí está.

El tipo del pub.

Está sentado en la cama, apoyado en el cabecero, leyendo un libro. Miro el libro entre sus manos: *El Gran Gatsby*. Un clásico, uno de esos libros que la gente finge haber leído, pero él, con ese aire serio y esa mirada concentrada, parece haberlo tomado como si fuera un manual de vida.

La luz de la lámpara ilumina su perfil con suavidad y la imagen me deja momentáneamente sin palabras.

Está con la camisa entreabierta, descalzo, «¿eran los pies de los hombres tan atractivos?» y parece tan relajado, tan... diferente a la versión controlada de sí mismo que vi antes. Aunque, por supuesto, que hasta cuando está relajado sigue pareciendo un maldito dios griego.

Me muevo un poco y él levanta la vista, sin parecer sorprendido de que esté despierta.

—Te quedaste dormida en el taxi antes incluso de tomar asiento —dice, sin preámbulos, dejando el libro en su regazo—. No sabía a dónde llevarte.

Parpadeo un par de veces, tratando de procesar lo que dice. Genial, Claudia. No solo te emborrachas y haces el ridículo, sino que también te quedas dormida delante del tío que «pretendías» seducir. Un combo ganador.

—Ah, claro. Dormir. Algo muy propio de mí en medio de una conversación emocionante sobre mi ex —murmuro, llevándome la mano a la frente, intentando borrar la vergüenza que me invade—. Muy impresionante todo.

—No te preocupes —dice, con una pequeña sonrisa en la comisura de los labios—. Ha sido... interesante.

—Interesante no es la palabra que yo usaría —respondo, notando el calor subiéndome por las mejillas—. Por no añadir que ha sido una suerte que no seas un asesino en serie.

Me incorporo lentamente, sentándome en la cama. Aún llevo puesto mi vestido, negro corto y

de entallado ganador, aunque no esta noche, y estoy algo despeinada y desorientada.

Mi larga melena oscura cae sobre mis hombros en lo que son ondas no deseadas, o sea, no de esas que ves en otras y envidias, no, estas son como una jauría sin control.

El tipo me mira, su expresión tranquila, casi impasible, como si esta situación no fuera en absoluto incómoda.

—¿Qué hora es? —pregunto, más para evitar el silencio que por curiosidad.

—Cerca de las dos —responde, su voz baja, casi relajante.

Miro alrededor, tratando de encontrar algo que decir para no quedar en ridículo. Pero claro, en mi estilo típico, no puedo evitar soltar lo primero que se me viene a la cabeza.

—Bueno, al menos no me he despertado desnuda. Eso ya habría sido un nivel de drama innecesario —digo, con un toque de sarcasmo.

—No soy de esos —responde él, sin siquiera pestañear.

—Oh, lo sé. Eres demasiado aburrido —añado, riendo un poco, aunque me sorprende la ligereza en mi voz.

Él me mira, su expresión es imperturbable, pero hay algo en sus ojos. Curiosidad, tal vez. O simplemente está esperando a ver qué tontería digo a continuación.

—¿Siempre te defiendes con el sarcasmo? —pregunta, dejando el libro en la mesilla y girándose hacia mí.

Me encojo de hombros, como si la respuesta fuera obvia.

—Funciona la mayor parte del tiempo. Es una forma de desviar la atención de lo patética que soy, ya sabes. Una táctica muy útil cuando te has quedado dormida en la habitación de un hombre que apenas conoces.

Él no dice nada, solo me observa, con esa intensidad que me pone nerviosa. No sé qué es lo que tiene este tipo, pero su presencia me hace sentir expuesta de una manera que no esperaba.

—No creo que seas patética —dice, finalmente, de forma más suave de lo habitual.

Algo en su tono, en la forma en que me mira, me hace sentir más expuesta de lo que me gustaría admitir. Y eso me cabrea. ¿Cómo puede alguien que apenas conozco hacerme sentir así?

—Gracias, supongo —murmuro, sin tener ni idea de qué más decir.

El silencio que sigue es tan denso que podría cortarse con un cuchillo. Puedo sentir cómo el ambiente en la habitación cambia, como si el aire se volviera más espeso, más cargado.

No decimos nada, pero la tensión está ahí, tan clara como la luz de la lámpara que ilumina su perfil. Le echo un vistazo de reojo, notando cómo me observa, pero no es una mirada incómoda. Más bien parece que está esperando, sin meter prisa, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Me muevo un poco, tratando de sacudirme esta sensación extraña. ¿Siempre fue tan atractivo? Sí, sé que sí, pero quizás esa la luz o el hecho de que estoy completamente fuera de mi elemento me hace darme cuenta de lo bien que se ve. Y lo peor es que lo sabe, con esa calma que raya en lo desesperante.

—¿Qué? —pregunta de repente, al notar que lo estoy mirando fijamente.

—Nada —digo con rapidez mientras intento recomponerme—. Solo pensaba que deberías plantearte ser un poco menos... intimidante.

—¿Intimidante? —pregunta, arqueando una ceja, aunque su tono no es de burla. Parece genuinamente interesado.

—Sí, ya sabes. Eres como una pared de hielo. Difícil de leer, difícil de... romper. —Mi voz se apaga poco a poco y el peso de mis propias palabras se asienta en la habitación.

Él se queda en silencio por un momento, y luego se inclina un poco más hacia mí. No mucho, pero lo suficiente para que la tensión entre nosotros aumente.

—A lo mejor es que no quieres romper esa pared —dice en voz baja, sus ojos clavados en los míos.

Mi corazón empieza a latir más rápido. ¿Qué está pasando aquí? La distancia entre nosotros es mínima ahora, y siento que cada movimiento que hago está siendo observado de cerca.

—Tal vez sí lo quiera —respondo, casi sin pensar.

Y entonces, todo cambia. La tensión se vuelve casi insoportable, como si el aire se hubiera cargado de electricidad. Daniel me mira con una intensidad que me atraviesa, y sé que no soy la única que siente este momento. El deseo está justo aquí, flotando entre nosotros, listo para explotar.

Sin pensarlo demasiado, me inclino hacia él, despacio, cerrando la distancia entre nosotros hasta que puedo sentir su respiración contra mi piel. Mis labios están a un suspiro de los suyos, y en este instante, besarle parece lo más necesario del mundo.

No sé quién de los dos cierra la distancia, pero de repente, su boca está sobre la mía. Y no es un beso suave. Es crudo, desesperado, como si llevara tiempo acumulando esta necesidad. Su boca atrapa la mía, y la presión de sus labios me sacude desde dentro. No hay espacio para la

delicadeza, y lo peor es que lo necesito tanto como él.

Su lengua roza la mía con una lentitud que me desquicia, explorando, probando, hasta que se atreve a más. Y cuando por fin nos encontramos de verdad, el beso se vuelve más voraz. Él desliza su lengua por encima de la mía, marcando un ritmo firme, un roce que me hace estremecer. Es un beso que lo devora todo a su paso.

Siento el sabor fresco a pasta de dientes, mezclado con algo que no puedo identificar, pero que me atrae como un imán. Es ardiente, y no puedo evitar responder con la misma urgencia. Mis manos se aferran a su camisa abierta, tirando de él hacia mí, como si no soportara ni un milímetro de distancia entre nosotros. Lo quiero todo, ahora.

De repente, me empuja hacia atrás, sin dejar de besarme, y caigo sobre la cama. El colchón cede bajo mi peso, pero lo único que siento es su cuerpo sobre el mío, presionándome, envolviéndome. Su boca sigue devorando la mía, más desesperada, más hambrienta.

La fricción entre nuestras lenguas es perfecta, húmeda y frenética. Siento su respiración entrecortada contra mis labios, y no hay ni un atisbo de delicadeza en lo que estamos haciendo. Es un beso salvaje, lleno de mordiscos que me arrancan gemidos involuntarios. Sus dientes atrapan mi labio inferior, tirando de él, y la forma en que lo hace me deja pidiendo más, mucho más.

Mis manos se mueven frenéticas por su pecho desnudo, sintiendo sus músculos tensarse bajo mis dedos. Es fuerte, está caliente y lo único que puedo hacer es aferrarme a él.

El olor de su colonia, mezclado con el de su piel, me envuelve por completo. El aroma es embriagador, intenso, masculino. Siento cómo su cuerpo responde al mío, sus dedos aferrándose a mi cadera, presionándome contra él con una fuerza que me deja sin aliento.

Las manos de Daniel no se quedan quietas. Una de ellas baja por mi muslo, lenta, arrastrándose por mi cadera, apretando mi carne como si quisiera dejar huella. El calor de su piel contra la mía me hace arder, y cuando tira de mí hacia él, mis piernas se abren instintivamente, buscando más contacto, más fricción.

—Joder... —jadeo entre besos, mi voz ronca, rota por el deseo.

Sus labios se separan un momento, y por primera vez siento que puedo respirar, pero no por mucho tiempo. Su boca desciende hasta mi cuello, donde me muerde suavemente, tirando de la piel con sus dientes. El gemido que sale de mi garganta no es controlado, es un reflejo puro de lo que me está haciendo sentir.

Me retuerzo bajo él, su peso es abrumador, pero no quiero que se mueva. Lo quiero más cerca,

más fuerte. Su cuerpo presiona el mío, y puedo sentir lo duro que está, la tensión evidente de su erección marcándose contra mi vientre.

Él me mira por un segundo, con esos ojos oscuros que parecen quemar.

—Dime si quieres que pare —susurra, su voz ronca, llena de deseo contenido, pero lo último que quiero en este momento es que se detenga.

—Ni se te ocurra parar —respondo, tirando de él hacia mí, sintiendo cómo mi cuerpo reacciona ante cada movimiento que hace.

Lo siento deslizar su mano bajo mi ropa interior, y cuando sus dedos rozan mi piel, un gemido profundo sale de mi garganta, más alto, más desesperado.

Cuando sus dedos rozan mi clítoris, siento un choque eléctrico que atraviesa mi cuerpo y me hace gemir más fuerte, sin control, sin filtro. Su tacto es firme, decidido, y empieza a moverse en círculos lentos, calculados, como si tuviera un mapa de mi cuerpo marcado con mis zonas erógenas.

—Dios... —jadeo, mordiéndome el labio, mi cuerpo respondiendo a cada movimiento que hace —. Sabes exactamente lo que estás haciendo, ¿verdad?

Él no responde. Sus ojos se oscurecen, su respiración se vuelve más pesada, mientras sus dedos se mueven más rápido, profundizando su control sobre mí. El placer es tan intenso que siento como si me estuviera desmoronando desde dentro. Mi cuerpo se arquea hacia él, mis caderas se mueven por su propia cuenta, al ritmo de sus caricias.

Mi respiración se vuelve más pesada, más errática. Siento cómo sus dedos se mueven con más urgencia, y cuando los desliza dentro de mí, el choque de placer es tan brutal que me hace arquear la espalda.

No hay delicadeza en lo que hace, solo pura necesidad, un deseo salvaje que me consume por completo. Cada empuje, cada movimiento de sus dedos en mi interior me lleva más cerca del borde. Lo siento dentro de mí, profundo, marcando un ritmo que acelera y me lleva al límite.

Sus dedos entran y salen de mí con un ritmo implacable, mientras su pulgar se mueve sobre mi clítoris, dibujando círculos que me encienden aún más.

—Quizás no sea tan aburrido después de todo —murmura él, separándose un poco, sus labios apenas rozando los míos, y puedo ver una leve sonrisa formándose en su boca. Una que jamás hubiera imaginado en su rostro impenetrable.

Me echo a reír suavemente.

—Tendré que replanteármelo —respondo con una sonrisa mordaz, tratando de sonar tranquila, pero sabiendo que el control que pretendo está a punto de desaparecer.

Mis manos bajan rápidamente a su cinturón, desabrochándolo con dedos torpes pero decididos. Joder. Cuando finalmente tengo su sexo entre mis manos, no puedo ocultar mi sorpresa. Es grande, gruesa, y late con una intensidad que casi me deja sin aliento.

—¿Esto es real? —pregunto, con una mezcla de sarcasmo y pura admiración, rodeando su erección con mis manos. Siento cómo se tensa, cómo su respiración se corta un segundo bajo mi toque—. Es como si hubieran hecho un maldito estudio anatómico solo para esculpir esto.

Él deja escapar un gruñido bajo, su boca vuelve a la mía con una intensidad feroz, como si mis palabras hubieran encendido algo aún más salvaje en él. Nuestras lenguas se encuentran en un choque de necesidad, de hambre, una mezcla desesperada de dientes y saliva que solo aumenta la fricción entre nosotros.

Lo siento duro, palpitando contra mi mano, y todo lo que puedo pensar es en cómo se va a sentir dentro de mí, en lo cerca que estamos de perder el control por completo. Mis manos empiezan a moverse, acariciándolo con firmeza, arrancándole más gruñidos que solo me encienden más. La anticipación es casi insoportable y mi cuerpo entero está ardiendo de deseo.

De repente, él se detiene y se separa de mí con dificultad, como si estuviera librando una batalla interna. Me mira con el pecho subiendo y bajando, y puedo ver el deseo ardiendo en sus ojos.

—No tengo preservativos —murmura, su voz llena de frustración.

—¿Qué? ¿Qué clase de hombre bebe solo en un bar y no lleva precaución? —murmuro, con una sonrisa sarcástica mientras me recuesto un poco más en la cama—. No pareces alguien que deje nada al azar.

Él me mira, sus ojos brillando con un toque de diversión, pero también algo más oscuro, más contenido.

—Quizás no esperaba necesitarlo —responde con su voz ronca y su acento sexy.

Se inclina sobre mí de nuevo, su peso presionando mi cuerpo contra el colchón y siento su erección rozando mi muslo.

—No lo planeaba —murmura contra mi oído, su voz grave y cargada de deseo—. Pero no voy a detenerlo.

Me río suavemente, porque claro, ¿cómo no los llevaría yo cuando mis amigas se querían asegurar de que hoy fuera «mi noche»?

—Yo tengo —le digo y señalo con la cabeza hacia mi bolso, tirado al lado de la cama.

Veó cómo su expresión cambia ligeramente. Sé lo que está pensando y es verdad. Yo sí venía preparada para esto con cualquiera, pero se levanta de la cama con rapidez, y yo me apoyo sobre los codos para mirarlo.

Su miembro duro por completo, golpea su vientre mientras camina hacia mi bolso, me deja momentáneamente sin palabras. Es tan grande y grueso..., las venas marcadas y visibles, la cabeza roja e hinchada. No puedo apartar la vista. Lo veo de pie, con la camisa y los pantalones desabrochados, buscando los preservativos en mi bolso, y es como si esa imagen se grabara en mi mente para siempre.

Me pasa por la cabeza una breve idea. ¿Esto me está pasando a mí? Porque estas cosas no me ocurren nunca. Los dioses griegos parecen diseñados para otras siempre, no para mí.

Encuentra el preservativo y lo observo mientras lo saca del envoltorio, sus dedos ágiles y seguros. Lo desliza por su erección con facilidad, pero es como si el tiempo se ralentizara para mí.

Mis ojos siguen cada movimiento, cada detalle. El látex ajustándose a su piel, la forma en que su miembro late ligeramente bajo la presión. Es la imagen más sensual que he visto en mi vida.

Todo en él es increíblemente erótico, y por primera vez en mucho tiempo, me siento perdida en el deseo.

—¿Qué pasa? —pregunta él, su voz calmada, pero sus ojos me dicen que está tan impaciente como yo.

—Nada... —respondo, mordiéndome el labio—. Es solo que... bueno, eres todo un espectáculo, ya sabes.

Él sonríe, esa sonrisa ladeada que apenas había mostrado antes, pero que me vuelve loca. Se acerca a la cama, y yo no puedo esperar más.

Se tumba sobre mí con esa mezcla de control y urgencia que solo él parece dominar. Su peso se presiona contra el mío, su piel caliente contra la mía, y cuando sus caderas se alinean con las mías, me arqueo instintivamente, desesperada por más contacto. Siento su erección rozando mi entrada mientras, con un movimiento rápido y decidido, aparta mis bragas a un lado sin molestarse en quitármelas.

Lo siento entrar en mí de golpe, fuerte, intenso, profundo, y no puedo evitar gritar, un sonido gutural, incontrolable. La fricción es exquisita, su erección se desliza dentro de mí, cada centímetro llenándome, empujándome hacia el límite con una fuerza que me hace ver estrellas.

No hay nada suave en lo que estamos haciendo; es pura necesidad, cruda y desbordante.

El peso de su cuerpo, aún vestido, contra el mío, solo aumenta la sensación de urgencia. Su camisa abierta roza mi piel desnuda, el contraste entre el calor de su cuerpo y la frialdad del tejido me hace temblar. Mis manos se aferran a sus hombros, mis uñas se hunden en su carne, buscando algo a lo que anclarme mientras todo mi cuerpo reacciona a él.

Mis piernas se envuelven instintivamente alrededor de su cintura, tirando de él más cerca, como si la única forma de contener el placer fuera tenerlo lo más profundo posible.

Su miembro se desliza con una fricción perfecta, rozando cada punto sensible dentro de mí, haciéndome arquear la espalda contra el colchón. La forma en que se mueve es rítmica, frenética, como si no hubiera otra manera de expresar lo que sentimos. Cada embestida es más rápida, más fuerte, empujándome cada vez más cerca del borde.

Siento la tela de mi vestido arrugarse más bajo sus manos, pero ninguno de los dos se detiene para desvestirnos por completo. Es todo tan apresurado, tan urgente, como si quitarnos la ropa hubiera sido un lujo que no nos podíamos permitir.

—Dios... —susurro, mi voz temblorosa, rota por el deseo.

Su mirada está clavada en la mía, sus ojos oscuros arden con el mismo fuego que consume mi cuerpo. Cada vez que se mueve dentro de mí, lo hace con tanta fuerza que nos empuja hacia el cabecero de la cama.

Sus embestidas se vuelven más rápidas, más desesperadas. El sonido húmedo de mi sexo cuando entra en mí llena la habitación junto con nuestras respiraciones entrecortadas. Mis gemidos convierten en súplicas, casi en lloros ahogados que escapan de mis labios sin control.

—No pares... —le susurro, mi voz apenas audible entre los jadeos—. No te detengas...

Y no lo hace. Cada movimiento es más duro, más profundo, llevándome justo al borde, hasta que ya no puedo más.

El clímax me golpea de repente, brutal, como una ola que arrasa con todo. Mi cuerpo se arquea, sacudido por espasmos que no puedo controlar, y mis uñas se hunden en su piel mientras un grito escapa de mi garganta, desgarrador, cargado de todo el placer acumulado. Es tan intenso que me deja sin aire, la mente en blanco, y lo único que existe es su cuerpo moviéndose dentro de mí, empujándome más allá de cualquier límite.

El placer es tan violento que me deja exhausta, sin fuerzas para nada más que sentirlo, una y otra vez, pero él no se detiene. Sigue embistiéndome, incluso cuando me siente desmoronarme y otro orgasmo me atrapa con una fuerza devastadora, arrancándome un gemido que parece un

lloriqueo. Estoy a su merced, temblando y deshecha, atrapada en una espiral que no tiene fin.

Finalmente, él se entierra hasta el fondo y se detiene, soltando un gruñido ronco contra mi cuello. Siento cómo su cuerpo se tensa y luego se sacude mientras se corre dentro de mí, cada espasmo transmitiéndose a través de nuestras pieles pegajosas de sudor. Su respiración golpea mi cuello, caliente y agitada, mientras el placer lo atraviesa.

El silencio que queda es denso, cargado con todo lo que acaba de pasar. Mi respiración se va calmando poco a poco, acompasándose con la suya, todavía desordenada. Siento su peso sobre mí, su cuerpo relajado, como si ninguno de los dos quisiera romper este momento. Luego, con un movimiento lento, se aparta y se desploma a mi lado, los dos enredados en las sábanas.

No decimos ni una palabra. Los dos estamos ahí, agotados, satisfechos, y muy conscientes de que lo que acabamos de vivir ha sido un polvo épico, de esos que te dejan sin palabras y con la sensación de que todo lo demás se queda corto.

Cierro los ojos, con una sonrisa tonta asomando en mis labios. Sí, definitivamente es uno de esos.

CAPÍTULO 3

Me despierto con una calma extraña, el tipo de serenidad que solo viene cuando has hecho algo que probablemente no deberías haber hecho. El sol entra suavemente por las cortinas y, por un momento, no me doy cuenta de dónde estoy. Pero cuando me giro y lo veo, todo vuelve a mi mente.

Él está ahí, dormido a mi lado. Sin camisa, La colcha del hotel cubre su cuerpo hasta la cintura, pero puedo ver su bóxer. Es negro, de marca, y dejan claro que este hombre sabe de lujo, y asoma mientras marca sus músculos abdominales, de esos que solo se ven en las revistas o en las portadas de los libros románticos.

Parece otra persona cuando duerme. Ya no tiene esa fachada fría y controlada. Su respiración es profunda, su pecho sube y baja con un ritmo constante, y su rostro... No puedo evitarlo, lo observo por un momento más.

Sus facciones rozan la perfección, como si alguien hubiera diseñado cada ángulo de su mandíbula con una precisión imposible. La sombra de su barba, recortada con cuidado, y ese cabello oscuro ahora desordenado... Es tan jodidamente guapo que me cuesta no tocarlo. No parece real.

Entonces, siento una vibración en mi bolso. Es mi móvil. Lo saco con cuidado y veo el mensaje de Sofía, mi hermana.

Sofía: *¿Dónde estás? Es domingo, ¿recuerdas?*

Claro. Todos los domingos hacemos lo mismo. Desayunamos juntas en el café de la esquina de la casa de nuestros padres, donde ella aún vive. Es un ritual que tenemos desde hace años, uno que no he querido romper ni siquiera cuando estaba en lo peor de mi relación con Álvaro.

Pero hoy... hoy casi lo olvido.

La noche de ayer me tiene más afectada de lo que pensaba.

No quiero despertarlo, así que, con cuidado, me deslizo fuera de la cama y me muevo lo más suavemente posible para no despertarlo. Mis tacones están tirados en el suelo, y mi bolso sigue a un lado de la mesilla. Empiezo a recoger mis cosas con el sigilo de una ladrona, esperando que no abra los ojos antes de que me largue.

Cuando lo tengo todo en la mano, algo me detiene. Miro la habitación alrededor y me doy cuenta de que, aunque esto fue espontáneo, estoy en una situación... incómoda.

Marcharme así, a hurtadillas, no parece lo más ético. Pero ¿qué voy a hacer? ¿Despertarle solo para soltarle un «fue un placer, que tengas un buen día»?

Además, no puedo dejar a mi hermana esperando mientras me quedo aquí jugando a ser educada. Así que, mejor me largo ahora y lo dejo como lo que es: una locura de una noche, sin más complicaciones. Así que, nada, chico guapo, tendrás que sobrevivir sin mi despedida digna. Nos vemos... o no.

Saco mi cartera del bolso y miro el billete de 50 euros. No sé si cubrirá la mitad exacta de los gastos de la habitación, espero que sí. Gastos compartidos, sí, me digo a mí misma. Un simple detalle. Sin ataduras, sin favores pendientes. Lo justo. Lo dejo con cuidado sobre la mesilla, al lado de la lámpara.

Cierro la puerta con cuidado detrás de mí, el eco de mis pasos descalzos resonando en el pasillo mientras me alejo, zapatos en mano. No miro atrás.

Ha sido, con mucho, el mejor polvo de mi vida. Incluso dentro de su urgencia y frenesí, cada embestida, cada beso desesperado, estuvo cargado de una intensidad que jamás había experimentado. El modo en que se movía dentro de mí, la manera en que nuestras pieles se encontraron en ese vaivén frenético... es algo que sé que nunca olvidaré.

Sin embargo, no tengo tiempo para hombres misteriosos y noches desenfundadas. Es un alivio pensar que nunca más volveré a ver a este hombre.

Una vez fuera, me apoyo contra la pared y marco el número de Sofía. Mientras suena el tono, respiro hondo, intentando centrarme en lo que es real, en lo que realmente importa.

Aunque, por un segundo, mientras espero que Sofía conteste, no puedo evitar sonreír recordándolo todo. Solo un segundo, antes de sacudirme la sensación y concentrarme en lo que viene.

—Voy para allí —le digo cuando responde.

Al llegar a la cafetería Gijón, el familiar olor a café recién hecho me envuelve, pero la expresión de Sofía es lo que realmente capta mi atención. Me mira como si acabara de ver a un alienígena aterrizar en plena Gran Vía. Y entonces lo noto. Mi vestidito negro, ajustado y corto, brilla como un cartel de neón en este ambiente matutino de croissants y prensa. Me pregunto si no debería

haberme mirado al menos en el espejo antes de salir corriendo.

—Madre mía, Claudia. —Sofía arquea una ceja, la que siempre usa cuando está entre divertida y escandalizada—. ¿Vienes de rodar un videoclip o es que ya no te avisan cuando se acaban las fiestas?

Me dejo caer en la silla frente a ella, soltando el bolso como si pesara una tonelada. Sus ojos recorren mi cara y sé con exactitud lo que está viendo: restos de maquillaje corrido, posiblemente una raya negra de rímel al estilo panda, y un peinado que grita «acabo de follar». Claro, eso explica la mirada que me lanzó el taxista cuando subí al coche.

—Algo así —respondo, jugando con la cucharilla del café que ya me ha servido el camarero. Intento sonar despreocupada, pero la imagen de ese hombre, dormido y perfecto, no se va de mi cabeza—. Digamos que he tenido una noche... interesante.

Sofía se inclina hacia delante con una sonrisa pícaro en los labios. Siempre ha sido más curiosa que un periodista en un escándalo de corrupción, lo que, siendo periodista, encaja perfectamente.

—¿Interesante tipo «me he comprado un vibrador nuevo» o interesante tipo «he probado una postura que no sale ni en el Kama Sutra»? —pregunta, aguantando la risa.

—Más bien tipo «conocí a un tío, acabamos en la cama, y no sé ni cómo se llama» —digo, con un encogimiento de hombros.

Sofía se echa a reír, pero no es una risa de burla, sino de pura diversión.

—¿Cómo que no sabes su nombre? ¡Claudia, por favor! Al menos dime que te acuerdas de cómo era.

—Oh, de eso no te preocupes —digo, llevándome la taza de café a los labios para esconder una sonrisa—. No lo voy a olvidar en la vida. Era alto, guapo como para hacerle un altar y con ese rollo trajeado, pero con un cuerpo que grita «no soy solo un ejecutivo». Y ese acento... americano, probablemente millonario. No sé qué estaba haciendo en Madrid, pero lo que sí sé es que tenía un arma bajo los pantalones que debería venir con un manual de instrucciones y advertencias de seguridad.

Sofía me mira, sus ojos brillando de diversión.

—¿En serio? —pregunta, mordiéndose el labio como si estuviera imaginando la escena—. Pero ¿de qué tipo de arma estamos hablando aquí? ¿Tipo «pistola estándar» o «bazuca militar»?

—Más bien bazuca, de esas que te dejan temblando las piernas —le contesto, sin poder evitar la carcajada—. Te juro, Sofía, que por un momento pensé que iba a tener que salir de allí yo en silla

de ruedas.

Ella se ríe tan fuerte que casi tira el café. Me alegra verla así, riendo de verdad. Su silla de ruedas es algo que nunca ha permitido que la defina, pero sé que a veces pesa más de lo que deja ver. Me mira de nuevo, esta vez con esa chispa en los ojos que siempre tiene cuando está a punto de soltar una de las suyas.

—Claudia, ¿me estás diciendo que te has tirado a un dios del sexo y ni siquiera sabes cómo se llama? ¿Qué pasa si tenía un nombre horrible? Como... Eustaquio o Aniceto.

—Pues ni idea. Pero, sinceramente, con esas manos podría haberse llamado Patricio Estrella y me habría dado igual —digo, riendo otra vez—. Así no puedo llamarle ni acosarle en redes. Nada. Solo me queda el recuerdo... y alguna que otra agujeta.

Sofía se ríe, pero luego su tono se suaviza un poco.

—Y, por curiosidad, ¿dónde ocurrió toda esta magia? Porque, con lo que me estás contando, no me lo imagino en un Motel de carretera.

—En el Ritz —respondo con total naturalidad, como si fuera algo que hago todos los días.

Sofía parpadea, sorprendida, y me mira con una sonrisa burlona.

—¿El Ritz?! —exclama—. Claro, y luego os tomasteis unas copas en el Palace y cerrasteis la noche en una villa en Ibiza, ¿no?

—Te lo juro. El tío era de esos que solo se alojan en hoteles de lujo. La habitación... Sofía, era más grande que mi piso, y con unas vistas que podrían hacer llorar a cualquiera.

Ella suelta una carcajada.

—Pero por lo que cuentas, no te quedaste mirando por la ventana precisamente...

—No, la ventana no fue lo que más llamó mi atención... —respondo con una sonrisa traviesa—. Digamos que tuve mejores paisajes a los que prestar atención.

Sofía se ríe, pero luego su tono se suaviza un poco.

—¿Y estás bien con eso? Porque, ya sabes, no es muy de tu estilo.

Me encojo de hombros, mirando la taza de café como si me ofreciera respuestas.

—No lo sé, Sofía. Ha sido liberador, pero también me siento un poco... vacía. Como si hubiera cruzado una línea que nunca me atreví a cruzar. Aunque, al mismo tiempo, no puedo negar que lo necesitaba.

Ella asiente, y su expresión se vuelve más seria por un momento.

—A veces necesitamos hacer cosas que no tienen sentido solo para recordarnos que estamos vivas —dice, con una sabiduría que siempre me impresiona.

Aunque es más joven que yo, sus vivencias le han dado una madurez que a veces me descoloca. ¿Será eso lo que ella siente? Me pregunto en cuántos momentos se ha visto forzada a ser más fuerte de lo que debería. Levanto la mirada y sonrío, agradecida por la forma en que siempre consigue ver las cosas desde una perspectiva que yo no alcanzo.

—Exacto. Sin embargo, por ahora, necesito un desayuno que me devuelva la dignidad, porque creo que anoche la dejé en esa habitación de hotel.

Sofía suelta una última carcajada y llama al camarero.

—Eso tiene solución. Tráenos un par de tostadas con todo lo que tengas y un zumo de naranja bien grande para cada una. Mi hermana necesita recuperar fuerzas después de... su noche interesante.

El camarero asiente y se marcha con una sonrisa, mientras nosotras nos quedamos ahí, compartiendo una de esas miradas que solo las hermanas pueden entender.

Observo alrededor, disfrutando del ambiente acogedor de Café Gijón, un lugar emblemático de Madrid que siempre nos ha encantado. Sentada aquí, con mi hermana, me doy cuenta de lo afortunada que soy de tenerla a mi lado, siempre lista para animarme, reírse conmigo y recordarme quién soy.

—Y oye, si alguna vez te encuentras de nuevo con tu dios del sexo anónimo, por favor, al menos consígueme una exclusiva para mi revista digital. *Encuentros fortuitos en hoteles de lujo: cuando la química es lo único que importa* podría ser nuestro próximo éxito viral.

Justo cuando estoy a punto de responder, mi móvil empieza a vibrar en la mesa. Lo miro y veo que son mensajes de Virginia y Marta.

Sofía se fija en la pantalla y me lanza una mirada intrigada.

—¿Será él? —pregunta con una sonrisa juguetona.

—No, qué va —respondo, aguantando la risa—. Son Virginia y Marta, que están muriéndose de ganas de saber cómo me fue anoche.

Sofía ríe y me da un codazo suave.

—Pues respóndeles, adelante, que no sea yo la única que se muere de envidia.

Miro los mensajes que siguen llegando, y aunque la tentación de contarles es fuerte, apago el móvil y lo aparto.

—No, luego les contaré —digo, sonriendo mientras dejo el teléfono a un lado—. Ahora estoy contigo.

Sofía me mira con una expresión cálida, y sé que entiende perfectamente lo que quiero decir. Para mí, ella siempre es lo más importante. No importa lo emocionante o caótica que sea mi vida, estar con Sofía, compartir este rato juntas, siempre será lo que más valore.

—Eres un encanto —murmura ella, con una sonrisa de complicidad—. Pero conociéndolas, no te creas que te vas a escapar de explicarles cada detalle.

—Lo sé, lo sé —le respondo, con una risita—. Pero por ahora, prefiero disfrutar de este desayuno y de tu compañía. Todo lo demás puede esperar.

Nos quedamos en silencio por un momento, solo disfrutando del ambiente del café y de la compañía mutua. Porque en este rincón de Madrid, en este lugar que ha visto tantas historias, la nuestra sigue siendo la más importante.

CAPÍTULO 4

Estoy sentada frente a mi mesa de despacho, la pantalla del ordenador ilumina el espacio abierto en el que trabajo mientras reviso los números que parecen no tener fin.

Trabajo en el departamento financiero de una empresa en pleno centro de Madrid, una empresa que ha sido mi segundo hogar durante los últimos cinco años. Es irónico cómo, después de todo lo que ha pasado, este lugar sigue siendo el único donde siento que controlo algo. Aquí, entre balances, informes financieros y previsiones de mercado, tengo el poder de hacer que todo cuadre, de encontrar soluciones donde otros solo ven problemas. Este es mi reino.

La empresa ubicada en varias plantas de un edificio de oficinas es grande, llena de cubículos grises y mesas abarrotadas de papeles. No es el lugar más glamuroso, pero es eficiente, como la empresa en sí.

Es una multinacional estadounidense ubicada en España que se dedica a la consultoría y tecnología, y mi trabajo es asegurarme de que los números siempre cuadren. Aunque últimamente, con los rumores de que la empresa no está en su mejor momento, mi carga de trabajo se ha triplicado.

La situación económica es delicada, y todos lo sentimos. Hay reuniones interminables sobre recortes y sobre cómo mantener la rentabilidad. Y todo el mundo está tenso esperando el próximo paso de los directivos.

Recibo un mensaje en el móvil.

Marta: *«Reunión en 10 minutos, el nuevo jefe se presenta. ¿Vamos?»*.

Suspiro y me pongo en pie, estirando los músculos tensos. Los demás ya llevan toda la mañana cotilleando sobre el nuevo jefe. Supuestamente, es un experto en reestructuración empresarial, traído desde Nueva York para salvarnos del hundimiento. Aunque, claro, la palabra «reestructuración» siempre provoca miedo entre los empleados. Y no es para menos: cuando alguien como él entra en una empresa, las cabezas suelen rodar.

Reúno mis cosas y camino hacia la sala de reuniones, mientras a mi alrededor los rumores vuelan como avispa. Las voces de mis compañeros son como un murmullo constante.

—Dicen que este tipo es un experto en recortes —escucho decir a Samir, del departamento de

ventas, mientras camina a mi lado—. Tendrá una entrevista personal con cada uno y, si decide que no eres lo suficientemente eficiente para la empresa, estás fuera. Así de frío. Va a hacer un saneamiento completo.

—Vaya manera de dar los buenos días —respondo, medio en broma, aunque por dentro noto un pequeño nudo de preocupación.

—Ya, pero es la verdad. No está aquí para hacer amigos. Viene a limpiar lo que no sirve.

Marta nos alcanza y baja la voz como si fuera a revelar el mayor secreto del mundo.

—No solo es un experto en reestructuración —dice, con los ojos abiertos de par en par—. Es que también es el propietario de la multinacional. Su familia es dueña de todo. Millonarios de esos de otro nivel, ¿sabes? Este hombre no tiene obligación de estar aquí, lo hace porque le encanta despedir a gente o algo así.

Me detengo un momento, procesando lo que acaba de decir Marta. ¿Qué tipo de persona disfruta reestructurando empresas cuando podría estar viviendo la buena vida en una isla privada?

—Es un tiburón —comenta Alejandro, otro compañero desde su cubículo—. Es conocido por ser despiadado. Si no das la talla, adiós.

Genial, justo lo que necesitamos. Un millonario sin escrúpulos con el poder de decidir quién se queda y quién se va. La empresa ya estaba en una situación complicada, pero esto... Esto huele a desastre.

—Pues más vale que todo el mundo ponga al día sus tareas —añado con sarcasmo—. Parece que tenemos la guillotina sobre nuestras cabezas.

Nos acercamos a la sala de reuniones y de repente lo veo. Álvaro. Está a pocos pasos de mí, con esa maldita sonrisa pegada a la cara que, en otro momento, me habría parecido encantadora. Ahora solo puedo pensar en lo falso que es todo en él. Esa sonrisa de chico perfecto, la misma que me vendió durante dos años, ahora solo me produce rechazo.

Giro la cabeza, evitando mirarlo directamente. Me ahorro las ganas de vomitar y me concentro en no apretar los puños. Mantente fría, Claudia, me digo. Pero claro, él no puede solo quedarse en su lugar y seguir siendo el desgraciado que es. No. Tiene que acercarse a nosotros.

—Buenos días —dice con esa voz que antes creía cálida y ahora suena a puro veneno.

Lo ignoro. Siento su presencia a mi lado y me revuelvo por dentro. Siempre estábamos juntos en la oficina, Virginia, Marta, Alejandro, Samir y él. Éramos el grupo inseparable, el quinteto perfecto... hasta que lo vi en esa sala de conferencias dándole a la lengua con su «colega» de marketing. Qué cosas, ¿no?

Me parece tan patético que ahora intente seguir como si nada hubiera cambiado. Como si no hubiera destrozado lo que teníamos. Y lo peor de todo es que lo hace con esa naturalidad repugnante, como si su traición fuera solo un pequeño malentendido que deberíamos superar con un café y unas risas.

—Hoy nos van a presentar al nuevo jefe, ¿eh? —suelta, como si le importara algo más que su propia agenda—. Hay rumores de que va a ser duro.

—Sí, duro... como la cabeza de algunos —mascullo sin mirarlo.

Siento su mirada clavada en mí, incómoda, esperando algún tipo de reacción más abierta, pero no voy a darle ese placer. La verdad es que su mera presencia es algo que me irrita, pero a lo que tengo que acostumbrarme como sea.

Respira, Claudia. Respira.

Virginia, Marta y el resto ya están entrando al lugar de la reunión, este es el grande, el que parece una sala de cine para que entremos todos, y él, por supuesto, decide seguir pegado a nosotros como si fuera parte del grupo, cuando lo único que quiero es verlo desaparecer por la puerta trasera.

—¿Qué, no vas a decir nada, Clau? —insiste, su tono condescendiente.

Lo miro, finalmente, forzando una sonrisa que sé que le incomoda más que cualquier palabra.

—No, Álvaro, es que estoy intentando mantener la comida en el estómago. Ya sabes... las mañanas se me hacen pesadas.

Su sonrisa se tambalea, pero antes de que pueda responder, me adelanto hacia la sala de reuniones, ignorándolo por completo.

Artificial y rastrero. Eso es todo lo que queda de lo que alguna vez pensé que era un compañero, un amigo, alguien con quien podría haber compartido una vida. Ahora solo es un molesto eco de un error que no pienso repetir. Qué triste, ¿no? Y pensar que lo peor no fue descubrirlo con esa traidora. No, lo peor fue que ni siquiera tuvo la decencia de fingir bien. Hasta su excusa fue patética.

Artificial y rastrero. Eso es todo lo que queda de lo que alguna vez pensé que era un compañero, un amigo, alguien con quien podría haber compartido una vida. Qué triste, ¿no? Y pensar que lo peor no fue descubrirlo con esa traidora. No, lo peor fue que ni siquiera tuvo la decencia de fingir bien. Hasta su excusa fue patética.

Que había sentido vértigo ante la idea de casarse, que el compromiso lo había asfixiado, que de repente todo le pareció demasiado. ¡Claro que sí! Un pobre hombre atrapado por sus propios miedos, tan superado por la situación que la única solución que vio fue tirarse a otra. Porque claro, ¿cómo enfrentarte a tus sentimientos cuando puedes simplemente follarte a tu compañera de trabajo? ¡Qué manera tan madura de manejarlo!

—Me agobié, Clau —dijo, como si eso lo explicara todo. Como si su miedo justificara meses de engaño y traición. ¿Vértigo? Yo también tuve vértigo. ¿Y sabes qué? No me revolqué con nadie para aliviarlo. Me quedé allí, preparándolo todo, fingiendo que no pasaba nada, mientras él se dedicaba a resolver sus inseguridades a lo grande.

Y luego, para rematar, me soltó que se sentía desplazado, que tenía la sensación de estar siempre en segundo lugar porque, según él, para mí, mi familia siempre era lo primero. Como si eso fuera un defecto. ¿Perdón? Claro que mi familia es importante. Sofía siempre ha sido mi prioridad, y eso no va a cambiar. Pero decir que por eso él se sentía marginado es solo una forma más de justificar su cobardía. Como si su traición se debiera a algo tan simple como sentirse en segundo plano.

Sí, vértigo. Qué manera más elegante de decir «me fui a lo fácil y jodí todo».

Y ahí está ella, Beatriz. La joya de la corona. Lo sé, ya me lo ha dicho mil veces todo el mundo: «ella no era la que estaba comprometida», «ella no tenía ninguna obligación conmigo», bla, bla, bla... ¡Mimimimimi! Pero, joder, hay algo que se llama ética y moral, ¿no? Esas pequeñas cosas que algunos de nosotros, los seres humanos decentes, seguimos para no joderle la vida a los demás.

No te metas en una relación con alguien que se va a casar. Punto. Ten valores. No tienes que ser la Madre Teresa, pero al menos no te acuestes con el tipo que está a dos meses de decir «sí, quiero» a otra persona. No hace falta tener un máster en filosofía para entender eso.

Claro que no me debes nada, pero al menos podrías tener un poco de decencia.

Claro, decencia. Qué palabra tan anticuada, ¿verdad? Porque para ella fue solo un juego, algo divertido. El chico comprometido que decidió tener una aventura con la «chica mala» del trabajo. Qué original. La típica historia de película cutre que, al final, deja una pila de cadáveres emocionales por el camino.

Y ahí está ella, sentada, como si nada. Pero no fue un accidente, no tropezaron y cayeron uno sobre el otro. Sabían exactamente que me hacían daño y les importó una mierda. Me pregunto qué pasa por la cabeza de alguien así. ¿Qué clase de lógica le permite justificarse?

—No la mires, no merece la pena, Clau. Tú ya has pasado página, y con un tío de esos que... ¿cómo era? ¿Un dios griego? —me suelta Virginia, sonriendo con esa chispa traviesa en los ojos.

Lo dice bien alto, claro, lo suficiente para que Álvaro lo oiga desde donde está, sentado delante. El tipo se tensa, pero no se gira. Mejor. Que lo digiera despacito.

No puedo evitar sonreír. Virginia siempre sabe cómo aliviar la tensión. Además, es que lo clava.

—Por cierto —continúa sin bajar el tono, sabiendo perfectamente el impacto que tiene—, ¿cómo fue? ¿Pudiste caminar al día siguiente? Porque... bueno, tenía toda la pinta de ser de los que calzan números altos.

Me guiña el ojo con descaro.

—Números altos es quedarse corta, pero lo que me dejó sin poder caminar fue el agotamiento —murmuro, sin ocultar la sonrisa que se me escapa.

La carcajada que suelta ella resuena por toda la sala, y estoy segura de que Álvaro lo ha oído todo. Perfecto. Que se ahogue en su propio orgullo mientras yo sigo adelante, tan tranquila.

—¿Conseguiste su número? —me pregunta Virginia esta vez en voz más baja, acercándose a mi lado con una sonrisa pícaro. Esta conversación ya no es para los oídos de todos.

Niego con la cabeza, suspirando un poco, aunque sigo sonriendo.

—No, eso fue cosa de una sola vez, Vir —digo, casi en un susurro, como si al decirlo en voz alta se hiciera más real—. Ahora mismo no quiero enredarme en nada. —Cruzo los brazos, mirando al suelo por un segundo, antes de volver a encontrarme con sus ojos curiosos—. Y bueno... es difícil creer que un hombre como ese querría algo más conmigo.

Virginia me mira con incredulidad. Sus ojos brillan con una mezcla de asombro y ligera irritación, como si no pudiera entender que yo, de todas las personas, diga algo así.

—¿Perdona? —me dice, levantando una ceja—. ¿Cómo que «un hombre como ese»? Si él no quiere más, es porque no sabe lo que se está perdiendo.

Suelto una pequeña risa, apreciando el voto de confianza de Virginia, pero por dentro, la realidad pesa. No es cuestión de inseguridad, sino de simple lógica. Él era algo fuera de lo común, algo inesperado, algo pasajero... y eso está bien. Y como que no me apetece hacerme ilusiones y que me rompan el corazón de nuevo.

—Lo digo en serio, Vir. —Vuelvo a suspirar, más tranquila—. Él es... ya sabes, de esos que aparecen y desaparecen. Y yo, sinceramente, no estoy para complicaciones.

Virginia me observa durante un segundo más, como si quisiera sacarme más información, pero finalmente asiente, aunque no muy convencida.

—Bueno, si tú lo dices... —murmura, pero su tono indica que no está del todo de acuerdo.

Y justo en ese instante, la puerta de la sala de reuniones se abre y el sonido de unos pasos firmes resuena en la sala. Levanto la vista, y ahí está.

Es él.

El hombre con el que tuve el mejor polvo de mi vida. El hombre que, hasta hace un segundo, creía que no volvería a ver jamás.

Mi «desliz» de una noche.

El nuevo jefe.

Camina hacia la mesa principal en la parte delantera como si el mundo entero le perteneciera. Su traje impecable, su rostro impenetrable, esos malditos ojos oscuros que anoche me devoraron sin piedad.

Mi cerebro tarda unos segundos en reaccionar. El mundo se me tambalea. ¿Qué coño está pasando?

Virginia me mira, claramente esperando que siga hablando, pero mis palabras se atascan en mi garganta. La sangre se me hiela.

Los ojos del «jefe» recorren la habitación, y en el instante en que se cruzan con los míos, noto un destello de reconocimiento. Una chispa en su mirada que es imposible ignorar. Por la forma en que su expresión cambia ligeramente, me doy cuenta de que sabe quién soy.

Mierda.

—Buenos días. Mi nombre es Daniel Blake —comienza con ese acento puro estadounidense que resuena en cada sílaba, tan firme y marcado que parece cortar el aire.

Ese acento... El mismo que me susurraba al oído: «No pienses, solo siente» mientras me dejaba sin aliento. El mismo que ahora suena con una frialdad profesional perfectamente controlada.

Virginia me da un codazo en las costillas, pero no puedo moverme. Estoy congelada en mi lugar, la realidad me golpea como un tren.

Virginia lo sabe. Claro que lo sabe. Estaba allí, en el pub, fue ella quien me empujó hacia él.

Joder. Ahora ese clavo está aquí, de pie, en la sala de reuniones y es mi maldito jefe.

—Clau..., ¿me estás diciendo que...él es...? —murmura en un susurro casi histérico.

—Sí. Él es —susurro de vuelta, sin apartar la vista de Daniel, que sigue hablando frente a toda la sala con absoluta normalidad.

Virginia se lleva una mano a la boca, luchando por contener una risa nerviosa, y me mira con los ojos muy abiertos, esa mirada que me dice «esto no puede estar pasando».

—¡No me jodas! —exclama en voz baja, aunque su tono está lleno de pura incredulidad y diversión.

—Vir, por favor, cállate —le digo entre dientes, intentando mantener la compostura. Pero ella no puede contenerse.

—Es que... él es el jefe... ¡Y os acostasteis! —murmura, tratando de sofocar una carcajada, su mirada pasando rápidamente de mí a Daniel y de vuelta.

—Sí, ya lo he pillado, gracias —respondo, sintiendo el calor subir por mi cuello. Si fuera por Virginia, estaría gritando «¡follaste con el nuevo jefe!» para que todo el mundo lo oyera.

—Clau, esto es increíble. —Me da otro codazo, como si no pudiera contener la emoción de la situación—. ¡El jefe! ¡Madre mía, no me lo puedo creer!

Sigo sin moverme, mis ojos fijos en Daniel, mientras continúa hablando. No hay manera de que él no se haya dado cuenta de la bomba que acaba de explotar entre nosotras. Lo miro de reojo, su presencia imponente, su porte frío y controlado, como si lo que pasó entre nosotros no fuera más que un capítulo cerrado, pero aquí estoy yo, con el corazón en un puño, esperando a ver cómo demonios se desarrollará todo esto.

—Estoy aquí para encargarme de la reestructuración de la compañía —sigue, con ese tono impasible que me hace recordar que ahora no es el tipo que me besaba como si le fuera la vida en ello, sino el tipo que tiene el poder de despedir a medio mundo—. Mi trabajo será identificar las áreas que necesitan ser mejoradas y tomar las medidas necesarias para asegurar el éxito de esta empresa.

Su mirada pasa brevemente por la sala, deteniéndose por un segundo más de lo normal en mí. Mis mejillas arden, pero me niego a apartar la vista. Si él va a fingir que no pasó nada, yo también puedo hacerlo.

—Viene a reestructurar la empresa... —murmura Virginia junto a mí, su tono divertido y lleno de doble sentido—. Aunque creo que ya lo ha hecho contigo.

—Como parte del proceso de reestructuración —continúa Daniel—, voy a tener reuniones individuales con cada departamento para evaluar la situación. Mi objetivo es optimizar los recursos y asegurar que todos los empleados sean lo suficientemente eficientes para garantizar la viabilidad de la empresa.

Siento una oleada de pánico mezclada con incredulidad. ¿Reuniones individuales? ¿Con él? ¿Cómo demonios voy a sentarme frente a Daniel Blake, el tipo con el que acabo de tener el mejor sexo de mi vida y hablar de balances financieros sin morir de vergüenza?

—¿Reuniones individuales? —susurra Virginia, inclinándose hacia mí—. Vaya, parece que tendrás una segunda cita, Clau. Aunque, ya sabes, algo más formal... esta vez con ropa.

Cierro los ojos por un segundo, intentando no perder la compostura completamente. Me concentro en la voz de Daniel, que sigue hablando sin ser consciente del terremoto emocional que ha causado.

—Las entrevistas comenzarán esta misma mañana —añade—, y quiero asegurarme de que todos comprendan la importancia de este proceso. Habrá decisiones difíciles que tomar, pero se hará con el objetivo de mejorar la estructura interna de la compañía.

Marta, sentada al otro lado de mí, parece finalmente captar lo que está ocurriendo. Sus ojos se abren como platos cuando conecta los puntos. Me lanza una mirada mezcla de shock y diversión.

—¡No! —susurra, demasiado fuerte, llevándose una mano a la boca para disimular la risa.

Daniel sigue hablando, ajeno a la tormenta que se desata en mi pequeño grupo de cotilleo.

—Tendré un equipo que me apoyará en esta reestructuración —explica—. Y estoy completamente disponible para responder cualquier duda.

Yo no tengo ninguna duda, aunque eso de que esté por completo disponible me hace querer tener muchas. No, no, no, Claudia. Lo importante es cómo voy a sobrevivir a esta situación sin que nadie se dé cuenta de lo que ocurrió.

Y justo en ese momento, me mira otra vez.

Un segundo demasiado largo.

Un segundo que lo dice todo.

Justo en ese momento, siento otro par de ojos clavados en mí. Álvaro se vuelve con lentitud desde su asiento, mirándome con esa maldita expresión que tan bien conozco, una mezcla de curiosidad y sospecha. Sus cejas se alzan levemente, como si estuviera intentando descifrar algo. Sabe que algo pasa. Y, si algo caracteriza a Álvaro, es su habilidad para olfatear el drama a

kilómetros.

—¿Todo bien, Clau? —No es una pregunta inocente. Está evaluando, queriendo saber qué demonios pasa, por qué estoy tan tensa, y lo peor de todo, sospecha.

Me niego a mirarlo demasiado tiempo, pero sé que no se va a rendir. Álvaro siempre ha sido así. Le gusta tener el control de las situaciones, y ver que no está en el centro de mi atención lo desquicia.

—Todo bien, Álvaro —respondo con la voz lo más neutra posible.

Él sigue mirándome, como si estuviera intentando descifrar un rompecabezas, y entonces, se inclina un poco hacia mí, su tono cambia un poco, se vuelve más suave, más íntimo.

—Oye, Clau... —murmura—. Sabes que podemos hablar de lo que sea. Si hay algo que te preocupa... bueno, ya sabes que estoy aquí.

Ahí está. El verdadero Álvaro. El hombre que nunca me ha dejado ir del todo. No importa lo que haya hecho, en su mente, aún cree que puede recuperar lo que teníamos.

CAPÍTULO 5

Me llaman al despacho de Daniel Blake.

No soy la primera, lo cual es un alivio enorme. Ver a los demás salir antes que yo me da una falsa sensación de normalidad, como si esto fuera solo una reunión más.

Me convengo de que esto no tiene por qué ser incómodo. No tiene sentido hacer un drama por algo tan trivial. Fue increíble, sí. Pero una noche es solo una noche.

Somos adultos, ¿no? Podemos manejarlo. Dos personas que se dejaron llevar por el momento, sin más. Entraré, intercambiaremos unas palabras profesionales, y saldré de allí como si nada. Fácil.

Me detengo frente a la puerta de su despacho, el nudo en mi estómago apretándose un poco más, pero mantengo la compostura. Justo cuando estoy a punto de tocar, la puerta se abre de golpe y alguien sale con cara de puro terror.

—Este tío da miedo, Claudia, te lo juro —dice Samir, con los ojos bien abiertos como si acabara de salir de una cámara de tortura—. Creo que me he meado en los pantalones.

Lo miro incrédula, levantando una ceja.

—¿En serio? ¿Qué te ha dicho? —le pregunto, aunque no sé si quiero saber la respuesta.

—Nada en particular... pero te mira como si fuera a devorarte vivo. Frío, calculador, sin una gota de humanidad. —Samir se inclina hacia mí, como si estuviera compartiendo un secreto de Estado—. Ni una sonrisa, ni un maldito gesto. Creo que es un robot equipado con inteligencia emocional altamente avanzada.

—Vamos, no será para tanto —intento bromear, aunque mi voz suena más tensa de lo que me gustaría.

—Ya lo verás —me dice, con una sonrisa tensa antes de alejarse rápidamente—. Buena suerte, vas a necesitarla.

Genial.

Justo cuando estoy armándome de valor para tocar la puerta, aparece un hombre que no conozco. Es alto, de porte elegante, y lleva un traje impecable que se ajusta a su cuerpo como un

guante. El tipo me mira brevemente, con unos ojos tan oscuros y penetrantes como los de Daniel, pero su expresión es más relajada, casi amigable, aunque mantiene un aire de profesionalismo inquebrantable.

Su barba, recortada al milímetro, enmarca un rostro de facciones marcadas y severas, pero hay algo en su manera de sonreír, en ese gesto breve y formal, que lo diferencia de la frialdad de Daniel. A primera vista, parece hecho del mismo molde: seguridad, eficiencia, control absoluto. Pero hay algo más, una chispa de calidez detrás de esa fachada que me hace dudar si está cortado exactamente por el mismo patrón.

—Claudia Martín, ¿verdad? —dice con acento americano, que hace juego perfecto con su aspecto—. Soy Jake. Ahora asistente de Daniel Blake.

—¿Ahora? —le pregunto, arqueando una ceja. El detalle me resulta raro, como si estuviera haciendo hincapié en algo que no debería.

Jake sonríe, y su mirada se ilumina con un destello de diversión, como si mi pregunta le hubiera hecho gracia.

—Sí, ahora —responde, como si la cosa no fuera con él—. Daniel necesitaba a alguien de confianza, y aquí estoy, pero digamos que me gusta variar de vez en cuando, mantener las cosas interesantes.

Me quedo mirándolo, tratando de averiguar si está siendo sincero o si todo esto es parte de alguna broma interna que solo él entiende. Hay algo en su actitud que me hace sentir que, aunque se toma el trabajo en serio, no se toma a sí mismo demasiado en serio, y eso lo hace aún más intrigante. Parece estar disfrutando de la situación, como si cada interacción fuera una oportunidad para entretenerse un poco a costa de los demás.

—Daniel está terminando una llamada, pero enseguida estará contigo —me informa, con un gesto para que espere un momento—. Puedes sentarte aquí mientras tanto.

Asiento y me hundo en una de las sillas. Siento cómo mis dedos se mueven inquietos sobre el bolso que tengo en mi regazo, pero me obligo a respirar profundo. Mientras espero, intento no dejar que los nervios me dominen, aunque mi mente insiste en repasar cada momento de aquella noche.

Jake se ha sentado en una de las mesas de despacho frente a mí, en una postura completamente relajada, casi como si estuviera en su casa. Está recostado en la silla, con una pierna cruzada sobre la otra, y observa la escena con esa misma sonrisa irónica que parece no abandonarle nunca. Sus ojos no se despegan de mí, como si estuviera entretenido viendo cómo me retuerzo

por dentro.

Hace girar un bolígrafo entre los dedos, como si estuviera matando el tiempo, pero siento que no se le escapa ni un detalle. Es evidente que disfruta del espectáculo, o al menos de la tensión que se respira en la habitación.

Después de unos minutos que se me hacen eternos, la puerta finalmente se abre, y todo el aire parece salir de la habitación en un instante.

—Adelante. —La voz de Daniel es firme y profesional.

Me levanto y entro finalmente al despacho. El lugar solía ser de Ramírez, el antiguo jefe de operaciones, pero todo ha cambiado. Minimalista, frío, sin rastro de lo que alguna vez fue. En su lugar, hay una mesa moderna de cristal y metal, sin más adornos que unos pocos documentos. Las paredes, que antes estaban llenas de fotos y diplomas, ahora solo tienen un cuadro abstracto. Ahora es un espacio diseñado para ser eficiente, sin distracciones, muy al estilo de Daniel.

Él está apoyado contra su escritorio, en camisa con las mangas arremangadas hasta los codos, irradiando esa aura de control absoluto. Sus ojos me siguen mientras me acerco, observando cada uno de mis movimientos con esa intensidad que lo caracteriza. Tomo aire y decido que lo mejor es ser profesional.

—Hola, soy Claudia Martín, la jefa del departamento financiero.

Daniel levanta una ceja, y un destello de ironía aparece en sus ojos, esos mismos que me recorrieron sin piedad aquella noche.

—¿Se supone que debemos presentarnos, Claudia? —responde, enfatizando mi nombre con un toque de sarcasmo que no pasa desapercibido.

Por supuesto, tiene que ser así de insidioso. Porque claro, después de lo que ocurrió, fingir que somos dos desconocidos es una obra maestra del absurdo. Pero en lugar de dejarme llevar por mi frustración, simplemente sonrío, con una calma que esconde la ironía de la situación.

Perfecto. Un día más en el maravilloso mundo de Claudia Martín, donde lo personal y lo profesional se mezclan con más gracia que un cóctel mal preparado.

Daniel se endereza y da un paso hacia el escritorio, tomando un par de papeles que están ahí, como si necesitara un momento para recomponerse. Luego, sin apartar la vista de mí, señala la silla frente a su escritorio.

—Siéntate —dice con firmeza, aunque su mirada sigue fija en la mía—. Tengo algunas preguntas sobre tu departamento.

Claro, preguntas. Esto es profesional. Solo profesional.

—Por supuesto, —respondo, tratando de mantener mi voz firme y una sonrisa que espero no parezca tan falsa como me siento por dentro—. Estoy aquí para eso.

Finalmente, mientras me siento, Daniel deja los papeles a un lado y se apoya de nuevo en el escritorio, esta vez directamente frente a mí. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, ese segundo de reconocimiento es inevitable. Un segundo que ambos evitamos comentar, pero que se siente como un recordatorio silencioso de lo que compartimos y de lo que ahora estamos intentando ignorar.

—Bien. Hablemos de números, entonces.

Genial. Somos profesionales a tope.

—Verás, me pregunto cuánto valor le das realmente a las cosas —me suelta, con un tono que parece casual, pero sé que hay algo más detrás.

Abro mucho los ojos, perpleja, sin entender del todo a dónde quiere llegar.

—No estoy segura de qué quieres decir.

—Ah, bueno —responde él, inclinándose ligeramente hacia mí, sus ojos fijos en los míos, sin perder esa expresión impenetrable—. Seré más claro. ¿Pagar por sexo con 50 euros es para ti una cantidad generosa o creías que lo que obtuviste no merecía más?

Me quedo paralizada. ¿De verdad me está lanzando esto en la cara? Mi boca se abre para responder, pero lo único que logro hacer es tragar saliva, tratando de mantener la calma mientras su mirada me atraviesa como si fuera un maldito rayo láser.

—No lo tomes a mal —añade, con esa maldita ironía en su tono—. Es solo que nunca pensé que mi... rendimiento tuviera un precio tan claro.

Sus palabras están cargadas de resentimiento, y lo sé. Está enfadado. Muy enfadado. No sé si es por la forma en que dejé la habitación esa mañana o porque mi gesto lo hizo sentir usado, pero esto es personal, no es una simple reunión de trabajo. Nunca imaginé que dejar ese billete podría ser malinterpretado de esa manera, pero ahora, mirándolo, veo que esto lo ha herido de una forma que no esperaba.

Me cruzo de brazos, inclinándome un poco hacia atrás en la silla, mirándolo con una mezcla de incredulidad y diversión.

—¿En serio? —levanto una ceja, intentando controlar la sonrisa sarcástica que amenaza con salir—. ¿Estás enfadado porque te dejé cincuenta euros? Vamos, no te lo tomes tan a pecho. Era

para la habitación, no para ti. Ya sabes, para compartir los gastos.

Sus ojos se entrecierran, y puedo ver cómo su mandíbula se tensa aún más. Es increíble cómo alguien puede parecer tan controlado y, a la vez, tan claramente molesto.

—¿Gastos compartidos? —repite, su voz cargada de sarcasmo—. Vaya, qué detallista de tu parte, aunque hubiera preferido un adiós.

Ahí está. El orgullo herido.

—No... No pensé que necesitaríamos... formalidades. No me digas que esperabas una despedida emotiva y un desayuno en la cama. Parecías más... ya sabes, frío y calculador.

Veo cómo su expresión cambia por una fracción de segundo, algo en sus ojos se oscurece, y sé que he tocado un nervio.

—No me interesa el desayuno —dice, conteniendo su frustración con esfuerzo—. Pero te aseguro que no soy el tipo de hombre que aprecia ser tratado como un servicio de una sola noche.

—Ya te he dicho que no era un pago por el sexo —insisto, ahora un poco más seria—. Era para compartir los gastos de la habitación.

Daniel me mira en silencio durante unos segundos, la mandíbula apretada, y cruza los brazos sobre el pecho, haciendo que su camisa se tense sobre sus músculos.

—Interesante —dice con voz baja—. Porque la noche en ese hotel cuesta unos quinientos euros. Es el tipo de sitio en el que cincuenta euros apenas cubre una botella de agua del minibar.

Lo dice con tal precisión que sé que está buscando desarmarme, esperando a que me retuerza bajo su mirada.

—Qui-nien-tos —repito, tratando de mantener la compostura mientras arrastro las sílabas—. ¡Vaya! Ahora entiendo por qué te enfadaste. —Me inclino un poco hacia delante, esforzándome por no reírme en su cara—. Aunque, debo decirte que me parece un auténtico despilfarro. Si me gasto quinientos euros por noche, al menos, me aseguro de que el minibar sea gratis. ¿Tienes Bizum?

Veo cómo su mandíbula se tensa aún más, pero mantiene el control. Está esperando a ver hasta dónde pienso llevar esto.

—¿Bizum? —repite lentamente, con irritación clara.

Me encojo de hombros, sacando el móvil de mi chaqueta con total naturalidad, como si esto fuera una transacción de lo más común.

—Claro, ya que estamos con el tema de los gastos —digo, desbloqueando la pantalla—, podemos ajustar cuentas ahora mismo. Te paso mi parte y listo, todo en paz. Aunque me parece que para la próxima vez deberías elegir un hotel más... razonable. ¿De acuerdo?

Él me mira, cruzando los brazos, su postura rígida como si estuviera tratando de mantener el control de la situación, pero noto una leve contracción en la comisura de su boca. ¿Una sonrisa reprimida? No lo sé, pero no voy a parar.

—No hace falta —dice finalmente, su tono frío y controlado—. Ya que insistes tanto en aclarar los términos de esta transacción, consideremos que el asunto está saldado. Pero no volverá a ocurrir. —Su mirada se endurece—. Ni el hotel, ni nada más.

—Perfecto —respondo, inclinándome hacia atrás con una sonrisa sarcástica—. Ya me imaginaba que no tendrías Bizum, de todas formas. Y que conste que no me refería a una próxima vez conmigo.

—Ah, ¿no? —pregunta, su tono tan frío como siempre, pero hay algo más en su mirada, algo que delata el ligero toque de incomodidad. No le gusta perder el control, eso es evidente.

—No, no conmigo. —Cruzo las piernas con calma, como si esta conversación fuera lo más normal del mundo—. Quería aclarar eso antes de que te hagas una idea equivocada. No habrá próxima vez... ni contigo, ni en un hotel tan ridículamente caro. Al menos no de mi parte. —La ironía en mi voz es casi palpable.

Me observa como si intentara leer lo que realmente estoy pensando. La tensión en la sala se vuelve más densa, y puedo sentir cómo su paciencia se va desgastando poco a poco.

—No te preocupes, Claudia —dice finalmente, su tono lleno de control, pero sus ojos siguen siendo un espejo de todo lo que no está diciendo—. Yo tampoco tenía intención de repetir nada.

Me río suavemente, sin apartar la vista de él.

—Vaya, menos mal. —Levanto las manos con una sonrisa burlona—. Estábamos tan sincronizados que es casi un milagro que no acabemos haciéndolo otra vez por error.

La comisura de su boca se contrae de nuevo, pero se mantiene firme en su postura.

—Me alegra que tengamos todo claro. —Su voz es dura, final—. De ahora en adelante, todo será estrictamente profesional. Nada más.

—Por supuesto, señor Blake, —respondo, inclinándome ligeramente hacia él, burlona, como si estuviera haciendo una reverencia exagerada—. Solo trabajo.

Nos quedamos en silencio un segundo más, y aunque sus palabras han sido firmes, sé que

ninguno de los dos ha olvidado lo que pasó. Pero en este momento, eso ya no importa.

Daniel toma los papeles que tenía sobre la mesa, echando un vistazo rápido antes de levantar la vista hacia mí.

—He revisado tu historial y los informes que has presentado —dice, su tono ahora completamente neutral—. Tu eficiencia y el trabajo que has estado realizando en el departamento financiero me han sorprendido gratamente.

No esperaba ese giro. Lo miro, intentando descifrar si esto es un cumplido real o simplemente una estrategia para desviar la tensión. Su rostro está completamente serio.

—Vaya, no sé si sentirme halagada o desconfiar y pensar que esto viene con trampa —respondo, sin poder evitar el toque de sarcasmo en mi tono.

Él no sonrío, ni siquiera un atisbo de diversión.

—Lo digo en serio. He notado que tienes una capacidad sobresaliente para manejar situaciones complejas y optimizar recursos. Y para la reestructuración que estamos llevando a cabo, necesitare a alguien como tú en el equipo que estoy formando.

Me quedo en silencio por un momento. ¿Está diciendo lo que creo que está diciendo?

—¿Quieres que forme parte de tu equipo? —pregunto, sin poder evitar que mi incredulidad se cuele en la voz.

Él asiente lentamente.

—Exactamente. Voy a necesitar tu experiencia y tu habilidad para ver el panorama completo. Y, sobre todo, tu capacidad para manejar la presión. Esto no va a ser fácil, y los cambios serán profundos, pero creo que puedes hacer una diferencia en este proceso.

Nuestras miradas se cruzan y puedo entender que esto va más allá de lo personal. Es sobre la empresa, sobre lo que ambos podemos lograr si trabajamos juntos.

—De acuerdo, señor Blake —respondo finalmente, asintiendo—. Acepto.

Daniel asiente con una pequeña sonrisa que apenas se nota, pero está ahí, aunque su mirada sigue siendo intensa y controlada.

—Llámame Daniel, no hace falta que seas tan formal... Después de todo —hace una pausa, y su sonrisa se ensancha apenas un poco, cargada de una ironía que no puedo ignorar—, ya hemos compartido más que una simple conversación.

Siento el calor subir a mis mejillas. No lo esperaba, y lo sabe. Se mantiene sereno, observando

mi reacción como si quisiera recordarme que, por mucho que intentemos ignorarlo, esa noche está tan presente como el trabajo que tenemos por delante.

—Nos aseguraremos de tener la primera reunión del equipo pronto. Hay mucho trabajo por hacer y la reestructuración no va a ser fácil. —Su tono vuelve a ser profesional.

—Bien, Daniel —digo, probando su nombre en este nuevo contexto—. Entonces, hablemos de lo que realmente vamos a hacer. Si estás aquí, significa que no solo hablamos de recortar gastos superficiales.

Su expresión se endurece un poco, confirmando lo que ya sospechaba.

—Exacto —responde, su tono volviéndose más firme—. Hay departamentos que necesitan una reestructuración profunda, y sí, eso incluye reducir personal. No podemos seguir operando con la estructura actual sin poner en riesgo la empresa.

El peso de sus palabras cae sobre mí como una losa. Ya lo sabía, pero escucharlo en voz alta, dicho con tanta frialdad, me hace darme cuenta de la magnitud de lo que se avecina.

—Sé que no es lo que quieres oír, Claudia —continúa, leyendo la expresión en mi rostro—, pero no tenemos otra opción. Mi trabajo es asegurarme de que esta empresa siga adelante, y eso significa tomar decisiones difíciles. Necesito a alguien en mi equipo que pueda lidiar con eso, que sea capaz de ver el panorama general y actuar en consecuencia, sin dejarse llevar por sentimentalismos.

Me quedo en silencio por un momento, procesando lo que ha dicho. Lo miro directamente a los ojos, tratando de encontrar algún rastro de duda o de humanidad, pero todo lo que veo es determinación.

—Entiendo lo que estás diciendo —respondo finalmente, con un tono más serio—. Pero si quieres que forme parte de este equipo, necesito saber que haremos todo lo posible por proteger a la gente que ha trabajado aquí durante años. No estoy diciendo que no se tomen decisiones difíciles, pero quiero estar segura de que no vamos a sacrificar a nadie sin antes considerar todas las opciones.

Daniel me observa durante unos segundos, evaluando la seriedad de mis palabras.

—Esto no es solo un ajuste financiero; es una limpieza profunda. Vamos a hacer lo que sea necesario para que esta empresa vuelva a ser competitiva. Esto va a ser duro, y no todos saldrán contentos de esta oficina. Necesito que estés preparada para eso.

—De acuerdo —respondo con firmeza—. Estoy contigo en esto. Pero me aseguraré de que las decisiones que tomemos

Nos quedamos en silencio por un momento, observándonos, midiendo la determinación del otro. Y entonces, sin querer, mis ojos se desvían un segundo por debajo de su cintura.

Joder, Claudia, ¿en serio? Me maldigo internamente mientras mis ojos se detienen un instante más de lo necesario en la cremallera de sus pantalones.

Levanto la vista rápidamente, encontrándome con su mirada fija en mí. No sé si se ha dado cuenta, pero hay un leve temblor en la comisura de sus labios.

—Bueno, al menos parece que estás equipado para lo que viene —suelto, casi sin pensar—. Mierda, no, me refería a que... ¿el plan está bien armado? ¿Estamos listos? —Intento corregir, pero las palabras salen atropelladas y torpes, como si no pudieran arreglar el desastre.

Daniel mantiene esa mirada fija en mí, y aunque su rostro sigue impassible, hay un brillo en sus ojos que me dice que no ha pasado desapercibido en absoluto.

—Tranquila —dice con voz suave, aunque sus palabras están cargadas de ironía—. Estoy completamente equipado para manejar cualquier... situación que se presente.

Y ahí está, la victoria en su voz. Me maldigo de nuevo mientras intento recuperar la compostura.

—Eso está claro —digo, y me quiero morir al instante.

El brillo en sus ojos se intensifica y, por un segundo, estoy convencida de que va a soltar una carcajada, pero se contiene. Yo, en cambio, me siento como si hubiera saltado de un avión sin paracaídas.

—Me alegra que lo veas así —responde Daniel, su tono más ligero que antes—. Aunque espero que estemos hablando del mismo tipo de equipamiento.

Mi mente da un salto mortal y, sin pensar, las palabras salen disparadas de mi boca:

—Oh, claro, claro... me refería a... ya sabes, los bolígrafos, los informes, las calculadoras... Todo lo que un ejecutivo bien... equipado, necesita para hacer su trabajo.

La comisura de su boca se curva un poco más, y sé que está disfrutando de cada segundo de mi tortura verbal.

—Sí, esos son elementos clave para cualquier profesional —dice, con una voz tan suave que casi suena amistosa—. Y me aseguro de llevarlos... siempre a mano.

Mi cara está a punto de arder en llamas.

—Pues, perfecto, porque necesitaré uno de esos bolígrafos —digo, con una sonrisa que espero

que no parezca tan forzada como me siento—. Sabes, para apuntar todas las genialidades que se me ocurran.

—Creía que una mujer previsora y organizada como tú, llevaría uno en el bolso. —Su voz tiene un matiz irónico que no pasa desapercibido.

Mi cerebro tarda un segundo en captar a qué se refiere. Está haciendo referencia al preservativo que llevaba aquella noche.

—Bueno, ya ves que soy multifuncional —respondo con una sonrisa que no puedo evitar, recuperando algo de control—. Pero hasta yo me quedo sin suministros de vez en cuando.

—¿De tanto usarlos? —replica él, con una ceja levantada y una expresión tan seria que casi parece genuina.

—¡No, Dios, no! —exclamo, demasiado rápido, y me doy cuenta de que mi cara debe estar roja como un tomate. Las palabras empiezan a salir atropelladamente—. Quiero decir... no es que los use todo el tiempo, o sea, los uso cuando... bueno, cuando es necesario, pero no es que eso sea lo normal en mí... Yo nunca... Aunque no hay nada de malo... Ni tampoco en estar preparada, claro, pero no es que esté... ya sabes, con tanta frecuencia que... —Me doy cuenta de que estoy cavando un agujero cada vez más profundo—. Que no soy de tomar muchas notas rápidas.

Él se queda mirándome, y por un momento, la seriedad en su rostro desaparece mientras una risa se le escapa, baja pero clara. No puedo creerlo, acabo de convertir una conversación incómoda en algo aún más ridículo.

—Ya veo —dice, asintiendo lentamente, todavía con ese tono divertido en la voz—. Entonces, la próxima vez que te vea con un bolígrafo en la mano, sabré que te has preparado a fondo.

Cierro los ojos un segundo, deseando que el suelo se abra y me trague.

—Ah, sí, claro —respondo, tratando de no hundirme más.

—Aunque no te pediré que tomes notas rápidas —añade, su voz cargada de burla apenas disimulada.

—Mejor... —musito, sintiendo que mi dignidad se aleja de mí con una burla.

—Nunca imaginé que una conversación sobre bolígrafos y... otros suministros... pudiera ser tan reveladora —continúa, con una sonrisa que no se molesta en ocultar.

Me encojo de hombros, obligándome a no hablar más, pero antes de que pueda detenerme, él lanza una última pregunta mientras su sonrisa se ensancha.

—¿Alguna otra observación sobre mi equipamiento que quieras añadir?

—No, ya conozco lo esencial. —Esta situación ya me supera.

Él se ríe suavemente, esa risa baja que sé que recordaré más tarde cuando me esté tirando de los pelos por haber entrado en este juego.

—Lo esencial. Tú lo has dicho... —responde, con ese tono que mezcla diversión y una insinuación que me deja sin saber si quiero reír o esconderme debajo de la mesa—. Creo que es suficiente por hoy, Claudia. Puedes irte.

—Gracias a Dios —respondo, soltando un suspiro de alivio que no logro contener.

Me levanto de la silla tan rápido como puedo sin parecer desesperada, y aunque intento mantener la compostura mientras recojo mis cosas, siento su mirada fija en mí, claramente disfrutando del espectáculo.

Salgo de su despacho, cerrando la puerta detrás de mí, y me apoyo en la pared del pasillo por un segundo, tratando de recomponerme. No sé si reír, llorar, o simplemente ponerme a correr, pero una cosa es segura: la próxima vez que entre en su despacho, tendré mucho más cuidado con lo que digo... y dónde miro.

CAPÍTULO 6

Todavía estoy riéndome por dentro cuando la puerta de mi despacho se abre y entra Jake. Al verlo, trato de recomponerme, pero no puedo evitar que una sonrisa se quede colgando en mis labios. Jake se queda en la entrada, observándome con una mezcla de asombro y desconcierto, como si estuviera viendo a un alienígena.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza o algo así, Daniel? —me pregunta, frunciendo el ceño mientras cierra la puerta tras de sí.

—¿Qué? —replico, intentando recuperar el control de mi expresión, aunque sé que la risa aún me traiciona—. No, nada de eso.

—¿Entonces qué coño es tan gracioso? —Jake me observa con esos ojos que siempre parecen escudriñar todo, como si no se le escapara ni el más mínimo detalle.

Lo miro por un segundo, pensando en cómo explicarle la absurda conversación que acabo de tener con Claudia, pero decido dejarlo pasar. Después de todo, no es algo que necesite saber... o entender.

—Nada, solo... algo que me ha hecho gracia —digo finalmente, encogiéndome de hombros.

Jake no parece convencido, pero se deja caer en la silla frente a mi escritorio, todavía mirándome como si esperara que le soltara alguna confesión.

—No te he visto reír así en... no sé, ¿años? —dice, cruzando los brazos—. Así que debe haber sido algo bueno.

—Ya sabes, siempre hay una primera vez para todo —respondo, intentando sonar despreocupado, aunque la imagen de Claudia tratando de salir airosa de nuestra conversación sigue rondando en mi mente.

—¿Seguro que no te has dado un golpe en la cabeza? —insiste, inclinándose un poco hacia delante, como si pudiera leer algo más en mi rostro.

Me río de nuevo, esta vez más controlado.

—Jake, no te preocupes. Estoy bien. Solo he tenido una charla... interesante.

—¿Interesante? —repite, alzando una ceja—. Vaya, eso sí que suena raro viniendo de ti.

—Bueno, digamos que la nueva jefa de finanzas tiene una forma... única de manejar las conversaciones.

Jake me mira por un segundo, y luego una sonrisa traviesa empieza a asomar en su rostro.

—Ah, Claudia... Así que ella es la causa de tu pequeña explosión de alegría. —Me observa con más atención, claramente intrigado—. ¿Qué te ha hecho? ¿Te ha contado algún chiste de contabilidad?

—Algo así —respondo, sin poder evitar sonreír de nuevo—. Aunque diría que fue más una combinación de bolígrafos y... otros suministros.

Jake frunce el ceño, evidentemente perdido, y luego sacude la cabeza.

—No sé de qué estás hablando, pero parece que tiene buena influencia en ti, te hace salir del tiesto, desvía tu mirada de tus adorados papeles, puede hacerte reír, y eso es casi milagroso. Sea lo que sea, parece que ella ha traído algo nuevo a la mesa —dice finalmente, con una sonrisa que no se molesta en disimular—. Y no solo en términos de trabajo.

Lo observo por un segundo, intentando no dejarme afectar por su insinuación.

—Jake, vamos a dejarlo claro —digo, con un tono que busca cerrar el tema—. Claudia es una empleada. Nada más. No hay nada que leer entre líneas.

—¿Ya forma parte de tu equipo? —pregunta con una sonrisa.

Me río suavemente, aunque sé a dónde quiere llegar con esto.

—Eso no tiene nada que ver con ella, sino con su trabajo —le respondo, esforzándome por sonar serio.

Jake se apoya en el respaldo de la silla, claramente disfrutando del momento.

—Claro, claro, su trabajo... —dice, con ese tono que sugiere que no se lo cree ni por un segundo—. Pero no puedo evitar notar que esa «charla interesante» te ha dejado de un humor bastante... inusual.

—Bueno, nunca está de más saber que... el equipo de uno cumple con los estándares —respondo, intentando mantener la neutralidad, aunque sé que he dejado caer algo que Jake no dejará pasar.

Jake arquea una ceja y me mira con esa expresión que conozco demasiado bien.

—¿Eso tiene una connotación sexual? —remarca, con la voz cargada de falsa seriedad—. ¿Tengo que leerte el código español sobre acoso laboral? Son bastante estrictos, y me

encantaría verte dando explicaciones en un tribunal.

Me río, esta vez un poco más fuerte, porque aunque sé que Jake va en serio con su advertencia, también sé que no hay forma de que me deje en paz con esto.

—¿Acoso? —Me echo hacia atrás en la silla, fingiendo estar ofendido—. No me jodas, Jake. Si aquí hay alguien que debería estar preocupado, soy yo. ¿Te olvidas que fui yo quien se despertó solo en una cama de hotel, con cincuenta euros en la mesilla como si fuera un maldito gigoló?

Él suelta una carcajada, de esas que resuenan por toda la habitación.

—Así que lo admites... Estás picado porque te pagaron por tus servicios. —Me mira con una sonrisa torcida—. Y encima, la mujer que logró dejarte con el ego magullado trabaja para ti.

—Lo dejó para compartir gastos. Eso me ha dicho —le explico, aunque sé que suena tan ridículo como me siento.

Jake se echa a reír, una carcajada tan genuina que me hace querer lanzarle algo a la cabeza.

—Joder, esto es oro. La señorita Martín te tiene más inquieto que un perro en un cuarto lleno de aspiradoras —dice, todavía riendo, mientras me mira como si acabara de descubrir mi talón de Aquiles.

Me cruzo de brazos, tratando de mantener la compostura, aunque es evidente que Jake está disfrutando más de la situación de lo que debería.

—No estoy inquieto, Jake —respondo, intentando sonar firme—. Simplemente, me sorprendió. No es lo que esperaba, eso es todo.

Jake deja de reírse, pero la sonrisa sigue en su rostro mientras se inclina hacia delante.

—Venga, Daniel, admítelo. Te ha descolocado, y lo sabes. No es solo que te haya dejado cincuenta pavos en la mesilla, es que te ha dejado con más preguntas que respuestas. Y tú odias no tener todas las respuestas, ¿verdad?

—No es tan simple —murmuro, sabiendo que, de alguna manera, tiene razón—. Pero no voy a dejar que esto interfiera en el trabajo.

—Por supuesto. Tú nunca lo harías —responde Jake, su tono cargado de esa ironía que solo él puede manejar tan bien.

Hago una pausa, dándole vueltas a lo que realmente quiero decir. Sé que Jake me conoce lo suficiente como para ver a través de cualquier excusa que intente poner. Así que opto por ser directo.

—Y, además, ella tiene problemas de verdad con su ex. No creo que lo haya superado todavía —añado, tratando de justificarme—. Y es mi empleada. Nunca me relaciono a nivel personal con mis empleados.

Jake me mira fijamente, evaluando mis palabras como si estuviera buscando alguna grieta en mi argumento.

—¿Así que te preocupa que esté colgada por su ex? —pregunta, alzando una ceja—. Porque suena un poco a que estás intentando convencerte a ti mismo, no a mí.

—No es solo eso —respondo, cruzándome de brazos—. Es una cuestión de profesionalidad, Jake. No mezclo lo personal con el trabajo, y menos cuando hay problemas sentimentales de por medio. No es mi estilo.

—Mira, Daniel, sé que eres un tipo con principios, y que te gusta mantener las cosas separadas. Pero no puedes negar que hay algo ahí, algo que te hizo salir de tu zona de confort.

Lo miro, sabiendo que en parte tiene razón. Pero también sé que hay una línea que no quiero cruzar, no solo por mí, sino por ella.

—Puede que tengas razón —admito, aunque a regañadientes—. Pero no voy a complicar las cosas más de lo necesario y ella tampoco lo hará. Fue cosa de una noche. Ambos estamos de acuerdo en eso.

—Daniel, te conozco y sé que no eres el tipo de tío que se mete en cosas solo por una noche, por mucho que te convenzas de lo contrario.

Suelto un suspiro, cansado del tema, pero sabiendo que Jake no va a soltarlo tan fácilmente.

—Mira, fue lo que fue. Solo... pasó y punto. Ambos lo entendemos, y eso es lo que importa.

Jake asiente lentamente, como si procesara lo que estoy diciendo, pero todavía tiene esa mirada que me dice que no está completamente convencido.

—Y recuerda mantener eso en secreto —le advierto, con un tono que no deja lugar a dudas.

—No te preocupes. Mi boca está sellada. Pero ya que estamos... ¿puedo invitarla yo a una copa? —pregunta, como si lo estuviera considerando en serio.

—No —respondo de inmediato, sin darle margen de maniobra.

Jake se ríe, claramente disfrutando de mi reacción.

—Oh, vamos, Daniel. Me gustan esos ojos verdes que parecen hechos para derretir corazones —insiste, con ese tono que utiliza cuando sabe que está metiéndose, donde no debe.

Lo miro con una mezcla de exasperación y advertencia.

—¿Quieres que te lea el código de acoso laboral español? —le digo de vuelta, dejando claro que no estoy de humor para sus tonterías.

Jake levanta las manos en señal de rendición, pero la sonrisa sigue ahí, traviesa e insistente.

—Vale, vale, ya lo pillo. Pero, joder, Daniel, hay que reconocer que la señorita Martín tiene algo que te deja sin aliento.

Jake siempre sabe cómo sacarme de quicio, pero también sabe cuándo parar.

—En serio. Déjala en paz —le digo, mi tono firme pero menos agresivo.

Él asiente, aún con una sonrisa en los labios.

—Está bien, está bien. Lo dejo. Pero si alguna vez decides que no te importa compartir...

Le lanzo una última mirada de advertencia, y él finalmente se pone de pie.

—Vale, me retiro mientras todavía conservo todos mis dientes. —Hace una reverencia exagerada antes de dirigirse hacia la puerta.

Cuando la puerta se cierra tras él, me quedo solo en el despacho, con sus palabras resonando en mi cabeza. Jake tiene razón en algo, pero también sé que hay líneas que no quiero cruzar. La situación ya es lo suficientemente complicada, y lo último que necesito es que se enrede aún más.

Abro la puerta de mi despacho con la intención de salir, aunque una conversación en el pasillo me detiene. No es que quiera escuchar, pero tampoco puedo evitarlo. Es Claudia, y el tono de su voz me hace parar en seco. Lo que escucho no es una simple charla, sino algo cargado de resentimiento y tensión.

Claudia está frente a Beatriz, una de nuestras empleadas, que la mira con una mezcla de rabia y... ¿desprecio? Es como ver una olla a punto de estallar.

—¿Pasa algo, Beatriz? —pregunta Claudia, su tono seco, dejando claro que no tiene tiempo ni paciencia para estupideces.

Beatriz aprieta los labios, su rabia contenida es palpable. Da un paso hacia Claudia, y por un momento, pienso que va a perder el control.

—Álvaro, —escupe Beatriz, como si pronunciar su nombre fuera un veneno—. Dice que quiere volver contigo.

Veo cómo Claudia se queda paralizada por un segundo, claramente sorprendida. Su expresión

es un reflejo de la mía: incredulidad.

¿Álvaro? El nombre resuena en mi mente con un eco incómodo. Ese tipo, el que destrozó a Claudia, quiere volver con ella. No puedo evitar un destello de irritación, una sensación de incomodidad que trato de ignorar. Esto no debería afectarme, pero la idea de que ese tipo esté intentando meterse de nuevo en su vida me molesta.

—¿Perdona? —responde Claudia, con una mezcla de sorpresa y molestia—. ¿Qué demonios me estás diciendo?

Beatriz da otro paso hacia ella, y puedo ver cómo la tensión en el pasillo aumenta.

—No te hagas la tonta —dice Beatriz, su voz temblando de rabia—. Él me dijo que nunca dejó de pensar en ti, y que todo lo que pasó conmigo fue un error. —Su tono es amargo, casi venenoso—. Me utilizó, y ahora vuelve corriendo a ti.

—Mira, Beatriz, —responde Claudia, cruzando los brazos—, no sé qué te ha dicho Álvaro, pero te aseguro que no estoy interesada. Lo de Álvaro y yo es cosa del pasado, y créeme, no quiero revivirlo.

—¿Y esperas que te crea? —su voz es un hilo de amargura—. Tú siempre has tenido una forma de atraerlo, Claudia. Y ahora, después de todo lo que pasó... él vuelve a ti.

—Por favor, Beatriz. ¿Quién se acostó con él estando prometido? Si te utilizó, es asunto tuyo. Yo no tengo ningún interés en ese capítulo de mi vida.

—Tú siempre ganas, Claudia, —murmura Beatriz, con los dientes apretados—. Te lo llevas todo.

Abro la puerta del despacho con más fuerza de la que pretendía, haciendo que ambas se giren hacia mí. Mi expresión es fría, implacable.

—Este no es el lugar para discutir temas personales —digo, mi tono firme y cortante—. Les sugiero que resuelvan sus diferencias fuera de la empresa.

Beatriz se queda inmóvil, como si mi presencia la hubiera congelado. Claudia, por su parte, se ve atrapada, pero mantiene la compostura.

Mientras me alejo del despacho, no puedo evitar preguntarme por qué estoy tan molesto. Me doy cuenta de que necesito mantener mi enfoque. No puedo dejar que estos pensamientos me distraigan de lo que realmente importa aquí: mantener el control y asegurarme de que el trabajo continúe sin interferencias.

CAPÍTULO 7

Alejandro se acerca a mi mesa con esa sonrisa pícara que nunca falla.

—Clau —dice mientras se apoya en mi escritorio—, esta noche algunos de nosotros hemos quedado con el jefe para enseñarle el mejor lugar de tapeo en Madrid. Ya sabes, un poquito de ambiente local.

—¿El jefe? —levanto la vista del ordenador, sorprendida—. ¿El señor «seriedad absoluta» va de tapas? No me imagino a ese hombre soltando su traje perfecto para comer calamares fritos con las manos.

Alejandro asiente, muy serio.

—Sí, el mismísimo Daniel Blake. Y resulta que la cena es solo para los jefes de departamento... así que tú estás invitada. No puedes faltar, Clau. Vamos al Mercado de San Miguel. Y ya sabes cómo es el sitio, buen vino, jamón ibérico, tortilla, ¡de todo! No puedes faltar.

Ruedo los ojos, pero no puedo evitar sonreír. La imagen de Daniel, en su traje impecable, pidiendo raciones en el Mercado de San Miguel es tentadora, pero no creo que sea buena idea.

—Paso —respondo, volviendo la vista al ordenador—. No me apetece compartir espacio con él fuera de la oficina. Bastante tengo con verlo aquí.

Alejandro sonrío aún más, como si estuviera esperando justo esa respuesta.

—Clau... —alarga la u como si fuera su nuevo mantra—. Parece que alguien ya ha preguntado quién iba y, sorpresa, tu nombre salió en la conversación. Y ya sabes cómo es. No le puedes decir que no.

Levanto la cabeza de golpe.

—¿Qué? —lo miro, entre irritada y asustada—. ¿Daniel preguntó por mí? No me apetece salir de tapas con el jefe, ni con ningún jefe. Dile que tengo retortijones menstruales y me he ido a casa a morirme de dolor.

Alejandro se inclina hacia delante, con esa sonrisa pícara que no presagia nada bueno.

—Mira, nena, —dice con tono serio, pero burlón—, resulta que Álvaro también estará allí, y si no vas, lo único que va a pensar es que estás en casa llorando por él.

Alzo una ceja, ya sabiendo hacia dónde va esto.

—¿Perdona? —respondo, intentando mantener la compostura, aunque sé que Alejandro tiene razón.

—Exacto. —Él se endereza, con los brazos cruzados—. Así que lo que tienes que hacer es ponerte el modelito más sexy que tengas, uno que marque bien esas curvas que Dios te ha dado y por las que yo pagaría una fortuna. Y cuando llegues, le demuestras que... —Hace una pausa, sonriendo como si acabara de tener la mejor idea del mundo— que ya no es el centro de tu universo.

—¿De verdad, Alejandro? ¿Vas a tirarme el discurso del «vístete para que te vea divina y piense que lo has superado»?

—Absolutamente —asiente—. No te puedes perder esta oportunidad. Y quién sabe, lo mismo te echas unas risas viendo a Blake intentando ser humano comiendo tapas.

Suspiro, sabiendo que algo de razón tiene.

—Está bien —digo, dándome por vencida—. Pero que quede claro: lo hago para no darle a ese imbécil la satisfacción de pensar que me importa. ¡Y no pienso hacer de canguro del jefe!

Alejandro ríe y me lanza un guiño.

—No esperaba menos de ti.

Me miro de arriba abajo antes de salir de casa, cuestionando si el vestido rojo ajustado que he elegido es la mejor opción. No es demasiado revelador, pero definitivamente marca cada curva. Alejandro tenía razón, no voy a darle a Álvaro la satisfacción de pensar que me importa. Pero ¿realmente es buena idea vestirme así para una cena de trabajo? Bueno, ya no hay vuelta atrás.

Cuando llego al Mercado de San Miguel, el calor me golpea de inmediato. Para ser casi otoño, la temperatura es ridículamente alta, y dentro del mercado, el ambiente es aún más sofocante. La mezcla de aromas a tapas recién hechas y el bullicio de la gente crean un escenario animado, casi festivo.

Al entrar, los veo a todos reunidos alrededor de una mesa alta. Daniel, por supuesto, sigue con su traje, aunque se ha quitado la chaqueta. Su camisa blanca remangada deja ver sus antebrazos, y aunque intenta aparentar relajación, su porte sigue siendo tan serio y dominante como siempre.

Jake está a su lado, con un vaso en la mano, riendo a medias con Carla, que parece decidida a

descomprimir la situación charlando alegremente sobre las tapas. Álvaro, por otro lado, está apoyado contra la barra, fingiendo estar absorto en su móvil. Lo conozco lo suficiente para saber que está intentando disimular su incomodidad. Sergio, como siempre, parece estar analizando el menú del día con la misma intensidad con la que revisaría un informe financiero.

—Mira quién ha llegado —dice Alejandro desde el fondo, con una sonrisa amplia y burlona. Se le nota un poco acalorado, ya con una cerveza en la mano—. Claudia, siempre tan puntual.

Me acerco a la mesa, sintiendo la mirada de Álvaro que la levanta de su móvil para observarme por un segundo. Daniel se gira completamente para poder verme llegar, pero su rostro no revela nada. Solo me observa, evaluando, como siempre.

—Clau, qué guapa estás —dice Álvaro, su tono es suave, demasiado cercano, mientras se aparta un poco para hacerme espacio junto a él en la mesa alta—. Siempre te queda bien el rojo.

Ignoro el comentario, pero noto cómo Daniel desvía ligeramente la mirada.

—¿Te traigo algo de beber? —me pregunta Álvaro de nuevo, inclinándose hacia mí, como solía hacerlo, con esa familiaridad que ahora solo me irrita.

—Puedo pedir mi propia bebida, gracias —respondo rápidamente, sin mirarlo. Me esfuerzo en parecer indiferente, pero él sigue siendo experto en leerme.

—Vamos, sé que te gusta el vino blanco cuando hace calor, —insiste, ignorando mi respuesta, y alza la mano para llamar al camarero.

—Sí, el vino blanco es lo tuyo, ¿verdad, Clau? —añade Alejandro desde el otro lado de la mesa, dándome un codazo y sonriendo como si no acabara de tirar gasolina al fuego.

—Lo que a ella realmente le gusta —interrumpe Álvaro, antes de que pueda responder—, es ese sitio cerca de la oficina que tiene un vino blanco en una botella azul. Siempre lo pide. —Su tono es ligero, pero cada palabra tiene una intención oculta. Es como si intentara recordarme lo mucho que me conoce frente a todos, pero ni siquiera recuerda el nombre de mi vino favorito.

Un dato curioso.

Daniel levanta la vista de su copa, claramente intrigado por la mención.

—¿Qué vino es ese? —pregunta con su tono neutro, pero noto un destello de curiosidad en su mirada.

Sonrío un poco, disfrutando del pequeño momento en que puedo corregir a Álvaro.

—Es Mar de Frades, —respondo con calma—. Es un albariño. La botella es azul y, lo más interesante, es que tiene un pequeño truco: en el cristal hay un barco que solo aparece cuando el

vino tiene la temperatura ideal para tomarlo.

Daniel asiente lentamente, como si estuviera procesando la información.

—Interesante —comenta, con un tono que podría pasar por cortesía, pero hay algo más en sus ojos, algo que me hace preguntarme qué está pensando realmente.

Álvaro se ríe, aunque es una risa forzada.

—Eso sí que no lo sabía, —admite, rascándose la nuca, claramente incómodo por haber metido la pata—. Supongo que me perdí ese detalle.

—Otro más —murmuro en voz baja, disfrutando del pequeño triunfo.

La conversación en la mesa sigue su curso. Carla comienza a relatar alguna anécdota sobre un evento de la empresa y pronto, Jake y Sergio se unen, riendo de algunas de las historias más ridículas que han sucedido en la oficina.

—Es gracioso —interviene Carla, todavía riendo—, esta empresa a veces parece más una agencia matrimonial que un lugar de trabajo. Hay tantas parejas que han salido de aquí. Es como si trabajar juntos significara encontrar a tu media naranja.

—Es verdad —añade Alejandro con una sonrisa traviesa—. No hay más que ver a la cantidad de parejas que han surgido en estos años. Como, por ejemplo, Pablo y Nuria del departamento de contabilidad... o Jorge y Ana, del equipo de ventas.

Álvaro, aprovechando el comentario, lanza un vistazo rápido en mi dirección.

—Sí, el amor florece entre balances y campañas de marketing —añade Álvaro, haciendo un gesto con la mano entre él y yo—. También nos pasó a Clau y a mí. —Hace una pausa y sonríe, con ese aire de nostalgia que me pone de los nervios—. Recuerdo la primera vez que la vi... —dice, mirando a la mesa como si reviviera el momento—. No pude apartar los ojos de ella. Con esa seguridad al caminar, esos trajes que siempre parecen hechos a medida para hacer que las miradas se vuelvan hacia ella... me quedé flechado al instante.

Miro a Álvaro, y aunque su tono parece nostálgico y lleno de halagos, cada palabra es como una bofetada. Siento todas las miradas en mí, y lo único que quiero es que se calle. Cada segundo que sigue hablando, recordando los «buenos tiempos», lo único que consigo es revivir el dolor de su traición, como si hubiera sido ayer. Es increíble cómo tiene la capacidad de hablar de todo aquello como si su engaño no hubiera sido nada, como si no hubiera importado.

—Para —mascullo, mi voz apenas un susurro, pero con suficiente peso como para que él se detenga.

Su mirada se oscurece por un segundo, probablemente porque sabe que sus palabras no están logrando el efecto que esperaba, pero no digo nada más. No puedo. Todo lo que podría decir ahora estaría lleno de resentimiento, y no voy a darle ese placer.

—Nosotros somos el ejemplo perfecto de que no hay que fiarse de las primeras impresiones —añado, esbozando una sonrisa, pero el temblor en mi voz me delata cuando añado—: O de los novios que parecen fieles a simple vista.

Jake se ríe por lo bajo, incómodo y puedo ver a Daniel tensarse un poco al otro lado de la mesa. Su mirada va de Álvaro a mí con una intensidad que casi me hace tambalear, pero se mantiene en silencio, bebiendo de su vaso lentamente, como si las palabras de Álvaro no lo afectaran en absoluto.

Yo también sigo con mis tragos. Cada uno me ayuda a no pensar demasiado en lo que está pasando, pero también siento que estoy perdiendo el control poco a poco.

Me levanto para salir. Necesito aire. Así que camino rápido hasta la salida, pero sé antes de volverme que no estoy sola y me han seguido.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunto con un tono más frío de lo que pretendía al girarme y ver a Álvaro.

Él suspira profundamente, como si estuviera buscando el valor para decir lo que le pasa por la cabeza.

—Claudia, no puedo seguir así —comienza, su voz baja, cargada de una sinceridad que me desarma un poco—. Sé que te hice daño, lo sé. Lo que pasó con Beatriz fue un error... el peor error de mi vida. Pero no puedo soportar esta distancia entre nosotros. No puedo soportar la idea de que me odies.

Cada palabra es como una puñalada. Me quedo en silencio, mirándole, mientras la rabia y el dolor luchan por salir. Él sigue, sin darme oportunidad de interrumpir.

—No hay un solo día en el que no me arrepienta de lo que hice —continúa, y sus ojos están llenos de una desesperación que rara vez le he visto—. Te juro que he aprendido la lección. Te prometo que no volverá a ocurrir, Clau. Antes de hacerte daño otra vez, preferiría arrancarme el corazón.

Mis labios tiemblan ligeramente, pero aprieto la mandíbula, intentando mantener el control. No puedo ni debo dejar que me afecte. Pero sus palabras... su voz... siempre supo qué decir para desarmarme. Me conoce demasiado bien.

—Álvaro... —murmuro, intentando encontrar las palabras correctas—. No puedes simplemente

venir aquí y decirme que lo sientes, como si eso lo arreglara todo. Me destrozaste, ¿entiendes? Me hiciste pedazos.

Él niega con la cabeza, dando un paso hacia mí, sus manos buscando las mías, pero me aparto.

—Sé que te fallé, —susurra, su voz cargada de un dolor que parece real—. Pero te lo juro, Clau, he cambiado. No hay nada en este mundo que quiera más que estar contigo. Dime qué tengo que hacer para demostrarlo, haré lo que sea. Solo dame otra oportunidad.

Las lágrimas empiezan a arder en mis ojos, y maldigo en silencio por dejarme afectar de nuevo. Parte de mí quiere creerle, quiere olvidar todo el dolor y entregarme a lo que una vez fuimos, pero... ya no podemos volver aquello. Lo jodió.

—No puedo, Álvaro —susurro, mi voz quebrada—. No puedo volver a confiar en ti. Me hiciste dudar de todo, de mí, de lo que hago, de las decisiones que tomo...

—Por favor —insiste, y puedo ver cómo sus ojos también se llenan de lágrimas—. No soportaré la vida sin ti. No sabes lo que es despertarse cada día y sentir este vacío. ¿No te das cuenta de lo mucho que te amo? Clau, por favor, solo una oportunidad más. Solo una.

Él se queda en silencio, mirándome con una expresión de absoluto dolor. Parece sincero, desesperado... pero no puedo permitirme volver atrás.

—Por favor... —susurra una última vez, su voz rota—. Sé que tú también lo quieres, que sigues enamorada de mí.

—Me he acostado con otro —le suelto, sin pensarlo dos veces.

Es absurdo, lo sé. Pero tal vez eso sea lo que finalmente lo haga retroceder, que entienda que no hay nada que quiera con él, que se dé cuenta de que lo nuestro ha quedado atrás.

Álvaro me mira como si le hubiera dado una bofetada. El dolor en sus ojos es inmediato, tan evidente que por un segundo siento culpa. Pero no me arrepiento. No puedo. Necesito ese muro entre nosotros, algo que lo obligue a ver la realidad.

—¿Qué? —pregunta, su voz apenas un susurro, lleno de incredulidad y dolor—. ¿Con otro? ¿Quién?

Mi corazón late con fuerza en mis oídos, pero mantengo la mirada firme. No voy a retractarme. No voy a darle una salida fácil.

—No importa quién, Álvaro —respondo, con voz firme, aunque mis manos tiemblan—. Lo que importa es que ya no hay un «nosotros». Lo que teníamos, lo perdiste. Y no puedes seguir esperando que todo vuelva a ser como antes. No va a pasar.

Veo cómo todo en Álvaro se desmorona en cuestión de segundos. Su mandíbula cuadrada, siempre firme y marcada, se tensa hasta el punto de parecer cincelada en piedra. El cabello oscuro, corto, pero ligeramente despeinado, le cae sobre la frente, dándole ese aire despreocupado que siempre le funcionaba tan bien. Ahora, sin embargo, parece fuera de lugar, desaliñado. Sus ojos, de un marrón profundo, que solían brillar con seguridad, están llenos de una mezcla que me deja inquieta: incredulidad, dolor, y algo más.

—¿Por qué? —pregunta finalmente, su voz rota—. ¿Por qué me estás diciendo esto? ¿Es para hacerme daño? ¿Para que sienta lo que tú sentiste?

No puedo contestar de inmediato. Porque, en parte, sé que tiene razón. Parte de mí quería que él sintiera el dolor que yo sentí. Pero también sé que esto es más que eso.

—No me importa —dice Álvaro, su voz baja pero cargada de una determinación que me desconcierta—. Sé que no significó nada para ti, igual que lo mío con Beatriz tampoco significó nada para mí. Lo que hay entre nosotros es más fuerte que un poco de sexo, Claudia. Tú lo sabes.

—No es tan fácil, Álvaro. Lo que hiciste no es algo que pueda simplemente olvidar. —Miro al suelo, porque enfrentarlo me duele demasiado—. Dices que fue solo sexo, pero para mí fue mucho más que eso. Fue una traición, una falta de respeto, a lo que éramos... a mí.

Él intenta acercarse más, pero doy un paso atrás, creando la distancia que necesito para no caer en sus palabras.

—¿Es por ese hombre que no quieres darme otra oportunidad? —pregunta Álvaro, su voz subiendo de tono, cada palabra cargada de frustración—. ¿Sigues viéndote con él? ¿Quién es?

Me quedo callada, sintiendo cómo cada una de sus preguntas se clava en mi pecho. No quiero seguir con esto, no quiero tener esta conversación. Me está llevando al límite, y lo sabe. Veo en sus ojos esa mezcla de arrepentimiento y desesperación, pero no puedo dejar que me atrape de nuevo.

—No importa quién sea —le respondo con frialdad—. Porque lo que tú y yo teníamos ya no existe. Tú lo rompiste.

—Claudia, no te hagas la fuerte ahora. Sé que aún me quieres —dice, dando un paso hacia mí, su voz baja pero intensa.

Doy un paso atrás, poniendo distancia entre nosotros.

—Álvaro, esto se acabó. No puedo seguir con esta conversación, y mucho menos contigo.

Lo veo tensarse, su frustración transformándose en enfado puro.

—¿Así que es por él? —repite, esta vez con más dureza—. ¿Estás con otro y por eso no quieres intentarlo de nuevo? Te estás engañando a ti misma, Claudia. Ese tipo no significa nada. ¡Es a mí a quién quieres!

Da un paso hacia mí, pero me mantengo firme, observándolo sin pestañear. No voy a dejar que me manipule. No otra vez.

—¿Sabes qué? Olvídalo —dice, finalmente, su voz llena de amargura. Se da la vuelta, y cuando se aleja, puedo ver la tensión en sus hombros. Está furioso.

Mientras se va, lo veo cruzarse con Daniel en el pasillo. Álvaro se detiene por un segundo, lo mira con curiosidad, pero no dice nada. Daniel lo observa con su habitual calma, sin mostrar ninguna emoción, solo un leve levantamiento de cejas.

Finalmente, Álvaro sigue su camino, dejándome sola con la tormenta de emociones que acaba de desatar. Daniel se acerca, sus pasos lentos, calculados, y aunque no dice nada, su presencia es lo suficientemente poderosa como para que me dé cuenta de que ha visto más de lo que quisiera.

Yo. Yo no debería estar dejando que esto me afecte, pero aquí estoy, con el nudo en la garganta, sintiendo cómo mis ojos empiezan a arder.

Daniel se acerca despacio, su presencia llenando el espacio alrededor de mí. Me quedo quieta, intentando mantener la compostura, pero siento que me estoy desmoronando por dentro.

—Tengo el corazón destrozado —reconozco, con la voz rota, apenas un susurro.

Justo cuando creo que voy a perder el control por completo, siento su mano firme en mi nuca. Es un gesto que me toma por sorpresa, pero no me alejo. Su toque es cálido, seguro, como si supiera exactamente lo que necesito en este momento.

—Ven —murmura, su voz suave, llena de una comprensión que hace que todas mis defensas caigan.

Y es ahí cuando todo se desmorona. No puedo evitarlo. Las palabras empiezan a salir atropelladamente, mezcladas con sollozos que no puedo controlar.

—Tuve que cancelar todo yo sola, ¿sabes? —confieso con rabia y tristeza—. Llamé a cada proveedor, uno por uno, explicando que no habría boda. Devolví el vestido de novia que había soñado durante años, el vestido perfecto, y lo hice con las manos temblando, porque ni siquiera podía soportar mirarlo. Llamé a mi familia, a mis amigos, y les dije que no habría celebración, que todo había terminado antes de empezar. Y el restaurante...

Me detengo un segundo, sintiendo cómo las lágrimas fluyen sin control, mojando su camisa.

Pero necesito decirlo, necesito sacarlo todo.

—Era en Casino Madrid, ¿sabes? —continúo, con la voz temblorosa—. El lugar donde siempre planifiqué celebrar mi boda, en ese edificio histórico, comenzaríamos nuestra historia como marido y mujer. Y ahora no puedo ni pasar por delante sin sentir que me falta el aire. He tachado ese lugar de mi vida, para siempre. Todo eso lo hice sola, porque él no estaba, ni quiso enfrentarse a nada. Lo dejó todo en mis manos y se fue.

Las palabras se desbordan de mí, y me dejo caer en sus brazos. No puedo evitarlo. Todo el dolor, la rabia, la confusión... todo se acumula hasta que ya no puedo contenerlo más. Me dejo llevar por su gesto, permitiendo que me acerque a él, y antes de darme cuenta, estoy apoyada en su hombro, las lágrimas fluyendo libremente.

Daniel me sostiene con firmeza, su mano en mi nuca manteniéndome cerca, mientras la otra descansa en mi espalda. No dice nada, y eso lo hace todo más fácil. Solo se queda allí, ofreciéndome el espacio seguro que tanto necesito en este momento. Lloro en su hombro, sintiendo cómo la tensión de los últimos días se desmorona. Su camisa, que probablemente cuesta más de lo que gano en una semana, se humedece con mis lágrimas, pero él no se mueve, no me empuja, no me juzga. Solo me deja estar, y eso es lo que me permite respirar de nuevo.

CAPÍTULO 8

Las implementaciones de Daniel no tardan en notarse. Los cambios que ha empezado a hacer en la empresa son rápidos y, para algunos, demasiado bruscos. Las primeras decisiones han provocado tanto nerviosismo como curiosidad entre los empleados. Cada día, los rumores corren por los pasillos, y la tensión es palpable.

Me doy cuenta pronto de que formar parte de su equipo no es lo que imaginaba. Ser parte de la «élite» en la reestructuración no significa seguridad. Al contrario. Permanecer en su equipo significa trabajar bajo una presión constante, donde cada movimiento es evaluado y cualquier fallo puede ser el último. No hay margen para errores.

Los días se han vuelto más largos, las reuniones más intensas. Daniel no se anda con rodeos. Es metódico, calculador, y su presencia, aunque silenciosa, se siente como una sombra constante. Cada vez que habla, el ambiente se carga de una mezcla de respeto y temor.

Por un lado, hay quienes admiran su eficiencia. Ver cómo corta lo innecesario con precisión casi quirúrgica impresiona a algunos, pero para otros, es un recordatorio de que nadie está a salvo.

Desde aquella noche en el Mercado de San Miguel, Álvaro y yo hemos encontrado, de alguna manera, una tregua no verbal. Ni él sigue insistiendo con lo de «dame otra oportunidad», ni yo tengo que estar huyendo de su presencia cada vez que lo veo en la oficina. Nos hemos movido hacia un terreno neutral, un espacio donde las heridas aún existen, pero están tapadas por un acuerdo tácito. Es lo más cercano a la paz que podríamos tener en este momento.

Así que, cuando Álvaro pasa por mi escritorio justo antes de la reunión con Daniel, ya no siento esa tensión inmediata en el aire.

—Clau —dice, inclinándose un poco sobre mi mesa con una carpeta en la mano—. ¿Tienes un minuto?

Levanto la vista, algo sorprendida de que esté siendo tan casual, pero ese es su *modus operandi* siempre, fingir que no ha pasado nada. Algo a lo que yo también puedo jugar.

—Álvaro, ¿qué pasa ahora? —le respondo, mientras termino de organizar los documentos para

la reunión.

—Nada, solo que... —Y en ese momento, deja caer la carpeta que llevaba en la mano, esparciendo todos los papeles por el suelo.

Nos agachamos al mismo tiempo, y la situación es tan ridícula que no puedo evitar reírme. Es un alivio, en cierto modo, este tipo de interacción sin cargas emocionales.

—Eres increíble —le digo entre risas, mientras recojo los papeles—. Siempre tan desastre.

—Oye, al menos sigo siendo el mismo de siempre —responde él, con una sonrisa divertida, devolviéndome una mirada cómplice.

Nos quedamos un segundo agachados, nuestras manos cruzándose mientras recogemos el desorden, cuando noto una sombra detrás de nosotros. Alzo la vista y me encuentro con Daniel, observándonos con los brazos cruzados. Su expresión es impasible, pero sus ojos tienen ese destello oscuro que ya he visto antes, esa intensidad que parece surgir en los momentos menos esperados.

—Claudia —dice con un tono bajo, pero firme—. La reunión es en cinco minutos. No te retrases.

Asiento rápidamente, sintiendo cómo el ambiente cambia con brusquedad. Daniel se aleja sin decir nada más, pero la incomodidad que ha dejado en el aire se queda conmigo. Álvaro, por otro lado, parece ajeno por completo al cambio de atmósfera.

—Menudo tipo serio, ¿no? —comenta con una sonrisa mientras se pone de pie.

—Sí, algo así —respondo, intentando apartar de mi mente esa sensación de tensión que Daniel ha dejado atrás.

Entro en la sala de reuniones, cargada de documentos y el inevitable café que necesito para sobrevivir a las interminables jornadas de reestructuración. Y allí está él, por supuesto.

Daniel Blake, en todo su esplendor imperturbable, de pie frente a la mesa, dando órdenes, mientras Jake, su fiel asistente, toma notas frenéticamente. Parece que están hablando de la próxima ronda de despidos. Bueno, él lo llama «optimización de recursos», pero todos sabemos lo que eso significa.

Me acerco con una sonrisa irónica, porque, a estas alturas, ¿qué más puedo hacer?

—Ah, qué sorpresa —comento mientras dejo mis cosas sobre la mesa—, otro emocionante día

de reestructuración. Me pregunto si hoy seremos más eficientes o si vamos a eliminar la máquina de café para reducir «costos innecesarios».

Jake levanta la vista por un segundo, y noto que intenta no reírse. Daniel, sin embargo, ni se inmuta. ¿Este hombre reacciona a algo que no sea el balance final? Quizá un terremoto.

—Estamos revisando las propuestas de ajuste en el departamento de marketing —dice Daniel, su tono neutral y preciso, como si estuviera leyendo un informe financiero en lugar de hablar de personas—. Hay ciertas ineficiencias que necesitamos cortar.

Le lanzo una mirada mordaz, porque claro, Daniel Blake vive para cortar cosas. Gente, procesos, ilusiones... todo lo que no encaje en su perfecto plan de eficiencia.

—Muy motivador eso de despedir a media plantilla —comento, mi voz cargada de sarcasmo, mientras abro mis documentos.

Jake sigue escribiendo, aunque noto que su pluma se detiene un segundo, tal vez procesando mi comentario. Daniel, por su parte, no parece afectado en lo más mínimo.

Daniel me observa por un segundo más, sus ojos oscuros fijos en los míos, y por un momento creo que veo algo, tal vez una chispa de diversión. Pero se desvanece tan rápido como aparece, y vuelve a su modo «CEO implacable».

—Si tienes una mejor propuesta, —dice finalmente, su tono cortante—, te escucho.

—Solo digo que, si cortas demasiado —le respondo mientras hojeo mis notas—, puede que acabemos sin la gente que realmente hace que esta empresa funcione.

Daniel se cruza de brazos, su mirada intensa fija en mí como si estuviera evaluando cada palabra.

—Entonces asegúrate de que los que queden sean los adecuados —responde, su tono firme—. Por eso estás aquí.

Me callo cuando entran los demás. A mi lado se sienta Sergio Guzmán, el experto en tecnología e innovación que Daniel trajo. Un tipo brillante, pero frío, obsesionado con la eficiencia tecnológica y la automatización. Su trabajo consiste en encontrar cualquier proceso que pueda ser sustituido por software o tecnología. Básicamente, si tu puesto de trabajo puede ser reemplazado por una máquina, Sergio lo va a hacer.

También están Carla Hernández, la directora de operaciones, es de esas personas que harían llorar a alguien por una célula en mal estado del Excel y Raúl Ferrer, el consultor externo especializado en reestructuraciones.

La sala de reuniones se llena de tensión mientras proyecto los datos de ventas en la pantalla. Todos están atentos, menos Daniel, que parece estarlo demasiado. Ya me entiendes. Siento su mirada fija en mí, evaluando cada palabra que sale de mi boca mientras presento el rendimiento de cada trabajador.

—Aquí tenemos los resultados del último trimestre —empiezo, pasando a los gráficos que muestran los números—. Como podéis ver, la mayoría de los empleados han alcanzado los objetivos establecidos, con algunas excepciones menores que estamos trabajando para corregir.

Paso a detallar el rendimiento de cada uno, destacando a aquellos que han superado sus metas y señalando a los que han tenido dificultades. Llego al nombre de Álvaro, y siento una ligera punzada en el estómago, pero no dejo que se note. Esto es trabajo, no personal.

—En cuanto a Álvaro, —digo, mostrando su gráfico—, ha estado a cargo de las principales campañas de marketing y, aunque hemos tenido algunos altibajos, en general, su rendimiento ha sido positivo. Su enfoque en el mercado digital ha traído resultados sólidos.

Daniel sigue observándome, su mirada no ha flaqueado ni un segundo. Puedo sentir su escepticismo incluso antes de que hable.

—No me parecen tan solidos —dice finalmente, su tono seco y directo. Sus ojos se fijan en el gráfico, pero luego regresan a mí, desafiantes.

Respiro hondo, sabiendo exactamente a dónde va esto.

—Bueno, tal vez no lo sea para ti —respondo, mi tono manteniendo una falsa calma.

Daniel se inclina hacia delante, sus brazos cruzados sobre la mesa.

—¿Valoras la eficiencia por el porcentaje o por los resultados netos? —pregunta, su tono es pasivo-agresivo, con esa ironía que apenas puedo soportar—. Porque, según mis cálculos, el aumento no ha compensado del todo el costo de las campañas.

Aquí vamos otra vez.

—Lo valoro por el impacto general —contesto, manteniendo mi voz firme—. Álvaro ha logrado posicionar nuestra marca en un segmento del mercado donde antes teníamos poca presencia. Eso, a largo plazo, generará ingresos más sostenibles.

Daniel frunce el ceño, claramente no impresionado.

—Me pregunto si ese es tu criterio objetivo —dice, su tono gélido—, o si estás dejando que tu juicio se nuble por... otras consideraciones.

Eso es un golpe bajo, y no puedo dejarlo pasar.

—Mi criterio es estrictamente profesional —respondo, con voz afilada—. No me dejo influir por relaciones personales cuando se trata de evaluar el trabajo.

Daniel me mira fijamente, sus ojos oscuros llenos de una mezcla de desafío y algo más, algo que apenas puedo identificar.

—Entonces, estarás de acuerdo en que debemos mantener un estándar de eficiencia claro y sin compromisos —dice, su tono controlado, pero con esa insidiosa duda sobre mi objetividad.

—Por supuesto, —replico, sin dejarme intimidar—. Y mi evaluación de Álvaro se basa en hechos, no en emociones.

El ambiente en la sala es tenso, y puedo ver a Jake tomando notas con un ligero fruncimiento en el ceño. Pero no me dejo intimidar.

—Bien —dice Daniel, inclinándose hacia atrás en su silla—. Entonces, si los resultados son tan sólidos, no tendrás problema en desglosar cada uno de los gastos y beneficios generados por esas campañas.

Es un reto, claro, pero no voy a retroceder.

—Por supuesto —respondo, volviendo mi atención al informe—. Te enviaré un análisis detallado, para que puedas ver cómo cada euro invertido ha sido rentable.

Daniel asiente, pero hay algo en su mirada que me dice que esto no ha terminado. Y sé que esta discusión, como todo lo que pasa entre nosotros, tiene un trasfondo que va más allá de los números.

Cuando la reunión termina, me quedo anclada en mi asiento, hirviendo de rabia. Cada músculo de mi cuerpo tenso, esperando a que todos salgan. Daniel me observa con la cabeza ligeramente ladeada, anticipando mis intenciones. Le dice a Jake que lo espere en el despacho y permanece en la sala, cruzando los brazos mientras los demás se van. Una vez que la puerta se cierra tras el último, me giro hacia él.

—¿Qué demonios te pasa? —le espeto, mi voz baja pero cargada de furia—. ¿Cómo te atreves a poner en duda mi objetividad delante de todos? Si no confías en mi criterio, ¿para qué coño me tienes en tu equipo?

Daniel no se inmuta, su mirada fija en la mía, como si mi rabia fuera solo un leve inconveniente.

—No es nada fuera de lo común que un jefe ponga en duda la eficacia de su personal —responde con frialdad, sin dejar de observarme—. Quizás tienes la piel muy de pollo.

Abro los ojos un momento confusa.

—¿Te refieres a la piel muy fina? —repito, mi tono subiendo un poco mientras lo señalo —lo corrijo, arqueando una ceja—. Si vas a usar frases hechas, al menos hazlo bien.

Sus ojos se estrechan, como si estuviera calculando cada palabra que va a decir.

—El punto es, Claudia —continúa, con una frialdad que me irrita—, que si no puedes separar lo personal de lo profesional, entonces sí que tengo todo el derecho a cuestionar tu criterio.

—Si no hubieras sabido que Álvaro es mi ex y lo que ocurrió entre nosotros, nunca habrías puesto en duda mi criterio. ¡Eso es personal! —termino, apretando los dientes.

Se queda en silencio por un momento, su mirada no flaquea, pero puedo ver una sombra de algo, tal vez una duda. Daniel se inclina hacia delante, y su tono cambia, se vuelve más serio.

—Estoy aquí para asegurarme de que esta empresa funcione a la perfección —dice, con una determinación que hace que mis palabras mueran en mi garganta—. Y parte de eso es asegurarme de que las personas en las que confío estén enfocadas en el trabajo, no en sus dramas personales. Lo que hagas fuera de esta oficina no me interesa —dice lentamente, con ese tono que utiliza cuando quiere dar por terminada una conversación—. Lo que me interesa es que nada de lo que ocurra en tu vida personal afecte tu capacidad para hacer tu trabajo. Y hasta ahora, tengo razones para dudar de que sea así.

Su tono es tan frío que podría congelar cualquier intento de réplica, pero no pienso dejar que me aplaste con su control emocional. Me acerco un poco más, desafiando la distancia entre nosotros, y veo cómo sus ojos siguen cada uno de mis movimientos, calculadores, como si fuera un problema que está esperando resolver.

—Lo que pasa fuera del trabajo no afecta mi capacidad para hacer mi trabajo aquí. Y lo sabes —respondo, cruzándome de brazos.

Nos quedamos mirándonos, y por un segundo pienso que va a responder con otro de sus comentarios afilados, pero en lugar de eso, simplemente asiente, como si la conversación fuera una batalla que no le interesa seguir librando.

—Mañana quiero ver el análisis de marketing en mi mesa, —dice finalmente, volviendo a su tono de jefe imperturbable—. Completo y detallado.

Asiento levemente, sabiendo que hoy me tocará hacer horas extras. No puedo creer que este sea el mismo hombre que me dejaba llorar sobre su hombro. Sin duda es el peor caso de míster Jekyll y míster Hyde que nunca he visto.

CAPÍTULO 9

Resoplo, masajeando la nuca. Las horas se me han escapado, y el silencio es ensordecedor, solo roto por el zumbido del aire acondicionado y el constante tecleo de mis dedos. Estoy a punto de cerrar el ordenador y darme por vencida, cuando escucho un ruido en la entrada de la oficina. Alzo la vista, alarmada.

Una figura alta se mueve entre las sombras, apenas visible. Mi corazón se acelera por un instante, pero en cuanto la silueta se acerca y la luz tenue ilumina su rostro, lo reconozco. Daniel.

¿Qué demonios hace aquí a estas horas?

Él también me ve, y aunque no dice nada, su mirada se encuentra con la mía y ambos quedamos paralizados un segundo. Es un momento extraño, como si el tiempo se detuviera.

Pero algo está mal. No, espera. Algo está muy bien. Está vestido con ropa deportiva. ¿Daniel Blake en pantalones de felpa, una sudadera oscura y zapatillas?

Me froto los ojos un segundo, porque el tipo que acabo de ver no tiene nada que ver con el hombre impecable en traje de todas las mañanas. Y, sin embargo, allí está, con una ropa que hace muy poco por ocultar lo bien definido que está.

Pero justo cuando estoy a punto de abrir la boca para preguntarle qué está haciendo aquí, oímos otro ruido, esta vez más cercano, proveniente de la entrada principal de la oficina.

Daniel también lo oye. En un movimiento rápido, se acerca a mi escritorio y sin decir una palabra me agarra del brazo. Me levanta de la silla antes de que pueda protestar y, con un tirón firme, me lleva al suelo, agachándonos detrás de mi cubículo.

—¿Qué estamos haciendo? —susurro, sin poder evitar que mi mano roce algo de su anatomía muy prominente cuando trato de acomodarme. Mierda. Su paquete.

Daniel salta ligeramente, tenso, y mi cara arde en una mezcla de incomodidad y vergüenza.

—Perdona, no fue a propósito —murmuro, intentando apartar mi mano lo más rápido posible, pero el daño está hecho.

—Sería difícil explicar qué hacíamos aquí los dos solos a esta hora —responde él, ignorando por completo el pequeño incidente, su voz baja y controlada, pero puedo ver cómo su mandíbula se tensa.

—¿Trabajar? —respondo, incrédula, como si esa fuera la excusa más absurda del mundo.

Antes de que él pueda seguir hablando, escuchamos una risa femenina a lo lejos. Una risa que viene acompañada de una voz masculina, y ambos parecen estar muy cómodos, demasiado cómodos. Las palabras son incomprensibles al principio, pero las connotaciones no dejan lugar a dudas. Lo que sea que está ocurriendo allá afuera, no tiene nada que ver con trabajo.

—O eso —dice Daniel, arqueando una ceja, su voz cargada de ironía.

Me acerco un poco más a él, bajando la voz al susurrar:

—Nadie creería eso. Todos piensan que eres un robot.

Daniel me mira, su expresión imperturbable, pero algo en sus ojos cambia ligeramente, como si estuviera a punto de reírse. No obstante, no lo hace, por supuesto.

Estamos tan apretados que no sé cómo demonios nos hemos metido en esto los dos. Daniel se ha dejado caer con la espalda contra una de las paredes laterales que delimitan la mesa, su cuerpo cubriéndolo casi por completo.

Una de sus rodillas está flexionada hacia arriba, permitiéndole apoyar el brazo con esa calma que parece no abandonarle ni siquiera en esta situación. Sus piernas, abiertas, rodean las mías, y yo... estoy de rodillas justo frente a él, atrapada entre sus muslos como si fuera la cosa más normal del mundo con la silla evitando mi escape justo detrás.

Siento su respiración casi en mi cuello, y el calor de su cuerpo es casi sofocante en este espacio tan reducido. Nuestros rostros están a centímetros de distancia, tanto que puedo ver cómo sus ojos me observan, con una mezcla de sorpresa y... ¿curiosidad? Todo esto es ridículo, y la situación solo empeora cuando las voces fuera se vuelven más claras.

—Quítate las bragas, voy a comerte el coño —dice la voz masculina, cargada de deseo y una brusquedad que me deja sin palabras.

Mis ojos se abren de par en par, y por un segundo, todo en mi cuerpo se tensa. Daniel parece haberse congelado también. Nos quedamos en silencio absoluto, apenas respirando, mientras los sonidos allá afuera se vuelven más explícitos. El susurro de la tela al deslizarse, el gemido ahogado de la mujer. Ninguno de los dos se atreve a moverse, como si cualquier movimiento pudiera atraer la atención de la pareja al otro lado de la puerta.

Estamos tan juntos que puedo sentir el pulso de Daniel acelerarse, o tal vez sea el mío. Mi corazón late con fuerza, y no sé si es por la situación comprometida en la que estamos, o por la proximidad de su cuerpo al mío. Probablemente ambas cosas.

—Te encanta cómo te lo hago, ¿verdad Beatriz? —dice la voz masculina, entrecortada por la respiración pesada—. Córrete en mi boca.

Mis ojos se abren como platos al escuchar ese nombre y siento cómo Daniel se tensa aún más. Así que es ella. Fantástico.

—Te voy a follar tan duro que no podrás caminar mañana.

La respuesta de Beatriz es un gemido ahogado, su respiración rápida y cargada de un placer que parece traspasar las paredes del cubículo.

—Dios, más rápido —murmura la mujer, y el ruido de la piel chocando contra piel se vuelve más insistente. Luego, suelta entre gemidos—: ¡No pares, así, justo ahí!

—Dios, estás tan mojada... Voy a meterte la lengua hasta el fondo —gruñe el hombre, y puedo imaginar su sonrisa lasciva al decirlo.

El grito ahogado de la mujer retumba en el silencio de la oficina, tan fuerte que, por un segundo, temo que alguien más pueda escucharlo. Mis ojos se abren de par en par y no puedo evitar murmurar:

—Joder, debe ser bueno —murmuro.

Instintivamente, trato de levantar un poco la cabeza para ver quién es, pero antes de que pueda asomarme, Daniel me detiene. Su mano se mueve rápidamente, apretando mi hombro y tirando de mí hacia él, haciendo que me quede pegada a su cuerpo.

—No lo hagas. No mires. Y si son... —susurra con urgencia, su voz más tensa de lo habitual.

Me quedo quieta, casi pegada a su torso, con mis manos apoyadas en el suelo alrededor de su cintura, sintiendo el calor que emana de su cuerpo. Mi corazón se acelera, aunque no sé si es por la situación ridícula en la que nos encontramos o por lo cerca que estamos.

—No puede ser Álvaro —le digo en voz baja, tratando de reprimir una sonrisa—. Te aseguro que él no es tan bueno con la lengua.

Daniel me mira, sorprendido por mi comentario, pero hay algo más en su expresión, como si estuviera procesando mis palabras de una manera diferente. Trato de mantener la seriedad, pero la situación es tan absurda que siento una risita burbujeando dentro de mí.

—Te lo digo en serio, no es él —añado, aún más divertida por el giro que ha tomado todo—. Álvaro... no tiene esa habilidad.

Lo digo sin pensar, una broma para aliviar la incomodidad, pero las palabras cuelgan en el aire entre nosotros, llenas de una extraña mezcla de sarcasmo y confesión. Daniel me mira fijamente,

sus ojos oscurecidos por algo que no logro descifrar del todo. La presión de su mano en mi brazo se relaja ligeramente, pero no me suelta.

Mientras tanto, la pareja fuera sigue en su propia burbuja de placer. Los sonidos húmedos, los jadeos, y las palabras descaradas hacen que todo sea aún más intenso. Estoy tan consciente de cada respiración de Daniel, de cada roce de su cuerpo contra el mío. Y, a pesar de la situación, mi propio cuerpo responde de una manera que no quiero admitir.

—No pares, no pares... —gime la mujer, su voz rota por el placer—. ¡Voy a correrme, Dios, ¡sí!

—Tampoco dura tanto —añado viendo que la intensidad de esos dos no disminuye.

Daniel suelta una risa baja y seca, casi inaudible, pero lo suficiente para que lo sienta vibrar contra mí, su pecho subiendo y bajando lentamente mientras seguimos escondidos.

Se mueve ligeramente, lo suficiente como para que su rodilla roce mi costado. Mi respiración se corta por un segundo, el contacto es breve pero tan cargado de tensión que mi mente se queda en blanco. No puedo evitarlo: todo en este espacio es demasiado pequeño para la cantidad de incomodidad que ahora siento.

Y sinceramente, mis brazos ya empiezan a temblar de sujetarme en ellos y mis rodillas se debaten entre resistir el tembleque o caer encima de él de lleno. Todo muy profesional, claro.

Intento mantenerme en pie «bueno, técnicamente, de rodillas», pero cada pequeño movimiento parece empujarme más hacia él. Y su maldita respiración, tan lenta y controlada, contrasta con la mía, que parece la de alguien que está a punto de correr una maratón. Genial, Claudia. Fantástico.

—Vaya, parece que están disfrutando más que nosotros —murmura Daniel, su tono bajo, cargado de una ironía que me hace rodar los ojos—. ¿Es costumbre aquí? ¿Siempre se usa la oficina como zona de juegos después del horario laboral?

—No... bueno, no que yo sepa —respondo, intentando que mi voz no suene tan temblorosa como me siento. Mi corazón late como si me hubiera subido corriendo los cuatro pisos—. Pero ya sabes... el morbo de hacerlo en sitios prohibidos.

—¿Ah, te va el morbo, Claudia? —susurra él, con esa voz calmada pero afilada que me hace preguntarme si realmente está hablando en serio o solo quiere verme retorcerme un poco más.

Le lanzo una mirada de «no me jodas» mientras intento acomodarme sin caerme encima, pero... la verdad es que sí. Vamos, ¿a quién no?

—¿A ti no? —consigo decir, aunque mi voz suena más entrecortada de lo que me gustaría.

No responde de inmediato. En cambio, se inclina ligeramente, sus labios rozando mi oído cuando susurra:

—Creo que ambos sabemos la respuesta a eso.

—La verdad es que no. —Respondo, sincera de golpe, sin pensarlo dos veces—. Eres un enigma, Blake. Difícil de leer.

Él se queda en silencio un momento más, como si procesara mis palabras. Su respiración parece desacelerarse un poco, pero no puedo ver su expresión desde esta posición.

—Claudia —dice lentamente, su voz ronca—. Lo difícil aquí no soy yo. Lo que es difícil de entender... es lo que haces conmigo.

El calor de su cuerpo se siente aún más presente contra el mío. La tensión entre nosotros es casi tangible, mientras nuestros rostros permanecen peligrosamente cerca.

—¿A qué te refieres? —pregunto en voz baja, sintiendo cómo mi pulso se acelera de nuevo.

—Eres todo lo que debería evitar —susurra, cada palabra más cargada de lo que esperaba—. Una empleada que todavía no ha superado a su ex y que me ve solo como un martillo que golpea un clavo.

—Se dice «un clavo saca otro clavo» —lo corrijo automáticamente, aunque mi voz suena más débil de lo que esperaba.

—¿Es así? —pregunta, ladeando la cabeza con una sonrisa apenas perceptible.

—El refrán sí.

Daniel suelta una risa baja, su aliento cálido rozando la piel de mi cuello, enviando un escalofrío por mi espalda.

—Tal vez me guste el morbo más de lo que quiero admitir, —susurra, inclinándose aún más cerca, hasta que sus labios rozan la piel de mi mandíbula. El contacto es sutil, casi accidental, pero no hay duda de que lo ha hecho a propósito.

Fuera, los gemidos continúan, más altos, más desenfrenados.

—Voy a... —jadea la mujer, su voz cargada de placer—. Dios, sí, justo ahí...

Trato de mantenerme firme, pero la situación, la cercanía de Daniel, el roce constante de su cuerpo contra el mío, todo me tiene al borde.

—Tienen que estar exagerando —susurro, tratando de aliviar la tensión con mi habitual

sarcasmo—. Nadie hace tanto ruido solo por... eso.

Daniel me mira de reojo, sus ojos brillando con una chispa de diversión.

—¿Que nadie hace tanto ruido? —murmura, inclinándose aún más, su tono cargado de provocación—. Tú tampoco te quedas corta cuando... —Sus labios casi tocan los míos—. Y eso que fue algo rápido y apresurado.

El calor sube a mis mejillas, y no puedo evitar recordar aquella noche, el frenesí, la urgencia. Cierro los ojos por un segundo, tratando de ignorar el efecto que sus palabras tienen en mí.

—Ojalá te hubieras quedado por la mañana. Te hubiera demostrado que puedo hacerlo mucho más lento... y mucho más intenso —murmura Daniel, su voz baja y cargada de promesas.

Su aliento cálido me estremece y el peso de sus palabras se cuela bajo mi piel, despertando algo que intento mantener bajo control. La cercanía, el roce de su cuerpo, el calor que emana de él... todo parece una provocación directa, y mis pensamientos empiezan a nublarse.

—¿Mucho más intenso? —susurro, intentando sonar indiferente, pero la tensión en mi voz lo traiciona todo.

Él sonríe, un gesto casi imperceptible pero que siento en cada célula de mi cuerpo.

—Mucho más —responde, sus labios tan cerca de los míos que podría inclinarme un poco y cerrar la distancia en un segundo. Pero no se mueve, no cierra la distancia. En cambio, deja que el aire entre nosotros se cargue aún más, como si quisiera hacerme sentir cada segundo de espera—. Y, créeme, me quedé con ganas de mucho más.

CAPÍTULO 10

Muevo mis manos y las apoyo contra su torso, y noto cómo su cuerpo reacciona bajo mis dedos. Los músculos tensos, la respiración entrecortada. Y aunque trato de mantener la calma, la proximidad es demasiado para ignorarla.

—Tal vez deberías haberlo dicho antes —susurro, mi tono más mordaz de lo que pretendía, intentando mantener el control—. Porque ahora no creo que tengas otra oportunidad.

Daniel sonrío, pero es una sonrisa cargada de algo oscuro, de promesas no cumplidas.

—¿Estás segura? —pregunta, su voz tan baja que casi no lo oigo.

Intento no dejar que me afecte, pero su boca, tan cerca de la mía, me está volviendo loca. Noto la fricción entre nosotros, el roce sutil que sigue provocando que todo mi cuerpo reaccione, y aunque lo niego, la atracción es innegable. Mi corazón late tan fuerte que siento que podría estallar en cualquier momento.

—Completamente —respondo, aunque ni yo misma me lo creo del todo, ahora mismo.

—Mientes —dice, su tono lleno de confianza—. Lo que pasó esa noche... y lo que está pasando ahora... —Se detiene, y sus labios rozan ligeramente los míos, apenas un toque, pero suficiente para que mis nervios estallen—. No puedes fingir que no lo sientes.

El calor de su cuerpo me envuelve, y, por un segundo, me pregunto si debería detener esto. Pero mis manos, que ahora se aferran a su sudadera, me traicionan. Suelto un suspiro involuntario cuando sus labios bajan hasta mi cuello, apenas rozando mi piel, pero la suficiente como para que mi cabeza empiece a girar.

—¿A qué estás jugando? —pregunto, con una mezcla de sarcasmo y deseo en mi voz, tratando de mantener un poco de control, pero me siento derrumbar poco a poco.

—No estoy jugando —responde, su aliento cálido contra mi oído—. Estoy siendo muy claro contigo.

—¿Claro? —repito, mi tono cargado de incredulidad, pero mi respiración acelerada me delata—. No creo que esto tenga nada de claro.

Daniel levanta la cabeza y me mira, sus ojos oscuros, llenos de deseo contenido, casi me queman y en un movimiento que no veo venir, toma mi mano y la coloca sobre su sexo, por

encima del pantalón deportivo. La tela suave es una barrera mínima, y la dureza de su erección es inconfundible, caliente, palpitante. Es una provocación descarada, una que me muestra al Daniel que es puro fuego bajo esa fachada de frialdad.

—¿Te ha puesto cachondo escuchar a la pareja? —le provoco, mi voz un susurro cargado de desafío, intentando mantener algo de control en medio de este caos.

Sus ojos no se apartan de los míos mientras responde, su tono bajo y grave.

—Sabes que no ha sido eso dice, mientras sus labios, sin aviso, rozan los míos, apenas un roce que me deja congelada en mi sitio, como si el aire de repente se hubiera evaporado.

El silencio que sigue entre nosotros es ensordecedor. No hay más sonidos de la pareja, solo el latido frenético de mi corazón y la respiración pesada que compartimos. Todo lo que queda en esta oscuridad somos nosotros dos, atrapados en esta tensión que amenaza con devorarnos.

Y entonces, antes de que pueda procesarlo, siento la presión suave de sus labios contra los míos, firme, decidida, pero sorprendentemente controlada. No es un beso agresivo ni hambriento, es lento, casi experimental, como si quisiera medir mi respuesta, explorarme.

Su lengua roza mis labios, tan suavemente que es casi imperceptible, pero lo suficiente como para hacerme cerrar los ojos, entregándome al contacto. El vello de su barba acaricia mi barbilla, más suave de lo que jamás habría imaginado, y todo mi cuerpo se tensa y luego se relaja, como si solo estuviera esperando esta señal para dejar de luchar contra lo inevitable.

Me dejo hacer, sin moverme, sintiendo cómo su boca explora la mía sin prisa, deslizándose sobre mis labios con una delicadeza inesperada. Su mano se mueve, agarrando ligeramente la parte baja de mi espalda, pero no tira de mí. No lo necesita, ya estoy demasiado cerca, demasiado metida en este instante que parece extenderse por siglos.

Dejo que mis dedos recorran su erección, firme y dura, notando cómo reacciona inmediatamente bajo mi toque. La tela del chándal apenas oculta lo que está pasando debajo, y cada vez que lo acaricio, puedo sentir cómo palpita contra mi mano, como si cada centímetro estuviera más que listo. El calor que emana de él se me mete bajo la piel, y me cuesta concentrarme en algo que no sea lo que estoy tocando.

Daniel cierra los ojos un segundo, su respiración cambia, se vuelve más pesada. Está disfrutando de esto. Lo noto en la manera en la que sus músculos se tensan, en cómo su cuerpo empieza a responder. Es imposible no sentirme en control cuando lo tengo así, a mi merced.

Deslizo mis dedos hasta el borde del chándal y tiro del cordón para desatarlo. Él no se mueve, pero su respiración sigue alterada, y sé que está aguantando cada segundo como si intentara no

perder el control del todo. Bajo el pantalón lo suficiente como para liberar su erección, y lo que veo me hace contener la respiración.

Es grande, grueso, imponente. No hay sutileza en esto. Lo tengo delante, tan real que me resulta casi abrumador. Lo rodeo con las manos, y apenas puedo abarcarlo por completo. Su piel está caliente, tensada sobre cada vena que sobresale con fuerza. Lo acaricio lentamente, notando cómo su cuerpo reacciona, cómo su respiración se vuelve más errática con cada movimiento.

Cuando mis manos alcanzan sus testículos, los siento pesados, llenos, apretados contra su cuerpo. Los acaricio con cuidado, sintiendo cómo se tensan en respuesta a mi toque. Están perfectamente rasurados, lo que me sorprende un poco y, al mismo tiempo, me encanta. La sensación de la piel lisa y suave bajo mis dedos contrasta con la dureza de su erección.

Tiro de sus testículos, acercándolos hacia mí, y antes de pensarlo demasiado, los meto en mi boca. El gemido que sale de él es bajo, gutural, y su mano se apoya en el borde de la mesa, aferrándose como si necesitara un punto de apoyo. Su cuerpo se tensa, y sé que está luchando por no dejarse llevar del todo.

Cuando dejo que mi lengua recorra el tronco de su erección, él suelta un suspiro profundo, casi un gruñido. Le rodeo la punta con los labios, saboreando el líquido preseminal que ya ha salido. Es salado, intenso, y mientras juego con mi lengua, noto cómo todo su cuerpo reacciona.

—Joder, Claudia... —murmura, con la voz rota por el placer.

Ese sonido, tan vulnerable, tan cargado de deseo, me enciende aún más. Devoro su miembro entero, dejándolo entrar hasta el fondo de mi garganta, y el gemido que suelta me dice que lo estoy volviendo loco. Acelero el ritmo, aumentando la presión mientras lo siento crecer aún más en mi boca, duro como una maldita piedra.

—Dios... —jadea, y su mano se enreda en mi pelo, guiando mis movimientos con más fuerza.

Subo y bajo, dejándolo deslizarse entre mis labios mientras mi lengua explora cada centímetro. Siento cómo se tensa, cómo su cuerpo está al borde, y aumento el ritmo, apretando más, llevándolo al límite. Sé que está a punto, lo noto en cada pulso, en cómo su respiración se vuelve incontrolable.

De repente, su cuerpo se tensa, y lo siento correrse con fuerza dentro de mi boca. Su semen caliente me llena la garganta, y no me aparto, lo recibo todo, sintiendo cómo sus músculos vibran con cada contracción. Lo sostengo hasta el final, disfrutando de cada segundo de su liberación.

Cuando finalmente se relaja, su respiración sigue siendo pesada, y aunque ya ha terminado, el ambiente entre nosotros sigue tan cargado como antes. Daniel me mira, su rostro todavía

vulnerable, sus labios entreabiertos, y por primera vez, parece que ha perdido completamente el control.

—Joder... —murmura, pasándose la mano por el pelo, intentando recomponerse—. Eres jodidamente peligrosa, Claudia.

Me limpio el borde de los labios con la mano y lo miro, sin decir nada, pero con una sonrisa satisfecha.

Su otra mano, que aún está en mi cabello, me acaricia suavemente, como si no quisiera dejarme ir del todo.

—No tenías que hacerlo... pero joder, lo necesitaba.

De repente, me doy cuenta de que los gemidos, las palabras descaradas y los ruidos de la pareja han desaparecido. Ya no están. La oficina vuelve a estar vacía, salvo por nosotros dos, que seguimos bajo el escritorio, respirando pesadamente, tratando de procesar lo que acaba de pasar.

Justo en ese momento, mi móvil vibra en el bolsillo de mi chaqueta. Saco el teléfono y veo el nombre de mi hermana en la pantalla.

—Mierda —murmuro mientras me incorporo rápidamente, recordando de golpe lo que había olvidado.

Hoy es el cumpleaños de mi hermana y llego tarde.

Empiezo a levantarme apresuradamente, intentando recomponerme, pero Daniel me mira con incredulidad mientras me ajusto la ropa.

—¿Qué? —pregunta, su tono lleno de frustración—. ¿Piensas irte de nuevo así sin más?

Su pregunta me hace detenerme, pero solo por un segundo. Le lanzo una mirada rápida, todavía recuperando el aliento.

—Daniel, lo siento, pero de verdad tengo que irme. Es mi hermana... —intento explicarle mientras me pongo de pie.

—¿Otra vez vas a huir? —dice, su tono teñido de algo más que frustración mientras se incorpora de un solo movimiento.

Me detengo un segundo para observarlo. Se nota que va al gimnasio, cada músculo tenso bajo esa sudadera que hace poco por ocultar su físico. Aunque, pensándolo bien, gracias a mi práctica de yoga, no tengo nada que envidiar.

Lo mío es flexibilidad... y vaya que la he necesitado para manejar su enorme y vigoroso «instrumento» antes.

Empiezo a retroceder mientras siento el peso de su mirada clavado en mí. Él se pasa la mano por el pelo, claramente frustrado, y por un momento parece que va a decir algo más, algo que podría complicar aún más esta situación.

—Daniel, no tengo tiempo para esto —digo, más para convencerme a mí misma que a él, mientras me esfuerzo por no quedarme atrapada en esa mirada intensa. Mi corazón aún late desbocado, pero no puedo pararme a analizar todo lo que acaba de pasar.

—Siempre tienes una excusa —responde, su voz baja, pero llena de un reproche que no puedo ignorar—. Solo espero que esta sea buena.

Lo es.

Justo cuando alcanzo el pomo de la puerta, oigo su voz, firme y controlada como siempre, aunque ahora con un matiz que me hace sonreír para mis adentros.

—Y quiero ese informe mañana por la mañana en mi mesa —me advierte.

Pero después de lo que acaba de pasar, esa advertencia no parece tan aterradora. De alguna forma, después de moldearlo como arcilla entre mis manos, controlando cada reacción, cada suspiro, la exigencia en su tono suena casi ridícula. Me muerdo el labio, tratando de ocultar una sonrisa.

CAPÍTULO 11

Cuando llego al Restaurante Botín, el más antiguo del mundo según el Guinness, el ambiente me golpea de inmediato. Las paredes de ladrillo, el olor a cochinillo asado y el bullicio típico de los clientes crean un escenario acogedor, casi nostálgico. Es uno de esos sitios emblemáticos de Madrid donde los turistas van en masa, pero para nosotros siempre ha sido un refugio. No es solo la comida, es la historia, es el peso de los recuerdos que hemos construido aquí.

Mi padre y mi hermana ya están sentados en nuestra mesa de siempre, justo en la esquina que da al pequeño ventanal con vistas a la calle.

—¡Clau! —exclama mi hermana, levantando una mano para saludarme. Su silla de ruedas está a un lado de la mesa, dejando espacio para que se acerque, pero ese espacio vacío siempre parece mucho más grande de lo que realmente es.

Me apresuro a acercarme, rodeándola con un brazo para darle un abrazo que, por un instante, hace que todo lo demás desaparezca.

—¡Felicidades! —le digo, inclinándome para abrazarla con una mezcla de cariño y culpa—. Siento llegar tarde.

—No te preocupes —responde, su tono suave y lleno de comprensión—. Sé que estás ocupada.

La palabra «ocupada» me suena tan irónica en estos momentos. Aquí estoy, después de haberme enredado en una oficina vacía con mi jefe, cuando debería estar centrándome en lo que realmente importa. ¿Ocuparme de qué? ¿De un hombre al que tampoco importo? Sí, claro, muy ocupada.

—Espero que no te hayas comido todo el jamón —le digo a mi padre, tratando de poner un tono de reproche, pero mi voz se quiebra en una risa.

—Nah, solo la mitad —responde él, dándome un apretón de manos firme y afectuoso—. Pero si llegas a tardar cinco minutos más, habría sido todo mío.

—Te creo, papá. —Me siento junto a ellos, sintiendo una calidez que no he sentido en todo el día. Aquí, con ellos, todo parece más sencillo, más real.

Mi hermana, siempre tan atenta, me mira con ese brillo en los ojos que me recuerda que no se le escapa nada.

—¿Qué pasa, Clau? —pregunta, con una mezcla de preocupación y esa perspicacia que la

caracteriza—. ¿Cómo va todo en la oficina? Seguro que tu «nuevo jefe» te ha mantenido muy entretenida.

Miro de reojo a mi padre, que no tiene ni idea de lo que implica esa palabra. Pero Sofía sí. Lo sabe todo. Y cuando digo todo, es TODO.

—Ya sabes, lo de siempre —le digo, quitándole importancia mientras me siento. No necesito más interrogatorios, por favor—. He llegado a la conclusión de que es una versión moderna del T-1000 de «*Terminator*», pero con mucho más peligro y encanto que Schwarzenegger.

Sofía suelta una risita, pero no insiste más. Menos mal. Ella sabe lo justo para dejarme en paz, aunque por dentro esté muriendo de ganas de hacer más preguntas.

—¿Y Álvaro? —interviene mi padre, su tono cambiando a uno más serio. Es obvio que el tema sigue siendo delicado para él. Desde que todo se fue al traste, él ha guardado un rencor silencioso, pero contundente, hacia mi ex.

Suspiro y dejo el vaso de vino que me he llevado a los labios sobre la mesa. No quiero que esta cena se convierta en una sesión de terapia familiar, pero sé que no puedo evitarlo. Así que decido enfrentar el tema de frente.

—Álvaro... sigue siendo Álvaro. Está en la oficina, intenta ser amable, pero es complicado. Especialmente después de todo lo que pasó.

—¿Amable? —Mi padre resopla, su voz teñida de sarcasmo—. ¿Ese imbécil tiene el valor de actuar como si no hubiera destrozado tu vida?

—Papá... —intento calmarlo, aunque entiendo su reacción. No fue fácil para él, ni para mi hermana, verme pasar por todo aquello.

—Mira, Clau —continúa mi hermana, con su tono suave pero firme—, te apoyamos en lo que decidas, pero no puedo olvidar lo que hizo. Es difícil confiar en alguien que... bueno, que te fue infiel.

—Lo sé, lo sé —respondo, mi voz más baja—. Y no lo defiendo. Fue un cobarde, lo sigue siendo. Pero no puedo seguir cargando con ese peso toda la vida. Ya tengo suficiente con lo que pasó con... —me detengo un momento, mi voz se quiebra al recordar—... con mamá.

Y ahí está. El elefante en la habitación, el tema que siempre pesa sobre nosotros. El accidente. Ese maldito accidente que cambió nuestras vidas para siempre. Mi madre debería estar aquí, riendo con nosotros, lanzando uno de sus comentarios ingeniosos y con una copa de vino en la mano.

La culpa me atenaza, como una maldita serpiente que no me suelta. Yo debía estar en ese coche aquella noche, no mi madre. Yo debía haber ido a recoger a mi hermana de esa fiesta en la que terminó borracha, pero estaba atrapada en la oficina, lidiando con una crisis de última hora.

Era una noche crucial para mi carrera, una reunión con inversores clave que podría definir el futuro de mi departamento. Mi jefe, un imbécil que nunca entendió el concepto de «fuera de horario», decidió que esa era la noche perfecta para cerrar el trato. No podía decir que no, no después de haber trabajado tan duro para llegar a ese punto. Así que, cuando llamé a mi madre para pedirle que fuera en mi lugar, su respuesta fue inmediata y sin reproches.

—No te preocupes, cariño, me encargo de ello. Solo concéntrate en lo tuyo —me dijo con esa voz tranquilizadora que siempre tenía para mí. Yo estaba estresada, agobiada por el peso de mi responsabilidad en el trabajo, y me aferré a esa salida fácil, sin saber que estaba condenando a mi familia.

Fue una decisión rápida, un «solo por esta vez» que se convirtió en una cadena perpetua de arrepentimiento. Mi madre nunca volvió. El coche derrapó en una curva en la Gran Vía, justo en el cruce con la calle Alcalá, uno de esos lugares emblemáticos de Madrid que, por alguna razón, siempre ha sido peligroso en una noche lluviosa. Mi madre murió en el acto, y mi hermana... mi hermana salió viva, pero nunca volvió a caminar.

Desde entonces, he cargado con el peso de saber que, si hubiera sido yo quien fuera a recogerla, tal vez todo habría sido diferente. Tal vez ellas estarían bien. Tal vez yo no estaría aquí, tratando de justificar cada elección que hago, sabiendo que todas ellas están teñidas por esa noche.

Por eso soy como soy, por eso me esfuerzo tanto en mi trabajo, porque siento que, si no lo hago, todo el sacrificio, todo el dolor, no habrá valido la pena. Es mi forma de pagar una deuda que sé que nunca podré saldar.

—Eres la única que nos mantiene a todos unidos, Clau —dice mi padre, dándome un apretón en la mano—. Mamá estaría orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

La conversación en la mesa sigue fluyendo con ese tono familiar que siempre logra calmarme, a pesar de los recuerdos dolorosos. Pero justo cuando estoy empezando a sentir que todo está en su lugar, algo inesperado ocurre. La puerta del restaurante se abre, y lo veo entrar.

Daniel Blake.

¿Qué demonios hace aquí? Me quedo paralizada por un segundo, tratando de procesar la escena. Este no es precisamente el tipo de lugar donde esperaría ver a Daniel, el señor «el trabajo es mi vida». Pero ahí está, en carne y hueso, y mi mente se inunda con recuerdos recientes que hacen

que mi estómago se encoja.

Acabo de tener... bueno, «eso» en mi boca, y ahora está aquí, en el mismo lugar donde estoy con mi familia. Genial, Claudia, esto es justo lo que necesitabas para completar el día.

Se ha cambiado de ropa de nuevo, ahora luce como si acabara de salir de una ducha revitalizante. Está fresco como una maldita lechuga, con esos vaqueros ajustados que le sientan de maravilla y un jersey en color crudo que resalta aún más su perfecto aspecto. Él parece sacado de un catálogo de moda casual, y yo... bueno, parezco la loca del traje...

Intento evitar el contacto visual, pero es imposible. Daniel ya me ha visto. Por un breve instante, su expresión parece reflejar la misma sorpresa que la mía, pero rápidamente la reemplaza con su habitual máscara de compostura.

Se acerca a nuestra mesa, y la situación se vuelve aún más incómoda.

—Claudia —saluda con esa voz firme que siempre utiliza, aunque esta vez suena un poco más suave, casi... cortés.

—Jefe —respondo, mi tono tratando de mantenerse neutral, pero sintiendo el calor subir por mi cuello—. ¡Qué sorpresa!

Es entonces cuando veo cómo los ojos de mi hermana se abren como platos. Su mirada va de Daniel a mí, y una sonrisa pícara se dibuja en su rostro. Me lanza una mirada que grita «¿Este es? Madre mía, qué bueno está». O eso creo.

Antes de que pueda inventar algo para sacarlo de la mesa, mi padre, que siempre es más hospitalario de lo que debería, se levanta con una sonrisa de oreja a oreja y le ofrece la mano.

—¿Es este el famoso jefe de Claudia? Soy Carlos Martín, el padre de esta chica a la que haces trabajar tanto —dice, con esa cordialidad de padre orgulloso, ignorando por completo la situación tan ridículamente incómoda que estoy viviendo.

Daniel estrecha la mano de mi padre con una sonrisa educada, aunque puedo notar que está un poco fuera de su elemento.

—Un placer conocerle, señor Martín —Daniel se gira hacia mí, y por un momento, su mirada se suaviza—. Estaba por la zona y recordé que Claudia me habló de este lugar. Me dijeron que aquí sirven un albariño excelente y como... me han dejado plantado...

Mi padre asiente, sin entender el subtexto.

—¡Claro! El Mar de Frades, uno de los mejores albariños que puedes encontrar en Madrid. Por favor, siéntese con nosotros, Daniel. No todos los días tenemos a alguien tan importante en

nuestra mesa.

—No, de verdad, no quiero ser inoportuno... —empieza a decir Daniel, pero Sofía, con esa sonrisa traviesa que nunca falla, lo interrumpe.

—No es una molestia. Vamos, siéntate.

Lanzo una mirada rápida a Sofía, que me devuelve una sonrisa inocente, aunque sé que se está divirtiendo con la situación. Mi padre, ajeno a las implicaciones, solo asiente con entusiasmo.

—Sofía Martín —dice ella, extendiendo su mano con una sonrisa radiante—. La hermana menor y más encantadora.

Daniel estrecha su mano, devolviéndole la sonrisa.

—Encantado, Sofía.

Daniel se sienta, y mientras lo hace, noto que sus ojos se encuentran con los míos, solo por un segundo. Un segundo que parece eterno, lleno de esa tensión densa que solo nosotros entendemos. Intento centrarme en cualquier otra cosa, pero no puedo evitar sentir que esto es demasiado surrealista.

—Así podemos confirmar si Claudia no exageraba cuando decía que eres un hombre... digamos, muy eficiente —dice Sofía con una risita.

—Bueno, ya saben lo que dicen, a quien trabaja, Dios le da pan.

No puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Es a quien madruga, Dios le ayuda, Daniel. Aunque claro, eso explica por qué crees que el descanso no es una opción —le corrijo, mirando a mi padre, que trata de no reírse también.

Él se ríe suavemente, consciente de su error, y me lanza una mirada que parece desafiarme a corregirlo otra vez. Pero hay algo en su sonrisa, algo más relajado y casi... humano, que me hace cuestionar, aunque sea por un segundo, la imagen que tengo de él.

—Bueno, eso explica por qué no recibo suficiente pan en las reuniones de la mañana —responde, con un tono seco que hace que mi padre suelte una carcajada.

Sofía, siempre curiosa y con una sonrisa que promete travesura, no tarda en lanzarse al ataque con sus preguntas. Yo, por supuesto, me quedo en silencio, esperando a ver cómo maneja Daniel la situación.

—Entonces, Daniel, —empieza Sofía mientras toma un sorbo de su vino—, Claudia apenas nos ha contado cosas sobre ti. ¿De dónde eres exactamente? Porque ese acento no es muy madrileño

que digamos.

Daniel sonríe, relajándose un poco en la silla mientras responde.

—Soy de Nueva York, nací y crecí allí. Pero he vivido en varios lugares, Londres, Tokio, y ahora Madrid.

—¡Vaya! —exclama mi padre, claramente impresionado—. Parece que tienes más millas acumuladas que un piloto de Iberia.

—Algo así —responde Daniel con una sonrisa.

—¿Y qué tal llevas el cambio? Madrid y Nueva York deben ser dos mundos completamente distintos —interviene mi hermana ávida de información.

Daniel asiente, tomando un sorbo de vino antes de responder.

—Sí, es un cambio grande. Nueva York es una ciudad que nunca duerme, todo es rápido y frenético. Madrid tiene un ritmo diferente, más relajado, pero también con mucha vida. Lo que más me ha impresionado es la historia que se respira en cada rincón, algo que no se encuentra en la misma medida en Nueva York. Y, como habrán notado, todavía tengo que mejorar mi español... y mis refranes.

Sofía se ríe, relajando el ambiente aún más.

—No te preocupes, todos tenemos que aprender en algún momento. Pero dime, ¿siempre has trabajado en reestructuraciones? Porque parece un trabajo... difícil, por decirlo con suavidad.

—Sí, es un trabajo desafiante. —Su tono se vuelve más serio—. Normalmente me ocupo de las finanzas, pero de vez en cuando me especializo en reestructuraciones. Es complicado, porque significa tomar decisiones difíciles, sin embargo, me gusta pensar que estoy ayudando a las empresas a encontrar un camino sostenible a largo plazo. A veces no soy el más popular en la oficina, pero intento que lo que hago tenga un impacto positivo.

Sofía no se da por vencida y continúa, con ese brillo en los ojos que indica que no va a dejar pasar esta oportunidad de indagar más.

—¿Y cómo es trabajar con Claudia? —pregunta, lanzándome una mirada rápida—. Porque ella puede ser bastante... intensa cuando se lo propone.

Mi padre suelta una risa, claramente disfrutando de la conversación. Yo, por otro lado, quiero que la tierra me trague.

Daniel me lanza una mirada antes de responder.

—Claudia es una profesional increíble —dice, con una seriedad que me toma por sorpresa—. Tiene una capacidad única para ver el panorama completo y tomar decisiones difíciles. Es alguien en quien puedo confiar, incluso en las situaciones más complicadas.

No puedo evitar sonrojarme un poco ante su respuesta, pero Sofía, por supuesto, no se detiene ahí.

—¿Y qué haces cuando no estás trabajando? —pregunta, claramente interesada en saber más—. Porque no me imagino que alguien como tú solo se dedique al trabajo.

Daniel sonríe, pero esta vez hay algo en su expresión que parece un poco más personal.

—Intento mantenerme activo, hago ejercicio, juego al rugby, aunque no de manera profesional, corro, a veces leo... pero, sí, debo admitir que el trabajo ocupa la mayor parte de mi tiempo.

—¿Correr? —interviene mi padre—. Pues Madrid tiene sitios estupendos para eso. El Retiro, por ejemplo, o la Casa de Campo.

Daniel asiente.

—Sí, he corrido en El Retiro algunas veces. Es un lugar increíble para desconectar un poco.

Mi cerebro hace cortocircuito. *Correr, claro. Tú y yo sabemos que lo que has hecho ha sido correrte, pero no en El Retiro precisamente.* Me muerdo la lengua para no soltar nada inapropiado, pero...

—Vaya, no sabía que... corrías tanto —suelto, antes de que mi cerebro logre frenar a mi boca.

Los ojos de Sofía se abren como platos, lanzándome una mirada de «¿en serio acabas de decir eso?». Daniel, sin embargo, mantiene la compostura, aunque veo ese brillo travieso en sus ojos que me confirma que ha pillado el doble sentido de mis palabras. Sonríe muy tranquilo, como si nada.

—Bueno, siempre es bueno mantenerse en forma —responde, muy tranquilo, pero sé que no está hablando solo de deportes—. Nunca sabes cuándo vas a necesitar resistencia extra.

El aire entre nosotros se carga por un segundo, y Sofía, siempre rápida, interviene con una pregunta que no me esperaba.

—¿Resistencia extra? —repite ella, arqueando una ceja con esa sonrisa pícaramente inocente que solo usa cuando está a punto de ir más allá—. ¿Te refieres a nivel personal o profesional?

Daniel sonríe, pero hay algo en su mirada que sugiere que sabe exactamente lo que Sofía está insinuando. Mantiene la calma como si fuera inmune a este tipo de comentarios.

—Digamos que ambas cosas son importantes —responde, su tono firme, pero con un matiz sutil que no puedo dejar pasar.

Sofía me mira y se encoge de hombros, como diciendo «¿ves? *Solo estoy haciendo mi trabajo*».

—Como verás, Sofía es una periodista implacable —comento, lanzándole una mirada cargada de significado mientras trato de mantener la conversación en un tono más ligero—. No se detendrá hasta saber todos los detalles.

Sofía sonríe con satisfacción, sin mostrar ni una pizca de arrepentimiento.

—Alguien tiene que obtener la información, ¿no? —responde ella, levantando su copa para brindar.

—Ah, pero tal vez él no quiera darla —le digo entre dientes con una sonrisa de advertencia.

Sofía, como era de esperar, ignora por completo mi advertencia y se vuelve hacia Daniel con esa sonrisa traviesa que tanto la caracteriza.

—Entonces —dice con un brillo pícaro en los ojos—, ¿tienes pareja? ¿Estás casado? ¿O eres de esos hombres tan dedicados al trabajo que no les queda tiempo para el romance?

Casi escupo mi vino. Mi hermana no tiene límites.

—Sofía, por favor —digo, tratando de disimular mi incomodidad con una sonrisa tensa—. Deja de acosar al pobre hombre.

Pero Daniel parece no estar incómodo en absoluto. De hecho, parece estar divirtiéndose un poco con todo esto. Se toma un segundo antes de responder, su sonrisa ahora un poco más cautelosa.

—No, no estoy casado —responde, con ese tono tranquilo y seguro que siempre utiliza—. Y en cuanto a pareja, bueno... digamos que mi enfoque principal siempre ha sido mi carrera.

Sofía arquea una ceja, claramente no satisfecha con una respuesta tan neutral.

—Eso suena a que el trabajo ha ganado todas las batallas hasta ahora —comenta, dándole un tono juguetón a sus palabras—. Pero seguro que debe haber alguien que te haga replantearte eso, ¿o me equivoco?

Daniel me lanza una mirada rápida antes de responder, y por un momento, creo ver una chispa de algo más profundo en sus ojos.

—Es posible —dice con una sonrisa enigmática.

Sofía sonríe, aparentemente satisfecha con esa respuesta ambigua, mientras yo trato de disimular el torbellino de pensamientos que se desata en mi cabeza.

—Interesante... Muy interesante, —murmura Sofía, claramente disfrutando de la conversación.

—Sabes, Daniel —interviene mi padre, ajeno a todo, con su voz pausada y reflexiva—, el trabajo es importante, no voy a negarlo. Pero dejar que alguien entre en tu vida, dejar que te conozca de verdad, te puede dar un equilibrio que ni siquiera sabías que necesitabas. El trabajo puede darte muchas cosas, pero el amor... el amor te da todo lo demás. Es el pegamento que mantiene todo junto, incluso cuando el mundo parece desmoronarse.

Siento un nudo en la garganta mientras escucho a mi padre hablar. Esas palabras, tan simples pero tan profundas, vienen de alguien que ha perdido al amor de su vida y, sin embargo, sigue adelante con una fortaleza admirable.

—Sí, claro, el equilibrio... —murmuro con un toque de sarcasmo, intentando mantener el ambiente ligero, aunque sus palabras me han afectado más de lo que quiero admitir—. Para ser honestos, ninguno de nosotros es el mejor ejemplo de los beneficios de tener una pareja. Tú, papá, eres viudo; Sofía, bueno... no necesito recordar lo que pasó con su novio después del accidente y yo... —Hago una pausa, sabiendo que no necesito terminar la frase. Todos sabemos cómo terminó mi última relación.

Mi padre me mira con esos ojos llenos de sabiduría, y su sonrisa suave es lo que realmente me desarma.

—Tienes razón, Clau. Ninguno de nosotros tiene una historia fácil —admite, su voz más baja, casi un susurro—. Sin embargo, eso no significa que no haya beneficios en abrir tu corazón. Yo ya tuve el amor de mi vida y aunque ella no esté aquí físicamente, sigue conmigo, en cada paso que doy, en cada decisión que tomo. El amor verdadero no se mide por el tiempo que lo tienes, sino por el impacto que deja. Y si tienes la suerte de encontrarlo, aunque sea una vez en la vida, ya eres más rico que cualquier otro hombre.

Sus palabras quedan flotando en el aire, llenando el silencio que se ha formado. Siento un nudo en la garganta, sabiendo que está hablando desde el corazón, desde ese lugar donde mamá siempre estará viva para él.

Sofía, con los ojos brillantes pero una sonrisa en los labios asiente y aprieta la mano de papá. Es un momento pequeño, pero cargado de significado, de esos que no se olvidan fácilmente.

—Vaya... —murmura Daniel, con un tono más suave, casi reverente—. Eso es realmente inspirador, señor Martín.

—Lláname Carlos, por favor, —responde mi padre, con una sonrisa—. Y créeme, Daniel, cuando encuentres a esa persona, lo sabrás. No importa cuán ocupada esté tu vida, harás espacio

para ella.

—Además, hay que besar muchos sapos antes de encontrar al príncipe azul —dice Sofía con una nueva alegría, mientras levanta su copa en un brindis improvisado—. No te preocupes, Clau. Yo sé que el nuestro está esperándonos en algún lado.

Daniel arquea una ceja, claramente confundido.

—¿Besar sapos? —repite, con una mezcla de incredulidad y curiosidad en su tono.

No puedo evitar reírme ante su expresión. La verdad es que me encanta verlo fuera de su zona de confort, intentando descifrar nuestro sentido del humor.

—Acláraselo bien, Sofía, o acabará diciendo que hay que besar sardinas para encontrar... no sé, un tiburón o algo así —bromeo, lanzándole una mirada divertida.

Sofía se ríe, disfrutando de la confusión de Daniel.

—Es solo un dicho, Daniel —explica, sonriendo—. Significa que a veces tienes que besar a muchas personas equivocadas antes de encontrar a la correcta. Ya sabes, como en los cuentos de hadas.

Daniel asiente lentamente, procesando la explicación, y luego me lanza una mirada que parece decir: «Entendido, pero no me fío de que no me tomes el pelo de nuevo».

CAPÍTULO 12

Estoy revisando unos informes en mi espacio de trabajo, cuando de repente, mi vista se desvía hacia un documento mal apilado en la esquina de mi escritorio. Es una carpeta negra, nada inusual, pero hay algo en ella que me llama la atención. La tomo entre mis manos y, al abrirla, siento un nudo formarse en mi estómago. Ahí, en la primera página, está lo que temía: una lista de despidos.

Al principio, mis ojos recorren la lista rápidamente, intentando procesar lo que veo. Marta y Álvaro. El golpe es tan fuerte que por un segundo no puedo moverme. Luego, sin pensarlo dos veces, me levanto de un salto. Ni siquiera me molesto en cerrar la carpeta; solo la sostengo en una mano mientras me dirijo a toda prisa hacia el despacho de Daniel.

Al llegar, Jake está sentado en su escritorio, entretenido con algún correo o lo que sea que hace para mantener el orden en el caos de su jefe. No tengo tiempo para las formalidades.

—Necesito ver a Daniel —le digo sin miramientos, y antes de que pueda decirme que Daniel está ocupado o cualquier otra excusa, empujo la puerta y entro.

Él está sentado detrás de su mesa, revisando unos documentos. Cuando me ve entrar de esa manera, levanta una ceja, pero no dice nada. Simplemente me observa con esa frialdad calculadora que parece ser su sello personal.

—Claudia —comienza a decir, pero lo interrumpo lanzando la carpeta sobre su escritorio con un golpe seco.

—¿Qué demonios es esto, Daniel? —digo, mi voz cortante, sin filtro.

Él apenas baja la mirada para ver la carpeta, como si ya supiera lo que contiene.

—Es la lista de posibles despidos —responde con una calma irritante—. Estoy seguro de que ya lo sabes.

Siento que la ira me invade, subiendo por mi cuerpo como un fuego incontrolable.

—Claudia, siéntate —dice, su voz firme, pero no agresiva.

—No, no pienso sentarme hasta que me expliques por qué demonios estás considerando despedir a Marta. —Cruzo los brazos, tratando de contener la furia que siento en cada fibra de mi ser.

Daniel se queda en silencio por un segundo, dejando el bolígrafo que tenía en la mano y apoyándose en el respaldo de su silla. Me mira con esa maldita expresión tranquila, como si todo estuviera perfectamente bajo control.

—Claudia, sé que esto es difícil de procesar, pero la lista es solo un borrador. Nada está decidido aún. Estamos considerando todas las opciones para optimizar los recursos de la empresa —dice, su tono moderado, casi clínico.

—¿Optimizar recursos? —repito, mi voz cargada de sarcasmo—. ¿Eso es lo que llamas despedir a personas que han dado todo por esta empresa? Marta es una de las trabajadoras más dedicadas que tenemos. Y Álvaro... —Tengo que contenerme para no sonar demasiado personal—. Álvaro es esencial para el equipo de marketing.

—Claudia, no se trata solo de quién es «dedicado» o «esencial». Se trata de números, de rendimiento. Y en este momento, necesitamos hacer recortes en áreas donde no estamos viendo los resultados esperados —responde Daniel, con voz fría y profesional, como si estuviera recitando una maldita fórmula matemática.

—¡Esto no se trata solo de números, Daniel! —grito, dejando que mi frustración estalle—. Marta tiene una familia que depende de ella. Ha estado haciendo malabares para mantenerlos y ahora vas a tirarla a la calle porque no encaja en tus malditos cálculos.

Él respira hondo, visiblemente irritado por mi tono, pero mantiene esa calma que me saca de quicio.

—Claudia, entiendo que tengas sentimientos personales sobre esto, pero no podemos permitirnos el lujo de dejar que las emociones influyan en nuestras decisiones. Estamos hablando de la supervivencia de la empresa, no de caridad —responde, su tono se vuelve más firme, casi desafiante.

—¿Emociones? —repito, incapaz de creer lo que estoy oyendo—. ¿De verdad crees que esto es solo una cuestión emocional? Estas son las vidas de las personas, Daniel. No puedes simplemente deshacerte de ellas como si fueran cifras en una hoja de cálculo.

—Me pregunto si tus emociones no están afectando tu juicio en este caso de nuevo. Cada vez que sale a relucir el nombre de Álvaro... —Su voz baja un tono, y siento la tensión en el aire—. ¿Realmente estás tomando estas decisiones con la cabeza fría o esto es más sobre proteger a Álvaro que otra cosa?

Me siento como si me hubiera dado una bofetada. La ira se mezcla con el dolor, y durante un momento, no sé si quiero gritarle o simplemente salir corriendo.

—Esto no tiene nada que ver con Álvaro y lo sabes. —Mi voz se vuelve más baja, pero la furia sigue ahí, ardiendo bajo la superficie—. Marta no merece esto. No puedes ser tan insensible, Daniel. No puedes ignorar las vidas que estás arruinando fuera de esta oficina.

Daniel se queda en silencio, y por un momento, su expresión imperturbable parece tambalearse. Pero rápidamente recupera la compostura.

—Lo que ocurre fuera de esta oficina no es algo que podamos controlar. Pero dentro de ella, mi responsabilidad es tomar las decisiones que sean mejores para la empresa. Y eso a veces significa hacer elecciones difíciles, incluso si no son populares —dice, su tono frío, pero con un leve matiz de comprensión.

—¿Elecciones difíciles? —Siento que estoy a punto de estallar—. ¡No tienes ni idea de lo que es tomar una decisión complicada! ¿Sabes lo que es tener que explicarle a una madre que se queda sin empleo, que su esfuerzo no ha valido nada porque alguien en un despacho decidió que era un «recurso» prescindible? ¡Esto no es solo una cuestión de números, Daniel, es una cuestión de humanidad!

La tensión en la sala es palpable. Daniel me observa, y aunque mantiene su compostura, hay algo en su mirada que indica que sabe que esta conversación está lejos de terminar.

—¿Y qué le dirás al resto de empleados cuando la sucursal tenga que cerrar y todos se queden sin trabajo porque alguien no tuvo el valor suficiente para soltar los lastres innecesarios? —pregunta, su tono cortante, pero con una frialdad calculada—. ¿Le dirás a esas familias que las decisiones difíciles no se tomaron porque te preocupaba demasiado lo que pensarán?

Su lógica me golpea, pero no retrocedo. No puedo. No cuando sé que hay más en juego que simples cifras en un papel.

—Entiendo que se deben tomar medidas, Daniel —respondo, mi voz temblando con rabia y desesperación—. Pero también se debe tener en cuenta las circunstancias personales a la hora de trazar esa lista. No es lo mismo despedir a alguien joven sin cargas familiares, que puede encontrar trabajo fácilmente, que a una persona como... —hago una pausa, buscando el ejemplo perfecto—. Como Julio, el conserje. Apenas le quedan unos años para jubilarse. Despedirlo sería como arrancarle el suelo bajo los pies.

Daniel me mira, sus ojos buscando los míos, como si tratara de entender de dónde viene todo este fuego. Pero en lugar de ceder, su expresión se endurece aún más.

—¿Y para qué me has pedido mil informes? —continúo, incapaz de contener mi frustración—. ¿Para qué me has hecho quedarme hasta tarde revisando cada dato, si luego no los tienes en

cuenta?

—Por supuesto que los he tenido en cuenta —replica—. Pero es mi trabajo tomar la decisión final. Si crees que lo harías mejor, ¿quieres decidirlo tú? ¿Quieres asumir la responsabilidad de elegir quién se queda y quién se va? ¿Crees que puedes manejar eso?

La tensión en la sala se vuelve insoportable. Mi corazón late con fuerza, y por un segundo, no puedo creer lo que estoy a punto de decir. Pero no retrocedo, porque sé que es lo correcto.

—Despídeme a mí —suelto, mi voz firme, a pesar del nudo en mi garganta—. Cambia a Marta por mí. Yo no tengo cargas familiares, y puedo encontrar otro trabajo. Déjala a ella quedarse.

La sorpresa cruza brevemente por el rostro de Daniel, pero se desvanece tan rápido como apareció. Se queda mirándome, su expresión difícil de descifrar. Por un momento, el silencio se apodera de la habitación, y siento cómo el peso de mis palabras se desploma sobre nosotros.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunta, al fin, su tono bajo, pero con una dureza que no esperaba—. ¿De verdad crees que sacrificarte a ti misma es la solución?

—Sí —respondo, sin titubear—. Si eso significa que Marta puede seguir adelante, entonces sí, es lo que quiero.

Daniel se queda en silencio, sus ojos clavados en los míos, como si estuviera evaluando cada palabra que he dicho. Luego, lentamente, asiente, pero no es un gesto de aprobación. Es más bien uno de reconocimiento, de entender que estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario, incluso si eso significa perderlo todo.

—No lo haré —dice con su voz tensa, pero sin la frialdad de antes—. Entiende esto, Claudia: no puedes salvar a todo el mundo. No eres responsable de los problemas de los demás. No siempre puedes cargar con el peso de lo que les sucede a otros.

Sus palabras me golpean como un puñetazo en el estómago, dejándome sin aliento. Sabe exactamente lo que está diciendo, y el peso de sus palabras se siente como si hubiera descubierto el rincón más oscuro de mi ser.

—No hables de mí como si me conocieras —respondo, mi voz apenas un susurro, pero cargada de una furia contenida—. No sabes nada de mí, Daniel. Nada.

—Sé lo suficiente —dice en un tono bajo, casi susurrante, pero cada palabra penetra como un cuchillo—. Sé que, por ejemplo, lo dejas todo y corres cada vez que tu hermana te llama o te necesita porque te sientes culpable por alguna razón. Sé que en el fondo piensas que tu ex te engañó porque tú no estabas enfocada en él como deberías, que lo descuidaste por tu familia y tu trabajo, y eso lo apartó de ti, y por eso eres incapaz de arrancarlo de tu vida de una vez. Y sé que

incluso te sientes culpable por preocupar a tus amigas, y por eso te acercaste a un desconocido y pasaste la noche con él, creyendo que eso les haría pensar que estás mejor y que puedes superar la traición de Álvaro.

Cada palabra que dice es como un golpe directo a mi interior, revelando pensamientos y sentimientos que ni siquiera me había atrevido a admitir ante mí misma. Me siento desnuda, expuesta, como si Daniel hubiera arrancado todas las capas que me protegen, dejándome vulnerable.

Daniel no retrocede, y su mirada se vuelve aún más penetrante, como si estuviera decidido a no dejarme escapar de la verdad que él cree haber descubierto.

—Y ahora te vuelves defensora de las personas de esta empresa —continúa, con voz firme, pero no agresiva—. Como si les debieras algo a ellos, como si tuvieras una deuda que pagar, una que solo tú ves en tu cabeza.

Siento que todo mi cuerpo se tensa, mis manos se cierran en puños a mis costados.

—No es así —respondo con la voz más controlada que puedo reunir, aunque sé que mis defensas están cayendo—. No les debo nada. Solo estoy intentando hacer lo correcto.

—¿Lo correcto? —replica, con una mezcla de escepticismo y algo que parece... compasión—. ¿O estás intentando compensar por algo que crees que deberías haber hecho y no hiciste?

Su mirada no se aparta de la mía, y en ese momento, siento que todo el peso de las decisiones que he tomado, de las culpas que he cargado, me aplasta. Quiero gritarle que se equivoca, que no entiende nada, pero las palabras se ahogan en mi garganta. Porque en lo más profundo de mi ser, sé que ha dado en el clavo.

Porque la verdad es que, en algún nivel, sí creo que tengo que compensar, que tengo que salvar a todos porque no pude salvar a quienes más importaban.

Intento tomar aire, pero el nudo en mi pecho no me deja. Él sigue mirándome, esperando que responda, pero ¿qué puedo decir? Ha desenterrado todos mis miedos, mis inseguridades, y las ha puesto a la luz del día, obligándome a enfrentarlas.

—No soy uno de tus malditos proyectos, Daniel. No me analices como si fuera una cifra en una hoja de cálculo —continúa, mi voz temblando, mientras doy un paso hacia atrás—. No puedes reducirme a tus malditas observaciones, como si supieras lo que pasa por mi cabeza.

—Claudia... —intenta decir algo más, pero lo corto con un gesto brusco.

—No, Daniel. Basta. —Mi voz suena más firme, aunque por dentro estoy temblando—. No

tienes derecho a hacer esto. No tienes derecho a hurgar en mis heridas como si fueran tuyas y las entendieras. Así que deja de intentarlo.

Doy la vuelta y abro la puerta, mi corazón latiendo con fuerza, mi mente hecha un caos. Solo quiero alejarme de él, de sus palabras, de todo lo que ha puesto al descubierto.

CAPÍTULO 13

Salgo del despacho de Daniel con el corazón latiendo a mil por hora, la ira todavía ardiendo en mi interior, mezclada con una confusión que no quiero enfrentar. Camino rápidamente, sin rumbo claro, hasta que me doy cuenta de que lo único que necesito es un lugar donde estar sola, donde pueda liberar todo esto sin que nadie me vea. Así que me dirijo al baño, sintiendo cómo las lágrimas empiezan a acumularse detrás de mis ojos, a punto de desbordarse.

A mitad de camino, giro una esquina y me encuentro de frente con Álvaro. Está de pie, inclinado hacia Beatriz, con esa sonrisa que solía derretir mi corazón. Están hablando de forma coqueta, sus cuerpos demasiado cerca para mi gusto, y algo en esa imagen me golpea con más fuerza de la que estoy preparada para soportar.

Mi cuerpo se tensa, y la rabia que ya sentía se intensifica, mezclándose con una punzada de celos que no debería estar ahí. No ahora, no después de todo lo que ha pasado. Intento apartar la vista y seguir adelante, pero es como si mis pies estuvieran pegados al suelo.

Álvaro levanta la vista y me ve. Su expresión cambia de inmediato, de la despreocupación a la inquietud en cuestión de segundos. Parece notar las lágrimas que ya no puedo contener y, sin pensarlo dos veces, se despide de Beatriz con un gesto rápido y comienza a caminar hacia mí, dejándola atrás.

—Clau —dice, su voz suave, como si estuviera manejando algo frágil—. ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

No respondo, simplemente sigo caminando, ignorando su presencia. Pero él no se rinde. Acelera el paso hasta que me alcanza, poniendo una mano en mi brazo para detenerme. Es un gesto suave, pero firme, lo suficiente como para obligarme a enfrentarme a él.

—Claudia, mírame, —insiste, inclinándose un poco para encontrarse con mi mirada—. ¿Qué te ha pasado?

Quiero apartarlo, decirle que se vaya, que me deje en paz. Pero las palabras se me atragantan en la garganta, atrapadas por la mezcla de emociones que me están destrozando. Álvaro me mira, sus ojos llenos de preocupación genuina, y eso solo empeora las cosas.

—No es nada —murmuro, intentando sonar fuerte, pero mi voz suena rota incluso para mis propios oídos—. Solo... déjame, Álvaro. No quiero hablar ahora.

Pero él no me suelta, y puedo ver la determinación en su expresión.

—No, Clau, no te voy a dejar así, —responde, su voz firme pero suave—. Sabes que puedes hablar conmigo, siempre has podido. ¿Por qué estás llorando? ¿Ha pasado algo en la oficina? ¿Es por ese hombre...?

Las lágrimas empiezan a caer de manera incontrolable y aunque odio que él me vea así, no puedo detenerlas. Intento apartar la cara, pero él se mueve, manteniéndose en mi campo de visión, sin dejarme escapar.

—Por favor, Álvaro... —susurro, mi voz quebrándose completamente—. No puedo hacer esto ahora.

Él me observa en silencio por un segundo, y luego, en un movimiento que me toma por sorpresa, tira de mí suavemente hacia él, envolviéndome en un abrazo cálido. Es un gesto familiar, reconfortante, pero también peligroso, porque me recuerda demasiado a los tiempos en que él era mi refugio, mi apoyo. Y eso es lo último que necesito ahora.

—Está bien, Clau, no tienes que hablar si no quieres —murmura, su voz cerca de mi oído, haciendo que mis defensas se tambaleen aún más—. Solo estoy aquí. Estoy aquí para ti.

Y es en ese momento, rodeada por su calor, con sus brazos envolviéndome, que me doy cuenta de lo rota que estoy, de lo difícil que es mantenerme entera cuando todo a mi alrededor parece desmoronarse. Pero también sé que este consuelo no es lo que necesito, que no puedo permitirme volver a depender de él, no después de todo lo que ha pasado.

Intento apartarme, pero él me sostiene con más fuerza, como si supiera que lo que más necesito ahora es simplemente no estar sola, aunque sea solo por un momento.

Antes de que pueda procesar lo que está sucediendo, siento una presencia detrás de mí, una sombra que me cubre y que parece enfriar el ambiente. Levanto la cabeza del hombro de Álvaro, y ahí está Daniel, su expresión impenetrable, pero sus ojos oscuros arden con una intensidad que no puedo ignorar.

—Necesito hablar con Claudia —dice, su voz cortante, casi un susurro afilado. No es una petición, es una orden disfrazada de cortesía.

Álvaro no se mueve de inmediato, todavía con los brazos a medio camino de rodearme. Su mirada pasa de mí a Daniel, y veo la chispa de desafío en sus ojos, una que no recuerdo haber visto antes.

—Creo que Claudia necesita un momento para calmarse —responde Álvaro, con firmeza. Es más, una declaración que un desafío abierto, pero el mensaje es claro: no piensa dejarme ir tan

con facilidad.

Daniel no se inmuta, pero puedo ver cómo su mandíbula se tensa, una señal de la ira contenida que bulle bajo la superficie.

—No es una sugerencia, Álvaro —replica Daniel, su voz aún más baja, pero cargada de una autoridad que no deja lugar a dudas—. Necesito hablar con ella. Ahora.

Por un momento, ninguno de los dos se mueve, atrapados en un tira y afloja silencioso. El aire se siente pesado, cargado de tensión, como si el más mínimo movimiento pudiera desencadenar una explosión. Estoy atrapada entre ellos, sintiendo la fuerza de sus voluntades chocando a mi alrededor y lo único que quiero es desaparecer.

—Suéltame, Álvaro —le exijo.

Finalmente, él afloja su agarre en mí, sus manos se deslizan de mis hombros con una suavidad que contrasta con la frialdad en su expresión cuando mira a Daniel.

—Estaré cerca, Clau —murmura, antes de retroceder, pero no sin lanzarle una última mirada desafiante.

Daniel ni siquiera lo mira. Sus ojos están fijos en mí, esperando, y aunque no dice nada, la tensión en su postura me dice que lo que sea que venga ahora, no será fácil.

—Vamos —dice, su voz más suave, pero sin perder su firmeza—. Necesitamos hablar.

Niego con la cabeza, incapaz de lidiar con todo esto en este momento. Sin decir una palabra, me doy la vuelta y me dirijo hacia el baño más cercano, un espacio pequeño con cuatro cubículos independientes. Mi única intención es encerrarme en uno de ellos y tomar un respiro, lejos de las miradas inquisitivas y la tensión aplastante.

Pero justo cuando cruzo la puerta, siento que Daniel me sigue. Miro hacia atrás, y ahí está, entrando detrás de mí sin dudarlo con una expresión decidida.

—¿Qué estás haciendo? —le espeto, mi voz un poco más aguda de lo que pretendía—. Este es el baño de mujeres.

Daniel ni siquiera pestañea, ni siquiera se detiene. Se acerca un paso más, cerrando la puerta detrás de él con un empujón firme.

— Me importa una mierda —responde con una dureza que no había visto en él antes—. Es mi empresa así que, técnicamente, es mi maldito baño también.

Me quedo mirándolo, atónita, sin saber si reírme o gritarle. La situación es tan surrealista, tan cargada de emociones que no sé cómo procesarla.

—¿Qué quieres, Daniel? —pregunto finalmente, cruzándome de brazos, intentando mantener la compostura mientras todo dentro de mí parece tambalearse.

Dejas que él te abrace, que te consuele, y sigues huyendo de lo que de verdad te pasa —dice, sin apartar la mirada de la mía—. Y lo peor de todo es que te refugias en los brazos de ese cabrón.

La crudeza de sus palabras me golpea como un jarro de agua fría. Mi corazón late desbocado, pero no solo por el enfado. Hay algo más. Algo que crece entre nosotros, una tensión que no puedo ignorar.

—¿Qué demonios sabes tú de lo que necesito? —le suelto, cruzándome de brazos, intentando protegerme del torbellino de emociones que está a punto de desbordarse—. No tengo que justificarme ante ti, Daniel.

Él se acerca un paso más, acortando la distancia que nos separa, hasta que su cuerpo está tan cerca del mío que siento su calor. Su mano se alza lentamente, y por un momento, pienso que va a tocarme, pero se detiene a centímetros de mi mejilla, como si estuviera decidiendo si cruzar esa línea.

—Sé más de lo que crees —susurra, su voz baja, pero cargada de una frustración palpable—. Y lo sé porque cada vez que te veo con él, queriendo que te proteja, me hierve la sangre. Porque sigues aferrándote a un pasado que te rompió, y eso... me jode.

Las palabras se me quedan atascadas en la garganta. Lo que está diciendo no es solo un ataque hacia Álvaro es un ataque a mí, a la forma en que manejo mis emociones. Y, maldita sea, tiene razón. Estoy huyendo. Y no solo de él.

—Eso no te da derecho a meterte en mi vida personal —respondo, mi tono menos firme de lo que esperaba.

—Tal vez no —dice, dando un paso más cerca, tan cerca que siento el roce de su pecho contra el mío, haciendo que mi respiración se acelere—. Pero sí me da derecho a decirte la verdad. Quiero que dejes de huir de mí —responde, dando un paso más hacia mí, su voz más suave, pero no menos intensa—. Y quiero que hablemos de lo que realmente está pasando aquí, sin filtros, sin que te escapes de la conversación cada vez que se pone difícil.

—Pues yo no quiero hablar —digo, mi voz desafiante, cargada de toda la frustración y el deseo que he estado intentando reprimir. Y antes de que pueda arrepentirme, lo hago.

Me lanzo hacia él, atrapando sus labios con los míos en un beso que no tiene nada de suave ni calculado. Es un choque de emociones, de rabia y necesidad, que hace que todo dentro de mí explote. Mis manos se enredan en su cabello, tirando de él hacia mí, mientras mi cuerpo se

presiona contra el suyo con una urgencia que no puedo controlar.

Daniel reacciona al instante, sus manos encuentran mi cintura, tirando de mí con fuerza hacia él. La dureza de su agarre me hace sentir viva, como si cada centímetro de mi cuerpo estuviera en llamas. Pero justo cuando estoy perdiéndome en el beso, él se aparta solo un poco, sus labios apenas rozando los míos mientras me mira con esos ojos oscuros que parecen ver a través de mí.

—Sigues huyendo, Claudia —murmura, su voz baja y cargada de esa intensidad que me hace temblar—. De nuevo.

—No estoy huyendo, —respondo con un susurro, mi respiración acelerada mientras mis labios buscan los suyos de nuevo—. Estoy aquí.

Y para demostrarlo, lo beso otra vez, más profundamente, con todo lo que tengo. Siento cómo su control comienza a desmoronarse bajo mi toque, cómo sus manos en mi cintura se aferran con más fuerza, como si temiera que me fuera a apartar de nuevo.

Pero él no se deja vencer tan fácilmente. Rompe el beso, jadeando ligeramente, su frente apoyada contra la mía mientras su aliento caliente acaricia mi piel.

—Huyes de la conversación, maldita sea —gruñe, su tono frustrado, pero su cuerpo no se aparta ni un centímetro del mío.

—No parece que te disguste —le respondo, mi voz cargada de desafío mientras mis manos se deslizan por su pecho y me pego a su cuerpo, contra su erección, sintiendo cómo sus músculos se tensan bajo mis dedos.

Eso es todo lo que necesita para que algo dentro de él se rompa. En un movimiento rápido, me empuja contra la pared y sus manos se aferran a mis caderas, atrapándome contra la fría superficie. Su boca encuentra la mía en un beso que no tiene nada de suave ni considerado. Es violento, excesivo, una batalla de voluntades en la que ambos luchamos por el control.

El beso se vuelve aún más agresivo, nuestros dientes chocan, nuestros labios se buscan con una necesidad casi desesperada. Siento su lengua deslizarse dentro de mi boca, reclamando cada rincón, y mi cuerpo responde, arqueándose hacia él, deseando sentir más de esa presión, más de él.

En un movimiento más rápido de lo que puedo anticipar, me levanta ligeramente, haciendo que mis pies apenas toquen el suelo y me empuja con más fuerza contra la pared. El impacto es casi brutal, pero en lugar de asustarme, solo enciende más ese fuego que arde dentro de mí. Sus labios se apoderan de los míos con una violencia que roza lo salvaje, cada beso es una batalla, una lucha por el control que ninguno de los dos parece dispuesto a ceder.

En un momento de pura necesidad, Daniel me gira bruscamente, empujándome hacia una de las puertas de los cubículos. La puerta se sacude con el impacto, haciendo un ruido ensordecedor que resuena en el baño. El sonido de la madera contra metal se mezcla con el ruido de nuestros cuerpos chocando, nuestras bocas buscando más contacto, más de esa fricción que parece ser lo único capaz de apagar este fuego.

—Maldita sea —gruñe contra mi boca, sus manos aferrándose a él con una fuerza que seguramente dejará marcas en mi piel—. Esto no es suficiente, Claudia.

—Entonces no pares —jadeo. Mis manos se enredan en su cabello, tirando de él para acercarlo aún más, como si eso fuera posible.

Justo cuando la tensión alcanza su punto máximo, oímos el sonido de la puerta del baño abriéndose de golpe. Ambos nos congelamos por un segundo, pero la adrenalina en mi cuerpo no se apaga. Daniel apenas tiene tiempo de apartarse cuando la puerta del baño se abre por completo y Álvaro aparece, sus ojos llenos de preocupación y algo más, confusión y luego... celos o furia.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —pregunta, su voz dura mientras sus ojos recorren la escena ante él.

Daniel se aparta de mí, pero no lo suficiente como para que haya un espacio real entre nosotros. Sus manos todavía están en mi cintura, sus ojos aún ardiendo con esa intensidad que me quema desde dentro.

—Esto no es asunto tuyo, Álvaro —dice Daniel, con cortante, dejando claro que no piensa retroceder ni un paso—. Sal de aquí.

Álvaro parece dudar por un segundo, pero su mirada se fija en mí, buscando alguna señal de que estoy bien, de que no estoy siendo forzada a nada. Puedo ver el conflicto en sus ojos, la mezcla de preocupación y algo más que no me atrevo a nombrar.

—Clau... —empieza a decir.

Se queda allí, su mirada oscureciéndose a medida que las piezas comienzan a encajar en su mente. Sus ojos se entrecierran mientras su mente trabaja a toda velocidad para conectar los puntos.

—Un momento... —dice, su voz llena de incredulidad y rabia contenida—. ¿Es él? ¿Es el tipo con el que te has acostado?

El silencio que sigue es ensordecedor. No sé qué decir, no sé cómo explicar lo que ni siquiera yo entiendo del todo. Álvaro da un paso hacia delante, la furia brillando en sus ojos.

—¿Sabes que quiere despedirme? —Su voz se eleva, llena de acusación, como si todo lo que ha estado reprimiendo finalmente estuviera a punto de estallar.

Daniel, sin perder un ápice de control, levanta una mano como si estuviera deteniendo una tormenta.

—Eso es información confidencial —responde, su tono cortante y autoritario—. ¿De dónde la has sacado?

Álvaro suelta una risa amarga, una que resuena en el pequeño espacio del baño.

—¿Confidencial? Aquí en España las cosas funcionan de forma distinta, ¿sabes? —replica con sarcasmo, su voz goteando veneno—. Los secretos son difíciles de mantener durante mucho tiempo. Pero entiendo que hay algo personal en todo esto, ¿verdad? Quieres quitarme del medio, eliminar a la competencia.

—Esto no es personal —dice Daniel, con tono firme y frío—. Pero si lo haces de esta manera, te aseguro que se volverá personal muy rápido.

Álvaro no parece convencido, sus ojos se oscurecen con una mezcla de rabia y dolor que no puede ocultar. Finalmente, su mirada se fija en mí, y el peso de su decepción me aplasta.

—Espero que valga la pena, Claudia —dice finalmente, su voz apenas un susurro, pero cargada de una amargura que me atraviesa como una daga.

Sin decir una palabra más, Álvaro se da la vuelta y sale del baño, cerrando la puerta detrás de él con un estruendo que resuena en mis oídos. El silencio que deja a su paso es abrumador, y de repente, todo el calor que sentía antes se desvanece, reemplazado por un frío que me cala hasta los huesos.

—Claudia... —empieza Daniel a decir, su voz más suave ahora, pero no puedo soportar escuchar más.

—No —le interrumpo, mi voz apenas un susurro mientras trato de mantener el control—. No ahora, Daniel. Lo único que necesito ahora es un maldito descanso... o mejor aún, unas vacaciones en una isla desierta.

—Y ahí vas de nuevo... —responde Daniel, su voz cargada de frustración contenida.

Mi cabeza da vueltas, y lo único que quiero es escapar de todo este caos, de los malditos dramas de oficina y de los hombres que parecen competir por ver quién me complica más la vida. Salgo del baño con pasos decididos, dejando a Daniel solo, atrapado en la maraña de su propio desastre.

Porque, sinceramente, si algo he aprendido hoy es que la vida sería mucho más simple sin hombres como él... aunque admito que no sería tan interesante.

CAPÍTULO 14

Virginia y Marta me llevan casi a rastras hasta la sala de descanso, esa pequeña burbuja de normalidad en medio del caos que es esta empresa. El sonido de la máquina de café borbotea en un rincón y el zumbido de las conversaciones a media voz me golpean como un recordatorio de que, mientras mi vida se desmorona, el mundo sigue girando.

Me dejan caer en una de las sillas y Virginia se apoya en la mesa frente a mí, cruzando los brazos con una expresión que no augura nada bueno. Marta, por su parte, se sienta a mi lado, pero no se muestra tan comprensiva como de costumbre. Puedo sentir la tensión en el aire, y sé que algo va muy mal.

—Claudia, no sé cómo decírtelo... —empieza Virginia, sus ojos buscando los míos con una mezcla de preocupación y algo de lástima—, pero ya se está extendiendo por la empresa... lo que hay entre tú y Daniel.

Al principio, no lo proceso del todo. Me quedo mirándola, parpadeando, intentando descifrar el significado detrás de sus palabras.

—¿Que se está extendiendo...? —repito, mi voz apenas un susurro. Luego, cuando la realidad me golpea, la sensación de vértigo me invade—. ¿¿Qué se está diciendo exactamente?!

Virginia intercambia una mirada rápida con Marta antes de responder, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para suavizar el golpe.

—Que te estás beneficiando al jefe —dice finalmente, sin rodeos, con esa franqueza que a veces puede ser como un jarro de agua fría—. Que por eso te has vuelto intocable y... bueno, ya te imaginas el resto.

—Supongo que es Álvaro el que está detrás —murmuro, sintiendo cómo la frustración empieza a hervir bajo la superficie—. Nos pilló besándonos en el baño.

Los ojos de Virginia y Marta se abren como platos, la sorpresa reflejada en sus rostros es casi cómica, si no fuera porque la situación es un auténtico desastre.

—Espera, ¿qué? —exclama Virginia, su voz un tono más alto—. ¿Así que no ha sido solo una cosa de una vez? ¿Has vuelto a acostarte con él?

—¡No, no lo he hecho! —respondo rápidamente, levantando las manos como si pudiera detener

la avalancha de malentendidos que se avecina—. Solo..., bueno, han pasado algunas cosas.

Marta me mira con los ojos entrecerrados, claramente tratando de procesar lo que acabo de decir. Pero en lugar de la comprensión que esperaba, su expresión se vuelve más dura, más sarcástica.

—Pues el rumor que hay es que te estaba dando por detrás como cajón que no cierra —dice Marta, sin ningún filtro, sus palabras cortando el aire como un cuchillo.

Casi escupo el café que me había llevado a los labios, tosiendo mientras trato de procesar lo que acabo de escuchar. ¿De verdad la gente tiene tanto tiempo libre para inventarse estas cosas?

—¿Qué? —exclamo, sintiendo cómo mi rostro se pone rojo—. ¿Eso es lo que dicen?

—Eso es lo que se está corriendo por la oficina, Claudia —responde Virginia, su tono mezcla de preocupación y desaprobación—. Y ya sabes cómo son estas cosas... los rumores vuelan, y a veces se transforman en algo que ni siquiera es verdad.

Me dejo caer contra el respaldo de la silla, pasando una mano por mi cara en un intento de calmarme. Todo esto está fuera de control. Lo que comenzó como un simple y confuso beso se ha convertido en el chisme más caliente de la oficina, y no sé cómo detenerlo.

—Esto es un desastre —murmuro, más para mí misma que para ellas—. Un maldito desastre.

Virginia se inclina hacia delante, apoyando su mano en la mía con un gesto tranquilizador.

—Claudia, si todo esto es un malentendido, tienes que aclararlo antes de que se salga más de control. Sabes cómo son aquí... cualquier rumor se convierte en verdad absoluta si no lo cortas de raíz. Y ahora mismo, estás a punto de convertirte en la *femme fatale* de la empresa.

—Como si yo fuera la única que tiene escarceos en este lugar... —replico con sarcasmo, aunque sé que la situación no tiene ni una pizca de gracia.

—Bueno —dice Virginia, levantando una ceja—, pero tú estás en el punto de mira. Y no olvidemos que esos «escarceos» son con el mandamás. Todos tus logros en el trabajo acaban de eclipsarse por el típico «se lo está tirando para ascender».

—Además —añade Marta con una mueca de disgusto—, Álvaro ha comentado que te comes las po... Bueno, ya sabes, de maravilla y que por eso formas parte del equipo de Daniel Blake.

Siento que la rabia me sube como una ola. Me levanto de la silla de golpe, casi tirándola al suelo, mientras trato de contener las ganas de gritar.

—¿En serio? —escupo, sintiendo cómo la ira empieza a hervir bajo la superficie—. ¿Álvaro está diciendo eso? Qué conveniente, viniendo del tipo que no sabe aceptar que lo nuestro se

acabó porque él decidió follarse a otra en la oficina. Además, se la comí después de formar parte de su equipo, no antes.

Virginia no puede evitar poner una sonrisa maliciosa, y la chispa de diversión en sus ojos es inconfundible. Se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa, como si estuviera esperando que le cuente un jugoso secreto.

—Y bueno... —dice, su tono casi canturreante—, ya que estamos aquí entre amigas, cuéntanos... ¿es tan controlador en la cama como lo es en la oficina?

Dejo escapar una risa seca, cruzando los brazos mientras las miro a ambas, sin un atisbo de vergüenza.

—Vamos, chicas, sabéis que no soy de las que alardean. —Les devuelvo la mirada, divertida por la situación a pesar de todo—. Digamos que sabe exactamente lo que quiere y cómo conseguirlo. Pero, curiosamente, también sabe cuándo dejarse llevar. Y cuando lo hace... bueno, digamos que ahí es cuando la cosa se pone realmente interesante. Y sí, es tan bueno como parece.

Virginia y Marta se miran, y luego estallan en carcajadas, y por un momento, la tensión se disipa. Pero sé que el desastre sigue ahí, esperando a que lo enfrente.

Pero antes de que pueda levantarme, Marta me agarra del brazo, su expresión endureciéndose un poco.

—Espera un momento —dice, su tono serio—. Hay algo más que necesito saber. ¿Es cierto que me van a despedir? ¿Y tú lo sabías y no me dijiste nada?

Sus palabras me golpean como un mazo, y el sentimiento de culpa que había estado tratando de enterrar sale a la superficie.

—Marta... yo... —empiezo a decir, pero la verdad se me atraganta—. Encontré la lista por casualidad hoy, no lo sabía con certeza antes de eso.

—¿Por casualidad? —repite Marta, su tono cargado de incredulidad—. ¿Y pensabas no decírmelo? ¿Esperabas a que me enterara cuando me llamaran de Recursos Humanos?

—No, no es eso, —respondo, sintiendo cómo las palabras se me escapan—. Quería hablar con Daniel, intentar hacer algo antes de decírtelo. No quería que te enteraras de esta manera.

Marta me suelta el brazo, y la decepción en sus ojos es como una bofetada en la cara. Ella simplemente sacude la cabeza, sin decir nada más, pero el silencio entre nosotras es más pesado que cualquier palabra que pudiera haber dicho.

Cuando vuelvo a mi mesa de trabajo, apenas me he sentado cuando noto una presencia a mi lado. Levanto la vista y, como no, ahí está Beatriz, con esa sonrisa ladina que siempre lleva puesta cuando viene a darme alguna de sus «perlas» de sabiduría no solicitadas.

—Siempre supe que no eras tan mosquita muerta como decía Álvaro —dice, su voz cargada de veneno disfrazado de amabilidad—. El pobre me contaba que pasaba tanta frustración sexual contigo que, bueno, ya sabes, tuvo que buscarme a mí para... satisfacer sus necesidades.

Cada uno cuenta la historia como más le conviene. En fin.

—Pues me alegro de que le pudieras ayudar con eso, Beatriz —respondo, manteniendo mi tono neutral mientras organizo los papeles en mi escritorio—. Alguien tenía que hacer el trabajo sucio.

Pero Beatriz no se detiene ahí. Se inclina un poco más hacia mí, sus ojos brillando con malicia.

—Supongo que pasó lo mismo con el señor Blake —añade con un tono que pretende ser casual, pero que no puede ocultar la intención detrás—. Y que no te creas que eres la única que ha pasado un buen rato con él. Daniel es... bastante generoso con su tiempo.

Me obligo a sonreírle. No pienso dejar que Beatriz se lleve la victoria.

—Pues te lo puedes quedar todo para ti, Beatriz —le respondo, mi voz tan dulce como el veneno que ella intenta escupir—. Pero te advierto, Blake no es tan fácil de manejar como Álvaro. Así que, buena suerte con eso.

La sonrisa de Beatriz vacila por un segundo, pero rápidamente la recupera antes de dar media vuelta y alejarse. Siento una satisfacción amarga al verla irse. No será la última vez que me enfrente a sus pullas, pero al menos esta vez he salido adelante sin perder la calma.

Joder, de verdad, tal vez no sea tan mala idea largarme de aquí. Empiezo a estar harta de todos en este lugar. Cada día que pasa, el ambiente se vuelve más tóxico, más irrespirable.

Siento las miradas de todos sobre mí, como si cada paso que doy fuera seguido de cerca, evaluado, juzgado. Es como si estuvieran esperando a que cometa un error, a que haga algo que puedan usar en mi contra. Cada susurro, cada risa disimulada, me atraviesa como un cuchillo.

Me levanto de repente, sin decir una palabra, cojo mi bolso con un movimiento brusco y me dirijo a la puerta del ascensor, ignorando todas las miradas que me siguen, como si fueran agujas en mi espalda.

No me molesto en dar explicaciones, ni una sola mirada atrás. El murmullo en la oficina se queda en segundo plano, como un ruido blanco que no puedo soportar un segundo más. Lo único

que quiero es salir de aquí, poner distancia entre ellos y yo antes de que pierda la poca paciencia que me queda o me dé un ataque de ansiedad.

Sí, estoy huyendo, pero ¿y qué? A la mierda con todo. No tengo que soportar este circo ni un minuto más.

Las puertas del ascensor se abren, y ahí está Jake, de pie en el interior, con su expresión siempre profesional y su mirada curiosa.

—¿Subes o bajas? —me pregunta, su acento americano aún más marcado que el de Daniel, y su español... bueno, un desastre, pero al menos lo intenta.

Lo miro por un segundo, tratando de decidir si responderle o simplemente empujarlo fuera del ascensor para poder encerrarme y dejar que el mundo siga su curso sin mí.

—Bajo —le digo, esperando que se mueva, pero Jake no hace el más mínimo esfuerzo por salir del ascensor. Simplemente se queda ahí, como si no tuviera ninguna prisa, y supongo que también va a bajar.

Entro en el ascensor a su lado, sintiendo el aire comprimirse en ese pequeño espacio. Jake, por su parte, parece completamente ajeno a la tensión que me rodea. Saca su móvil y, con una destreza envidiable, comienza a escribir. Es como si sus dedos fueran el Fórmula Uno de los teclados, moviéndose tan rápido que apenas puedo seguir el ritmo.

Lo observo de reojo, intentando no parecer interesada, pero no puedo evitar sentir una pizca de curiosidad. Jake sigue tecleando, como si no tuviera un segundo que perder, y me doy cuenta de que, a pesar de su apariencia tranquila, debe estar manejando un millón de cosas al mismo tiempo.

Apenas pasan dos segundos cuando mi móvil vibra en el bolso. Lo saco, y, por supuesto, es un mensaje de Daniel.

Daniel: «¿A dónde vas?»

La pregunta es tan directa que me hace apretar los labios para no soltar una maldición.

Levanto la vista y miro a Jake, que sigue tecleando en su móvil como si nada. Le dedico una sonrisa falsa, esa que se me da tan bien cuando quiero ocultar mi verdadero estado de ánimo, y le enseño la pantalla del mensaje.

—Chivato —le reprocho con tono sarcástico, aunque no espero una respuesta.

Jake levanta la vista por un momento, sus ojos muestran un destello de diversión antes de volver a su móvil.

—Solo hago mi trabajo —responde con indiferencia sin perder el ritmo de tecleo.

Me revuelvo en el ascensor, entre divertida e irritada, sabiendo que Daniel probablemente ya sabe todo lo que hago, cada maldito segundo.

El ascensor comienza a descender, y me apoyo en la pared, mirando al techo, intentando encontrar algún tipo de calma en la monotonía del movimiento. Pero la calma no llega.

Mi móvil vibra de nuevo. Daniel, otra vez. Esta vez el mensaje es breve y directo:

Daniel: «No te vayas. Hablemos».

—Joder —murmuro para mí misma, apretando el móvil en mi mano. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Jake sigue sin inmutarse, como si no hubiera oído nada, o quizás simplemente no le importa. Me pregunto si también está reportando cada una de mis reacciones, si Daniel está al tanto de cada maldito pensamiento que tengo.

Miro a Jake de nuevo, y no puedo evitar otro comentario sarcástico.

—¿Te pagan extra por ser el espía personal de Daniel? —le suelto, sin muchas ganas de disimular mi frustración.

Jake sonríe de lado, sin apartar la vista de su móvil.

—Es parte del paquete —responde, con un tono tan neutral que no puedo saber si lo dice en serio o si también está jugando.

Lo miro un segundo más, sopesando mis palabras, antes de añadir con un tono más mordaz:

—¿Y él siempre es... tan generoso con las empleadas nuevas? —La frase sale cargada de insinuaciones, porque sin que yo pueda evitarlo, Beatriz ha plantado una semilla en esa tierra de desconfianza que ella misma aró estupidamente.

Jake finalmente levanta la vista de su móvil, y aunque su expresión sigue siendo difícil de leer, hay un destello en sus ojos que me dice que entiende perfectamente lo que estoy insinuando.

—No estoy seguro de lo que te refieres —responde, con una neutralidad calculada—. Pero no creo que Daniel necesite ofrecer extras para impresionar a nadie.

Su respuesta es tan ambigua que podría significar cualquier cosa, pero el comentario me deja con una mezcla de curiosidad y algo más incómodo que no quiero analizar demasiado.

—Pero si te refieres a si es... generoso con su tiempo, digamos que lo es cuando cree que vale la pena, pero nunca con sus subordinados... por eso fue sorprendente que te concediera un «extra»

esa noche.

El comentario me golpea como un cubo de agua fría. Mi mente se queda en blanco por un segundo antes de que mi instinto de autopreservación salte al ataque.

—¿Esa noche? —repito, tratando de mantener la calma, pero mi voz tiembla un poco.

Jake asiente, como si no se diera cuenta del torbellino que acaba de desatar en mi interior.

—Yo tuve que pagar la cuenta del hotel —dice con una naturalidad que me deja sin aliento.

La revelación es como una bofetada. Hasta ese momento, había asumido que todo lo que pasó esa noche había sido un encuentro fortuito, un accidente en medio del caos de una noche loca. Pero ahora, con esas pocas palabras, todo se pone patas arriba.

—Espera... —Mi voz sale apenas un susurro, pero la incredulidad es palpable—. ¿Estás diciéndome que él sabía quién era yo esa noche?

Jake se encoge de hombros, como si fuera lo más obvio del mundo.

—Daniel siempre sabe con quién trata, Claudia. Antes de empezar en cualquier empresa, se asegura de tener información exhaustiva sobre cada empleado. Eso incluye fotos, vídeos, historial laboral, incluso detalles personales si cree que es relevante. No deja nada al azar.

Así que Daniel sabía quién era yo esa noche y fingió no saberlo...

—Esto es una locura... —murmuro para mí misma, sintiendo que todo a mi alrededor empieza a girar fuera de control.

Jake solo me observa, sin ofrecer consuelo ni disculpas. Su papel es claro: él es el mensajero, y lo que haga con la información depende completamente de mí.

—Bueno, al menos ahora sabes la verdad, aunque me gustaría que quedara entre nosotros —añade Jake, casi con un tono de despedida, antes de volver a mirar su móvil, dándome a entender que la conversación ha terminado.

—Vaya, qué considerado eres —respondo, dejando que el sarcasmo se filtre en cada palabra—. Me alegra saber que al menos la traición viene con un toque de discreción. Es todo un detalle.

Jake levanta la vista de su móvil, una ligera sonrisa en sus labios.

—A veces la realidad supera a la ficción, ¿no? —responde, pero su tono no tiene ninguna pizca de burla, lo que de alguna manera hace que todo sea aún peor.

—Perfecto —respondo con una sonrisa que no llega a mis ojos—. Siempre quise vivir en una telenovela.

Jake no dice nada más, y yo solo dejo que el silencio se asiente entre nosotros. Pero en mi cabeza, las piezas empiezan a encajar de una manera que no me gusta nada. Todo lo que creía saber sobre esa noche, sobre Daniel, se ha desmoronado en cuestión de segundos, y la verdad es que no sé si quiero saber qué más se oculta detrás de esa fachada.

—A veces, Claudia, es mejor no saberlo todo —añade Jake suavemente, como si leyera mis pensamientos.

—Sí, bueno, ahora es un poco tarde para eso, ¿no? —respondo, mi tono más ácido de lo que pretendía.

La puerta del ascensor se abre, y sin mirar atrás, doy un paso adelante, lista para salir de esta pesadilla, aunque sea por un momento.

No tiene sentido enfadarme por esto, realmente. Al fin y al cabo, ¿qué más da? Daniel tiene derecho a sus secretos, igual que yo tengo los míos. Sus razones tendría para hacerlo, y eso es lo que más me intriga. ¿Por qué? ¿Qué motivó a Daniel Blake a fingir que no sabía quién era yo esa noche?

La curiosidad empieza a reemplazar la rabia que sentía hace un momento. Daniel Blake es un auténtico galimatías para mí, un rompecabezas que no consigo descifrar. Y lo peor de todo es que, cuanto más intento entenderlo, más me doy cuenta de que estoy completamente atrapada en su juego.

Salgo del ascensor, pero no puedo evitar sentir que acabo de abrir la puerta a un laberinto aún más complicado. Y la verdad es que, aunque me cueste admitirlo, quiero encontrar la salida... o tal vez, quiero perderme aún más en él.

CAPÍTULO 15

—¿Te importa si instalo una app de seguimiento en tu móvil? —me pregunta Jake con la misma naturalidad con la que alguien ofrecería un chicle. Y lo peor es que lo dice mientras sigue pegado a mis talones, como si realmente pensara que eso es una idea razonable.

Me detengo en seco y lo miro como si acabara de sugerir que nos fuéramos a vivir juntos en una cueva sin *Wi-Fi*.

—Me facilitaría mucho el trabajo —añade, como si eso lo justificara.

—Ni de coña, Jake —respondo, volviendo a caminar, pero él sigue pegado a mí.

—Entonces te acompañaré —me suelta, como si acabara de ofrecerme el trato del siglo.

Me detengo de nuevo y lo miro, incrédula.

—¿Perdona? —le digo, cruzándome de brazos—. No pienso tener a una sombra humana siguiéndome por ahí.

—No me guardes rencor —replica sin inmutarse—. Solo tengo que asegurarme de que estás bien.

—Sí, claro, y si pudieras instalarme un chip en el cerebro, también lo harías, ¿no? —le respondo con sarcasmo, mientras vuelvo a caminar, esta vez a paso más rápido, pero Jake no se queda atrás.

—¿Se puede? —pregunta con una sonrisa que me hace pensar que, si existiera tal cosa, ya tendría el dispositivo en la mano.

—¡No! —exclamo, sin poder evitar una pequeña risa. Este tipo está loco. Y, de alguna forma, eso lo hace un poco más soportable.

—¿A dónde vamos? —pregunta Jake, y su tono es casi casual, como si realmente esperara que le dé instrucciones—. Sería perfecto saberlo con antelación, ya sabes, para planificar mi estrategia de espionaje —añade con una sonrisa ladeada, su tono juguetón, pero obviamente serio.

—Al Retiro —respondo sin dudar, mientras me dirijo a la parada del metro en Banco de España. La idea de perderme entre los árboles, lejos de todo este caos, me parece perfecta ahora

mismo.

Jake levanta una ceja, claramente intrigado por mi elección.

—¿A pasear entre los árboles? ¿Reflexionar sobre la vida? —su tono es más ligero, pero sé que sigue tomando nota mental de cada paso que doy.

—Algo así —respondo, acelerando el paso—. Y si prefieres quedarte en la oficina, no te preocupes, sé llegar sola.

—No tan rápido, agente secreto —dice sin reducir la velocidad—. Ya sabes, es mi trabajo seguirte, y quién soy yo para ir en contra de mis obligaciones.

—Sí, claro, lo que sea que te haga dormir mejor por la noche, Jake. —Me río mientras cruzamos la calle en dirección al metro. Este tipo definitivamente tiene más capas de las que aparenta.

El Retiro suena como el lugar perfecto para tomar un respiro y, si tengo suerte, perder a mi «acompañante» por un rato.

Cojo el metro en la estación de Gran Vía sin pensar demasiado. Solo sé que, de pronto, me ahogo y necesito... huir. Las luces brillantes de la estación, el murmullo constante de la gente, todo se convierte en un ruido de fondo mientras mis pensamientos se arremolinan, intentando encontrar algo de paz.

Me deslizo entre la multitud y paso el torniquete casi por inercia, bajando por las escaleras mecánicas que parecen interminables. El olor característico del metro me envuelve, esa mezcla de metal, aire recirculado y un toque de humedad que debería ser incómodo, pero que ahora mismo me resulta extrañamente reconfortante. Al menos aquí, bajo tierra, todo parece más sencillo, más alejado de la locura que me rodea en la superficie.

La pantalla anuncia que el próximo tren llegará en cinco minutos. Perfecto. No tengo que esperar demasiado para escapar.

Jake sigue a mi lado, sin decir una palabra, lo cual es un pequeño milagro. Pero puedo sentir su presencia, como una sombra que se niega a despegarse.

Me acerco al borde del andén, mirando las vías, tratando de concentrarme en el punto de fuga que forman en la distancia. Cierro los ojos un segundo, respirando hondo, intentando que el ritmo constante de mi respiración me devuelva algo de control.

El tren está a punto de llegar, el rugido sordo de las ruedas acercándose por el túnel es un eco lejano que se va intensificando. Intento perderme en ese sonido, dejar que ahogue el caos en mi

cabeza, pero entonces Jake rompe el silencio.

—¿Sabes? —dice con su tono habitual, pero hay algo en su voz que me hace abrir los ojos—. Daniel no es tan malo como parece.

Me giro para mirarlo, arqueando una ceja, sin poder evitar el escepticismo que se refleja en mi expresión.

—¿Eso crees? Porque hasta ahora solo he visto a un tipo que se mueve como un maldito robot, sin emociones, solo números y decisiones frías.

Jake se queda en silencio por un momento, como si estuviera decidiendo cómo continuar. El tren llega y las puertas se abren, pero ninguno de los dos se mueve para entrar. Las puertas se cierran y el tren se aleja, dejándonos en ese rincón de la estación, como si el tiempo se hubiera detenido.

—Lo que ves en Daniel es lo que él quiere que veas —responde finalmente, su tono más suave de lo habitual—. Pero hay más en él. Mucho más. No es fácil cargar con la responsabilidad que tiene, con las decisiones que debe tomar. Siempre ha sido así, incluso cuando éramos más jóvenes. Siempre el que tenía que asegurarse de que todo funcionara, que todos estuvieran bien.

—¿Me estás diciendo que es un héroe incomprendido? —pregunto, con un toque de sarcasmo, pero menos mordaz de lo que hubiera sido hace unos minutos.

Jake esboza una ligera sonrisa, pero sus ojos siguen siendo serios.

—No es un héroe. Pero tampoco es el villano que piensas que es. La gente no se da cuenta de lo que significa estar en su lugar. Cada decisión que toma tiene un costo, y no siempre es uno que los demás estén dispuestos a pagar, pero él lo hace. Porque alguien tiene que hacerlo, incluso si eso significa ser un capullo la mayor parte del tiempo.

—Claro, ahora resulta que tiene un corazón tan grande como sus pectorales.

Jake me mira con las cejas alzadas y una sonrisa burlona. No debería haber dicho eso.

—No estoy diciendo que sea perfecto —continúa Jake—, pero créeme, Claudia, hay mucho que no ves. El problema con Daniel es que no es precisamente un experto en relaciones humanas. No sabe cómo mostrar emociones de la manera correcta. Siempre ha sido más de demostrar con acciones que con palabras.

—¿Esto también forma parte del paquete? —pregunto, mirándolo con una mezcla de incredulidad y desafío—. ¿Te paga para que hables bien de él?

Jake suelta una pequeña risa, casi imperceptible, y niega con la cabeza.

—No, Claudia, no me paga por eso. Pero si lo hiciera, tendría que pedirle un aumento —añade, con una sonrisa que por fin parece sincera—. Simplemente, lo conozco desde hace mucho tiempo. Es complicado, como todos nosotros. Solo que él tiene una forma muy particular de complicar las cosas.

—Así que, ¿esto es lo que me estás diciendo? ¿Que debajo de esa fachada fría y calculadora, hay un ser humano real? —bromeo, aunque no puedo evitar que mi curiosidad crezca un poco.

Jake asiente, su expresión se suaviza por un instante.

—Exactamente. Solo tienes que decidir si vale la pena descubrirlo.

Jake se pone de pie con una sonrisa que podría considerarse casi cómplice, como si hubiera cumplido con su misión del día.

—Este es mi momento de desaparecer —dice mientras se sacude la chaqueta con un gesto teatral—. Recuerda, yo no he dicho nada —me advierte, su tono más ligero de lo que esperaba.

Antes de que pueda responderle con una broma o un comentario sarcástico, noto algo en el rabillo del ojo. Me vuelvo lentamente y lo veo, acercándose a nosotros con esa mirada intensa que parece perforar el aire a su paso.

Daniel Blake.

Camina con su habitual confianza, como si el metro fuera solo otra sala de reuniones que está a punto de conquistar. Su presencia es inconfundible, y de repente, todo lo que Jake me ha dicho empieza a hacer eco en mi mente.

Jake se aleja de manera discreta, sin hacer ruido, dejándome sola frente a la tormenta que se avecina. Daniel llega hasta donde estoy, y por un segundo, nadie dice nada. El tren se había ido, pero el ruido de su partida seguía resonando en el túnel, como un recordatorio de que el tiempo no se detiene por nadie.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, intentando sonar casual, aunque sé que mi tono traiciona mi sorpresa.

—Invitarte a almorzar. A eso ibas, ¿no? Sería un poco raro que abandonaras tu puesto de trabajo sin una sola explicación —responde él, como si fuera la cosa más natural del mundo, su tono completamente calmado, como si no hubiera un torrente de emociones bajo la superficie.

Lo miro, incrédula, tratando de procesar lo que acaba de decir.

—Eso solo alimentará aún más los rumores sobre nosotros en la empresa —le digo, intentando mantener la compostura, aunque una parte de mí no puede evitar sentir la tentación.

Daniel se encoge de hombros, como si los rumores fueran el menor de sus problemas.

—Entonces, que hablen —replica, con una leve sonrisa en los labios—. No podemos controlar lo que dicen los demás, pero sí podemos decidir cómo dejamos que nos afecte.

La seguridad en su voz, la manera en la que parece no darle importancia a lo que debería ser un gran problema, me desconcierta. Es como si nada pudiera sacarlo de su eje, como si estuviera dispuesto a enfrentar cualquier cosa, siempre y cuando sea bajo sus propios términos.

—Yo elijo el lugar —le digo, y veo cómo asiente, con una leve inclinación de la cabeza, sin hacer preguntas.

CAPÍTULO 16

Caminamos hacia el metro, y aunque sé que este no es precisamente el medio de transporte habitual de Daniel, no lo menciona. Nos subimos al vagón atestado y, sorprendentemente, él no parece fuera de lugar, a pesar de su traje a medida y su porte imponente.

Atrae muchas miradas, eso es innegable. Tal vez porque ocupa mucho espacio con su casi metro noventa de altura y esos hombros anchos que parecen diseñados para intimidar. Pero lo que más me sorprende es cómo maneja la situación. Aunque la multitud es abrumadora, Daniel se mueve con una calma que parece innata, como si estuviera acostumbrado a moverse en cualquier entorno con la misma facilidad.

Al entrar, soy empujada sin piedad hacia la puerta cerrada del otro lado del vagón. Por un segundo, temo que mi cara termine aplastada contra el cristal, pero entonces noto algo diferente: he conseguido un pequeño espacio de seguridad a mi espalda. Al girarme ligeramente, veo que Daniel ha utilizado su considerable tamaño para crear un escudo entre mí y el resto de los pasajeros.

Se mantiene firme, con los pies bien plantados en el suelo, mientras su pecho se pega a mi espalda, protegiéndome del caos que nos rodea. Sus brazos se alzan para sujetarse a las barras superiores, y su proximidad es tan evidente que puedo sentir el calor de su cuerpo a través de mi ropa.

Es una sensación extraña y desconcertante tener a alguien como él tan cerca en un lugar tan mundano. Casi como si estuviéramos en nuestra pequeña burbuja en medio de la multitud, un respiro en el torbellino de nuestra realidad.

—No sabía que tuvieras habilidades de guardaespaldas —murmuro, tratando de disimular el efecto que su cercanía tiene en mí, aunque sé que mi tono no es tan casual como me gustaría.

Siento cómo su aliento roza mi oído, y su respuesta llega en un susurro cargado de intención.

—Por lo que he oído, se dice que me gusta estar detrás de ti —responde con un toque de humor, haciendo una clara referencia al rumor de la oficina sobre lo que supuestamente pasó entre nosotros en el baño.

El comentario me toma por sorpresa, y no puedo evitar sonreír a pesar de la situación. Al mismo tiempo, una corriente de electricidad recorre mi cuerpo al sentirlo tan cerca, su presencia

envolviéndome en un entorno donde nadie más parece existir.

—¿Ah, sí? —le respondo, mi voz más baja de lo que pretendía, mientras trato de mantener la compostura—. Y yo que pensaba que lo de escuchar rumores no iba contigo.

—Normalmente no lo hago —admite, con una leve inclinación de su cabeza que apenas puedo sentir, pero no puedo ignorar la chispa de diversión en su voz—. Pero, si te soy sincero, este en particular me resulta más interesante que otros.

Su brazo derecho se tensa cuando el tren toma una curva, sujetándose con firmeza a la barra superior, mientras su pecho presiona un poco más contra mi espalda. El calor de su cuerpo se transmite a través de mi ropa, y me doy cuenta de que mi respiración se ha vuelto más corta, más consciente de cada movimiento suyo.

—Pero no es cierto —insisto, mi voz baja, casi un susurro que apenas se mezcla con el ruido del tren.

—Lo sé —responde con tono calmado, pero cargado de algo más, algo que me hace girar ligeramente la cabeza para intentar captar su expresión—. Lo injusto es que ahora no puedo quitármelo de la cabeza.

Su voz baja aún más, casi rozando la frontera entre susurro y confesión, mientras el tren sigue su curso.

—Sería un error —murmuro, más para convencerme a mí misma que a él.

—¿Uno? —responde, con una ceja arqueada y esa sonrisa medio burlona que me saca de quicio—. Creo que sería el cuarto error entre nosotros.

—A eso me refiero —le digo, girando un poco para mirarlo de reojo—. Una complicación innecesaria.

—Por supuesto —dice él, con una calma exasperante, como si estuviéramos discutiendo sobre qué pedir en una cafetería—. Pero una complicación intensa.

Me muerdo el labio, intentando no dejarme llevar por la chispa que se enciende con sus palabras. Es irritante lo bien que maneja este tipo de situaciones.

—Y tú te irás cuando tu labor termine aquí —le suelto, intentando mantenerme firme—. Y no podrás ascenderme por mi increíble trabajo, porque quedaría como la trepa de la empresa. Ya sabes, «acostándose con el jefe para escalar posiciones».

Él suelta una pequeña risa, baja y ronca, que reverbera en mi espalda, haciendo que se me erice la piel.

—Ah, ya veo, todo un dilema ético —dice, inclinándose un poco más para que su boca esté cerca de mi oreja—. Eso sería un problema... aunque no he oído quejas sobre tu rendimiento, Claudia. Si te sirve de consuelo, a mí me han llamado cosas peores.

—Pues añádelo a la lista de complicaciones innecesarias —digo, tratando de sonar sarcástica, pero su cercanía y esa maldita sonrisa suya están haciendo que mi cerebro entre en cortocircuito.

—Lo consideraré —dice él, inclinándose ligeramente, su aliento rozando mi cuello mientras susurra.

—Y, además, no puedo confiar en ti —le espeto, mi tono un poco más afilado—. Beatriz dice que has estado con ella, y sabiendo lo que sabes y cómo ella ha afectado mi vida, sería como una traición.

—No la tocaría ni con una caña de pescar —responde sin titubear.

La risa me escapa antes de poder evitarlo, una risa que hace que la tensión se disipe por un segundo.

—Lo haces adrede, ¿verdad? —le digo, girando la cabeza para mirarlo con una mezcla de diversión y frustración—. Se dice «no la tocaría ni con un palo».

—¿No es eso un poco agresivo? —dice él con una sonrisa, la misma que podría derretir incluso la voluntad más férrea—. Además, tengo por norma no involucrarme con mis empleadas.

—Lo que me lleva a otra cuestión —añado; mi tono se vuelve más serio—. ¿Por qué fingiste no saber quién era esa noche?

Justo en ese momento, el metro se detiene con un ligero chirrido en la estación de Retiro. Las puertas se abren, y siento la ligera brisa del parque colarse en el vagón.

—¿Vamos? —dice él, levantando una ceja, evadiendo la pregunta, pero su sonrisa sugiere que la conversación no ha terminado del todo.

Lo miro por un segundo, evaluando si debería insistir ahora o más tarde. Pero al final, decido dejarlo pasar por ahora y salgo del metro, con Daniel siguiéndome de cerca.

—La despediré —dice Daniel con una seguridad que me hace detenerme por un segundo. Su tono es tan firme que no parece haber espacio para dudas.

—¿Eso no sería un despido por circunstancias personales? —le pregunto, arqueando una ceja mientras seguimos caminando.

—Sí, pero no voy a permitir que se invente mentiras sobre mí —responde, con esa franqueza que lo caracteriza—. Además, utiliza la empresa para tener encuentros sexuales, y eso ya es

motivo suficiente de despido.

Caminamos por El Retiro, dirigiéndonos hacia una de las terrazas que se ubican cerca del Estanque Grande. El lugar está rodeado de árboles y el murmullo del agua se mezcla con las conversaciones tranquilas de los que pasan el día en el parque.

—Por ese motivo también deberías despedirme a mí —le digo, mirándolo de reojo con una sonrisa maliciosa—. ¿O no recuerdas lo que ocurrió debajo de mi mesa?

Daniel se detiene por un segundo; una sonrisa traviesa aparece en sus labios.

—Pero eso es distinto —responde con una chispa de picardía en sus ojos—. Yo soy el dueño de la empresa.

La risa que trato de contener se me escapa, y al final no puedo evitar devolverle la sonrisa.

—Así que, ¿las reglas no se aplican a ti? —le lanzo, divertida.

—Exactamente —dice, y aunque lo hace en broma, hay algo en su tono que me deja pensando en todo lo que hemos discutido, en lo complicado que es este hombre.

Nos sentamos en una de las mesas al aire libre de la terraza, con una vista perfecta del lago y los botes que flotan suavemente. La atmósfera es tranquila, pero hay algo en la forma en que Daniel me mira que sugiere que la conversación está lejos de terminar.

—Veo que no tienes inconvenientes en saltarte tus propias normas —le reprocho mientras miro la carta, sin querer aparcas el tema.

Daniel deja su menú en la mesa; sus dedos tamborilean suavemente sobre la superficie de madera mientras me observa, casi como si estuviera considerando cuidadosamente su respuesta.

—Las normas están para guiar, no para limitar —responde, su tono tranquilo, pero con un matiz que sugiere que ya ha reflexionado mucho sobre este tema—. Y, a veces, son las excepciones las que marcan la diferencia.

Levanto la mirada, encontrando la suya. La serenidad en su voz contrasta con la intensidad en sus ojos, y me doy cuenta de que para él las reglas y las excepciones no son tan claras como podrían parecer.

—Eso suena como una justificación muy elegante para hacer lo que te da la gana —replico, con una sonrisa que no puedo evitar.

Él se inclina hacia delante, apoyando los codos en la mesa, y me devuelve la sonrisa, pero hay algo más en su expresión, algo que no logro descifrar del todo.

—Claudia, lo que pasó esa noche... —comienza, con la voz más baja, casi introspectiva—. No era mi intención. No planeaba acostarme contigo, ni mucho menos ser el tipo que te ofreciera consuelo por lo de tu ex. De hecho, me lo repetí varias veces en la cabeza, pero todo se fue de las manos.

Frunzo el ceño, confundida. Daniel es un hombre de control, alguien que nunca parece dejarse llevar por las emociones. La idea de que algo pudiera «irse de las manos» para él me parece... desconcertante.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —le pregunto, manteniendo mi voz tan firme como puedo, a pesar de la mezcla de emociones que siento.

Él finalmente levanta la mirada, encontrándose con la mía. Hay algo en sus ojos, una mezcla de arrepentimiento y aceptación, que me desarma un poco.

—Porque en ese momento, todo lo que creía que debía hacer dejó de importar. —Su voz es sincera, sin rastros de su habitual compostura—. No quise aprovecharme de la situación, pero... en algún momento, dejé de pensar con claridad y tú... tú me... descolocaste, Claudia.

—Entonces... —empiezo, mi voz más suave—. ¿Qué se supone que hacemos ahora?

Daniel se queda mirándome, sus ojos oscuros llenos de una mezcla de determinación y algo más, algo que no logro descifrar del todo.

—Ahora, Claudia, intentamos no complicarlo más y forjamos solo una neutral relación laboral en la que no interactuamos más de lo necesario, si eso es lo que quieres... aunque te advierto, no parece que me esté yendo muy bien con eso hasta ahora —responde, con una pequeña sonrisa que sugiere que, tal vez, ninguno de los dos está tan perdido como parece.

—Eso no suena muy alentador —respondo, intentando mantener el tono ligero, aunque ambos sabemos que esto no es tan simple.

—¿Alguna vez te ha parecido que yo hago las cosas fáciles? —replica, su tono adquiere un matiz más juguetón, como si intentara aligerar la tensión que sigue latente entre nosotros.

—No, no lo haces. —Le devuelvo la sonrisa, sabiendo que, a pesar de todo, tal vez eso sea lo que más me intriga de él. Su capacidad para desafiarme, para hacerme cuestionar todo, incluso a mí misma.

Me doy cuenta de que, en este juego de poder que ambos hemos estado jugando, él ha decidido ceder un poco, sin imponer nada ni dirigir la situación como suele hacer en la oficina, permitiéndome elegir cómo seguir adelante. No sé si lo hace por respeto o porque está tan confundido como yo, pero lo que está claro es que está esperando mi respuesta.

—Creo que lo mejor será dejarlo solo en una relación de trabajo —digo finalmente, con un tono firme pero tranquilo—. Si mantenemos las cosas profesionales, los rumores terminarán por desaparecer, o al menos se desvanecerán con el tiempo. Y Álvaro quedará como el mentiroso patético que es, algo que, seamos sinceros, no es del todo injusto. Además, esto evitará complicaciones innecesarias, tanto para ti como para mí.

Daniel me escucha en silencio, asintiendo ligeramente, como si estuviera de acuerdo con cada palabra. Y mientras hablo, trato de convencerme a mí misma de que esta es la decisión correcta. Y lo es, al menos en teoría. Mantener las distancias... tiene sentido. Es lo lógico. Es lo que debería hacer.

Pero, claro, si siempre hiciera lo que debo, no estaríamos aquí, ¿verdad?

Mientras me repito esas palabras, «solo trabajo», una parte de mí sabe que hay más en juego. No se trata solo de mantener las cosas simples o de evitar complicaciones en la oficina. Se trata de reconocer que Daniel y yo venimos de mundos completamente distintos.

Él es un tipo que pertenece a una escala social donde yo ni siquiera puedo mirar ni poniéndome de puntillas. Viene de una familia de millonarios, gente que probablemente nunca ha tenido que preocuparse por cosas tan mundanas como pagar facturas o si el sueldo llega a fin de mes. Yo, en cambio, soy la hija de dos profesores de secundaria, personas que me enseñaron el valor del trabajo duro y la humildad, pero que también me enseñaron a no soñar con cosas que están fuera de mi alcance.

Y claro, él tiene toda la pinta de ser un sueño caro, de esos que, aunque los quieras con locura, sabes que te saldrán carísimos en términos de corazón roto.

Daniel se moverá de aquí en cuanto termine su trabajo, volviendo a ese mundo que le pertenece, uno que no tiene lugar para alguien como yo. Y aunque parte de mí se siente atraída por él, sé que no puedo permitirme el lujo de perderme en algo que inevitablemente terminará en dolor. Mi corazón ya está lleno de cicatrices, y no puedo sumar una más a la lista por una historia que desde el principio parece destinada al fracaso.

Daniel no responde de inmediato. Sus ojos oscuros me miran con una mezcla de comprensión y algo más, algo que no logro descifrar del todo. O tal vez prefiero no hacerlo.

—Solo trabajo, entonces —repito, y aunque las palabras son sencillas, el peso de lo no dicho cuelga entre nosotros, como una sombra que ninguno de los dos puede ignorar.

Y ahí estamos, los dos en silencio, como si estuviéramos sellando un trato que ninguno de los dos quiere realmente cumplir.

Mientras me mira, sé que esta es la última vez que tendremos esta conversación. No habrá más debates internos ni más vueltas en círculos. Ambos entendemos que este es el camino más seguro, el que evitará complicaciones y corazones rotos. Y aunque parte de mí se siente aliviada por la decisión, otra parte, pequeña pero ruidosa, no puede evitar lamentar lo que estoy dejando atrás.

Porque, siendo honesta, estoy renunciando a algo que podría haber sido increíble. No solo una simple relación, sino una de esas conexiones explosivas, cargadas de una tensión que promete desbordarse en cualquier momento. Algo que podría haber sido tan épico como peligroso, una de esas historias que te dejan temblando y con la piel ardiendo.

Y aunque sé que es la decisión correcta, también sé que renunciar a eso es como dejar caer una bomba sin detonar, preguntándome siempre cómo habría sido si la hubiera dejado estallar.

CAPÍTULO 17

El resto de los días pasan en una maldita ráfaga, entre reuniones interminables, documentos de rendimiento financiero que Claudia prepara con la precisión de un reloj suizo y esos momentos... Esos pequeños instantes que se me quedan grabados, aunque intento borrarlos de mi mente. Son como chispas que saltan de la nada, recordándome lo fácil que sería perder el control.

Como aquella vez en la presentación, cuando se le cayó una carpeta al suelo. Sin pensarlo, se agachó para recogerla y, joder, la vista que me regaló fue todo menos profesional. Su falda entallada se ajustaba de forma casi indecente a sus caderas, y la manera en que se inclinaba, con la espalda arqueada, me dejó la mente en blanco por un segundo. Intenté apartar la mirada, mantener la compostura, pero el maldito instinto fue más fuerte que yo. La imagen se quedó grabada, y durante el resto de la reunión me descubrí tensando la mandíbula, tratando de sacarme de la cabeza lo que ahora estaba impreso en mi memoria, mientras el jodido Jake me miraba con una ceja alzada, burlón.

Otro día, estamos en mi despacho repasando unos informes. Claudia se inclina sobre la mesa para mostrarme algo y, de repente, el olor de su perfume me golpea. Es suave, apenas perceptible, pero lo suficientemente tentador como para desatar el caos en mi cabeza. Su voz sigue hablando, pero yo ya no la estoy escuchando. Estoy demasiado concentrado en la curva de su cuello, en cómo un mechón suelto de su cabello apenas roza su piel. Y me sorprende pensando en lo fácil que sería inclinarme y deslizar mis labios por esa línea perfecta...

—Daniel, ¿me estás escuchando? —Su voz me saca de golpe de mis pensamientos, y levanto la cabeza para encontrarme con su mirada inquisitiva.

—Claro —miento, aclarando la garganta e intentando recobrar algo de dignidad. Pero la realidad es que estoy a kilómetros de allí, atrapado en esa maldita línea entre su cuello y su hombro.

Mi mirada sigue cada fragmento de piel, como si allí estuvieran todas las respuestas que nunca me atreví a formular. Y cuando ella se gira, con esa expresión entre desafiante y curiosa, sé que estoy a un segundo de lanzarme sobre ella, de olvidarme de todas las malditas reglas que me he impuesto. De mandarlo todo al carajo y besarla.

Pero no lo hago. Me quedo en mi sitio, como un idiota, reprimiendo cada impulso.

Y claro, le mentí. No del todo, pero sí le oculté información. Es cierto que no tenía intención de acostarme con ella esa noche, pero la verdad es que ya estaba fascinado por ella mucho antes de encontrarnos en ese pub.

Había visto el vídeo de su entrevista, me había divertido su ingenio, su sonrisa, la manera en que cruzaba las piernas sin darse cuenta de lo malditamente sexy que era. Además, cada uno de sus informes siempre tenía alguna frase divertida o fuera de lugar. Sabía de su tragedia familiar, de su desengaño amoroso... lo sabía todo, joder.

Lo más honrado cuando ella se acercó a hablar conmigo habría sido decirle la verdad: que yo era su jefe, que estaba allí con toda esa maldita información en la cabeza. Pero... no quería espantarla, que se largara y se buscara a otro. No.

Así que, mientras una parte de mí intentaba alejarla, la otra solo quería retenerla. Es cierto que no planeaba acostarme con ella. Joder, estaba rota, y yo no soy de esos que se aprovechan de una situación así.

Además, era mi empleada. Pero cuando la vi en esa cama, mientras leía y ella dormía en esa habitación de hotel, conté cada suspiro que salía de su boca, recorrí cada curva con los ojos, grabé la suavidad de su rostro en mi mente y la deseé. La deseé como nunca había deseado a alguien antes.

Y no pude detenerme.

Yo, Daniel Blake, el que siempre tiene el control, me comporté como un jodido adolescente que no puede controlar sus hormonas. Todo fue tan rápido y precipitado que me sentí avergonzado después.

Si ella se hubiera quedado... Pero no, se largó y me dejó ese billete en la mesilla, como una bofetada directa al orgullo.

Ahora espero a que Beatriz entre en mi despacho. No siento nada cuando la veo. Ni frío ni calor. La indiferencia es tan fuerte que me cuesta recordar por qué alguna vez pensé que podía ser atractiva. No entiendo cómo el cretino de Álvaro pudo perder a Claudia por una mujer así. Beatriz se desliza en la silla frente a mí, con esa sonrisa de suficiencia que puede que funcione con otros, pero que ahora me provoca absolutamente nada.

—Beatriz —digo, con el tono más neutro que puedo—, tenemos que hablar.

Cuando Beatriz cierra la puerta tras ella, Jake entra en el despacho, con su habitual expresión relajada.

Se acomoda en una de las sillas que Beatriz acaba de abandonar, como si fuera a quedarse un rato. Se queda en silencio por un momento, mirándome como si estuviera evaluando lo que va a decir a continuación.

—Así que, ¿por fin te has deshecho de la señora Sonrisa Forzada? —pregunta, dejándose caer en la silla que Beatriz acaba de desocupar. No hay ni un rastro de sorpresa en su voz. Probablemente lo supo antes que yo.

—Era necesario —respondo, cruzando los brazos y recostándome en mi silla—. No podía permitir que alguien como ella siguiera en la empresa. Su comportamiento no ha sido el más... profesional.

Jake se mueve hacia la silla que acaba de dejar vacía Beatriz y se sienta, inclinándose ligeramente hacia delante.

—No te sientas mal por eso, Daniel. Sabes tan bien como yo que era necesario. Y es la primera de muchos. Al menos ella te ha dado una buena razón. Beatriz se estaba convirtiendo en un problema. La verdad es que solo contribuía a los chismes de oficina. —Jake se queda en silencio por un segundo, como si estuviera calibrando lo que va a decir después—. Pero, siendo sincero, esto no es solo por eso, ¿verdad?

Lo miro, sabiendo exactamente a qué se refiere. Jake siempre ha tenido la maldita habilidad de ver a través de las capas de mierda que intento poner entre mis decisiones y mis emociones. Y en este caso, tiene razón.

—No, no lo es —admito finalmente, dejando caer los hombros—. Pero lo que no sé es cómo manejar lo que viene después. Con Beatriz fuera del camino, Álvaro va a seguir hablando, y Claudia... Claudia va a sentir que esto tiene que ver con ella, lo quiera o no.

Jake asiente, como si hubiera anticipado mi respuesta.

—Lo más jodido es que tienes razón —dice, sin molestarse en suavizar el golpe—. Pero no puedes seguir caminando en círculos alrededor de Claudia, Daniel. Ni en el trabajo ni fuera de él. Ella ya decidió cómo quiere que esto siga, pero tú sigues con un pie en cada lado de la línea. Y eso no es sano para ninguno de los dos.

Sus palabras me golpean con la fuerza de una verdad que he estado evitando enfrentar. Jake tiene razón, lo sé, pero maldita sea, no es tan fácil como él lo hace parecer.

—No es tan simple, Jake. —Mi voz suena cansada, incluso para mis propios oídos—. No estoy

acostumbrado a... esto. A no saber qué hacer, a no tener el control.

Jake se inclina hacia atrás en la silla, una sonrisa ladeada apareciendo en su rostro.

—Bienvenido al club, amigo. —Su tono es más ligero ahora, como si quisiera aliviar la tensión —. Te has pasado la vida manejando situaciones, personas, negocios... pero esto es diferente, ¿verdad? Aquí no hay una fórmula mágica que puedas seguir, ni un plan de acción que garantice el éxito.

—¿Alguna vez te has preguntado por qué sigues haciendo esto? —pregunta de repente, y su tono es tan serio que me desconcierta.

Lo miro, sin saber exactamente a dónde quiere llegar. Pero Jake nunca lanza una pregunta sin motivo.

—¿A qué te refieres? —respondo, cruzando los brazos mientras me recuesto en la silla.

Jake se encoge de hombros, como si lo que estuviera a punto de decir no fuera gran cosa.

—Me refiero a por qué sigues en este juego de control y poder, Daniel. Eres bueno en lo que haces, sí, pero... ¿alguna vez te has parado a pensar en lo que te cuesta? Quiero decir, de verdad, lo que te cuesta. Todo el tiempo que pasas calculando, controlando, asegurándote de que todo funcione según tu plan. ¿Alguna vez te has preguntado si merece la pena?

La pregunta me toma por sorpresa, pero no dejo que se note. Jake siempre ha sido alguien que observa más de lo que habla, pero cuando lo hace, es porque ha estado dándole vueltas a las cosas.

—Este es mi trabajo, Jake. Se me da bien —respondo, aunque su pregunta me ha dejado algo inquieto.

—Sí, lo sé. Pero eso no responde a mi pregunta —replica, mirándome con esa intensidad que pocas veces muestra—. Lo que te pregunto es si alguna vez has pensado en lo que pierdes al mantener todo bajo control. Si alguna vez te has permitido soltar un poco las riendas y ver qué pasa. Porque, Daniel, de eso también va la vida. No todo puede ser controlado. Y cuando intentas hacerlo, lo único que consigues es alejarte de todo lo que podría darte algo real. Lo que necesitas hacer ahora no es intentar controlarlo todo, sino dejarte llevar un poco. Ver qué pasa si sueltas un poco las riendas.

Me quedo en silencio, sus palabras resonando en mi cabeza. Dejarme llevar. Es un concepto que me resulta casi ajeno, pero tal vez, solo tal vez, Jake tenga razón. Quizá sea hora de ver qué pasa si dejo de intentar manejarlo todo y simplemente... vivo.

—Lo pensaré —digo finalmente, mi tono más suave—. Pero si todo se va al carajo, voy a culparte a ti.

Jake suelta una carcajada, sacudiendo la cabeza.

—Lo aceptaré con gusto, jefe. Lo aceptaré con gusto.

Jake se levanta, pero antes de salir del despacho, hace algo que me toma completamente por sorpresa. Se mete la mano en el bolsillo de su chaqueta, saca un preservativo y lo lanza sobre la mesa, justo enfrente de mí.

—Toma, por si acaso decides dejarte llevar más de la cuenta —dice, con esa sonrisa burlona que le caracteriza—. Suéltate un poco, hombre. No todo tiene que ser tan jodidamente serio.

Miro el preservativo y luego a Jake, sin poder evitar soltar una carcajada, una mezcla de incredulidad y diversión.

—¿En serio? —le digo, levantando una ceja.

—Claro. Nunca sabes cuándo lo vas a necesitar. Y, viendo cómo van las cosas, mejor estar preparado, ¿no? —responde Jake, encogiéndose de hombros mientras se dirige hacia la puerta.

—Tienes demasiada fe en mí —murmuro, negando con la cabeza, aunque el gesto ha hecho que me relaje un poco.

—No es fe, Daniel. Es que te veo venir —replica Jake, abriendo la puerta y saliendo antes de que pueda contestar.

Me quedo mirando el preservativo sobre la mesa, sin saber si reír o mandarlo al carajo. Pero, por alguna razón, me quedo con la sensación de que, por primera vez en mucho tiempo, estoy a punto de hacer algo que realmente no tiene un guion prescrito. Y joder, eso es tan aterrador como emocionante.

CAPÍTULO 18

Las noticias vuelan en esta oficina, y el despido de Beatriz no ha sido la excepción. Apenas ha pasado una hora y ya puedo sentir las miradas clavadas en mi espalda, como si yo fuera la culpable de todo. Y sí, puede que en parte lo sea, pero, joder, la verdad es que Beatriz se lo buscó. Retoza con la mitad de la oficina, crea un ambiente tóxico, se da aires de grandeza insinuando que Daniel ha estado con ella... No, mierda, no. La culpa es de Beatriz, no mía. Su rendimiento no era el mejor, y todo esto era cuestión de tiempo.

Intento repetirme eso mientras camino por el pasillo, tratando de ignorar las miradas y los murmullos que me siguen como una sombra. No debería sentirme culpable. No debería importarme. Pero hay una parte de mí, esa parte maldita que siempre se siente responsable de todo, que no puede evitar preguntarse si no habría otra forma de manejarlo.

Entonces, me topo con Álvaro. No me mira directamente a los ojos, pero su tono es suficiente para hacerme detener.

—Ahora todos debemos congraciarnos contigo para no ser despedidos, ¿verdad? —dice, con ese tono cínico que tan bien maneja—. ¿Voy a ser yo el siguiente?

La pregunta me toma por sorpresa, y por un segundo, no sé cómo responder. Pero antes de que pueda decir nada, una voz firme se adelanta por mí.

—Deberías cerrar la boca, Álvaro.

Me giro y ahí está Daniel, apareciendo de la nada, como suele hacer cuando menos lo espero. Su mirada es dura, su postura tensa, y por un segundo, el pasillo entero parece quedarse en silencio.

—Si conocieras solo un poco a Claudia, sabrías que está luchando con uñas y dientes por cada uno de vosotros —continúa, sin apartar la mirada de Álvaro—. Beatriz provocó su despido sola, por su comportamiento, por su rendimiento, y porque en esta empresa no se tolera que alguien utilice su posición para crear un ambiente tóxico. Así que, si yo fuera tú, me ahorraría los comentarios sarcásticos y empezaría a mostrar un poco de respeto por alguien que, aunque no te des cuenta, sigue velando por tu maldito empleo.

Álvaro se queda mudo, y por un segundo, parece que no sabe si replicar o marcharse. Finalmente, opta por lo segundo, dándome una última mirada antes de girar sobre sus talones y

alejarse.

Me quedo ahí, en medio del pasillo, sintiendo la tensión aún flotando en el aire. Miro a Daniel, que todavía tiene esa expresión de enfado en su rostro, pero que suaviza un poco cuando sus ojos se encuentran con los míos.

—Gracias... —murmuro, sin saber muy bien qué más decir. No estoy acostumbrada a que alguien me defienda de esa manera.

—No tienes por qué agradecerme, Claudia —responde, su tono más bajo, más personal—. Solo dije la verdad.

Y aunque sé que debería sentirme aliviada por sus palabras, una parte de mí no puede evitar preguntarse si todo esto no ha hecho más que complicar las cosas aún más. Porque, joder, este hombre... este hombre es un problema, y uno que no sé cómo resolver.

—Voy al archivo —digo, señalando hacia el ascensor, aunque mi voz suena más segura de lo que realmente me siento.

Necesito alejarme, despejarme un poco antes de que todo esto me supere.

—Yo también voy para allá —responde Daniel, sin dejarme margen para replicar.

Hace un gesto con la mano, indicándome que pase primero. No puedo evitar un pequeño suspiro. Claro que él también va al archivo. Porque, por supuesto, en este edificio lleno de cientos de oficinas y pasillos interminables, ambos tenemos que ir al mismo maldito lugar al mismo maldito tiempo. Camino hacia el ascensor, sintiendo su presencia detrás de mí, demasiado cerca, demasiado presente.

Presiono el botón, y las puertas se abren con un suave zumbido. Entro primero, y él me sigue, ocupando el espacio a mi lado. Es un ascensor pequeño, diseñado para dos o tres personas, pero con él ahí dentro, parece aún más reducido.

El silencio en el ascensor es denso, casi incómodo. No digo nada, solo me concentro en las puertas metálicas cerrándose frente a mí, deseando que el ascensor llegue a su destino rápidamente. Pero a medida que el ascensor desciende, el espacio entre nosotros parece cargarse de una electricidad que no puedo ignorar. Finalmente, decido romper el silencio, aunque lo que salga de mi boca no tenga sentido.

—Necesito revisar unos documentos antiguos —murmuro, como si de alguna manera eso explicara por qué estoy ahí, como si necesitara justificarme.

—Perfecto —responde él, con voz tranquila.

Su mirada me quema la nuca, y de repente, me siento como si estuviera en una de esas películas donde el ascensor se convierte en una olla a presión. Solo que, en este caso, no estoy segura de que vayamos a salir de aquí sin quemaduras de tercer grado.

Respiro hondo, o lo intento, porque el aire se ha vuelto espeso, casi tangible. A mi lado, Daniel se mueve apenas un milímetro, pero es suficiente para que mi corazón dé un salto mortal. Mierda, puedo sentir cada inhalación suya, como si estuviéramos sincronizados, y eso es terriblemente desconcertante.

Trato de concentrarme en otra cosa, cualquier cosa, pero todo lo que noto es su proximidad. Mis dedos, en un intento desesperado de parecer ocupados, se aferran al panel del ascensor, pero lo único que consigo es dejar huellas dactilares que probablemente necesitarán un equipo de limpieza concienzudo para ser borradas. Y luego, como si el universo no pudiera resistirse a complicar un poco más las cosas, él da un paso hacia mí.

No es un paso inocente. Es un maldito movimiento con intenciones, y de pronto estoy atrapada entre la pared del ascensor y su pecho. No hay escapatoria. El muy cabrón sabe exactamente lo que está haciendo, y yo... bueno, estoy demasiado ocupada tratando de no ahogarme en mi propia respiración como para pensar en una respuesta ingeniosa.

Cuando finalmente me mueve hacia él, no es con suavidad. Es un tirón decidido, con su mano en mi nuca, como si no hubiera más tiempo para dudas. Nuestras bocas se encuentran sin preámbulos, un choque de labios que se siente inevitable, como algo que hemos estado conteniendo durante demasiado tiempo.

Mi mano se desliza hacia su cuello, sintiendo el latido acelerado bajo mi palma, y todo lo que existe es este momento. No hay una razón lógica para lo que estamos haciendo, pero la lógica ha dejado de importar hace mucho.

Mi espalda choca contra la pared del ascensor, pero apenas lo noto. Todo lo que puedo percibir es el calor de su cuerpo contra el mío, el sonido áspero de un jadeo mientras nuestras bocas se devoran con una necesidad que no recuerdo haber sentido antes.

Y, maldita sea, no puedo detenerme. Este beso es un desastre, un completo caos, y lo adoro. Es torpe, urgente y probablemente poco ortodoxo, pero no hay nada que preferiría estar haciendo ahora mismo. Cada vez que intentamos tomar aire, nuestras bocas se buscan de nuevo, como si alguna fuerza invisible nos empujara el uno hacia el otro.

Cuando el ascensor se detiene con un leve tintineo en la planta del archivo, Daniel no me da ni un segundo para reaccionar. Su mano atrapa la mía con una determinación que grita «no me voy a disculpar», y en un movimiento que apenas puedo seguir, me arrastra fuera del ascensor como

si estuviéramos en alguna especie de misión secreta.

—¿Siempre eres tan sutil? —suelto, con una mezcla de sarcasmo y diversión, mientras trato de mantener el ritmo de sus largas zancadas.

—Cuando la sutileza no funciona, no veo por qué insistir —responde sin mirarme, su voz cargada de esa calma que parece ir en contra de toda la situación.

Llegamos al archivo, una sala enorme y apenas iluminada que huele a papel viejo y promesas olvidadas. Las estanterías metálicas, cargadas de cajas que parecen estar allí desde el Pleistoceno, se alzan hasta el techo. Una mesa de madera desgastada, con marcas de años de uso, se encuentra en el centro, y al fondo, una escalera de mano parece estar esperando su turno para entrar en acción.

Pero Daniel no me da tiempo para apreciar la decoración. En un movimiento fluido, me empuja suavemente hacia la mesa, y antes de que pueda soltar otra frase ingeniosa, su boca ya está sobre la mía, apagando cualquier intento de resistencia verbal.

La mesa de madera se clava en mi cadera, pero ni siquiera me importa. Su boca es insistente, demandante, y cuando me inclina hacia atrás, con una mano en mi espalda baja y la otra explorando la línea de mi cuello, todo pensamiento racional se evapora.

Su lengua se abre paso entre mis labios, cálida y llena de una urgencia que me hace perder el aliento. Saboreo su saliva, un gusto que se mezcla con el mío en una batalla de control que ninguno de los dos quiere perder. Sus dientes rozan mi labio inferior, tirando suavemente, provocando un gemido que se ahoga en la vorágine de nuestro beso.

Cuando baja sus labios a mi cuello, el contraste entre su respiración cálida y la frialdad de la habitación me arranca un escalofrío que me recorre toda la columna. Abro los ojos y veo su mano deslizándose con habilidad hacia los botones de mi camisa, desabrochándolos uno por uno, cada clic del botón cayendo en el silencio como una promesa de lo que vendrá.

La madera cruje bajo mi peso cuando me inclina un poco más. Su chaleco, perfectamente ajustado, se tensa con cada uno de sus movimientos, y no puedo evitar que mis manos se deslicen hacia su espalda, sintiendo la firmeza de su cuerpo bajo la tela, el contorno de sus músculos tensándose bajo mis dedos.

—¿Siempre llevas estos trajes malditamente perfectos? —pregunto con una sonrisa traviesa, deslizando una mano por la curva de su culo, apretándolo con la misma intensidad con la que él me sostiene.

—Solo cuando sé que voy a verte —responde, su voz un susurro grave.

Y suelto una carcajada sin poder evitarlo.

El olor de su colonia, mezclado con su aroma característico, a masculinidad y algo más, me envuelve. Su boca vuelve a encontrar la mía, y esta vez no hay nada suave en el contacto. Es un beso lleno de hambre, de días de deseo contenido que finalmente se libera en este momento.

Su respiración se vuelve más pesada, y el roce de sus dientes en mi piel, ese mordisco suave que deja una marca de la que no me quiero librar, me hace apretar los muslos, buscando alivio a esta necesidad que me consume.

—Esto es una idea terrible —logro articular cuando su mano se desliza por mi cintura, haciendo que mi cerebro dé vueltas.

—Lo sé —murmura contra mi piel, sus labios trazando un camino que hace que mi respiración se vuelva errática—. Pero no puedo evitarlo.

—El archivo de los horrores no es precisamente el mejor lugar —le digo, tratando de mantener un atisbo de racionalidad mientras mis manos se deslizan por su espalda, deteniéndose en la curva perfecta de su culo. Un culo que se siente jodidamente bien bajo mis dedos.

—Deberías hablar menos —responde, sus palabras apenas un susurro contra mi cuello antes de que su boca cubra la mía, devorándome con la misma urgencia que ha estado contenida durante días.

—¿Hablar menos? —consigo decir entre besos, mi voz teñida de ironía—. Y yo que pensaba que apreciabas mi agudo ingenio.

—Lo aprecio —responde, mientras sus manos exploran mi espalda, bajando por mis caderas con un propósito claro—, pero ahora mismo prefiero que hagas otra cosa con esa boca.

—¿Estás pensando en lo que hice la última vez? —pregunto, mi voz cargada de provocación mientras mis manos se aferran a su espalda, tirando de él hacia mí.

—Siempre pienso en eso —responde, su tono bajo, lleno de una promesa que me hace estremecer—, pero esta vez me toca a mí.

No me da tiempo a responder. Sus dedos hábiles llegan al último botón de mi camisa, pero no se apresura. No, Daniel Blake es un hombre que disfruta del control, incluso ahora, cuando todo lo que quiero es perderlo.

Sus ojos se clavan en los míos por un segundo, como si estuviera pidiendo permiso, aunque ambos sabemos que ya hemos cruzado esa línea hace rato. Luego, con una lentitud que casi me desespera, abre mi camisa, deslizándola por mis hombros hasta que cuelga a mis lados, dejando

mi sujetador a la vista.

—Mierda... —murmura, y puedo ver cómo sus pupilas se dilatan mientras sus manos, firmes pero suaves, bajan las tiras de mi sujetador, exponiendo mis pechos. No hay prisa en su movimiento, pero la forma en que me observa, como si estuviera grabando cada detalle en su memoria, me hace sentir más desnuda de lo que realmente estoy.

Su boca sigue el camino que sus manos han trazado, bajando lentamente por mi cuello, deteniéndose en el hueco entre mis clavículas antes de descender hacia mis pechos. El calor de su aliento, seguido por el contacto de sus labios, me hace cerrar los ojos y morderme el labio, luchando por no soltar un gemido demasiado alto.

—Joder, Daniel... —logro decir, aunque mi voz suena más como un suspiro entrecortado.

Pero él no responde con palabras. En lugar de eso, toma uno de mis pezones entre sus labios, su lengua trazando círculos lentos y deliberados, mientras su mano se mueve hacia mi espalda, apoyándose contra la mesa. Siento la madera fría bajo mi piel, pero el contraste solo amplifica el calor que su cuerpo está generando contra el mío.

Mis manos encuentran su cintura, y no puedo evitar deslizarse una de ellas hacia su culo, ese jodido culo perfecto. Mis dedos se hunden en la tela, tirando de él hacia mí mientras su boca sigue su recorrido, lamiendo, chupando, dejándome sin aliento.

Sus dientes rozan mi piel, una mezcla de dolor y placer que me hace arquear la espalda y soltar un gemido que no puedo contener. Todo en este momento es intenso, crudo, sin filtros. No hay nada suave o delicado en la forma en que nos estamos tocando, y me encanta. Porque, por mucho que lo intentemos, no hay marcha atrás. Estamos en medio de un maldito incendio, y no hay forma de apagarlo.

—Daniel... —murmuro, tirando de su cabello con una mano mientras la otra explora cada centímetro de su espalda, sintiendo los músculos tensarse bajo mis dedos.

Pero en lugar de detenerse, él se toma su tiempo, saboreando cada segundo, cada reacción que le doy. Y mientras su boca sigue trabajando en mí, todo lo que puedo pensar es que, maldita sea, si esto es lo que significa perder el control, estoy más que dispuesta a dejar que siga.

Estamos en una especie de caos perfectamente orquestado, y es claro que ambos lo sentimos. Daniel me tiene inclinada hacia atrás sobre la mesa, pero la situación cambia rápidamente. Con una mezcla de urgencia y control, me levanta, girándose con una facilidad que me hace pensar que ha estado esperando este momento tanto como yo. Mi espalda queda contra su pecho, y él no pierde tiempo en deslizarnos hacia una nueva posición.

Con una mano firme en mi espalda, me empuja hacia delante, apoyando mis manos y mi pecho contra la mesa. La madera fría se siente abrasadora contra mi piel expuesta. Siento cómo su otra mano sube lentamente por la parte posterior de mi muslo, levantando mi falda entubada hasta que queda completamente amontonada en mi cintura. Un solo tirón, decidido y sin vacilación, y siento cómo las medias y las bragas se deslizan hacia abajo, hasta quedar atrapadas en mis rodillas. Estoy completamente expuesta, vulnerable, y maldita sea, más excitada que nunca.

Escucho el inconfundible sonido de su cinturón desabrochándose, seguido del desliz de su cremallera. No puedo evitar girar la cabeza para verlo, y lo que veo hace que mi garganta se seque y se me haga la boca agua al mismo tiempo. Ahí está él, desabrochando sus pantalones con una calma que solo él podría mantener en un momento así. Su erección... Joder, es perfecta. Fuerte, firme y jodidamente sexy, como si hubiera sido diseñada para satisfacer los sueños húmedos de cualquiera.

Jadeo sin poder evitarlo.

Él sonríe de lado, como si supiera exactamente lo que estoy pensando, y se coloca un preservativo con una habilidad que solo le añade atractivo. No puedo evitarlo, sigo mirando, fascinada por cómo algo tan rudimentario puede parecer tan jodidamente sexy cuando lo hace él.

Antes de que pueda pensar en nada más, me empuja hacia delante con firmeza, arqueando mi espalda de una manera que eleva mi culo en el aire, dejándome completamente expuesta para él. Mi sexo, húmedo y ansioso, palpita con una anticipación casi dolorosa.

Y entonces lo siento. La punta de su pene rozando mi entrada, firme, exigente, y sin más preámbulos, entra en mí. No hay nada suave en la forma en que lo hace. Es fuerte, directo, y me deja sin aliento. Un gemido escapa de mis labios mientras me agarro a los bordes de la mesa, intentando mantenerme firme mientras él se hunde más profundo. La sensación es intensa, un placer que roza la línea del dolor y me lleva a un estado en el que nada más importa. Lo siento estirándome, llenándome por completo, y mi cuerpo se adapta a su tamaño, resbalando con la humedad que me empapa.

Cada embestida es decidida, profunda, como si estuviéramos tratando de arrancar algo que ha estado enterrado dentro de nosotros por demasiado tiempo. Mi cuerpo se arquea bajo el suyo, mis dedos se aferran al borde de la mesa con fuerza, y la sensación de él dentro de mí es tan intensa que apenas puedo pensar en otra cosa.

—Joder... —gimo, sintiendo cómo mi cuerpo se adapta a su tamaño, a la manera en que cada embestida parece borrar cualquier pensamiento coherente de mi mente—. Más fuerte... —susurro.

Él no responde con palabras, pero su cuerpo lo dice todo. Aumenta la intensidad, sus embestidas se vuelven más rápidas, más profundas, y mi cuerpo se rinde completamente a la sensación. Siento cómo su polla se mueve dentro de mí, cada centímetro estirándome, cada movimiento un recordatorio de lo jodidamente bien que se siente el sexo con él. Estoy empapada, y cada vez que se hunde más en mí, siento la humedad mezclarse con el látex del preservativo, creando una fricción que me envía al borde.

Y cuando finalmente llego, el orgasmo me golpea con tal fuerza que mi mente se queda en blanco, solo existe la sensación de él llenándome. Mis músculos se tensan a su alrededor, y no puedo evitar gritar su nombre, perdida en el placer.

Él me sigue poco después, con un gruñido bajo y profundo que resuena en mi espalda, y siento el calor de su semen llenando el preservativo, estirando el látex hasta su límite.

—Esto... —murmuro con una sonrisa satisfecha, girando la cabeza para mirarlo— definitivamente no va a ayudar con esos rumores.

Él me devuelve la sonrisa, su respiración todavía agitada, y se inclina para besarme en el cuello, esta vez más suave, pero con la misma intensidad.

—Que hablen lo que quieran —susurra—. No cambiaría esto por nada.

CAPÍTULO 19

Levanto la vista y me encuentro con la cara de Virginia mirándome fijamente, sus ojos entrecerrados, como si intentara leerme la mente. No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí, pero por la expresión en su rostro, diría que ha sido suficiente.

—Llevas escrito en la cara que acabas de tener sexo —dice Virginia, sin siquiera molestarse en bajar la voz.

Siento cómo el calor sube por mi cuello hasta mis mejillas, pero intento mantener la compostura.

—¿Qué? ¿Te has vuelto clarividente ahora? —le respondo, intentando sonar casual, aunque sé que el rubor en mis mejillas me delata.

Virginia se cruza de brazos, una sonrisa de suficiencia asomando en sus labios.

—No hace falta ser clarividente para verlo. Y la manera en que has salido del ascensor, como si te hubieran... bueno, como si te hubieran dado un repaso de esos que te dejan temblando las piernas.

La miro, intentando decidir si negar todo o simplemente rendirme. Pero ¿para qué mentirle? Virginia me conoce demasiado bien para que cualquier excusa funcione.

—Mira, lo que pase en el archivo, se queda en el archivo, ¿vale? —le digo, aunque la sonrisa en mi cara no desaparece del todo.

Virginia suelta una carcajada, como si acabara de escuchar el mejor chiste del día.

—Claro, Clau. Aunque, con esa sonrisa que llevas, diría que te han dejado más que satisfecha.

Intento poner los ojos en blanco, pero el calor en mis mejillas sigue delatándome. Virginia me da un suave empujón en el hombro, como si acabara de descubrir mi secreto más divertido.

—Vamos, cuéntame, ¿es tan bueno como parece o mejor? —me pregunta, con esa chispa traviesa en los ojos que no puedo ignorar.

—Virginia, no pienso darte detalles —respondo, cruzando los brazos en un intento fallido de mantener la compostura—. Pero digamos que el archivo ha ganado un nuevo significado para mí.

Virginia se ríe aún más fuerte, claramente disfrutando de la situación.

—Sabes que no pararé hasta sacarte toda la información, ¿verdad? —dice, sin dejar de sonreír.

—Lo sé, pero no pienso darte el gusto —le contesto, aunque una parte de mí sabe que eventualmente cederé. Con Virginia, siempre lo hago.

—Vale, está bien, te daré un respiro... por ahora —dice, con un guiño—. Pero tenemos que hacer otra noche de chicas. Ya sé que no necesitas un clavo para sacar otro clavo, pero nunca está de más un poco de diversión.

Sonríó, apreciando su entusiasmo, pero sacudo la cabeza.

—Lo sé, pero este fin de semana tengo un compromiso con Sofía.

Virginia asiente lentamente, su sonrisa suavizándose.

—Claro, Sofía siempre es lo primero para ti. Es una de las cosas que más admiro de ti, Clau.

Le devuelvo la sonrisa, agradecida por su comprensión.

—Gracias, Vir. Pero no te preocupes, pronto tendremos esa noche de chicas. Solo que, esta vez, sin necesidad de clavos.

—Venga, vamos a esa reunión a disfrutar un poco de las buenas vistas —dice Virginia, con un guiño que me hace reír.

—¿Y Marta? —pregunto, recordando que últimamente no la he visto mucho.

Virginia suspira, su expresión se oscurece un poco.

—Marta no está en su mejor momento ahora mismo y... bueno, ve como algo injusto que tú... —duda un segundo, como si no quisiera decirlo en voz alta—. Creo que no está pensando con claridad. No se lo tengas en cuenta, Clau.

—Ya... —respondo secamente, sin querer darle más vueltas al asunto. No es el momento ni el lugar para lidiar con eso.

Nos dirigimos a la sala de reuniones y, desde el momento en que entro, siento la tensión en el aire. No es solo la habitual tensión que precede a una reunión importante. Es algo más... palpable. Y sé exactamente por qué.

Daniel ya está allí, de pie al frente, con ese aspecto impecable que parece resistir cualquier tipo de estrés. Su traje perfectamente ajustado, la camisa sin una sola arruga, y esas manos... malditas manos que hace poco estaban ocupadas en algo mucho menos profesional. La imagen de él deslizándose el preservativo me golpea como un tren, y me encuentro mordiéndome el labio, tratando de sacarla de mi cabeza.

Marta está sentada al otro lado de la sala, su mirada fría como el hielo mientras me observa entrar. No necesito ser una experta en lectura de personas para saber que me odia en este momento. Genial.

Me siento en mi lugar habitual, tratando de ignorar la mirada fulminante de Marta y centrarme en lo que viene a continuación. Pero entonces, la voz de Álvaro corta el silencio, con ese tono sarcástico que tiene el don de hacer que mi piel se erice.

—Bueno, bueno, parece que alguien no puede quitarle los ojos de encima al jefe. Se te cae la baba —comenta, apenas conteniendo la sonrisa burlona en sus labios.

—Aún no —le respondo con un tono cortante, sin molestarme en mirarlo—. Pero si sigues hablando, puede que vomite.

Álvaro suelta una risa baja, como si hubiera ganado algún tipo de concurso, pero antes de que pueda seguir con sus comentarios estúpidos, Daniel comienza a hablar.

—Empecemos —dice Daniel, con su tono autoritario que no deja espacio para bromas, aunque noto que sus ojos se deslizan por la sala, deteniéndose en mí por un segundo más largo de lo necesario.

La reunión empieza, pero me es difícil concentrarme. Cada palabra que sale de la boca de Daniel me recuerda a lo que ocurrió en el archivo. Y cuando levanta una mano para señalar algo en la pantalla, no puedo evitar fijarme en esas manos, en cómo se movían sobre su miembro con una precisión que me dejó sin aliento.

La reunión sigue, pero me cuesta mantener la concentración. Cada gesto de Daniel me trae de vuelta lo que pasó en el archivo, y cuando levanta una mano para señalar algo en la pantalla, no puedo evitar fijarme en esas manos, en cómo se movían sobre su miembro para ponerse el preservativo.

—Como estaba diciendo... —la voz de Daniel me saca de mis pensamientos—. Estaré ausente unos días. Tengo que viajar a Barcelona para evaluar la viabilidad de una nueva adquisición para la empresa, un pequeño grupo de startups que podrían complementar nuestro portafolio. Serán solo unos días, y Jake se quedará a cargo mientras tanto.

—Vaya, ¿qué haremos sin nuestro querido líder? —dice Álvaro, con un tono a medio camino entre la ironía y la provocación.

—Trabajar, Álvaro. Algo de lo que tú podrías aprender un poco más —responde Daniel sin perder la compostura, pero hay un brillo en sus ojos que no pasa desapercibido.

Álvaro se encoge de hombros, como si nada le importara, pero yo sé que Daniel lo ha dejado en

su sitio. Y, maldita sea, si no me gusta verlo en acción. Pero, por otro lado, lo odio. Lo odio por ser tan... perfecto. Por hacerme sentir cosas que no quiero sentir. Y, sobre todo, por irse justo cuando las cosas se están poniendo interesantes.

Marta, que ha estado callada durante toda la reunión, levanta la vista de sus notas.

—¿Cuándo sabremos la lista definitiva de los que se van a la calle? —pregunta, su voz cargada de una amargura que no se molesta en disimular.

—Pronto —responde Daniel, con un tono que intenta ser tranquilizador, pero que no lo consigue del todo—. Estamos en las últimas fases de revisión. No es una decisión que tomemos a la ligera.

La reunión se da por terminada y la gente comienza a recoger sus cosas, pero entonces Daniel me mira, con esa mirada que no deja lugar a dudas.

—Claudia, ¿puedes quedarte un momento? Necesito hablar contigo.

Asiento, tratando de mantener la calma mientras los demás salen de la sala. Pero cuando paso junto a Álvaro, él se inclina un poco hacia mí, su voz baja y llena de veneno.

—Afina bien el culo para el jefe, Claudia —susurra, con una sonrisa maliciosa—. Y pensar que a mí nunca me dejaste entrar por detrás...

El asco y la furia se mezclan en mi interior, pero no voy a darle el placer de verme alterada. Me giro lentamente hacia él, con una sonrisa sarcástica en los labios.

—¿De verdad, Álvaro? —le digo, sin molestarme en bajar la voz—. Debería darte las gracias por recordarme lo bien que hice en no dejarte llegar tan lejos. No sabes el favor que me hizo Beatriz al sacarte de mi vida antes de que cometiera el error de casarme con un idiota como tú. Así que, ¿por qué no te ahorras el esfuerzo de intentar herirme y te callas la puta boca?

La sorpresa en su cara es como una recompensa inmediata. Veo cómo intenta reaccionar, pero la verdad es que ya no me importa. No voy a desperdiciar ni un segundo más en alguien que ni siquiera merece un insulto bien pensado.

Sin esperar su respuesta, que de todos modos no tiene ninguna importancia, me giro hacia Daniel, que me espera al fondo de la sala. Sus ojos me siguen, y mientras camino hacia él, no puedo evitar pensar que, a veces, enfrentarse a la mierda de la vida tiene su propio placer.

—Quiero que vengas conmigo a Barcelona. Será un viaje rápido, pero necesito que estés allí para las reuniones con los startups. Necesito a alguien que conozca bien los números y, francamente, en quien pueda confiar. —Su tono es serio, sin espacio para dudas—. Será todo

completamente profesional. Habitaciones separadas, horarios marcados...

—Sí, sí, claro. Aviones separados, taxis separados, cenas separadas... todo como si fuéramos dos extraños en la misma ciudad —le interrumpo, con una sonrisa burlona—. Tal vez hasta nos sentemos en lados opuestos de la mesa durante las reuniones, ¿no?

Él se detiene un segundo y sonríe apenas, esa media sonrisa que siempre parece guardar algo más.

—Bueno, no tanto —responde con voz suave.

Me río entre dientes, sabiendo que, como siempre, Daniel tiene que tener la última palabra, pero también disfrutando del juego.

—De acuerdo, jefe —digo, dándole un pequeño empujón en el brazo con mi hombro al pasar—. Pero no esperes que te lleve el desayuno a la cama. Ni, aunque me lo pidas con esa sonrisa tuya.

—No tenía ninguna intención de pedir eso... ni nada —corrige automáticamente, con un tono más serio—. No quiero que te sientas incómoda o creas que hay algún motivo oculto detrás de esto por el que te sientas obligada porque soy tu jefe.

Lo miro, sorprendida por su franqueza, pero también un poco divertida. Daniel Blake, siempre tan consciente de los límites, incluso cuando ya hemos cruzado algunos.

—¿Obligada? —repito, con un toque de incredulidad—. Daniel, si algo he aprendido en todo este tiempo es que puedo elegir decirte que no, aunque resulte difícil...

Él asiente, algo más relajado, pero aún manteniendo esa seriedad que lo caracteriza.

—Solo quería que quedara claro —responde, como si realmente le preocupara que yo pudiera sentirme presionada.

—Lo tengo claro, jefe. Solo trabajo, nada más —digo, aunque ambos sabemos que, en realidad, todo lo que ocurre entre nosotros siempre tiende a salirse de ese límite.

Daniel asiente, pero hay algo en su mirada que me dice que algo aún le ronda la cabeza.

—Bueno... es posible que, si conseguimos esa colaboración y logramos sanear el equipo, mi trabajo aquí llegue a su fin... Lo que significaría que...

—Que te vas —termino por él, sintiendo un pequeño nudo en el estómago que trato de ignorar.

La habitación se queda en silencio por un momento, el tipo de silencio que pesa, el que trae consigo la incómoda realidad de lo que está por venir.

—No lo sabía cuando estábamos en el archivo —admite, su voz más baja, casi un susurro—. De

haber sabido que sería tan pronto, no hubiera... —Hace una pausa, como si estuviera buscando la forma correcta de decirlo—. Pero mi padre me ha pedido que vuelva.

—¿Tu padre? —pregunto, sin poder ocultar la sorpresa en mi voz.

—Bruce Anthony Montgomery Blake —responde, sin necesidad de decir más. Es un nombre que no necesita presentación.

Mi mente procesa la información a toda velocidad. No solo es el dueño de esta multinacional, sino de medio mundo, o al menos así lo parece. Y él es su hijo.

—Piensa que está envejeciendo y quiere que asuma ya el mando.

—Enhorabuena entonces por tu ascenso, supongo —digo, tratando de sonreír de forma alegre, aunque sé que algo en mi expresión no encaja del todo.

—Claudia... —Daniel dice mi nombre con ese tono que utiliza cuando quiere que lo escuche de verdad, cuando no quiere que me quede solo en la superficie de lo que está diciendo.

—Relájate, Blake —respondo, tratando de sonar más tranquila de lo que realmente me siento—. Ambos sabíamos que llegaría este momento.

Pero, mientras las palabras salen de mi boca, no puedo evitar sentir que algo dentro de mí se está desmoronando, aunque no lo dejo ver.

Daniel me mira por un momento, como si intentara descifrar si realmente estoy tan tranquila como aparento. Finalmente, asiente, aunque hay una tensión en sus hombros que no se disipa.

—Sabíamos que sería así —dice, su voz baja, casi como si estuviera intentando convencerse a sí mismo—. Pero eso no lo hace más fácil.

Sonrío, o al menos intento sonreír, y doy un paso hacia la puerta. Necesito poner distancia entre nosotros antes de que este momento se vuelva más incómodo de lo que ya es.

—Lo que sea que venga después, estoy segura de que lo manejarás igual de bien que todo lo demás, Blake. —Intento que mi voz suene ligera, como si todo esto no me afectara—. Y si no, siempre puedes llamarme para pedir consejos sobre cómo lidiar con tu nueva horda de empleados.

Daniel suelta una pequeña risa, aunque sus ojos no reflejan el mismo humor.

—Lo tendré en cuenta —dice, pero no hay duda de que ambos sabemos que no lo hará.

Me dirijo hacia la puerta, mi mano en el pomo, pero antes de salir, me detengo un segundo, volviendo la cabeza hacia él.

—Buena suerte, jefe. —Lo digo con sinceridad, aunque me cuesta más de lo que esperaba.

Y sin esperar respuesta, salgo, dejándolo solo en la oficina que pronto dejará atrás. Pero mientras camino por el pasillo, no puedo evitar sentir que, en algún lugar del proceso, también estoy dejando algo atrás.

CAPÍTULO 20

La veo caminar hacia el control de seguridad, con esa confianza que la caracteriza al andar, como si supiera exactamente adónde va y no necesitara la aprobación de nadie para llegar. Su andar atrapa miradas sin darse cuenta, y no solo por la falda entubada que resalta cada maldita curva de su cuerpo o por la chaqueta entallada que marca su figura. No, es algo más. Es la manera en que sus ojos verdes, casi siempre entrecerrados, con esa mezcla de curiosidad y desafío, parecen escanear el mundo, como si nada se le escapara. Su cabello oscuro, recogido en un moño que parece más una declaración de que no tiene tiempo para tonterías que un verdadero intento de arreglarse, solo le añade más atractivo.

Mientras se acerca al control de seguridad, no puedo evitar fijarme en cómo la falda se ajusta aún más a sus caderas, destacando esa curva perfecta que siempre se me graba en la mente. No importa cuánto intente ignorarlo, cada vez que la veo, me ocurre lo mismo. Y esos tacones... joder, esos tacones son un maldito problema. No solo le añaden unos centímetros que la hacen aún más intimidante, sino que con cada paso parecen resonar en mi cabeza como un recordatorio de lo jodidamente sexy que es, aunque ella ni siquiera parece darse cuenta.

No puedo dejar de pensar en lo que ocurrió en el archivo, en cómo cada maldito centímetro de mi cuerpo la deseaba, en cómo mi boca buscaba desesperadamente la suya, y en cómo su sabor seguía en mis labios mucho después de que salimos de esa habitación. Recuerdo el sabor de su piel, la manera en que su cuello se arqueaba cuando mis labios encontraban su punto débil, justo debajo de la oreja. Podía sentir el latido de su pulso bajo mi lengua, acelerándose cada vez más mientras mis manos recorrían su cuerpo. Desabrochar los botones de su camisa fue como desatar una maldita bomba de relojería, cada clic un paso más hacia el caos absoluto. Sus jadeos eran una droga, llenaban mis pulmones con una necesidad que no había sentido en mucho tiempo.

Joder, lo bien que se siente tenerla cerca, incluso cuando no debería. Y esa maldita ironía en su voz, ese sarcasmo que usa como escudo, es una de las cosas que más me desconciertan. Porque sé que, detrás de cada comentario mordaz, hay algo más. Algo que no deja salir fácilmente, y eso solo me hace querer rascar la superficie, aunque sé que estoy jugando con fuego.

Finalmente, llega al control de seguridad y se gira para mirarme, como si estuviera esperando que haga algún comentario estúpido. Pero no lo hago. En lugar de eso, me permito una última mirada a esa curva perfecta de su trasero, a la manera en que esos tacones parecen diseñados para

atormetarme, y a esos malditos ojos verdes que siempre parecen tener la última palabra.

Estoy jodido, lo sé. Porque no se trata solo del sexo, aunque claro, eso es parte de ello. Es todo. Es ella. Su carácter fuerte, su maldito sentido del humor, que siempre me saca una sonrisa, aunque intente resistirme, y la manera en que me hace sentir más vivo que nunca.

Pero aquí estoy, intentando mantener el control, como siempre. Y sabiendo que, tarde o temprano, ese control se va a ir al carajo, porque con ella todo es un juego peligroso. Pero, joder, si no es un juego en el que quiero seguir participando.

Llegamos a Barcelona a las diez de la mañana, justo como estaba planeado. Nos quedan un par de horas antes de la reunión con los ejecutivos de Technova, la empresa emergente que estamos evaluando para la adquisición.

—Tenemos tiempo —le digo, alcanzándola—. Vamos al hotel primero, dejamos las maletas y luego vamos a la reunión.

—Genial, jefe —responde, con ese tono que mezcla sarcasmo y un mínimo respeto, lo justo para que no suene como una burla total.

Subimos al coche que nos espera afuera, y ella se queda en silencio durante el trayecto al hotel. Mira por la ventana, aparentemente distraída, pero sé que su mente está en mil cosas a la vez. La mía debería estar en la reunión, pero entre los movimientos del coche y la imagen de Claudia en el asiento a mi lado, mi concentración está un poco... dispersa.

—Espero que el hotel sea uno de esos en los que te dejan chocolatitos en la almohada —rompe el silencio, mirándome de reojo con una sonrisa traviesa.

—De hecho, creo que sí lo hacen —respondo, tratando de no sonreír, aunque ella siempre consigue arrancarme una.

—Perfecto, necesito sumar calorías al estrés, es el combo ideal —dice, soltando un pequeño suspiro exagerado.

—Puedes quedarte con los míos —le ofrezco, siguiéndole el juego.

—No, no. Eso sería demasiado generoso de tu parte y poco profesional —responde, e intenta mantener la compostura, pero sus labios se curvan ligeramente en una sonrisa.

—Deberíamos tener algo de tiempo libre esta tarde después de la reunión —comento, tratando de mantener la conversación ligera.

—¿Me estás invitando a ver la Sagrada Familia o esto es solo otra forma de decir que trabajaremos hasta la medianoche? —responde sin mirarme, con ese tono seco que solo ella

maneja tan bien.

—Podemos hacer ambas cosas —sonríó—. Aunque no te prometo que trabajemos menos.

—Debería haberlo sabido —ella sonríe también, pero hay algo en su mirada que me hace pensar que no todo está dicho aún.

Llegamos al hotel, y mientras nos registramos, no puedo evitar notar cómo el recepcionista no le quita los ojos de encima. Claudia no parece darse cuenta, como siempre, pero yo sí. Y aunque sé que es una idiotez, una parte de mí quiere decirle al tipo que se centre en su trabajo, pero ella sigue con esa actitud tranquila y despreocupada.

—Voy a necesitar una habitación con vistas, si es posible —dice ella, mirando al recepcionista con una sonrisa que parece completamente inocente, pero que tiene ese toque que solo Claudia puede darle.

—Por supuesto, señorita —el tipo casi tropieza con sus propias palabras, y tengo que esforzarme para no rodar los ojos.

—Cualquiera que tenga una cama cómoda me vale —digo, tratando de no sonar tan impaciente como me siento.

—Siempre tan práctico —murmura Claudia, lo suficientemente alto para que la escuche.

Cuando nos entregan las tarjetas para las puertas, me doy cuenta de que estoy esperando algo, tal vez una señal de que las cosas entre nosotros aún se pueden complicar más de lo que ya están.

Subimos al ascensor en silencio, y el aire entre nosotros parece cargarse con cada piso que pasa. Estoy demasiado consciente de la proximidad, del espacio reducido y de cómo nuestras manos podrían rozarse si cualquiera de los dos se moviera un milímetro.

—¿Habitaciones contiguas? —pregunta Claudia, mirando al panel de botones como si estuviera haciendo una observación sobre el clima.

—Parece que sí —respondo, manteniendo un tono neutral, aunque la idea de tenerla al otro lado de una pared fina como el papel no es precisamente lo que llamaría neutral.

El ascensor se detiene y las puertas se abren con un suave zumbido. Nos dirigimos a nuestras respectivas puertas, que están, efectivamente, una al lado de la otra. Ella introduce la tarjeta en la ranura y, antes de entrar, me lanza una última mirada que no puedo interpretar.

—¿Nos vemos en una hora? —pregunto, intentando sonar como si todo fuera estrictamente

profesional.

—Claro —responde, lanzándome una mirada que podría interpretarse de muchas maneras, pero que decido no analizar demasiado.

Nos dirigimos a nuestras habitaciones, y mientras cierro la puerta detrás de mí, no puedo evitar pensar en lo que vendrá después. No solo la reunión, sino todo lo demás. Porque con Claudia, siempre hay un «todo lo demás», y nunca es sencillo. Y lo peor es que, aunque lo sé, no puedo evitar querer más.

Me dirijo a la puerta contigua. Mi habitación es demasiado tranquila, demasiado ordenada.

Toco la puerta de su habitación antes de la hora pactada, con la clara idea de que no me apetece esperarla en el lobby. Después de un par de segundos, Claudia abre, con una mano sujetando un cepillo mientras su cabello oscuro cae en cascada sobre sus hombros.

—Enseguida estoy, solo necesito un segundo para... ya sabes —dice, señalando con el cepillo hacia el baño.

—No hay prisa —respondo, entrando en la habitación y cerrando la puerta detrás de mí.

El caos me golpea de inmediato. La maleta está abierta sobre la cama, con la ropa esparcida como si hubiera explotado. El bolso de Claudia yace en un rincón, sus pertenencias desparramadas por la colcha. Sin embargo, justo al lado, las carpetas para la reunión están perfectamente apiladas, como si fueran un pequeño altar a la eficiencia en medio de un campo de batalla. No puedo evitar sonreír. Esto es lo que define a Claudia.

Es casi poético, en el peor sentido. Como si la eficiencia en su trabajo fuera una manera de compensar el caos de su vida personal. Y no puedo evitar pensar en cómo eso refleja lo que está pasando entre nosotros. Una maldita analogía en la que no quiero profundizar demasiado.

Oigo el sonido del cepillo, un sonido tan íntimo que me hace sentir como si estuviera espiando algo que no debería. Me acerco a la puerta entreabierta del baño, sin querer interrumpir, pero demasiado curioso como para mantenerme alejado.

Puedo ver cómo Claudia se cepilla el cabello con movimientos largos y suaves, dejándolo caer sobre su espalda en ondas brillantes. La escena es tan sencilla y a la vez tan jodidamente erótica que tengo que apartar la vista por un segundo.

Y es entonces cuando lo veo: algo brillante, de color rosa fuerte, asomando entre la ropa

desordenada en la cama. No puedo evitarlo. Me inclino y lo tomo en mis manos, dándome cuenta de inmediato de lo que es. Un vibrador, con una forma cilíndrica y un cordón en el extremo, casualmente arrojado entre sus cosas como si fuera su cepillo de dientes.

Por un segundo, me quedo congelado, con el vibrador en la mano, sintiéndome como un idiota. Antes de que pueda decidir qué hacer, oigo los pasos de Claudia saliendo del baño.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta ella, su tono una mezcla de sorpresa y diversión al ver el vibrador en mi mano.

Abro la boca, pero no tengo una respuesta que no me haga sonar como un completo estúpido.

—Es para fortalecer el suelo pélvico —explica ella, sin un ápice de vergüenza, aunque hay una chispa traviesa en sus ojos—. Bueno, entre otras cosas...

Claudia, con esa facilidad suya para hacer que cualquier situación incómoda se sienta menos incómoda, me mira con una mezcla de sorpresa y burla.

—Es para fortalecer el suelo pélvico —repite con una naturalidad que debería tranquilizarme, pero solo logra que me sienta más idiota—. Bueno, entre otras cosas...

La observo por un momento, esperando que se ponga nerviosa o que se ruborice. Pero claro, esto es Claudia, la mujer que me hace sentir como un principiante en cada maldito encuentro.

—¿Qué esperabas? ¿Que me pusiera a gritar, muerta de vergüenza? —me mira con esa sonrisa que siempre me desarma, y sé que estoy jodido.

—Bueno, la verdad, sí. Un poco —admito—. Pero también es cierto que contigo nunca sé qué esperar.

—Eso lo tomo como un cumplido, Blake —responde ella, dándome la espalda y volviendo al baño como si la conversación no hubiera tenido nada de particular. Poco después sale con los labios pintados de rojo.

—Vamos, ya estoy —dice. Su mirada se cruza con la mía, se detiene en mi mano, y veo cómo su sonrisa se curva en algo más burlón—. ¿Piensas llevar eso a la reunión?

Miro hacia abajo y, joder, aún tengo el vibrador en la mano. Podría haberlo dejado en la cama, pero no lo hice, y ahora estoy aquí, atrapado en una situación más absurda de lo que jamás hubiera imaginado.

—Por supuesto —respondo, siguiendo su tono, intentando mantener la calma mientras me dirijo hacia la puerta. Ella ya está caminando hacia allí, pero mi mente sigue girando. Y entonces, sin pensar, hago la cosa más ridícula del mundo: me guardo el vibrador en el bolsillo interior de la

chaqueta.

¿Qué demonios estoy haciendo? Ni siquiera sé cómo explicar este impulso, esta necesidad de... ¿de qué? Pero ahí está, guardado junto al teléfono, como si fuera lo más normal del mundo.

—¿De verdad acabas de guardar eso en tu chaqueta? —pregunta, y hay un tono de desafío en su voz que me hace saber que, si me estoy metiendo en problemas, es porque quiero.

—Vamos a la reunión —digo, ignorando su pregunta y cruzando el umbral. Pero antes de que pueda salir, me detengo y la miro—. Si lo necesitas en algún momento, ya sabes dónde está.

Ella suelta una risa, un sonido bajo y lleno de diversión que hace que el caos dentro de mi cabeza sea aún más jodidamente complicado. Pero solo tengo clara una cosa: si Claudia quiere usarlo, tendrá que venir a buscarme.

CAPÍTULO 21

Me alegro de haber sido rápida y astuta antes de salir de la habitación. La mirada de Daniel cuando me di la vuelta y salí fue épica, pero lo será aún más cuando descubra que tengo el mando del vibrador en mi bolso. Si quiere jugar, yo también puedo hacerlo.

La reunión nos espera, y al entrar en la sala de conferencias, parece que el aire cambia. Los cuatro jóvenes que esperan allí no deben tener más de veinte años, pero están llenos de esa energía que solo la juventud proporciona. Ideas frescas y brillantes, un poco de arrogancia juvenil y, por supuesto, un buen toque de humor.

Daniel, con su metro noventa de pura seriedad, su acento americano y su aspecto impecable, les impone de una manera que casi me da pena. Les lleva más de quince años a cada uno, y es posible que, en vez de leche, mamara cuentas empresariales desde bebé. Su presencia es tan abrumadora que puedo ver cómo los chicos intentan no perder el hilo cuando él les dirige la palabra. Aun así, parecen lo suficientemente resueltos como para no dejarse intimidar del todo.

La reunión comienza, y aunque todos se concentran en los temas importantes, yo estoy más pendiente de lo que tengo en el bolsillo. No sé en qué momento se me ocurrió esta idea, pero ahora, con el mando del vibrador que Daniel cree tener escondido, la tentación es demasiado fuerte para no aprovecharla.

Uno de los chicos está explicando cómo su tecnología puede integrarse con la nuestra, exponiendo los detalles técnicos con entusiasmo, y decido que es el momento. Con el mayor sigilo posible, deslizo la mano dentro del bolso y pulso el botón, activando el vibrador que Daniel lleva en su chaqueta.

Veo cómo se tensa, casi imperceptible para los demás, pero yo lo noto. Sabe exactamente lo que está ocurriendo, pero no puede hacer nada sin delatarse. Trato de mantener una expresión seria, escuchando con atención lo que los jóvenes dicen, pero por dentro me estoy partiendo de risa.

—Como decía, la idea es combinar la eficiencia de nuestro algoritmo con la experiencia que ustedes ya tienen en el mercado —dice uno de los chicos, con una sonrisa segura.

Daniel no puede sacar el vibrador del bolsillo sin que los demás lo noten. Lo sé, y él también lo sabe. Lo veo en su expresión, en la tensión que recorre su mandíbula cuando intenta hablar sin delatar la situación.

—Me parece... —empieza, con su tono controlado de siempre, pero noto el leve temblor en sus manos cuando se apoya en la mesa—. Me parece que es una propuesta sólida. Sin embargo, necesitaré revisar algunos detalles antes de dar el visto bueno definitivo.

Suena tan profesional como siempre, pero sé que está luchando por mantener el control. Muevo ligeramente el pulgar sobre el botón del mando, preguntándome cuánto más podrá soportar antes de que algo se le escape.

—¿Qué detalles te preocupan? —pregunta uno de los chicos, genuinamente interesado en la opinión de Daniel, mientras todos los ojos se posan en él.

Daniel se aclara la garganta y se acerca a la mesa, como si al estar más cerca de la conversación pudiera disimular lo que ocurre en su chaqueta. Pero sé que no hay escapatoria.

—Solo algunos aspectos técnicos —responde, inclinándose un poco más—. El algoritmo que mencionas, por ejemplo, ¿cuántas iteraciones puede manejar sin comprometer la velocidad de procesamiento?

Los chicos vuelven a hablar, y Daniel me lanza una rápida mirada que dice «detente» sin necesidad de palabras. Yo le devuelvo una sonrisa inocente, como si no tuviera ni idea de lo que está pasando.

Me encanta que, a pesar de todo, siga en su papel de líder imponente, resolviendo las dudas de los chicos con esa autoridad que lo caracteriza. Pero puedo ver las pequeñas señales de que lo estoy volviendo loco, y eso, sinceramente, es lo mejor de todo.

Mientras uno de los jóvenes habla sobre las proyecciones financieras, sigo jugando con el mando, cambiando las intensidades, viendo cómo Daniel intenta disimular su incomodidad. Pero entonces, cuando creo tener todo bajo control, su mirada se cruza con la mía. Es una mirada cargada de advertencias, de promesas de venganza que me erizan la piel, y por un segundo, me pregunto si estoy preparada para lo que vendrá.

—Claudia, ¿te gustaría aportar algo? —pregunta de repente, con un tono completamente tranquilo, como si no hubiera un maldito vibrador activado en su bolsillo.

Pulso el botón para apagar el vibrador y me enderezo en la silla, poniendo mi mejor cara de póker. La sonrisa que mantengo es casi inocente, aunque Daniel sabe perfectamente que no lo es en absoluto.

—Claro —respondo, con mi tono más serio. Me vuelvo hacia los chicos, que siguen hablando de sus ideas como si nada extraño estuviera ocurriendo—. Me gustaría escuchar cómo pensáis manejar la estructura de costes y la rentabilidad a largo plazo cuando el proyecto empieza a

escalar. Porque, ya sabéis, es genial tener una idea brillante, pero si no hay números que la respalden, nos quedamos en la fantasía.

Uno de los chicos, con pinta de haber dormido poco y programado mucho, asiente con entusiasmo y se lanza a explicar su estrategia. Habla de márgenes, de previsiones, de posibles fuentes de ingresos. Y aunque intento concentrarme, la mitad de mi cerebro sigue recordando lo que acaba de pasar.

Daniel, a mi lado, se recupera como un campeón. Su cara no muestra ni un indicio de que hasta hace un minuto estaba al borde del colapso por culpa de un vibrador en su bolsillo.

Finalmente, toma la palabra con su tono firme y educado.

—Estudiaremos la propuesta en profundidad durante el día de hoy —anuncia, sin dejar espacio para dudas—, y mañana os daremos una respuesta.

Los chicos asienten, tensos, sabiendo que el verdadero examen empieza ahora. Yo también asiento, pero internamente me río. Trabajo y más trabajo. Adiós a mi plan de visitar la Sagrada Familia.

Al recoger nuestras cosas, los chicos nos agradecen el tiempo y se retiran con una mezcla de nervios y esperanza. Daniel se vuelve hacia mí, con esa expresión de «ya sabes lo que toca».

—Bueno, Claudia, parece que tenemos un día largo por delante —dice, sin intentar suavizar el golpe.

—Sí, adiós a la visita turística —respondo con un suspiro exagerado, aunque él solo me dedica una pequeña sonrisa.

—Siempre puedes ver la Sagrada Familia desde la ventana del hotel —comenta con una leve ironía, sabiendo que no es lo mismo.

—Claro, porque lo que siempre soñé fue observarla mientras reviso contratos y balances —le respondo, lanzándole una mirada de resignación divertida.

—Así me gusta, actitud positiva. Te hará falta.

Mientras salimos del edificio, noto que Daniel está más callado de lo normal. No es un hombre de muchas palabras, pero su silencio ahora me pone en alerta. No dice nada mientras caminamos de vuelta al hotel.

Yo también me mantengo en silencio, pero no puedo evitar preguntarme si me he pasado con la broma. Aunque, bueno, no es como si no pudiera manejar una pequeña broma, ¿verdad? Sin

embargo, la forma en que mantiene la mandíbula apretada y los ojos fijos al frente me hace dudar.

Al llegar al hotel, su calma calculada, su silencio... algo me dice que estoy a punto de descubrir hasta dónde llega su paciencia.

Subimos en el ascensor, y el ambiente se vuelve más denso. Siento su mirada sobre mí, aunque no lo haga directamente. Mi piel hormiguea, como si estuviera esperando que algo pase, pero él sigue sin decir nada. Solo camina detrás de mí cuando salimos del ascensor y nos dirigimos a nuestras habitaciones contiguas.

Justo cuando alcanzo la puerta de mi habitación, siento su mano firme en mi espalda. Antes de procesarlo, me empuja suavemente hacia dentro de su habitación. Cierra la puerta con un golpe seco.

—Daniel... —empiezo, pero no me deja continuar. Sus ojos, normalmente tan controlados, están oscuros, llenos de algo más, algo que va mucho más allá de una simple broma.

—¿Te ha parecido divertido? —pregunta, su voz baja, pero con un filo que no había oído antes.

—Bueno... —intento decir algo, cualquier cosa para suavizar el ambiente, pero él me interrumpe de nuevo.

—Ahora es mi turno —dice, con una sonrisa ladeada que no presagia nada suave.

No pierde tiempo. Con una determinación que no deja espacio para protestas, se inclina sobre la cama y rebusca en mi bolso hasta encontrar el mando del vibrador. Lo activa, y el aparato comienza a vibrar con la misma intensidad con la que yo le había martirizado antes. Me mira a los ojos mientras lo saca de su bolsillo, y sé que lo que está a punto de pasar no será precisamente suave.

Antes de que pueda pensar en una respuesta ingeniosa, me tiene contra la pared, su cuerpo presionando el mío de una manera que no deja lugar a malentendidos. Este no es el Daniel que se mantiene siempre en control; este es el Daniel que está tomando lo que quiere, sin pedir permiso. Y, joder, no puedo negar que me encanta.

—Abre las piernas —me ordena, su voz baja, sin dejar lugar a discusión.

Me quedo quieta por un segundo, pero luego obedezco, porque una parte de mí está tan jodidamente excitada que no puedo hacer otra cosa. Él tira de mis medias hacia abajo, sin preocuparse en absoluto de si las rompe. Luego, sin perder ni un segundo, aparta apenas mis bragas a un lado, exponiendo mi sexo, vulnerable y mojado, demasiado mojado como para seguir fingiendo que no quiero esto.

Siento el vibrador rozando mi piel, provocando un escalofrío que me recorre la espalda. Daniel no tiene prisa, no en esto. Desliza el vibrador sobre mi clítoris, haciéndome morderme el labio para no gemir. Luego lo baja un poco más, buscando la entrada, y cuando encuentra algo de resistencia, empieza a girarlo, a moverlo en círculos lentos, enloqueciéndome, mientras mi cuerpo se va adaptando a su forma, humedeciéndose aún más con cada segundo que pasa.

Me retuerzo, incapaz de contener el temblor en mis piernas, mientras él introduce el vibrador poco a poco, estirándome, haciéndome sentir cada centímetro. El maldito aparato vibra dentro de mí, pulsando con una fuerza que me hace perder la cabeza, y Daniel lo sabe.

Y entonces, con una última mirada de satisfacción, empuja el vibrador completamente dentro de mí, dejándome al borde de un orgasmo que amenaza con devorarme entera. Pero no lo permite todavía.

Devuelve mis bragas a su sitio, apretándolas contra mi sexo con una firmeza que es a la vez frustrante y deliciosamente torturadora. Y, antes de que pueda protestar o pedir más, apaga el vibrador con un simple clic del mando.

El silencio que sigue es ensordecedor, lleno de todo lo que no hemos dicho, de todo lo que ha quedado en el aire entre nosotros. Mi cuerpo sigue temblando, cada músculo tenso, desesperado por un alivio que me ha sido negado en el último segundo. Lo miro, con una mezcla de furia y deseo, intentando entender cómo demonios es capaz de controlarse así, de manejarme de esa manera.

—¿Ya está? —suelto, con la voz cargada de sarcasmo, aunque mi respiración entrecortada me delata.

Daniel me sonrío, esa sonrisa que parece hecha para provocarme y que tanto me saca de quicio.

—Por ahora —responde, guardando el mando en el bolsillo interior de su chaqueta con una tranquilidad que me exaspera—. Tenemos unos informes que repasar. Pediremos el almuerzo al servicio de habitaciones.

Me enderezo, tratando de recuperar algo de dignidad mientras lo observo con el ceño fruncido.

—Eres un cabrón, Blake —le espeto, aunque en el fondo sé que esta partida aún no ha terminado.

—Lo sé —responde, y la forma en que lo dice, con esa voz calmada y esa mirada que promete más juegos, solo me hace desearlo aún más.

Me quito los zapatos y las medias rotas, decidiendo que la mejor estrategia es aparentar que no estoy en absoluto afectada. Lo cierto es que estoy temblando, pero no le voy a dar el gusto de

verlo. Todo mientras intento ignorar el calor que sigue pulsando entre mis piernas, ese maldito vibrador que Daniel ha dejado justo al borde, pero no lo suficiente para que me corra. Es un cabrón, sí, pero joder, si no sabe jugar sucio.

Me giro para mirarlo, y ahí está, sentado en la silla, con las manos cruzadas sobre su regazo, como si nada hubiera pasado. Esa expresión de «yo nunca pierdo el control» me toca los cojones, y no sé si quiero besarle o darle una bofetada.

—Todo sea por mantener el profesionalismo, ¿no? —responde, con esa voz calmada que parece diseñada para sacar de quicio a cualquiera.

Decido que no ganará esta partida.

—Tienes razón —digo, con una sonrisa que no oculta nada—. Sigamos siendo profesionales. Es lo que mejor se nos da, ¿verdad?

Me acerco a la cama, donde he dejado mi bolso, y saco los informes que necesitamos repasar. Los coloco sobre la mesa con más fuerza de la necesaria, mientras mi cuerpo sigue latiendo de una manera que no puedo ignorar.

—El servicio de habitaciones suele tardar una eternidad. ¿Qué te parece si empezamos con el análisis de los gastos de los startups? —pregunto, dejando caer la pregunta como si fuera lo más normal del mundo, aunque por dentro sigo ardiendo por lo que acaba de pasar.

—Perfecto —dice, sin perder un segundo, como si nada pudiera afectarle, aunque sé que una parte de él sigue pensando en lo que tiene guardado en su chaqueta.

CAPÍTULO 22

Me quito la chaqueta con un movimiento lento, dejándola caer sobre la cama como si fuera un descuido, pero sabiendo perfectamente lo que estoy haciendo. Daniel mantiene su expresión imperturbable, pero puedo ver cómo sus ojos me siguen, atentos a cada detalle. Me desabrocho los primeros botones de la camisa, lo suficiente para dejar a la vista un escote que sé que no pasará desapercibido.

Una pequeña sonrisa se asoma en mis labios mientras me recojo el pelo en un moño descuidado, esperando que todo parezca tan sensual como intento aparentar. Porque aquí no solo voy a estar en aprietos yo; si él cree que tiene el control, está muy equivocado.

—Muy bien, empecemos con los gastos —digo, sentándome en la silla frente a él, cruzando las piernas de una manera que levanta un poco más la falda. Apuesto a que no esperaba esto.

Daniel toma el primer informe y lo abre, pero puedo ver cómo su mirada se desvía hacia mí, apenas unos segundos, lo suficiente para saber que está más pendiente de lo que hago que de lo que está leyendo.

—Entonces, ¿qué opinas del reparto de fondos inicial? —pregunta con una voz tan tranquila que me saca de quicio.

Le devuelvo una mirada que grita «no te creo nada» mientras me inclino sobre la mesa para tomar uno de los informes, asegurándome de que la acción empuje mi pecho un poco más hacia delante. Sé que me está mirando, lo noto en la forma en que su respiración cambia apenas perceptiblemente.

—Creo que es necesario hacer algunos ajustes —respondo con la voz más casual del mundo, mientras abro el informe y finjo concentrarme en los números.

Justo en ese momento, siento una vibración suave entre mis piernas. No me lo esperaba tan pronto, y casi me muerdo la lengua para no soltar un gemido. Me esfuerzo por mantener la compostura, pero la maldita cosa está vibrando justo donde no debería, y tengo que hacer un esfuerzo titánico para que no se me note.

—¿Todo bien? —pregunta Daniel, con esa maldita voz de inocencia que sé que es completamente falsa. Me mira con una ceja ligeramente arqueada, disfrutando de la situación.

—Perfectamente —respondo, fingiendo una sonrisa mientras mis piernas comienzan a temblar. No voy a darle el gusto de verme caer, no cuando ya he empezado esta guerra.

Me inclino hacia delante, apoyando el codo en la mesa y dejando que mis dedos jueguen distraídamente con el borde de mi escote mientras finjo leer un párrafo del informe.

—¿Y qué piensas sobre los márgenes de beneficio? —pregunto, alzando la vista y atrapando su mirada directamente. Pero la vibración sigue, suave y constante, y no sé cuánto más voy a poder mantener la calma.

Daniel finge pensarlo por un momento, pero puedo ver la satisfacción en sus ojos, la forma en que disfruta de verme al borde. Justo cuando creo que no puedo aguantar más, la vibración se detiene. Respiro aliviada, pero sé que esto no ha terminado. Esto apenas empieza.

—Creo que hay espacio para mejorar —dice finalmente, y la forma en que lo dice, con esa voz baja y segura, me hace querer saltar sobre él y arrancarle esa máscara de autocontrol.

—Totalmente de acuerdo —murmuro, sabiendo que no puedo ceder. Así que me enderezo un poco más en la silla, haciendo que la falda se suba aún más.

Sé perfectamente que ahora tiene unas vistas excelentes a mis bragas.

Daniel ni siquiera parpadea, pero puedo ver cómo sus ojos se oscurecen ligeramente, un cambio tan sutil que podría haberlo pasado por alto si no estuviera tan atenta. Sonríe, una sonrisa que no llega a sus ojos, pero que me deja claro que él también tiene su siguiente movimiento planeado.

—Claudia... —comienza, pero justo en ese momento, la vibración vuelve, esta vez más fuerte, casi insoportable. Me muerdo el labio para no soltar un gemido, sabiendo que, si lo hago, él ganará—. Me parece que has pasado por alto un detalle importante.

—¿Ah, sí? —pregunto, sin perder la compostura.

Él me mira, y sé que entiende lo que estoy haciendo. Pero en lugar de responder de inmediato, simplemente se inclina hacia delante, su mirada fija en la mía, tan intensa que podría derretir el puto acero.

—Hay que ajustar el presupuesto en marketing para que sea más... satisfactorio —dice con la voz baja, y maldita sea si no logra hacer que mis piernas tiemblen un poco más.

Pone su mano en la mesa, los dedos tamborileando lentamente sobre la madera, un ritmo que se sincroniza perfectamente con el maldito aparato que sigue enviando ondas de placer directamente a mi sexo.

Un gemido se me escapa antes de poder contenerlo, y sé que he perdido esta ronda. Daniel

sonríe, satisfecho, mientras apaga el vibrador de nuevo, dejándome jadeante, al borde, pero sin poder llegar al final.

—Claudia, concéntrate —murmura con una sonrisa canalla.

Lo miro, intentando recuperar el control de mi respiración, de mi maldita dignidad, pero sé que lo que realmente quiero es empujarlo contra la cama y terminar lo que hemos empezado.

Esto no es solo un juego de control; es una jodida prueba de resistencia. Y sé que ninguno cederá fácilmente.

Me enderezo en la silla, abriendo las piernas mientras finjo que estoy acomodándome. Pero sé exactamente lo que estoy haciendo, y también sé que Daniel lo nota. La humedad entre mis piernas es más que evidente, y estoy segura de que él puede verlo a través de mis bragas. La maldita tela está empapada, y la idea de que él lo sepa solo me excita más.

Daniel clava la mirada justo donde quiero que la tenga, y por un segundo, su expresión cambia. Ese maldito control que siempre exhibe parece tambalearse, y no puedo evitar sonreír, aunque sea un poco.

De repente, se levanta de golpe, tan rápido que me sorprende. Se pasa una mano por el pelo, intentando recuperar su compostura, pero no puedo evitar notar cómo su otra mano se mueve disimuladamente hacia su entrepierna, como si estuviera recolocando algo. Y, joder, sé perfectamente lo que está recolocando.

—Hace calor aquí, ¿no crees? —dice, con una voz un poco más ronca de lo habitual. Sin esperar respuesta, se desabrocha la camisa, dejándola abierta mientras se inclina hacia mí, como si estuviera interesado en el documento que tengo delante.

Pero no está mirando el documento, lo sé. Lo siento inclinarse detrás de mí, su pecho apenas rozando mi espalda mientras baja su mano hacia la mesa, justo a mi lado. Y entonces lo hace. Activa el maldito vibrador de nuevo, y esta vez, la intensidad me golpea como una ola, haciendo que mi espalda se arquee involuntariamente hacia él.

Me muerdo el labio, intentando no gemir, pero el vibrador sigue haciendo su trabajo, enviando pulsos directamente a mi centro, haciéndome temblar. Siento su aliento en mi cuello, cálido y constante, y estoy segura de que puede notar cómo mi cuerpo se estremece con cada vibración.

—¿Estás bien? —murmura, su voz tan cercana a mi oído que me envía escalofríos por toda la columna.

—Perfectamente —respondo, aunque mi voz suena más temblorosa de lo que me gustaría. Intento concentrarme en el documento, pero apenas puedo ver las palabras. Todo lo que puedo

sentir es el maldito vibrador dentro de mí, y la presión de su cuerpo tan cerca del mío.

Lo oigo respirar más fuerte, como si luchara por mantener la calma. No estoy sola en esta batalla.

—Quítate la ropa —murmura, pero su voz suena rota, rasgada por el deseo y la desesperación. Me lo dice con la frente apoyada en mi hombro, como si la fuerza le fallara en el último momento. Siento su cuerpo temblar.

No es una petición, es una maldita orden, y por un segundo, me quedo quieta, procesando lo que acaba de decir.

Pero no me da tiempo a responder. Sus manos ya están en mi cintura, desesperadas, arrancándome la blusa con tanta prisa que los botones saltan por la habitación. Tira de mi falda hacia abajo con torpeza, haciendo todo más caótico, más real.

Su respiración se acelera mientras me empuja hacia la cama, y antes de darme cuenta, su boca se clava en mi cuello, bajando hasta mis clavículas, mordisqueando y lamiendo como si el mundo fuera a acabarse si no me devora.

El vibrador sigue su danza dentro de mí, haciéndome retorcerme bajo su peso. Cada vez que me mueve, lo siento más profundo, como si tuviera vida propia. Y él lo sabe. Lo sabe porque desliza una mano entre mis piernas, empapándose los dedos, y suelta un gruñido que me retumba en el pecho.

—¿Te gusta? —pregunta, pero no espera respuesta. Su mano ya está en mis bragas, arrancándolas de un tirón que me deja jadeando. Es brutal, pero joder, no quiero que se detenga. No ahora.

Me deja desnuda y su boca sigue bajando por mi vientre. Puedo sentir su lengua, cálida y húmeda, trazando un camino hacia abajo, cada vez más cerca de donde el vibrador sigue su labor. No se detiene cuando llega allí. No. Porque es Daniel, y Daniel siempre va hasta el final.

—No te muevas —gruñe contra mi piel, su aliento haciéndome cosquillas justo donde más lo necesito.

Pero lo dice demasiado tarde. Mis caderas se levantan hacia él, buscando más, y él lo sabe. Lo sabe porque, en lugar de castigarme, se ríe bajo, casi enloquecido, mientras su lengua se desliza sobre mi clítoris, y el movimiento se sincroniza con el vibrador. La jodida combinación me hace gritar.

Su boca es una tortura deliciosa. Saliva y dientes que arañan, lengua que lame, chupa y saborea. Me está destrozando, y lo peor de todo es que lo disfruto más de lo que jamás creí posible.

Mete un dedo, luego otro, mientras sigue lamiendo con una precisión que me vuelve loca. No es suave, no es delicado. Me jode con la boca y los dedos como si estuviera poseído, moviéndose al ritmo del vibrador, sacándolo y volviéndolo a meter, moviéndolo dentro de mí junto con sus dedos. Todo en mi cuerpo se tensa, cada movimiento calculado, cada lamida y mordisco están probando hasta dónde puedo llegar antes de perder la cabeza.

—Dani... —balbuceo.

El vibrador sigue moviéndose dentro de mí, una tortura exquisita que me tiene al borde. Justo cuando pienso que no puedo más, que voy a explotar, lo saca, húmedo y resbaladizo, y lo pasa por mi clítoris mientras sigue metiéndome los dedos con la otra mano. Es un asalto total, no me da respiro.

Él no parará hasta que me haga estallar.

Y lo consigue. Lo hace mientras me tiene atrapada contra la cama, sin posibilidad de escape. Esa chispa que empieza en mi vientre se extiende por todo mi cuerpo hasta que ya no puedo más, hasta que me rompo en mil pedazos bajo su lengua, sus dedos y su insistente vibrador.

Me corro tan fuerte que siento que me desintegro, como si cada nervio estuviera al rojo vivo. Mi cuerpo tiembla, y Daniel sigue ahí, lamiendo cada gota de mi placer como si fuera lo único que importara.

Es como si me arrancaran el alma. Un gemido profundo, gutural, se convierte en un grito cuando su lengua se clava en mí, implacable, llevándome más allá de lo que pensé que era posible.

Cuando finalmente me suelta, sube por mi cuerpo, dejando un rastro de besos húmedos y mordiscos suaves. Su aliento se mezcla con el mío cuando nuestros labios se encuentran, y el sabor de mi propio placer en su boca me hace gemir de nuevo.

—No he terminado contigo —susurra, y sus palabras son más una promesa que una amenaza. Sus ojos brillan con algo más que deseo, algo que va más allá de lo que hemos hecho hasta ahora.

Daniel se aparta lo suficiente para deshacerse de la ropa que le queda, y no puedo evitar mirarlo, disfrutando de cada línea de su cuerpo como si fuera un manjar. Es tremendo. Su cuerpo es puro músculo, definido por el trabajo duro y la tensión acumulada. Cada movimiento suyo es un recordatorio de lo mucho que lo deseo, de lo fuerte que es y de cómo cada centímetro de su piel parece gritar poder y control.

Pero ahora ese control lo estamos perdiendo ambos, y no hay vuelta atrás. Me incorporo en la

cama y le ayudo a quitarse los últimos trozos de ropa, mis manos rozan sus caderas, deslizándose por sus costados, disfrutando de la sensación de su piel caliente bajo mis dedos. Hay una necesidad urgente de estar al fin desnudos, sin nada que se interponga entre nosotros. Cuando finalmente lo está, desnudo, completo, me pierdo en la visión de su erección, gruesa y palpitante, una promesa que hace que mi boca se seque y mi cuerpo se tense de anticipación.

Nos quedamos en silencio por un segundo, como si el peso de lo que estamos a punto de hacer cayera sobre nosotros de golpe. Mis ojos se encuentran con los suyos y ambos nos damos cuenta de la misma maldita cosa.

—¿Tienes protección...? —empiezo a preguntar, pero ya sé la respuesta antes de que termine la frase.

—No. —Su voz es grave, cargada de frustración. Lo dice mientras deja caer la cabeza hacia atrás, soltando una maldición entre dientes—. Estaba intentando evitar la tentación.

No puedo evitar soltar una risa sarcástica, más por la desesperación del momento que por otra cosa.

—Pues lo has hecho de maravilla, ¿eh? —le espeto, aunque mis palabras están teñidas de humor, porque la ironía de la situación no puede ser más absurda.

—¿Y tú? —me pregunta, sus ojos clavados en los míos, desafiantes, sabiendo ya la respuesta.

—¡Claro que no! —exclamo, mi tono es más burlón—. Se supone que todo iba a ser profesional, ¿recuerdas?

Nos quedamos mirándonos, respirando el mismo aire cargado de deseo y frustración. Ninguno de los dos quiere detenerse, no ahora, no cuando estamos tan cerca.

—No estoy en mis días fértiles —digo, y noto cómo mis palabras cambian la atmósfera—. Puedes... puedes meterla solo un poco, y la sacas antes de correrte.

Sus ojos se oscurecen con la intensidad de lo que estoy diciendo. El mero pensamiento de eso nos está volviendo locos a los dos. Pero aún me pregunta, como si necesitara estar seguro.

—¿Estás segura? —su voz está llena de una mezcla de necesidad y duda, una contradicción que solo hace que lo desee más.

—¿Parece que estoy pensando con claridad ahora mismo? —le respondo, más retórica que otra cosa.

No hay más palabras, no hacen falta. Daniel se inclina sobre mí, su mano se desliza entre mis piernas, rozando mi clítoris con el pulgar mientras me observa con esos ojos ardientes, antes de

guiarse hacia la entrada. El vibrador ha quedado olvidado en la cama, un testigo mudo de lo que estamos a punto de hacer.

Cuando siento la cabeza de su erección rozando mi entrada, es como si todo mi cuerpo se encendiera. Él avanza despacio, apenas entrando, y me mira, buscando en mi rostro cualquier signo de duda, pero todo lo que encuentra es pura necesidad.

—Solo un poco —murmuro, aunque sabemos ambos que estamos jugando con fuego, que la línea entre un poco y todo se difumina en cuestión de segundos.

Sus labios rozan los míos y empieza a empujar más adentro, despacio al principio, como si intentara convencerse de que puede detenerse. Pero no puede, y lo siento en cada fibra de mi ser. Mis piernas se abren más, mis caderas se levantan para encontrarlo, porque ya no puedo esperar más.

—Mierda... —gime entre dientes, sus ojos cerrados como si estuviera luchando contra sí mismo, pero sus caderas siguen moviéndose, más profundo, más fuerte.

No hay forma de detener esto. Mi cuerpo lo necesita, lo ansía. Cada embestida me acerca más al límite, cada centímetro que me llena me deja sin aliento. Estoy completamente atrapada en esta vorágine de placer, y la idea de detenernos ahora me parece imposible, casi cruel.

—Daniel... —gimo su nombre, casi en un ruego, pero ni siquiera sé qué estoy pidiendo. Solo quiero que siga, que no pare nunca.

Él acelera el ritmo, su respiración se vuelve errática, como si estuviera a punto de romperse. Sus manos se aferran a mi cuerpo con desesperación, mientras nuestras pieles se encuentran una y otra vez, cada vez con más urgencia.

—Claudia, no sé si... —Su voz se quiebra, sus palabras llenas de lucha interna, pero ya es demasiado tarde.

—No pares... —le suplico, aunque sé que estamos cruzando un punto de no retorno.

Mis uñas se clavan en su espalda, sus músculos se tensan bajo mis dedos, y puedo sentirlo, tan cerca, tan malditamente cerca. Cada embestida es más profunda, más frenética, y el control que ambos intentábamos mantener se desmorona en un mar de sensaciones.

Y entonces lo siento. Ese momento en el que su cuerpo se rinde al placer, cuando todo pensamiento racional se evapora.

Su cabeza cae contra mi cuello, su respiración es un caos caliente contra mi piel. Sigue embistiendo, una y otra vez, cada vez más rápido, cada vez más fuerte, hasta que no puede más.

Y en ese último segundo, intenta salir, pero es demasiado tarde. Lo siento correrse dentro de mí, su orgasmo me inunda, y es el empujón final que me arrastra también a mí al abismo.

Grito su nombre mientras me deshago, mi cuerpo convulsionando alrededor del suyo. El placer es tan abrumador que todo lo demás desaparece, incluso la pequeña chispa de pánico que se enciende en algún rincón de mi mente.

Nos quedamos quietos, jadeando, nuestros cuerpos aún entrelazados. La realidad empieza a filtrarse lentamente, pero ninguno de los dos dice nada. Daniel se queda apoyado en mí, su aliento aún irregular contra mi cuello, mientras nuestras respiraciones intentan sincronizarse.

—Lo siento —murmura finalmente, su voz llena de culpa, pero también de algo más que no puedo descifrar en este momento.

Aún no sé qué decir, mis pensamientos son un caos. Sé que debería preocuparme, pero ahora mismo todo lo que siento es la conexión intensa que aún late entre nosotros, la necesidad de mantenerlo cerca, de no dejar que este momento se desvanezca.

—Está bien... —respondo finalmente, tratando de recuperar el aliento—. No hay riesgo... está a punto de venirme el periodo.

Él se queda en silencio por un momento, procesando mis palabras, su respiración pesada aún resonando en mi oído. Pero entonces, algo cambia en su mirada, una chispa nueva de determinación que hace que mi pulso se acelere de nuevo.

—Entonces... ¿podemos seguir? —dice, su voz ronca, cargada de un deseo que parece no tener fin.

Y antes de que pueda decir nada más, me besa, un beso profundo y hambriento que reaviva el fuego que apenas comenzaba a apagarse. Su boca devora la mía, y siento cómo su erección se endurece de nuevo contra mi muslo, como si el placer de hace unos minutos solo hubiera sido un calentamiento.

Nos movemos juntos, instintivamente, como si nuestros cuerpos ya conocieran el camino. Él se sienta en la cama, tirándome encima de él, y me acomodo sobre sus caderas, tomando el control por un momento. Siento el grosor de su erección empujando contra mi entrada, y no espero más. Me bajo sobre él, dejándolo deslizarse en mi interior con un gemido ahogado que me sacude hasta la médula.

—Dios, Claudia... —gruñe, sus manos firmes en mis caderas, guiando mis movimientos mientras cabalgo sobre él, aumentando el ritmo con cada segundo que pasa.

El placer es casi insoportable, un ciclo constante de subidas y bajadas que me tiene al borde en

todo momento. Me inclino hacia delante, mis pechos rozando su torso, y él no pierde la oportunidad. Su boca captura uno de mis pezones, succionando con una mezcla de fuerza y delicadeza que me hace gemir alto, sin preocupación de quién pudiera oírnos.

Pero no se detiene ahí. Me agarra con fuerza, sus dedos se clavan en mi carne mientras me empuja hacia arriba y luego se voltea, dejándome de espaldas en la cama mientras él toma el control. Su mirada es salvaje, su cuerpo tenso mientras me embiste con una fuerza que hace que la cama cruja bajo nosotros.

El orgasmo me toma por sorpresa, un estallido de placer que me arranca un grito, mi cuerpo arqueándose bajo el suyo mientras él sigue empujando, implacable, insaciable. No sé cuántas veces me corro, no puedo contarlas, solo sé que cada vez es más intenso, más desesperado.

Nos tomamos unos minutos para pedir comida, pero ni siquiera nos levantamos para recibirla. Dejamos que el repartidor toque la puerta varias veces antes de que finalmente alguien deje la bandeja fuera. El olor de la comida flota en la habitación y se mezcla con el olor a sexo, pero no nos importa. Estamos demasiado ocupados explorando cada rincón del otro, cada vez más salvajes, más insaciables.

Luego me recoge en sus brazos y me lleva a la ducha, sin preocuparse por el cansancio, por el sudor que cubre nuestros cuerpos. El agua caliente golpea mi piel cuando me empuja contra la pared, su cuerpo cubriendo el mío, y la sensación es tan abrumadora que apenas puedo pensar.

—¿Otra vez? —susurro, aunque la respuesta ya la sé.

Él no dice nada, solo se inclina para besarme mientras entra en mí de nuevo, esta vez con una suavidad engañosa, como si estuviera dispuesto a tomarse su tiempo, a alargar este momento hasta que ninguno de los dos pueda más. Pero no se contiene mucho tiempo. La necesidad lo consume, y pronto sus embestidas son rápidas y duras, la pared fría de la ducha como único soporte mientras me sumerjo de nuevo en ese océano de placer.

Salimos de la ducha empapados, sin ninguna preocupación por secarnos, y volvemos a la cama como si fuera el único lugar en el mundo. Y él es tan perfecto y a la vez tan imperfecto que no puedo evitar maravillarme. Mientras lo tengo debajo, lamo sus pezones, y me sorprende descubrir lo increíblemente sensibles que son. Cada vez que mi lengua roza su piel, su cuerpo se estremece bajo mis caricias, sus músculos tensándose como si cada lamida fuera una descarga eléctrica.

—Claudia... —murmura con los ojos cerrados, su voz temblando ligeramente, casi como si estuviera suplicando.

Pero no me detengo, disfruto de este pequeño descubrimiento, cómo incluso el hombre más seguro y dominante puede ser tan vulnerable en esos pequeños detalles. Continúo con mis labios sobre su pecho, saboreando cada reacción, cada temblor que recorre su cuerpo.

Cuando él recupera algo de control, me vuelca sobre la cama de nuevo, pero esta vez soy yo quien toma la iniciativa, sin permitir que todo el poder se quede en sus manos. Me muevo con él dentro de mí, dictando el ritmo, hasta que veo una oportunidad y le doy un azote en el culo, firme, lo suficientemente fuerte como para sacarle una carcajada maravillosa, pero incrédula.

Por un momento pierde el ritmo, su cuerpo temblando bajo su risa.

—No esperaba eso —dice, todavía riendo.

—Te lo mereces por haberme torturado con el vibrador —le respondo, sin poder ocultar la sonrisa en mis labios.

—¿Quién empezó? —me pregunta, arqueando una ceja, su tono provocador, pero sus labios aún curvados en una sonrisa.

—Tú, llevándotelo contigo —le digo, señalando con la cabeza hacia la cama donde el vibrador quedó olvidado.

Su sonrisa se ensancha, y sus manos vuelven a aferrarse a mis caderas, apretando con fuerza mientras vuelve a entrar con profundidad.

—Tú empezaste desde el principio —murmura, su voz ronca, cada palabra cargada de una necesidad casi palpable—. Desde el primer momento en que te vi, volviéndome loco con la idea de esto, de tenerte así, sintiéndote temblar conmigo dentro.

Sus palabras me atraviesan, directas, sinceras, sin filtros. Es una declaración de deseo tan cruda y real que me deja sin aliento.

—Daniel... —susurro, pero él no me deja terminar. Su boca captura la mía, silenciando cualquier palabra, cualquier pensamiento, y nos volvemos a perder en ese mar de pasión que no tiene fin.

La noche se convierte en un ciclo interminable de piel contra piel, de gemidos ahogados y respiraciones entrecortadas. Cambiamos de posición tantas veces que pierdo la cuenta: a horcajadas sobre él, de espaldas, de lado, e incluso de pie, sosteniéndome contra la pared mientras me toma una y otra vez, cada vez con más fuerza, cada vez más profundo.

Es como si el tiempo se hubiera detenido, como si no hubiera otra cosa en el mundo más que este cuarto, esta cama y nuestros cuerpos entrelazados. No sé cuándo finalmente nos rendimos, agotados, nuestros cuerpos al fin satisfechos, cubiertos de sudor y de un cansancio placentero que nos arrastra al sueño.

Y mientras me acurruco contra él, mi cuerpo aún vibrando con las secuelas de todo lo que hemos hecho, no puedo evitar sonreír. Porque sé que esto no ha terminado, que cuando el sol salga, cuando nuestros cuerpos hayan recuperado algo de energía, todo volverá a empezar.

Y yo no soy capaz de detenerlo.

CAPÍTULO 23

El vuelo a Madrid se siente casi como un sueño, una de esas situaciones que parecen desenfocadas, como si el universo aún no hubiera decidido si fue real o solo una fantasía. Daniel y yo intercambiamos miradas cómplices de vez en cuando, pero mantenemos las manos alejadas, al menos mientras las miradas curiosas de los demás pasajeros nos rondan. No es que haya mucho que decir después de una noche como la que hemos tenido, una de esas que te deja marcada, aunque lo último que quieres es admitirlo.

El avión toca tierra con una suavidad que contrasta con mi tumulto interior. Lo pienso un segundo, y una sonrisa traviesa se asoma a mis labios. ¿Un contrato firmado y cerrado en tiempo récord mientras estábamos más ocupados investigándonos mutuamente que los documentos? Vamos, un auténtico milagro.

A mi lado, Daniel parece tan tranquilo como siempre, pero noto el leve movimiento de su mandíbula cuando se esfuerza por ocultar una sonrisa. Ese cabrón está tan satisfecho como yo.

—¿Preparada para las miradas en la oficina? —me pregunta, como si realmente nos importara.

—Que miren. Lo que seguro no esperan es que hayamos vuelto con el contrato cerrado —le contesto con un guiño, y no puedo evitar imaginar las caras de asombro.

Porque, siendo realistas, las miradas furtivas o los rumores no son lo que me tiene preocupada. Si alguien va a hablar, será porque Daniel y yo hemos hecho en tres días lo que cualquier equipo habría tardado semanas en negociar. Y si nos observan más de la cuenta... bueno, supongo que a estas alturas de la película es normal que todos vean lo que ha estado sucediendo. Pero tampoco me va la vida en ello.

—¿Desayuno rápido antes de ir a la oficina? —propone, señalando con la cabeza hacia una cafetería cercana.

—Si me prometes que habrá un café lo suficientemente fuerte como para revivir a un muerto, acepto —respondo con una sonrisa que él devuelve al instante.

Nos acomodamos en una mesa junto a la ventana, el aroma del café recién hecho llenando el aire y dándonos la energía necesaria para afrontar el día que tenemos por delante. Hablamos de cosas triviales: el clima, el partido de anoche, la película que pusieron en el vuelo y que ninguno de los dos terminó de ver. La conversación fluye con una naturalidad que me sorprende y reconforta a partes iguales.

Cuando finalmente llegamos a la oficina, el ambiente es el de siempre: gente corriendo de un lado a otro, teléfonos sonando, reuniones improvisadas en cada esquina. Algunos compañeros nos saludan con la mano, otros se acercan a preguntar por el viaje y, por supuesto, por el contrato.

—Bien, hora de ser profesionales otra vez —murmuro, más para mí que para él.

—Nunca dejamos de serlo —responde él—. Lo que pasa es que somos... eficientes incluso en multitarea.

Sonríe, esa sonrisa suya que siempre tiene un borde de complicidad, como si supiera exactamente en qué estoy pensando. Y probablemente lo hace. Hemos pasado suficiente tiempo descifrando cada pequeño gesto del otro como para que ya no haya muchas sorpresas.

—¿Conseguisteis un buen trato? —pregunta Jorge, del departamento legal, con una ceja alzada y una sonrisa escéptica.

Daniel saca la carpeta de su maletín y la coloca sobre la mesa de Jorge con un golpe suave pero contundente.

—Aquí lo tienes. Todo firmado y sellado. Ahora te toca a ti lidiar con los detalles aburridos — responde con un guiño.

Jorge silba, visiblemente impresionado.

—Vaya, formáis un gran equipo —nos dice con un guiño cómplice que me hace rodar los ojos.

Sonrío y me despido de Jorge con un gesto de la mano, mientras Daniel y yo nos dirigimos a nuestros respectivos despachos. Cuando me siento en mi escritorio, saco el móvil y me acuerdo de Sofía. Es raro que no me haya llamado ya para preguntarme cómo ha ido el viaje. Decido adelantarme y le envío un mensaje rápido.

Yo: *Acabo de aterrizar. ¿Comemos juntas?*

Espero unos segundos, mirando la pantalla en espera de los tres puntos que indican que está escribiendo, pero nada. Resoplo y me pongo a revisar algunos correos cuando finalmente su respuesta llega.

Sofía: *¡Hola! Qué bien que ya estás de vuelta. Hoy tengo planes, pero nos vemos mañana. No te preocupes, todo está bien.*

Frunzo el ceño. Sofía rara vez es tan vaga con los detalles, y esa forma de responder me deja un poco intranquila. Pero decido no darle más vueltas; a fin de cuentas, mi hermana también tiene derecho a sus propios planes, y no tengo por qué saber siempre en qué anda metida.

Yo: Vale, me avisas entonces. Nos vemos mañana.

Guardo el teléfono, pero no puedo evitar pensar en ese tono misterioso. ¿Qué estará tramando? Sofía no es de las que se guardan secretos, al menos no conmigo. Intento concentrarme en el trabajo, pero la curiosidad sigue rondando en mi cabeza.

Decido que no voy a darle más vueltas. Tengo un montón de cosas que hacer, entre ellas, asegurarme de que nadie sea despedido injustamente. Además, mañana veré a Sofía y, conociéndola, probablemente me cuente qué tenía entre manos sin que tenga que preguntar.

Con un suspiro, abro el archivo en mi ordenador y empiezo a revisar los informes de rendimiento que he estado preparando. Marta es una de las que está en la lista negra, y no porque no sea competente, sino porque alguien en la dirección —y por dirección me refiero a Daniel— ha decidido que es prescindible. Y eso me saca de quicio.

Marta ha sido una trabajadora dedicada, y aunque su rendimiento tuvo un bajón hace unos meses, sé que fue por razones personales, no por falta de compromiso. Lo que me molesta es que estos despidos parecen más una cuestión de recorte de costes sin considerar el valor real de las personas. Y ahí es donde entro yo.

Reviso los números, pero también las notas que he ido recogiendo sobre la situación de cada empleado. Mi objetivo es claro: evitar que Marta y otros en situaciones similares se conviertan en estadísticas de una reestructuración sin sentido. El informe tiene que ser impecable, con cada detalle bien documentado para que no haya margen de error.

Marta merece una segunda oportunidad, y voy a asegurarme de que la tenga.

—¿Comida juntas? —me propone Lucía, acercándose lo suficiente como para que nadie más escuche. Es evidente que tiene ganas de cotillear porque últimamente come con Marta, que trata de evitarme como si tuviera la peste.

—Claro, ¿por qué no? —respondo, fingiendo desinterés mientras cierro la pantalla de mi ordenador. En el fondo, estoy preparada para cualquier comentario mordaz que pueda lanzar.

Nos dirigimos a la cafetería, y mientras esperamos en la fila, puedo sentir su mirada, como si estuviera evaluando la mejor manera de abordar el tema sin que yo me dé cuenta. Pero la conozco demasiado bien.

—Así que... Barcelona, ¿eh? —dice, con esa sonrisa que intenta ser casual, pero que solo logra ser completamente obvia—. He oído que fue un viaje... productivo.

—Sí, bastante —respondo, levantando una ceja—. Firmamos el contrato. Todo un éxito.

Ella asiente, pero su sonrisa no se desvanece.

—Y... ¿nada más? —pregunta, con los ojos brillando de curiosidad.

—Bueno, Daniel y yo descubrimos que la cafetera del hotel hacía un café decente. ¿Eso cuenta?

Virginia suelta una risa, sacudiendo la cabeza.

—Vamos, Clau. Sabes a lo que me refiero. —Baja la voz, inclinándose un poco hacia mí—. La gente ha notado que... saltan chispas entre vosotros. Creo que es más que evidente que los rumores ya no son solo rumores. Mira tu cara, parece que te hubieras hecho un tratamiento de belleza, estás reluciente.

Me muerdo el labio para no soltar una carcajada. Si supiera... Intento mantener la compostura, pero la verdad es que, desde que volvimos de Barcelona, me siento como si hubiera renacido. Y no, no es por la dichosa cafetera del hotel.

—Bueno, lo cierto es que, en lugar de un tratamiento de belleza, digamos que me hicieron uno de esos masajes intensivos que te dejan nueva... —le digo, sin poder evitar que una sonrisa pícara se asome en mis labios.

Virginia abre los ojos como platos, y su interés se multiplica por mil.

—No me jodas... ¡Cuenta, cuenta! —exclama, olvidándose por completo de la ensalada.

Me acerco un poco más, bajando la voz como si estuviéramos compartiendo el secreto más jugoso del año.

—Mira, solo te diré que lo que pasó en esa habitación fue... una locura. Daniel fue... —me detengo, buscando las palabras adecuadas—. Joder, Lu, fue como si alguien hubiera encendido un fuego dentro de mí que no sabía que existía. Salvaje, pero tan atento al mismo tiempo. No sé ni cómo explicarlo sin sonrojarme.

Virginia me observa con la boca abierta, claramente intentando imaginar lo que le estoy describiendo.

—¿Tanto? —pregunta, con los ojos aún más brillantes—. Vamos, no me dejes a medias, tía. ¿Cómo fue?

Suspiro, porque sé que no voy a poder zafarme de esta.

—Fue... intenso. No, intenso es quedarse corto. Fue como si... —me detengo, mordiendo el labio mientras intento encontrar una forma de expresarlo sin sonar como un cliché andante—. Fue como si cada centímetro de mi piel, cada parte de mí hubiera estado esperando ese momento. No sé cómo lo hizo, pero logró que cada vez que me tocaba, fuera como si me conociera mejor

que yo misma. No era solo sexo, era como... joder, no sé ni cómo decirlo sin parecer una cursi.

Virginia se queda callada por un momento, digiriendo lo que le acabo de decir. Luego, se inclina hacia mí con una sonrisa de esas que solo tienes cuando sabes que estás escuchando algo realmente jugoso.

—Clau, no te voy a mentir... Estoy oficialmente celosa. Eso suena a que encontraste el maldito Santo Grial del sexo.

No puedo evitar reírme ante su comentario, porque tiene razón. Lo que pasó en Barcelona no fue simplemente una sesión de sexo; fue algo que cambió todo. Algo que, aunque me asusta admitirlo, podría cambiar las reglas del juego. Porque, ¿cómo no voy a comparar todo lo que venga después con esto, con él...? Y, seamos sinceras, lo más probable es que todo lo que venga detrás palidezca en comparación.

—¡Lo sabía! Sabía que esa tontería de mantener todo en modo profesional no iba a funcionar entre vosotros. ¿Cuántas veces lo hicisteis? No me digas que gastasteis una caja entera de condones o algo así.

—Bueno... —empiezo, sin saber muy bien cómo plantearlo—. Resulta que nosotros estábamos convencidos de que no ocurriría nada y no llevábamos protección y...

Virginia abre los ojos como platos, horrorizada.

—Clau... no me digas que... Vamos, ahora venden condones por todas partes. Dime que no cometiste ninguna locura.

Intento suavizar la situación, aunque sé que la explicación no es la más convincente.

—No estoy en mis días fértiles y todo estaba ardiendo como para dejarlo... —respondo, sabiendo que no suena tan convincente como me gustaría.

Virginia me mira como si me hubiera vuelto loca.

—No puedo creer que hayas actuado tan irresponsablemente. Los condones no solo previenen embarazos —me reprende, claramente preocupada—. ¿Y si...?

Antes de que pueda seguir, levanto una mano para detenerla, con una sonrisa sarcástica en los labios.

—Tranquila, Vir. Daniel no es precisamente el típico tío que va repartiendo sorpresas desagradables. Es más pulcro que un quirófano. Te juro que, si le hicieran una inspección sanitaria, pasaría con matrícula de honor. Y créeme, si algo hubiera parecido sospechoso, me habría sacado un certificado de pureza antes de tocarme.

Virginia se queda mirándome un segundo, asimilando lo que acabo de decir, y luego no puede evitar reírse.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunta, una vez que su risa se ha calmado.

Suspiro, dejando caer los hombros en señal de resignación.

—Ahora nada. Él se vuelve a Nueva York y yo... a lo mío. Lo que pasó en Barcelona se queda en Barcelona. Nada de complicaciones, nada de dramas. Solo fue un paréntesis increíblemente placentero, pero un paréntesis, al fin y al cabo.

Virginia me observa con una mezcla de comprensión y escepticismo.

—¿Y estás segura de que puedes mantenerlo así, solo como un paréntesis? Porque, tía, te conozco. Y cuando algo te toca así, no se te borra de la cabeza tan fácilmente.

Le devuelvo la mirada, tratando de parecer más segura de lo que realmente me siento.

—Sí, puedo. Tengo que hacerlo, Vir. Esto no tiene futuro. Él tiene su vida allí, yo la mía aquí. Fue sexo, del bueno, pero solo eso. Y es mejor que lo deje en ese lugar perfecto, en vez de intentar convertirlo en algo que no puede ser.

Virginia asiente lentamente, como si estuviera evaluando si creerme o no.

—Si tú lo dices, Clau... Pero no te engañes. No siempre es tan fácil separar lo que sientes de lo que haces. Así que, si en algún momento sientes que esto se te va de las manos, ya sabes dónde estoy.

Le sonrío, genuinamente agradecida por su apoyo.

—Lo sé. Y te lo agradezco. Pero tranquila, de verdad. Tengo esto bajo control.

Control. Claro. Como si realmente pudiera controlar lo que siento. Si fuera tan fácil, no estaría con este nudo en el estómago cada vez que pienso en él. La verdad es que cada vez que pienso en Daniel volviendo a Nueva York, siento que me están arrancando el corazón con una cuchara de postre. Suave, lenta y dolorosamente. Pero claro, aquí estoy, intentando convencerme y convencer a los demás de que soy la mujer más práctica del mundo. ¡Ja! Mira qué práctica: jugando a la indiferente mientras por dentro estoy gritando como si me estuvieran sacando un diente sin anestesia.

Pero no me queda otra. Tengo que engañarme a mí misma y a todos los demás. Es lo único que me queda. Así que, Claudia, cierra la boca, sonrío y sigue fingiendo que esto no te importa tanto. Que cuando Daniel se suba a ese avión, me sentiré como si alguien me arrancara las entrañas, pero, oye, soy muy buena fingiendo que aquí no ha pasado nada.

Así que, aquí estoy, pretendiendo que tengo el control, cuando en realidad me estoy sujetando con alfileres.

Le doy a Virginia la sonrisa más convincente que puedo, porque si no me creo yo esta mentira, ¿quién lo va a hacer?

CAPÍTULO 24

Claudia está de pie frente al equipo, explicando el informe de rendimiento que hemos estado esperando. Mierda, sabe cómo manejar una sala. Incluso Jake, que normalmente está más pendiente de su móvil que de las presentaciones, tiene la vista fija en la pantalla.

Estoy escuchando, de verdad que sí, pero mi mente sigue atascada en ese último encuentro en Barcelona. No debería mezclar las cosas, lo sé. Aquí, en esta sala, todo es profesional. Pero joder, es difícil separar a la Claudia eficiente y profesional de la Claudia que, solo días atrás, tenía sus manos en mi espalda y su boca...

Sacudo la cabeza, volviendo al presente justo cuando menciona el nombre de Álvaro.

—Álvaro ha demostrado un incremento constante en su rendimiento —dice, como si estuviera defendiendo a un cachorro perdido—. Este trimestre, sus números han subido un 15%, y...

—Eso no es suficiente —la interrumpo. Las palabras me salen más cortantes de lo que pretendía, pero no me importa—. Un 15% de un rendimiento mediocre sigue siendo mediocre.

Claudia se me queda mirando, y en su mirada hay algo que hace que mi pecho se tense. No sé si es la determinación o el hecho de que parece más jodidamente segura de esto de lo que debería estar.

—¿Mediocre? —responde, con una calma que solo significa que está conteniendo la tormenta—. Daniel, estamos hablando de un mercado que ha sido extremadamente volátil. Un 15% es significativo, y si miras más allá de los números, verás que Álvaro ha conseguido posicionar nuestra marca en sectores donde ni siquiera teníamos presencia.

Jake, que hasta ahora había estado callado, me lanza una mirada rápida. Esa mirada de "joder, tío, cálmate". Pero no puedo. No cuando veo que todo el equipo se está tragando lo que Claudia dice sin cuestionarlo.

—¿De verdad quieres basar tu defensa en algo tan frágil como un mercado volátil? —pregunto, con una sonrisa sarcástica que ni siquiera intento ocultar—. Álvaro puede haber subido un 15%, pero sus costos se han disparado. No podemos seguir manteniendo a alguien que no sabe optimizar recursos.

La sala se queda en silencio. Patricia, de recursos humanos, se remueve incómoda en su

asiento, claramente no queriendo estar en medio de esta pelea. Claudia, en cambio, no se mueve ni un centímetro.

—Esto no es solo una cuestión de números, Daniel. Álvaro ha demostrado ser valioso en áreas donde otros no lo han conseguido. No podemos despedirlo simplemente porque no cumple con un estándar que, sinceramente, es casi imposible en la situación actual.

Es buena en lo que hace, eso no lo discuto, pero cuando se empeña en llevarme la contraria... Es como intentar convencer a un muro de que se mueva.

Me levanto de la silla, apoyando las manos en la mesa mientras me inclino hacia ella.

—Es simple, Claudia. ¿Sus resultados justifican su salario? No estamos aquí para hacer favores ni para jugar a ver quién tiene razón. Estamos aquí para asegurar que esta empresa siga adelante, y si eso significa despedir a gente que no está a la altura, lo haremos.

Ella me lanza una mirada rápida, de esas que podrían cortar el aire. Es la típica mirada de "no me vengas con esas", y por un momento, nadie dice nada. Es como si el resto del equipo hubiera desaparecido, dejando solo a Claudia y a mí en esta maldita guerra de voluntades.

—No es solo el incremento en ventas, Daniel —replica, su tono gélido—. Es la expansión a nuevos mercados, la consolidación de relaciones con clientes clave, el impacto a largo plazo. No se trata de cifras inmediatas, sino de visión a futuro.

Visión a futuro. Claro. Esa es su carta de defensa favorita. Y no puedo evitar que una sonrisa cínica asome en mis labios.

—Visión a futuro es un concepto interesante, sobre todo cuando el presente ya está costando demasiado. —Miro a Jake, que está sentado a mi derecha, y veo que intenta ocultar su incomodidad. Patricia, la de recursos humanos, hace un gesto como si quisiera intervenir, pero se detiene al ver cómo la conversación se convierte en algo más profundo que un simple intercambio de opiniones profesionales.

Claudia no me deja ganar tan fácil.

Mierda. La verdad es que hay algo personal en esto, aunque no lo quiera admitir en voz alta. No puedo soportar la idea de que Álvaro se quede en esta empresa. No después de todo lo que ha pasado. Y joder, no quiero que esté cerca de Claudia cuando yo me vaya a Nueva York. Puede que ella esté siendo más objetiva que yo en este asunto, capaz de dejar a un lado sus rencillas personales, pero yo no puedo. No quiero a Álvaro aquí, punto. No lo soporto cerca de ella, sabiendo que una vez tuvo la maldita suerte de ocupar su tiempo y su atención. Y aunque debería basar mi decisión en lo mejor para la empresa, sé que este cabrón ha sido una piedra en

el zapato tanto para Claudia como para mí.

¿Es injusto? Tal vez. ¿Me importa? Ni un poco.

—Claudia —digo, manteniendo el tono firme—, esto no es una cuestión de si Álvaro puede o no mejorar. Es una cuestión de si merece la pena mantenerlo. Y en mi opinión, no lo merece.

El silencio en la sala se vuelve más denso. Jake sigue mirándome como si estuviera presenciando un duelo en el Viejo Oeste, y el resto del equipo parece haber decidido que es mejor mantenerse al margen de este choque de titanes.

Sé que Claudia quiere seguir discutiendo, pero también sé que, por esta vez, no voy a dejar que me convenza. Puede que no sea el jefe más razonable del mundo, pero joder, soy el jefe, y Álvaro no tiene lugar aquí.

Y no pienso cambiar de opinión.

Miro el informe una última vez, repasando los nombres y los números asociados a cada uno. Claudia sigue expectante, esperando a que continúe, aunque sé que lo que voy a decir a continuación no le va a gustar.

—En cambio, voy a valorar mantener los puestos de Marta Garrido, Laura Fernández, Carlos Ortega y Jaime Pardo —digo, sin levantar la vista del papel.

Y ahí está. La reacción que esperaba. Puedo sentir cómo se tensa el ambiente en la sala, especialmente Claudia, aunque intenta mantener la compostura. Pero sé que lo ha pillado. Sabe exactamente lo que estoy haciendo.

Es el chantaje puro y duro. Te concedo que estos cuatro se queden, pero Álvaro se va.

Levanto la vista, y nuestros ojos se encuentran. No necesito decir más. Ella lo sabe, y lo sabe bien. Mantener a Marta es un punto delicado para ella, y los otros tres tienen un valor estratégico innegable para la empresa. Pero Álvaro... Álvaro es el sacrificio que estoy dispuesto a hacer, y ella lo sabe.

Claudia me devuelve la mirada, y puedo ver la lucha interna en sus ojos. Es una batalla entre su objetividad y la realidad de lo que esto significa. Está claro que no quiere ceder en lo de Álvaro, pero también sabe que la balanza está desequilibrada. Si quiere mantener a esos cuatro, va a tener que aceptar que no puede salvar a todos.

El silencio en la sala se vuelve casi insoportable. El resto del equipo está pendiente, pero nadie se atreve a intervenir. Todos saben que esto es entre Claudia y yo.

Finalmente, Claudia suelta un suspiro, y sé que ha tomado una decisión.

—Tú eres el jefe —responde, y aunque sus palabras son simples, el peso que llevan es innegable.

Hay una especie de resignación en su voz, pero también un desafío sutil, como si me estuviera recordando que esta es mi responsabilidad, no la suya. La frase es sencilla, pero la escucho como un recordatorio de que la última palabra la tengo yo, con todo lo que eso implica. No es una concesión, es más bien una declaración de que la decisión, aunque la acepte, no la comparte.

Mierda. No puedo evitar admirar la forma en que mantiene la compostura, incluso cuando sé que no está de acuerdo conmigo. Es en esos momentos cuando me doy cuenta de lo difícil que es tenerla como adversaria. Porque, aunque he ganado esta ronda, no hay satisfacción en ello. La tensión sigue ahí, y ambos lo sabemos.

—Así es —respondo, devolviéndole la mirada, firme, aunque por dentro me pregunto si he hecho lo correcto—. Y como jefe, debo tomar las decisiones que considero mejores para la empresa.

La reunión se da por terminada, y el equipo empieza a recoger sus cosas en silencio. Puedo sentir que todos intentan salir lo más rápido posible, sin querer quedarse atrapados en el residual de nuestra confrontación.

Claudia recoge sus papeles, y mientras lo hace, me lanza una última mirada. No es de odio ni de rabia, sino más bien de algo más sutil, algo que no logro descifrar del todo. Tal vez sea decepción, o tal vez simplemente cansancio. Sea lo que sea, sé que no es un adiós, solo un «hasta la próxima».

—Publica la lista de despedidos —le digo, mi voz más dura de lo que pretendía. No quiero que se vea la duda que me corroee por dentro.

Jake asiente, pero en lugar de levantarse, me mira con esa media sonrisa de «me importa una mierda» que siempre me saca de quicio.

—Claro, jefe. Como digas. Pero... —se inclina hacia delante, como si estuviera a punto de soltar un chisme jugoso—, ella tenía razón, ¿sabes? Ahora vas a tener que buscar a otro tío tan competente como Álvaro, pero que empezará desde cero. Y no sé tú, pero me suena a más trabajo para todos nosotros. Pero bueno, ¿quién soy yo para decirte cómo hacer tu trabajo, no?

Su tono es tan despreocupado que me dan ganas de echarle algo en la cara, pero lo dejo estar.

—Lo sé, Jake —respondo, manteniendo la compostura, aunque su actitud me toca las narices. La sonrisa en su cara no desaparece, pero tampoco espero que lo haga.

Jake finalmente se levanta, todavía con esa maldita sonrisa en su cara, y justo cuando está a punto de salir de la sala, se gira un poco hacia mí.

Jake se queda en silencio un segundo más, como si estuviera sopesando algo, y luego suelta:

—Sí, claro... Porque esto es lo mejor para la empresa, ¿verdad? —dice con esa mezcla de sarcasmo y provocación—. Pero, oye, ¿quién soy yo para cuestionar al gran Daniel? Aunque... —se levanta de su silla, acercándose un poco más—, no te engañes, jefe. A todos nos ha quedado claro que esta decisión no vino solo de esa cabeza fría tuya.

Me lo dice en ese tono ligero, casi como si estuviera bromeando, pero sé que va en serio. Jake me conoce mejor de lo que a veces me gustaría admitir, y me jode que lo haya visto tan claro.

Cuando Álvaro entra en mi despacho, ya sé que la conversación no va a ser agradable. Se planta frente a mi escritorio con una actitud que roza la insolencia, y ya puedo ver en sus ojos que esto no va a ser una despedida tranquila.

—No hace falta que te molestes en disfrazarlo, Daniel —empieza, con una sonrisa amarga—. Sé perfectamente por qué me estás echando. No es por el trabajo, ni por los números. Esto es personal.

Me mantengo en silencio, observándolo, dejando que diga lo que tenga que decir. Álvaro siempre ha sido del tipo que disfruta escuchándose a sí mismo.

—Mira —continúa, su tono goteando veneno—, puedes hacer lo que te dé la gana. Echarme, alejarme de Claudia... pero no vas a poder borrar lo que tuvimos. Y cuando te largues, ¿qué crees que va a pasar? ¿Crees que ella se va a quedar sentada esperando que vuelvas? No, tío, vas a estar fuera, y ella va a volver a mí, porque, te guste o no, lo nuestro era real, único, auténtico.

Suena seguro de sí mismo, como si tuviera una carta ganadora que estoy ignorando. Pero lo que él no sabe es que no tengo paciencia para sus juegos, no hoy.

Me levanto lentamente de la silla, apoyando las manos en el escritorio mientras lo miro directamente a los ojos. Ya no queda nada de la cortesía profesional que debería mantener en estos casos. Estoy cansado de sus insinuaciones, de su arrogancia.

—¿Y por eso lo jodiste, Álvaro? —le espeto, dejando que la dureza de mis palabras caiga como una losa entre nosotros—. Porque si realmente crees que lo que había entre vosotros era tan auténtico y único, entonces eres más estúpido de lo que pensaba. Lo jodiste tú solito, y no

necesito mover un dedo para que Claudia lo sepa.

La sonrisa de Álvaro se desvanece al instante, y por un segundo, puedo ver que lo he tocado donde más duele. Pero no me importa. Estoy más allá de preocuparme por lo que este tipo piense o sienta.

—Mira, Álvaro, puedes pensar lo que quieras, pero aquí la única verdad es que estás fuera. No es mi problema lo que hagas con tu vida después de esto. —Se te dará una indemnización más que generosa y una recomendación si no me tocas las narices, pero esta conversación ha terminado. —Las palabras salen con la misma frialdad con la que tomo esta decisión, y sé que lo ha entendido.

Álvaro aprieta la mandíbula, luchando por mantener la compostura, pero no puede evitar que la frustración asome en su rostro. Queda claro que no esperaba que lo despachara tan fácilmente, pero está hecho. No hay más que discutir.

Me mira por última vez, intentando aferrarse a un último vestigio de control, pero lo único que consigue es resaltar lo patético de su situación. Al final, sin decir una palabra más, se da la vuelta y sale de mi despacho, cerrando la puerta tras de sí con un golpe seco que reverbera por toda la oficina.

No pasan ni diez segundos antes de que oiga su voz despotricando en plena oficina. Salgo y lo veo, en el centro de la sala, soltando su frustración sin frenos. Claudia, como era de esperar, es el foco de su ira.

—¡No has hecho nada por mí, preferías que me echaran, ¿verdad?! —grita Álvaro, con el rostro rojo de furia—. Esta ha sido una cruzada personal contra mí desde el principio. ¡Se la chupas a Daniel para salvar a Marta y a saber qué coño te dejaste hacer para que me echaran a mí!

Me adelanto para intervenir, pero veo cómo Claudia avanza hacia Álvaro, su paso seguro y decidido, sin un ápice de duda. La oficina entera queda en silencio, como si todos estuvieran conteniendo la respiración.

—Se la chupé porque me pone cachonda, Álvaro —replica ella, con esa voz que tiene el filo de una navaja—. Porque cuando alguien me hace perder la cabeza, hago lo que me da la gana igual que tú...

La oficina sigue congelada, como si todos estuvieran atrapados en el mismo segundo de incredulidad. Pero a mí ya no me preocupa tener que intervenir; Claudia tiene todo bajo control. Me detengo en el umbral de la puerta, cruzando los brazos y apoyándome cómodamente

en el marco, mientras una sonrisa de satisfacción se extiende por mi rostro.

—¡Vete a la mierda, Claudia! —escupe, casi sin aliento—. Eres una zorra manipuladora que se cree mejor que los demás solo porque puede acostarse con el jefe. Pero todos sabemos que lo único que haces es trepar a costa de los demás.

Claudia suelta una carcajada, un sonido seco y cortante que resuena en la sala como una bofetada. Da un paso más hacia él, acortando la distancia, su mirada fija en la de Álvaro, que ahora parece un poco menos seguro de sí mismo.

—No tengo que acostarme con nadie para demostrar lo que valgo. Pero te diré una cosa, Álvaro: me follo a quien me apetezca. Porque a diferencia de ti, no necesito apoyarme en nadie ni buscar culpables para justificar mis fracasos o éxitos. Si crees que esto es una cruzada personal, te has ganado a pulso cada mierda que te ha caído. —Claudia continúa, acercándose un poco más, su tono cargado de una calma asesina—. Y mira, al final, puede que incluso te venga bien. Ahora puedes dedicarte a lo que realmente se te da bien: quejarte y buscar excusas.

Álvaro se queda sin palabras, lo que no me sorprende. Nunca ha sabido qué hacer cuando alguien le devuelve el golpe. Lo veo intentando recuperar el control, sus ojos ardiendo de rabia, pero lo único que consigue es parecer más patético.

—¿Tienes algo más que decir, o ya te has quedado sin chorradas que escupir? —Claudia lo desafía, cruzándose de brazos, con una expresión que es la mezcla perfecta de desafío y diversión.

Álvaro la mira, su rostro una máscara de odio e impotencia. Pero sabe que no tiene nada que hacer, que cualquier palabra que diga ahora solo lo hundirá más. Finalmente, lo veo darse cuenta de que ha perdido, y no de una manera cualquiera. Ha perdido con estrépito, delante de todo el mundo.

—Eres una... —empieza a decir, pero la palabra muere en su garganta cuando yo doy un paso hacia delante.

—¿Una qué, Álvaro? —susurra, con una sonrisa peligrosa—. Acaba la frase, anda. Pero te advierto que, si lo haces, te va a doler.

Álvaro, el tipo que siempre creyó que podía manipular a cualquiera, está recibiendo justo lo que merece, y lo mejor de todo es que Claudia lo está haciendo pedazos delante de todos sin pestañear.

Pero luego, algo cambia. Claudia se da la vuelta y, por un segundo, nuestras miradas se cruzan. Y lo que veo en sus ojos no es en absoluto la satisfacción o la entereza que ha mostrado

frente a Álvaro. Su expresión revela algo más profundo: cansancio, quizá incluso dolor.

Ella baja la mirada y se aleja, con pasos que ahora parecen más pesados. La firmeza en su postura se ha desvanecido, y me doy cuenta de que lo que todos acaban de presenciar ha sido una actuación impecable. Pero solo eso, una fachada. En el fondo, Claudia está rota. Y lo peor es que parece que soy el único que lo nota.

Y joder, me duele verla así. Porque sé que, detrás de esa armadura de acero, hay una persona que está luchando para no derrumbarse.

CAPÍTULO 25

Estoy en el baño, frente al espejo, intentando arreglar el estropicio que han dejado las lágrimas en mi maquillaje. No sé por qué, pero siempre hay un momento en que todo lo que intentas mantener bajo control se desmorona. Y aquí estoy, retocando la máscara de pestañas con manos que aún tiemblan un poco. Ni siquiera sé por qué me importa tanto cómo me vea, pero supongo que es mi manera de mantener la compostura, de fingir que todo está bien.

De repente, la puerta se abre, y no necesito girarme para saber quién es. Ese aire de seguridad mezclado con una pizca de incertidumbre... solo puede ser él.

—Tienes una extraña costumbre de entrar al servicio de mujeres —me burlo, mi voz un poco más quebrada de lo que me gustaría.

Él se apoya contra el marco de la puerta, y cuando lo miro, tiene esa maldita sonrisa que me desarma siempre.

—Solo siento esta necesidad cuando estás tú —responde, con una sonrisa tan suave que casi parece un gesto de preocupación.

Dejo que el silencio se alargue un segundo mientras sigo fingiendo que me importa el desastre de mi maquillaje.

—¿Estás bien? —pregunta finalmente, y su voz, tan genuina, me hace sentir algo en el estómago. Algo que no quiero sentir, no ahora.

—Sí, claro —respondo, pero su mirada me dice que no se traga esa mentira.

Él se acerca, lento, como si me diera tiempo para apartarme si quiero. Pero no lo hago. Y cuando finalmente llega a mi lado, siento su brazo envolviendo mis hombros. Es un gesto pequeño, pero suficiente para que algo dentro de mí se relaje, porque por una vez, necesito que alguien más sea fuerte por mí.

—Lo siento —dice en voz baja, su aliento cálido contra mi cabello—. No tenía que haber dejado que las cosas llegaran tan lejos. Ya he llamado a seguridad para que se lleven a Álvaro a relajarse un rato. No volverá a molestarte.

Sus palabras me arrancan una pequeña sonrisa, aunque el nudo en mi garganta sigue ahí.

—No te disculpes —murmuro, apoyando la cabeza en su pecho por un segundo—. Me defendí

como una leona, ¿no?

—Sí —dice, y puedo escuchar la sonrisa en su voz—. Y él ha quedado como un imbécil. Solo... me preocupa que estés bien.

Me separo un poco para mirarlo, viendo la sinceridad en sus ojos, y eso me desarma más de lo que quiero admitir.

—Estoy bien —respondo, esta vez con un poco más de convicción—. Solo... No esperaba que me afectara tanto. Pero he aprendido algo importante hoy: soy buena en el combate cuerpo a cuerpo. ¿Tú qué crees?

Daniel suelta una risa suave, y yo no puedo evitar sonreír con él.

—Creo que nadie en esta oficina se atreverá a meterse contigo otra vez. Pero... —dice, su tono cambiando ligeramente—, si quieres, podemos salir de aquí. Ir a cenar, distraernos un poco. Tú eliges el lugar.

Lo miro, y por un momento la tentación de decir que sí me invade. Pero en el fondo sé que esta noche no puede ser.

—No puedo —respondo, negando con la cabeza—. Tengo que ir a cenar con mi familia.

Veo la sombra de decepción en su rostro, aunque se esfuerza en disimularla. Esos pequeños detalles, las cosas no dichas, todo lo que está ahí en el aire y que ninguno de los dos se atreve a mencionar... como el hecho de que se marchará en unos días.

—Después de la cena estaré sola en casa —añado, mi voz más suave—. Si quieres, podemos vernos allí.

Sus ojos se encuentran con los míos, y la tensión que siempre ha estado presente entre nosotros vuelve a aparecer, más fuerte que nunca.

—Me parece una buena idea —dice, y aunque sus palabras son sencillas, hay algo más en ellas, algo que no necesita ser dicho en voz alta.

Nos quedamos un segundo más en silencio, solo mirándonos, y luego él se inclina para besarme en la frente, un gesto tan simple y tan cargado de significado que hace que mi corazón se detenga por un instante.

—Nos vemos después —dice, y luego se da la vuelta y sale del baño, dejándome con el corazón latiendo a mil por hora y la sensación de que, aunque no lo digamos en voz alta, ambos sabemos que esto está llegando a su fin.

Me miro en el espejo, intentando encontrar a la Claudia de siempre, la que no se deja afectar por

nada ni por nadie. Pero no la encuentro. Hoy no.

—Joder... —susurro, más para mí misma que para nadie más. Porque lo que está por venir es inevitable, y por mucho que quiera, no puedo detenerlo.

Llego a casa después de la cena con mi padre y mi hermana, y lo primero que hago es soltar los tacones en la entrada. Me duelen los pies y la cabeza me da vueltas, pero no puedo permitirme el lujo de colapsar ahora. No cuando sé que en unos minutos Daniel estará aquí.

Mi piso en el barrio de Malasaña es mi refugio, pero hoy parece más un campo de batalla. Ropa tirada por todas partes, platos en la fregadera y un par de copas de vino abandonadas en la mesa del salón. No es que sea un desastre total, pero no quiero que Daniel lo vea así. Así que, sin pensarlo dos veces, me pongo a recoger como una loca.

Voy por la casa como una tormenta, agarrando la ropa tirada, ordenando los cojines del sofá, metiendo los platos en el lavavajillas. Cada vez que paso por el espejo del recibidor, me veo reflejada, y no puedo evitar pensar en cómo me he convertido en una versión frenética de mí misma. Joder, Claudia, relájate, me digo, pero la verdad es que mi corazón está latiendo a mil por hora.

Acabo de enviarle la ubicación a Daniel por mensaje, y cada vez que el móvil vibra, siento que me falta el aire. Lo peor es que no sé si es nerviosismo o expectación, o una mezcla de ambas cosas que me está volviendo loca. ¿Y si esto es una mala idea? Pero ya es tarde para echarse atrás. Él vendrá, y lo único que puedo hacer ahora es enfrentarme a lo que venga con la cabeza bien alta... o al menos intentarlo.

Finalmente, dejo caer la última camisa sobre la silla y me obligo a respirar hondo. La casa ya tiene un aspecto decente, y yo también, a pesar de la carrera maratónica que acabo de hacer. Voy al baño, me miro en el espejo y trato de calmarme, pero lo único que veo es a una mujer al borde del colapso emocional. Perfecto, pienso con sarcasmo. No es precisamente la imagen que quería dar esta noche.

El móvil vibra otra vez, y cuando lo miro, veo que es un mensaje de Daniel. «Estoy cerca». Dos palabras, y siento como si el suelo bajo mis pies se tambaleara. Me paso las manos por el pelo, intentando darle un poco de forma, y me miro una última vez en el espejo.

Está bien, Claudia, tú puedes con esto. Es solo una noche. Solo Daniel. Solo... él. Pero por dentro sé que no es tan simple. Esto no es solo una noche, y él no es solo cualquier tipo. Y por

mucho que intente hacerme la fuerte, no puedo ignorar lo que está a punto de pasar. No es solo sexo. Es la última vez. Es despedirme de algo que ni siquiera sé si debería haber empezado.

Salgo del baño y me siento en el sofá, esperando. La espera es lo peor, el silencio, el no saber exactamente cómo va a ir esto. Mi mente va a mil por hora, imaginando todo tipo de escenarios, desde los más sencillos hasta los más complicados. Y cada uno de ellos termina con la misma sensación de vacío que siento en este momento.

No sé cuánto tiempo pasa antes de que oiga el timbre. Mi corazón se detiene por un segundo, y luego comienza a latir con más fuerza. Me levanto, camino hacia la puerta y, antes de abrirla, respiro hondo una vez más. Vamos allá.

Abro la puerta y ahí está él, de pie, mirándome con esa mezcla de seguridad y vulnerabilidad que me desarma cada vez. No necesito decir nada. Ninguno de los dos lo necesita. Todo está en nuestras miradas, en la forma en que ambos sabemos que esta noche va a ser diferente.

—Hola —dice él, con una leve sonrisa que no llega a sus ojos.

—Hola —respondo, tratando de mantener mi voz firme, aunque por dentro estoy temblando.

Nos quedamos un segundo más así, mirándonos, como si ninguno de los dos supiera cómo empezar. Pero al final, él da un paso hacia delante y coge mi cara entre sus manos para levantar mi cara hacia él y poder besarme.

Nos quedamos un segundo más así, mirándonos, como si ninguno de los dos supiera cómo empezar. Pero al final, él da un paso hacia delante y me agarra suavemente la cara, sus manos firmes en mis mejillas, obligándome a levantar la mirada. Y ahí está, ese maldito beso que lo cambia todo, ese que hace que el mundo alrededor se borre.

Me besa como si no existiera un mañana, con una mezcla de urgencia y deseo que me arranca el aire de los pulmones. Su boca es todo lo que necesito para olvidar el nerviosismo que me ha estado comiendo viva.

—¿Cuánto dices que te pongo? —murmura contra mis labios, su aliento caliente mezclándose con el mío, la pregunta cargada de esa arrogancia que solo él sabe manejar.

Sonrío, mis manos deslizándose por su nuca, tirando de su pelo con un poco más de fuerza de la necesaria.

—Mucho —susurro de vuelta, y le muerdo el labio inferior antes de seguir—. Creía que ya lo

tenías claro.

La puerta se cierra detrás de él con un golpe sordo, pero ni siquiera le damos importancia. Mis manos recorren su espalda, deslizan la chaqueta por sus hombros mientras sus labios siguen reclamando los míos, como si no pudiera saciarse. Nos movemos torpemente, dando tumbos por la casa, pero ni él ni yo nos detenemos para mirar a nuestro alrededor. Mis dedos le van señalando las cosas, el cuerpo pegado al suyo, cada centímetro de piel en contacto.

—Cocina, salón, aseo... —murmuro entre jadeos, mi voz ronca de deseo mientras sus manos exploran mi cuerpo con una urgencia que no deja lugar a dudas.

—¿Dónde está tu habitación? —pregunta sin rodeos, su voz ronca y cargada de deseo. No espera una respuesta verbal. En lugar de eso, sus manos bajan a mi culo, apretando con fuerza, y con un movimiento rápido me alza del suelo.

Enredo mis piernas alrededor de su cintura, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, la dureza de su erección presionando justo donde más la necesito. Le señalo la puerta que lleva a mi dormitorio, apenas capaz de contener un gemido cuando su boca se desliza por mi cuello, mordiendo, lamiendo, dejando un rastro de saliva caliente que se mezcla con el sudor que empieza a perlar mi piel.

Nos movemos como si el tiempo no existiera, tropezando con las paredes, riendo entre dientes, sin soltarme ni un segundo, su lengua explorando cada rincón de mi boca mientras me lleva en brazos hacia la cama. Su sabor es una mezcla de café y deseo, una combinación que me vuelve loca, que hace que mi cabeza dé vueltas.

—No pares —le susurro al oído cuando finalmente llegamos a la habitación, mis uñas arañando su espalda a través de la camisa—. Si paras, te mato.

Él sonrío contra mi piel, sus dientes rozando la línea de mi mandíbula mientras me deja caer sobre la cama. El colchón cede bajo mi peso, y en un movimiento fluido, Daniel se coloca sobre mí, su cuerpo cubriendo el mío, su boca reclamando la mía una vez más.

Sus manos son rápidas, torpes de la prisa, bajando las cremalleras, desabrochando botones, deshaciéndose de cualquier barrera que se interponga entre nosotros. La tela de mi blusa se abre, dejando al descubierto mi sujetador, y siento sus dedos deslizarse por debajo, acariciando mi piel con una mezcla de ternura y hambre que hace que me arquee contra él.

—No tienes ni idea de lo que me haces —gruñe, su voz áspera, mientras su boca desciende por mi cuello, dejando un rastro de saliva que se mezcla con el perfume que llevo puesto.

—Lo mismo digo —respondo, tirando de su camisa hasta sacársela por la cabeza, y antes de que

pueda reaccionar, tiro de él hacia mí, atrapando su boca de nuevo, mordiendo su labio con más fuerza esta vez, saboreando el cobre de la sangre que empieza a manar—. Estás tardando mucho en hacerme algo, Daniel.

—Ten paciencia —responde él, pero sus manos ya están bajando por mi abdomen, desabrochando mis vaqueros, tirando de ellos hacia abajo con una rapidez que hace que casi me ría—. Me gusta tomarme mi tiempo contigo.

—¿Ah, sí? —me burlo, pero mi voz se quiebra cuando siento sus dedos deslizarse entre mis piernas, acariciando justo donde más lo necesito.

—Sí, Claudia —susurra él, su boca rozando mi oído—. Me encanta hacerte esperar... porque sé que lo disfrutarás mucho más después.

Y con esas palabras, sé que estoy perdida. No hay vuelta atrás. Esta noche no es solo sexo. Es el comienzo del final, y ambos lo sabemos. Y tal vez, solo tal vez, eso lo hace aún más intenso.

Daniel se detiene de repente y, con una sonrisa maliciosa, saca una caja de condones «XL» aplastados del bolsillo trasero de su pantalón. No puedo evitar soltar una carcajada al verlos.

Él me devuelve la sonrisa, esa mezcla de picardía y confianza que me vuelve loca.

—He venido prevenido esta vez —dice, mientras agita la caja frente a mí—. He pensado que esta noche podía ser afortunado y, la verdad, no me importa si estás con el periodo...

Levanto una ceja, divertida y un poco sorprendida por su comentario.

—Oh, no te preocupes. No me ha venido aún —respondo, devolviéndole la sonrisa, pero noto cómo su expresión cambia al instante. Su mirada se vuelve seria, me sujeta por la cintura y se detiene para mirarme a los ojos, buscando una respuesta en mi rostro.

—Clau... —empieza, pero lo interrumpo antes de que pueda seguir.

—No te preocupes, en serio. Nunca soy regular. Es normal que se me retrase. Demasiadas emociones en poco tiempo, por no hablar del estrés que me has causado —añado, con una sonrisa que intenta tranquilizarlo, pero que no disfraza completamente la ligera preocupación que empieza a colarse en mi voz.

Su mano se relaja en mi cintura, y noto cómo su respiración se suaviza, aunque sus ojos siguen buscando algo en los míos.

—¿Estás segura? —pregunta, todavía con esa preocupación en la voz que tanto odio y que, al mismo tiempo, me hace sentir... ¿querida? ¿Cuidada? Maldita sea, no puedo permitirme esto ahora.

Asiento, intentando que mi sonrisa sea convincente.

—Daniel, de verdad —le digo, poniendo una mano en su pecho, notando cómo su corazón late con fuerza—. No es nada. Solo mi cuerpo reaccionando a todo el caos de estas últimas semanas. No es la primera vez que me pasa. —Intento tranquilizarlo, pero sé que las palabras no tienen el mismo peso cuando los dos estamos tan conscientes de lo que realmente podría significar.

Él asiente, pero no parece convencido del todo. Deja la caja de condones a un lado y me mira, como si estuviera evaluando si es mejor seguir adelante o detenerse.

—Vamos, no me hagas esto más difícil —le susurro, tomando su rostro entre mis manos y acercando mi boca a la suya—. Esta noche es solo nuestra. No pensemos en mañana.

Sus labios responden a los míos, pero siento que algo ha cambiado. Hay una tensión que no estaba antes, una especie de conciencia de que estamos jugando con fuego. Pero a pesar de todo, seguimos adelante, porque ninguno de los dos quiere detenerse ahora.

Y mientras lo beso, mientras lo siento presionarme contra la cama, sé que estoy intentando ahogar mis propios miedos en su cuerpo, buscando el calor y la seguridad que solo él me puede dar en este momento.

—Espera, Claudia —dice él de repente, con una voz cargada de tensión, mientras mis dedos están ocupados desabrochando su pantalón. Deslizo las manos por su erección, como si estuviera moldeando una pieza de alfarería sobre el torno, sintiendo cada línea, cada pulso, cada centímetro de él que reacciona bajo mi toque.

Me detengo un segundo, disfrutando de cómo sus ojos se cierran, sus labios se abren ligeramente y traga saliva, visiblemente afectado por mis caricias. Es un espectáculo verlo así, vulnerable y a la vez tan jodidamente sexy. Su nuez sube y baja por su cuello de una manera totalmente obscena, y no puedo evitar sonreír con picardía.

—¿Estás seguro? —le susurro, dejando que mi voz sea suave, tentadora, mientras mis manos continúan su recorrido.

Él traga de nuevo con sus ojos entrecerrados mientras intenta mantener el control que sé que está perdiendo.

Pero entonces, su mirada se encuentra con la mía, y hay algo en sus ojos que me hace detenerme. Algo más allá del deseo, algo que no esperaba oír en un momento como este.

—Quiero que vengas conmigo a Nueva York —dice, con una seriedad que corta el aire, su voz ronca de necesidad, pero también cargada de una sinceridad que me golpea directamente en el pecho.

Me quedo congelada, mis manos aún enredadas en su pantalón, su erección pulsando bajo mis dedos, pero mi mente ahora completamente fuera de lo que estábamos haciendo. ¿Qué acaba de decir?

Sus palabras resuenan en mi cabeza como un eco imposible de ignorar. La habitación, que hace un segundo estaba llena de calor y deseo, ahora parece más fría, más grande, como si de repente el espacio entre nosotros se hubiera ampliado.

Le miro a los ojos, buscando alguna señal de que está bromeando, pero no la encuentro. Está serio, más serio de lo que le he visto en mucho tiempo, y eso me asusta más que cualquier otra cosa.

—Daniel... —empiezo a decir, pero mi voz suena débil, insegura, algo que no me gusta sentir, y menos en un momento como este.

—Lo digo en serio, Clau. Quiero que vengas conmigo. Esto no tiene que acabar aquí, no si no queremos que acabe —continúa, sus manos ahora en mi rostro, acariciando mis mejillas como si intentara convencerme con ese simple gesto.

Pero mi mente es un torbellino, y lo único que consigo decir es:

—¿Nueva York? ¿Con... contigo? —Y siento lo estúpida que suena la pregunta, pero no puedo evitarlo.

Él asiente, y esa maldita seriedad no desaparece de su rostro. Mis manos aún están sobre él, pero ahora es como si no supiera qué hacer con ellas. Como si esa pieza de alfarería que estaba moldeando hubiera cambiado de forma en mis manos, y ya no supiera cómo seguir.

Nos quedamos así, mirándonos, y de repente la idea de lo que podría pasar después me golpea con más fuerza de lo que esperaba. Nueva York. Con él. Cambiar mi vida entera por algo que, hasta hace unos minutos, era solo un maldito final inevitable.

—No puedo... —susurro, más para mí misma que para él, como si estuviera intentando convencerme de que es imposible.

Pero él no me deja apartarme. Sus manos siguen en mi rostro, firmes, cálidas, y en sus ojos veo esa mezcla de esperanza y miedo que hace que mi corazón se retuerza.

—Claudia, no te estoy pidiendo que decidas ahora. Solo... piensa en ello. No quiero perderte —dice, y su voz se quiebra un poco al final, lo suficiente para que me dé cuenta de lo jodidamente en serio va.

El deseo que había entre nosotros sigue ahí, latente, pero ahora hay algo más en juego. Algo que

podría cambiarlo todo.

Pero en este momento, con él tan cerca y tan real, no puedo pensar con claridad. No puedo hacer otra cosa que mirarle, sentir sus manos en mi piel, y preguntarme cómo demonios llegamos a esto.

Suspiro, porque sé que mi respuesta no le va a gustar. Porque por mucho que lo desee, sé que no puedo dejarme llevar por esta fantasía.

—Daniel... yo... —empiezo, intentando encontrar las palabras, pero todo se siente insuficiente, vacío.

Finalmente, bajo la mirada, mis manos soltando lentamente su pantalón, y siento cómo su agarre también se relaja.

—No puedo dejarla, Daniel. Mi hermana... —digo finalmente, levantando la vista para ver cómo lo que estoy diciendo se asienta en él. Lo veo en sus ojos, el reconocimiento de algo que probablemente siempre ha sabido, pero que nunca ha querido admitir.

—Ella siempre es lo primero —continúo, tratando de mantener mi voz firme, aunque la tristeza empieza a filtrarse en mis palabras—. Incluso por encima de mí. Ella me necesita aquí, y no puedo... no puedo irme sabiendo que la estoy dejando atrás.

Sus manos, que antes sostenían mi rostro con tanta seguridad, ahora bajan lentamente a mis brazos, sus dedos acariciando mi piel en un gesto que me hace desear poder decir otra cosa.

—Entiendo... —dice, aunque su voz suena rota, derrotada. Es como si finalmente estuviera aceptando que lo que quiere es imposible, al menos por ahora.

—No lo haces —le corrijo suavemente—. No lo entiendes del todo. Porque si lo entendieras, sabrías que esto no es una elección para mí. Nunca lo ha sido. No es que no te quiera, Daniel. Es que... no puedo quererme a mí misma si no soy capaz de cuidar de ella.

Nos quedamos en silencio, el aire entre nosotros lleno de palabras no dichas, de sueños que quizás nunca lleguen a cumplirse. Es jodidamente doloroso, pero es la verdad, y ambos lo sabemos.

—¿Qué pasó? —me pregunta Daniel, y noto que su tono es diferente esta vez, más profundo, como si de verdad quisiera entender lo que nunca antes había preguntado. La mayoría de la gente va directa al grano cuando conoce la situación de mi hermana, pero él... él siempre ha esperado a que yo estuviera lista para hablar.

Respiro hondo, tratando de ordenar mis pensamientos antes de hablar. No es fácil. Nunca lo es.

Pero sé que él merece saberlo.

CAPÍTULO 26

—Esa noche —comienzo, sintiendo cómo el nudo en mi garganta se aprieta—, esa noche todo cambió por una decisión que tomé sin pensar. Estaba atrapada en la oficina, con una crisis de última hora. Era una reunión importante, de esas que podían definir mi carrera. No podía decir que no.

Daniel me escucha en silencio, sus ojos fijos en los míos, ofreciéndome un apoyo que me impulsa a seguir hablando.

—Mi jefe decidió que esa era la noche para cerrar el trato y yo... yo tenía que estar allí. Mi madre, como siempre, fue la primera persona en la que pensé para pedir ayuda. Le pedí que fuera a recoger a mi hermana de una fiesta, una de esas en las que terminas más borracha de lo que planeabas. Yo debía ir, pero no lo hice. —Mi voz tiembla, y siento cómo la culpa me oprime el pecho de nuevo.

Daniel aprieta mis manos, pero no dice nada. Me deja continuar a mi ritmo.

—Mi madre... ella no dudó ni un segundo en decir que sí. Me dijo que me encargara de lo mío, que no me preocupara por nada más. —Las palabras salen con dificultad al recordar esa tranquilidad en su voz, esa seguridad que tomé como un pase libre para seguir adelante—. Pero fue una decisión rápida, demasiado fácil. Y lo que vino después fue todo menos eso.

Hago una pausa, mirando al suelo, tratando de no perderme en el dolor que acompaña cada palabra.

—Esa misma noche, mientras yo estaba en la reunión, su coche derrapó en la Gran Vía, justo en la curva con la Calle Alcalá. La lluvia, la velocidad... lo que fuera. No lo sé. Lo único que sé es que mi madre no volvió. Murió en el acto. —Trago saliva, obligándome a continuar—. Y mi hermana... salió viva, pero quedó atrapada en un cuerpo que nunca volverá a ser el mismo.

La habitación se siente más pequeña, más asfixiante, mientras el peso de mis palabras flota entre nosotros.

—Desde ese día, todo cambió. Ya no había un camino claro, solo la culpa. Una culpa que no me suelta, que me ha seguido cada maldito día desde entonces. Porque sé que, si hubiera ido yo, tal vez todo sería diferente. Tal vez ellas estarían bien.

Mis ojos se encuentran con los suyos de nuevo, y veo el dolor reflejado en ellos, el dolor de saber que no puede arreglar lo que está roto.

—Sé que suena absurdo. Me lo han dicho incontables psicólogos que he visto, que intentaron convencerme de que no es mi culpa, que fue un accidente y que tengo que seguir adelante. Pero la verdad es que me siento responsable, y no puedo irme sin más y dejarla otra vez porque estaría traicionando todo lo que mi madre y mi hermana significan para mí. Todo lo que pasó aquella noche. No sé si alguna vez podré perdonarme, pero lo único que puedo hacer es quedarme aquí y cuidar de ella. Es lo único que puedo hacer para, al menos, intentar perdonarme.

Daniel me escucha en silencio, su mirada nunca abandona la mía. Veo cómo sus pensamientos giran, procesando todo lo que acabo de confesarle. De repente, suelta un largo suspiro, como si algo dentro de él se liberara.

—Clau, ¿quieres saber lo que pienso? —me pregunta, y hay algo en su tono que me obliga a prestar atención, como si estuviera a punto de decir algo que no espero.

—¿Qué? —respondo, con la voz temblorosa e insegura.

—Pienso que eres la mujer más jodidamente fuerte que he conocido en mi vida. —Empieza, y su tono es serio, pero veo ese brillo en sus ojos, ese humor que siempre encuentra su lugar incluso en los momentos más oscuros—. Y, la verdad, no sé si quiero estar con alguien que no tiene miedo de enfrentarse a todo el puto universo, pero que se asusta cuando tiene que elegir entre ser feliz o vivir con la culpa.

Le miro, parpadeando, porque lo que acaba de decir me descoloca. No es lo que esperaba, no es lo que cualquiera diría en este momento, pero eso es lo que hace que sea tan jodidamente Daniel.

—Es que... no es tan simple... —intento argumentar, pero él me corta, acercándose más, sus manos en mi rostro, obligándome a mirarle a los ojos.

—Lo sé. Sé que no es simple. Pero lo que tampoco es simple es vivir con el constante «qué hubiera pasado si...». Y créeme, vivir así te va a destruir por dentro. —Su voz es suave, pero firme—. Te estás castigando por algo que no puedes cambiar, y aunque me odies por decirlo, eso no es lo que tu madre querría. Ni lo que tu hermana necesita.

Me quedo callada, porque lo que dice es verdad, pero también porque sé que no es fácil simplemente soltar todo ese peso.

—Escucha, Clau —continúa, y su voz baja, volviéndose más seria, pero sigue manteniendo ese tono que lo hace todo más real—, nadie dice que lo tengas que dejar todo y venir conmigo, pero por favor, no dejes que la culpa te robe la vida entera. Porque si te quedas solo por eso, solo por

ese peso, entonces ni siquiera estás viviendo. Estás simplemente... sobreviviendo.

Su mano acaricia mi mejilla, y me siento tan vulnerable que no puedo evitar apoyar mi frente en su pecho, buscando en él una seguridad que sé que no puedo encontrar en mí misma.

—No puedo perderte, Clau —susurra, su voz ahora quebrada por una emoción que rara vez muestra—. No después de haberte encontrado. No me importa lo que decidas, no me importa si te quedas o si vienes conmigo. Pero prométeme que vas a hacer algo por ti, no por la culpa, no por el miedo. Prométeme que vas a elegir algo porque te hace feliz.

Me quedo ahí, en silencio, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío, sintiendo su corazón latir fuerte bajo mi mejilla, y sé que lo que me está pidiendo es más difícil de lo que él puede imaginar. Pero sé que tiene razón. Lo jodidamente difícil es que sé que tiene razón.

—Prométemelo, Clau —insiste, su voz ahora baja, casi un susurro.

Cierro los ojos, dejando que una lágrima solitaria se deslice por mi mejilla, porque sé que esta promesa no es solo para él, sino también para mí. Y en el fondo, sé que, si no la hago, me voy a perder en esa culpa para siempre.

—Te lo prometo —respondo finalmente, mi voz rota pero firme—. Haré lo que pueda para ser feliz, Daniel.

Él me abraza con más fuerza, como si esas palabras fueran todo lo que necesitaba oír, y siento cómo una pequeña parte de la carga que llevo se aligera, aunque solo sea un poco.

—Eres una mujer increíble, Clau —dice, su voz teñida de una mezcla de admiración y algo que parece resignación—. Y si tuviera que quedarme aquí en Madrid para asegurarme de que lo consigues, lo haría. No quiero que me sigas porque crees que es lo que tienes que hacer, sino porque es lo que quieres. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo —respondo, levantando la vista para mirarle a los ojos—. Y te quiero por eso. Te quiero porque eres el único que tiene el valor de decirme estas cosas a la cara. Porque eres el único que me ve más allá de la culpa.

Él sonrío, una sonrisa sincera, llena de ese amor que siempre ha estado ahí, pero que nunca había sido tan evidente como ahora.

—Entonces, hagamos un trato —dice, su tono volviendo a ser ese que siempre me hace sonreír—. Tú luchas por ser feliz, y yo me encargaré de asegurarme de que tengas razones para serlo, estés donde estés. Porque me niego a dejar que esa culpa de mierda gane. No mientras yo pueda hacer algo al respecto.

Nos quedamos en silencio por unos segundos más, y puedo sentir cómo el aire entre nosotros cambia, cargado de una tensión diferente. Daniel me mira con esos ojos que me desarmen, llenos de una mezcla de deseo y ternura que hace que me tiemblen las piernas. No sé cómo lo hace, pero de alguna manera consigue que me sienta vulnerable y protegida al mismo tiempo. Es una jodida paradoja, y eso me encanta y me asusta a partes iguales.

No digo nada cuando él se inclina hacia mí, capturando mis labios en un beso que no tiene nada de suave. Es urgente, como si necesitara comprobar que estoy aquí, que no me he ido. Su lengua encuentra la mía con una necesidad que me hace gemir contra su boca. Esos gemidos que no puedes controlar, que salen de lo más profundo de ti sin pedir permiso.

El sabor de su saliva se mezcla con el mío, un gusto familiar que nunca me canso de saborear. Es un beso que lo dice todo sin necesidad de palabras, y mis manos, casi sin querer, se enredan en su cabello, tirando de él con fuerza, porque necesito que esté más cerca. Siempre más cerca.

—Eres... joder, Clau —murmura con la voz rasposa mientras sus dientes rozan mi labio inferior, tirando suavemente de él antes de soltarlo. Ese gesto que siempre hace cuando sabe que me vuelve loca—. No sé cómo lo haces, pero me tienes completamente jodido.

Sonrío contra sus labios, disfrutando de su confesión, mientras mis manos bajan por su espalda, arañando su piel con las uñas, lo suficiente para hacerle gruñir en mi boca. Quiero sentir cada parte de él, quiero que sepa que estoy aquí, con él, ahora.

Siento su peso sobre mí, su cuerpo cubriendo el mío, cada músculo tenso, cada movimiento medido, pero lleno de esa urgencia que ambos compartimos. Sus labios se deslizan por mi cuello, dejando un rastro de saliva caliente que me quema la piel, y no puedo evitar arquearme contra él, buscando más contacto, buscando más de él.

—Joder, Clau —murmura contra mi piel, y siento sus dientes mordisquear mi clavícula, esa combinación de dolor y placer que me arranca otro gemido, esta vez más alto, más desesperado.

Mis manos vuelven a su pelo, tirando de él mientras sus labios descienden por mi pecho, dejando marcas, reclamándome de la manera que solo él sabe hacer. Siento su lengua trazando círculos alrededor de mis pezones, cada lamida enviando una oleada de calor directo entre mis piernas. Cuando su boca finalmente cierra alrededor de uno de ellos, no puedo evitar arquearme más, presionándome contra él.

Sus dedos, esos malditos dedos que siempre saben dónde tocarme, se deslizan por mi costado, bajando hasta el borde de mis bragas. Las tira hacia abajo, y yo lo ayudo levantando las caderas, necesitando sentirlo más cerca, necesitando más de todo.

—¿Cómo quieres esto, Clau? —me pregunta, su voz ronca, sus ojos fijos en los míos mientras sus dedos se deslizan entre mis piernas, encontrando mi humedad. La forma en que me toca, con esa mezcla de seguridad y ternura, me hace gemir de nuevo, y por un momento, no puedo pensar en nada más que en el calor que se acumula en mi interior.

—Quiero que me folles como si fuera la última vez —respondo sin pensarlo, porque eso es lo que quiero, lo que necesito. No hay espacio para dudas ni juegos esta noche. Solo quiero sentirlo, quiero que sepa que estoy aquí, con él, que no hay nadie más en el mundo ahora mismo.

Cuando finalmente deslizo sus pantalones hacia abajo, no puedo evitar sentir una satisfacción casi animal al verlo tan expuesto, tan vulnerable bajo mi mirada.

—Dios, eres perfecto —susurro, dejando que mis manos recorran su longitud, sintiendo cómo palpita bajo mis dedos, caliente, duro, listo para mí. Cuando lo miro de nuevo, veo algo más en sus ojos. No es solo deseo, es algo más profundo, algo que me hace arder desde dentro.

—Y tú eres jodidamente increíble —susurra contra mis labios, y sé que lo dice en serio—. Ven aquí —responde él, su voz baja, cargada de esa pasión que siempre ha tenido el poder de desarmarme.

Y lo hago. Subo por su cuerpo y me siento a horcajadas sobre él. Se desliza dentro de mí con una lentitud que es casi una tortura, sus manos firmes en mis caderas guiándome mientras nuestros cuerpos se funden en uno solo. No hay prisa, no hay necesidad de demostrar nada. Solo estamos nosotros, moviéndonos juntos, sintiendo juntos, como si ambos quisiéramos saborear cada segundo, cada centímetro de piel, cada gemido que se escapa de nuestras bocas.

La habitación se llena de sonidos húmedos, del roce de nuestras pieles, de nuestras respiraciones que se entrelazan en una melodía que solo nosotros entendemos. Mis uñas se clavan en su pecho cuando siento cómo se adentra más en mí, cómo su cuerpo se tensa bajo el mío, y no puedo evitar inclinarme hacia delante, mordiéndole el cuello, saboreando su sal, su calor.

—Más... —le susurro, mi voz rota, llena de una necesidad que no puedo controlar.

Y él lo hace. Me da más, sus movimientos se vuelven más rápidos, más intensos, hasta que siento que estoy a punto de romperme, de perderme completamente en él.

Nos aferramos el uno al otro, como si fuéramos todo lo que nos queda, y en ese momento, nada más importa. No hay pasado, no hay culpa, no hay futuro incierto. Solo estamos él y yo, piel contra piel, saliva, sudor y todo lo que somos, todo lo que siempre hemos sido.

Y cuando finalmente alcanzamos el clímax juntos, siento que algo dentro de mí se libera, algo que he estado guardando durante demasiado tiempo. No es solo placer. Es redención, es amor, es

todo lo que nunca me atreví a admitir.

Me dejo caer sobre él mientras nuestras respiraciones entrecortadas llenan el silencio que nos envuelve. Me recuesto sobre su pecho, sintiendo cómo su corazón late con fuerza bajo mi oreja, y por un momento, me permito cerrar los ojos y simplemente... estar.

No sé qué pasará mañana. No sé si podré cumplir mi promesa de intentar ser feliz, pero una cosa sí sé: no lo lograré si me aferro a algo que no tiene futuro. Daniel es todo lo que no sabía que necesitaba, pero también es todo lo que no puedo tener.

Respiro hondo, preparándome para lo que tengo que hacer, porque sé que, si no lo hago ahora, no seré capaz de hacerlo nunca.

Levanto la cabeza de su pecho y lo miro, mis dedos trazando líneas suaves en su piel, como si estuviera grabando cada centímetro de él en mi memoria. Él me observa en silencio, esperando que diga algo, sabiendo que lo que sea que salga de mi boca no va a ser fácil.

—Daniel —empiezo, y mi voz es más firme de lo que me esperaba, más firme de lo que me siento—, creo que debemos cortar por lo sano.

Él me mira, sorprendido, y noto cómo su cuerpo se tensa bajo el mío.

—¿Qué quieres decir? —pregunta, aunque sé que ya lo entiende. Siempre lo ha entendido.

—Lo que quiero decir es que, si seguimos en contacto, no voy a poder seguir adelante. —Lo digo con la mayor claridad posible, porque necesito que lo entienda, porque sé que esto es lo más difícil que he tenido que hacer—. Creo que te quiero, Daniel, más de lo que pensaba, pero por eso mismo sé que no podemos seguir en contacto. No si queremos ser fieles a lo que hemos prometido.

Veo cómo su expresión cambia, cómo esa suavidad en sus ojos se transforma en algo más duro, más resignado, pero también veo que entiende lo que quiero decir.

—Clau... —susurra, y sé que está a punto de intentar convencerme de lo contrario, de decirme que podemos encontrar una manera, que no tiene que ser así. Pero no puedo dejar que lo haga. No si quiero mantenerme firme.

—Si seguimos en contacto, nunca voy a poder dejarte ir. Y necesito hacerlo. Necesito seguir adelante con mi vida, con mi hermana, con todo lo que he construido aquí. Y tú... tú también necesitas seguir adelante con la tuya —susurro, sintiendo cómo la garganta se me cierra, pero me obligo a seguir—. No quiero que esto termine en resentimiento, en algo feo. Quiero recordar lo que hemos tenido con cariño, con la certeza de que fue lo mejor para los dos.

Nos miramos en silencio, y veo la lucha interna en sus ojos, la misma que estoy sintiendo yo. Pero sé que esto es lo correcto, por mucho que duela.

El silencio que sigue a mis palabras es denso, casi insoportable. Pero no me aparto, no desvío la mirada. Necesito que entienda lo que estoy diciendo, lo que estoy decidiendo.

—Por la mañana, dejaremos todo zanjado. —Sigo, mi voz más firme ahora—. Tú te marchas, yo me quedo aquí, y no más llamadas, no más mensajes, nada. Porque si no, Daniel, te lo juro, no podré seguir adelante.

Él me mira, su expresión es una mezcla de dolor y aceptación, y sé que esto no es fácil para ninguno de los dos. Pero también sé que es lo correcto.

—¿Estás segura? —me pregunta, y hay algo en su voz que me hace querer decir que no, que no estoy segura de nada, que lo quiero a mi lado. Pero no puedo permitir que esa parte de mí gane.

Asiento, sin dejar que las lágrimas que arden en mis ojos caigan.

Daniel se queda en silencio un momento, y luego asiente, aceptando lo que acabo de decir. Es un gesto pequeño, pero es todo lo que necesito para saber que me respeta lo suficiente como para seguir mi decisión.

Me recuesto de nuevo en su pecho, sintiendo su mano acariciar mi cabello, y por un momento, nos permitimos este último refugio, este último instante de cercanía antes de que todo termine.

—Jake se quedará en Madrid para ayudarte —dice, rompiendo el silencio, con un tono práctico, como si intentara volver a lo que nos ha traído hasta aquí—. Quiero que te quedes al mando, Clau. Eres la mejor persona para el trabajo, y lo sabes.

Suelto una pequeña risa, sin humor, bañada en lágrimas, porque sé lo que pensarán los demás.

—Todos dirán que he conseguido el puesto tirándome al jefe —respondo con un tono irónico, intentando aliviar la tensión.

Daniel sonrío, esa sonrisa que siempre logra desarmarme, incluso en los peores momentos.

—Bueno, es que eres muy buena, Clau —responde, con esa chispa de humor ácido que tanto me gusta en él.

No puedo evitarlo, me río. Es una risa triste, pero sincera, porque esa es la realidad con él. Podemos estar en la mierda, pero siempre encuentra la manera de hacerme sonreír, incluso cuando todo se está desmoronando.

Nos quedamos en silencio, nuestras respiraciones comienzan a calmarse mientras nuestros cuerpos desnudos se mantienen entrelazados bajo las sábanas. La habitación está impregnada con

el aroma del sexo, el sudor y el deseo, pero también con algo más profundo, algo que ninguno de los dos quiere reconocer del todo.

Daniel se recuesta ligeramente, su mano acaricia suavemente mi espalda, trazando círculos en mi piel. Es un gesto que siempre me ha calmado, pero ahora solo hace que mi pecho se apriete un poco más.

—No va a ser fácil para mí, Clau —dice de repente, con la voz baja, como si le costara admitirlo—. Dejarte ir... joder, no sé cómo voy a hacerlo.

Levanto la cabeza para mirarlo a los ojos, y lo que veo en su mirada me desarma. Está siendo completamente sincero, vulnerable, y eso me duele más que cualquier otra cosa. Porque sé que tampoco va a ser fácil para mí. Pero lo que me duele aún más es saber que es lo correcto.

—Daniel... —susurro, buscando las palabras, pero él me interrumpe.

—No, déjame terminar —dice con firmeza, aunque puedo ver la tristeza en sus ojos—. Sé que esto es lo que necesitamos hacer, lo entiendo, de verdad. Pero eso no significa que no vaya a doler. No significa que no me esté jodiendo por dentro pensar en un futuro sin ti. —Hace una pausa, su mano ahora acaricia mi mejilla, su pulgar traza una línea suave sobre mi pómulo—. Pero quiero que sepas que, pase lo que pase, siempre voy a estar aquí para ti. Aunque no estemos juntos, aunque no hablemos, voy a seguir queriéndote. Porque eso es lo que haces, Clau. Te metes bajo la piel de la gente y te quedas ahí.

Siento cómo las lágrimas empiezan a acumularse en mis ojos, pero me esfuerzo por mantenerlas a raya. No quiero que él vea cuánto me está afectando esto, aunque sé que es inútil.

—No va a ser fácil para mí tampoco —le digo con la voz temblorosa—. Pero sé que es lo correcto. Tenemos que hacerlo, Daniel. Por nosotros, por lo que queremos en la vida. No podemos quedarnos atrapados en esto.

Asiente, aunque sé que no le gusta. Veo la lucha interna en sus ojos, esa batalla entre lo que quiere y lo que sabe que tiene que hacer.

—Pero antes de que todo termine... —dice, inclinándose para besarme suavemente, sus labios rozan los míos con una ternura que hace que mi corazón se rompa un poco más—. Quiero hacerte sentir como te mereces, Clau. Quiero que esta noche sea solo nuestra, sin despedidas, sin tristeza. Solo nosotros, aquí y ahora.

No respondo con palabras. Simplemente lo beso de vuelta, hundiéndome en él, en su calidez, en la seguridad de sus brazos. Porque por mucho que sepa que esto tiene que terminar, quiero que este momento dure un poco más. Quiero que el recuerdo de esta noche sea algo que me sostenga

cuando él ya no esté.

Esta vez, no hay prisa, no hay desesperación. Es un ritmo pausado, casi reverente, como si ambos quisiéramos grabar cada segundo en nuestras memorias. Me mueve con una suavidad que contrasta con la urgencia de antes, cada embestida, cada caricia, como si estuviera diciéndome adiós con su cuerpo.

Y maldita sea, lo hace tan bien que duele.

—Voy a recordarte así, exactamente como estás ahora —murmura contra mi piel.

Lo hacemos de nuevo, con la misma intensidad, la misma pasión, como si estuviéramos aferrándonos a cada segundo, intentando prolongar lo inevitable. Cada beso, cada caricia, cada embestida es una forma de decir adiós, una manera de asegurarnos de que no queda nada sin decir.

CAPÍTULO 27

Desde que Daniel se fue, me siento como un fantasma. Camino por la oficina como un alma en pena, arrastrando los pies, mirando al vacío, incapaz de centrarme en nada que no sea el hueco que dejó. Creí que después de lo de Álvaro no podría sentirme peor, pero esto... esto es distinto. Me está jodiendo de una manera que no esperaba, como si me hubieran arrancado una parte que ni siquiera sabía que necesitaba para seguir adelante.

Trato de mantener la compostura, de no dejar que nadie vea cómo me estoy desmoronando por dentro, pero no puedo engañar a todos todo el tiempo. Y mucho menos a mí misma. Así que, cuando siento que las lágrimas están a punto de desbordarse, me levanto de la silla sin decir palabra, y me dirijo al baño lo más rápido que puedo, sin levantar la cabeza, evitando cualquier contacto visual.

En cuanto la puerta del baño se cierra tras de mí, me dejo caer contra la pared, con las manos temblorosas mientras intento controlarlo todo. Pero es inútil. Las lágrimas empiezan a caer sin freno, y no hay manera de detenerlas. Lloro como una maldita Magdalena, con todo el dolor que he estado conteniendo desde que Daniel se marchó. Lloro porque le echo de menos, porque duele, porque la vida es una jodida mierda a veces y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Me siento en el suelo frío del baño, con las rodillas dobladas contra el pecho, dejando que las lágrimas sigan cayendo, sin importarme lo patética que debo parecer. En este momento, no tengo energía para preocuparme por nada más que por este dolor que me consume.

Después de lo que parece una eternidad, me limpio las lágrimas con el dorso de la mano y me obligo a levantarme. Me miro en el espejo, viendo a una versión destrozada de mí misma: ojos hinchados y maquillaje corrido. Intento recomponerme, respirar hondo, pero es como si una parte de mí se hubiera quedado en ese avión con él, volando a miles de kilómetros de distancia.

Cuando finalmente salgo del baño, me siento como un puñetero zombi. Regreso a mi escritorio sin saber realmente qué estoy haciendo. Entonces veo a Jake apoyado en el marco de la puerta de mi oficina, observándome con esos ojos que parecen verlo todo, pero que nunca revelan nada.

—Vaya, Claudia, luces como si te hubiera pasado por encima un camión —dice, con su tono completamente plano, como si hablara del tiempo.

—Gracias por el cumplido, Jake —respondo con sarcasmo, sin energía para fingir una sonrisa

—. Tú siempre tan encantador.

Él se encoge de hombros, como si no pudiera importarle menos.

—No soy de los que endulzan las cosas. Sabes a lo que me refiero —añade, sus ojos entornados, evaluándose—. ¿Cómo lo llevas?

—¿Cómo crees? —le suelto, con una pequeña risa amarga—. Como una mierda. No, peor que una mierda.

Jake asiente, como si ya lo supiera, pero aun así necesitara escucharlo de mis labios.

—Ya me lo imaginaba —dice, y por un momento, su expresión cambia, volviéndose un poco más seria, casi... preocupada—. Pero ¿sabes qué? La vida sigue. Te dolerá como el infierno durante un tiempo, pero, eventualmente, seguirás adelante.

—¿Eventualmente? —repito, sintiendo la palabra como una bofetada—. No parece que vaya a ser tan fácil, Jake.

—No lo es —responde él, sin rodeos, sin adornar la verdad—. Pero lo que sí es fácil es dejarte consumir por lo que pasó. Y te lo digo porque he visto a gente destruirse por menos. No dejes que eso te pase a ti.

Lo miro, intentando encontrar algo de consuelo en sus palabras, pero lo único que siento es una mezcla de vacío y rabia.

—¿Por qué te importa? —le pregunto, casi con desdén, porque Jake no es precisamente conocido por su empatía.

Él se encoge de hombros de nuevo, como si la pregunta no le importara en absoluto.

—No es que me importe, es solo que sería una lástima ver cómo te hundes después de todo lo que has luchado por llegar hasta aquí. Y créeme, no soy fanático de los dramas innecesarios.

Su respuesta es tan típica de él que no puedo evitar soltar una carcajada seca y sin alegría, pero al menos es algo.

—Entonces, ¿qué sugieres, oh gran sabio? —le digo, con el sarcasmo goteando de cada palabra.

Jake me mira, y por un segundo parece que va a decir algo serio, pero luego su expresión cambia, volviendo a su habitual aburrimiento.

—Sugiero que dejes de hacer el papel de víctima y te pongas a trabajar. Porque el trabajo es lo único que no se jode cuando todo lo demás lo hace. Y si te hace sentir mejor, siempre puedes culpar a Daniel por dejarte. Eso suele ayudar —dice, su tono sarcástico, pero con una pizca de

verdad que no puedo ignorar.

Lo miro, sin saber si reír o llorar, porque sus palabras, aunque crudas, tienen razón. No puedo permitirme caer en el abismo. No ahora, no después de todo.

—Gracias, Jake. Eres un verdadero poeta —respondo, esbozando una sonrisa cansada.

—No hay de qué. Ahora, si me disculpas, tengo una siesta pendiente —dice mientras se aleja, dejándome con mis pensamientos y con una extraña sensación de que, tal vez, solo tal vez, podré salir de esta.

Me siento en mi silla, mirando la pantalla del ordenador, intentando recuperar el control sobre mi vida. Daniel se ha ido, pero yo sigo aquí. Y aunque ahora duele como el infierno, sé que tengo que seguir adelante. Porque si en algo tiene razón Jake, es que la vida sigue, y yo no puedo dejar que esto me destruya.

Estoy sentada en mi escritorio, todavía intentando recomponerme después de la conversación con Jake, cuando el móvil vibra en mi bolso. Lo saco y veo que es un mensaje en el grupo de WhatsApp con Virginia y Marta. No puedo evitar una pequeña sonrisa al ver sus nombres en la pantalla.

Virginia: «¿Comida hoy? Necesito despotricar sobre mi jefa, ya sabéis cómo es cuando se pone en plan dictador».

Yo: «Cuidado, que podría enterarse de lo que vas diciendo de ella».

Marta: «Oh, vamos, si tenemos a la mejor jefa del mundo. Por cierto, ¡estoy canina! Por favor, decid que sí, porque si no, acabo comiendo otra vez esa basura de la máquina».

Por un momento, simplemente miro el mensaje, sintiendo una mezcla de gratitud y agotamiento. Virginia y Marta han sido geniales conmigo durante todo este tiempo, «no solo porque ahora esté al mando», sino porque han estado ahí, apoyándome, intentando que reviva después del terremoto emocional que ha sido la marcha de Daniel, igual que lo hicieron antes.

Lo han hecho sin esperar nada a cambio, sin presionarme para que me tire a otra aventura de una noche como en el pasado. Ya han visto que conmigo eso no funciona, que ese tipo de soluciones rápidas solo me meten en un círculo vicioso de clavos sacando otros clavos.

Respiro hondo y escribo una respuesta, agradecida de tener a estas dos en mi vida.

Yo: «Vale, me apunto. A ver si la comida me revive un poco».

Virginia: «Perfecto. Nos vemos en el sitio de siempre a las 2».

Marta: «No llegues tarde, que te conozco».

Me río entre dientes, dejando que esa pequeña burbuja de normalidad me rodee. La relación entre Marta y yo ha vuelto a lo que era, sin disculpas, sin reproches, sin palabras de más, de manera natural, como debía ser.

La comida es en un pequeño restaurante italiano que nos gusta, uno de esos lugares que se sienten acogedores, con manteles de cuadros y camareros que ya nos conocen de tanto que venimos. Nos instalamos en una mesa cerca de la ventana, y justo cuando pensaba que seríamos solo nosotras tres, Jake aparece, como una sombra inesperada.

—¿Tienes algún detector de comida gratis o qué, Jake? —le bromeo, mientras él se sienta a nuestro lado con su habitual aire de indiferencia.

—Si no aprovecho la oportunidad de comida decente en esta ciudad, ¿qué clase de persona sería? —responde, en ese tono monótono que siempre usa, pero con una chispa de humor en sus ojos.

Virginia y Marta sueltan una risa, y yo simplemente ruedo los ojos mientras le paso una carta para que elija qué quiere comer. La conversación empieza a fluir, y por un rato, me olvido de todo lo demás. Me pierdo en el parloteo habitual de Virginia sobre su pareja y en las quejas de Marta sobre el tráfico de Madrid.

—Es que, de verdad, no entiendo cómo la gente no se da cuenta de que hay que acelerar cuando el semáforo se pone en verde —se queja Marta, mientras devora una bruschetta—. ¿Es que no tienen sentido común?

—Hay más idiotas en la carretera de lo que parece —responde Jake, sin levantar la vista de su plato de pasta.

De repente, el aroma de la comida que antes encontraba reconfortante comienza a hacerme sentir mareada. El olor a ajo, tomate y especias que emana de la cocina, mezclado con el aceite de oliva de la bruschetta de Marta, empieza a revolverme el estómago. Es un giro inesperado; normalmente, me encanta este lugar, pero ahora el simple olor me hace desear estar en cualquier otro sitio.

Siento una punzada de náuseas, como si mi estómago se hubiera rebelado contra mí sin previo aviso. Cierro los ojos por un momento, intentando concentrarme en respirar, en no hacer una escena, pero es como si todo a mi alrededor estuviera conspirando para hacerme sentir peor.

Virginia, que es perceptiva hasta un nivel irritante, me mira y frunce el ceño al notar que estoy

más pálida de lo normal.

—Clau, ¿estás bien? —pregunta, su voz cargada de preocupación.

Abro los ojos y la miro, forzando una sonrisa que no llega a mis ojos.

—Sí, sí, todo bien. Solo... no sé, creo que el olor de la comida me está sentando mal —respondo, tratando de restarle importancia, aunque me doy cuenta de que es inútil. Ya he despertado las alarmas.

—¿El olor te está sentando mal? —repite Virginia, y la veo conectar los puntos en su cabeza en tiempo récord, sus ojos abriéndose de par en par—. Clau... ¿no estarás...?

El resto de la frase queda suspendido en el aire, y no puedo evitar sentir cómo se me acelera el corazón. Marta, que estaba en plena conversación con Jake, se queda con la bruschetta a medio camino hacia su boca, mirándonos a las dos con una mezcla de sorpresa y preocupación.

—¿Qué? ¡No! —respondo rápidamente, tal vez demasiado rápido, mientras siento que el calor sube a mis mejillas. Miro a Virginia con una expresión de advertencia, pero es demasiado tarde.

Jake, que hasta ahora había estado ajeno al drama, levanta la vista de su plato, claramente interesado en la dirección que ha tomado la conversación.

—¿No estarás qué? —pregunta, con una ceja arqueada y esa mirada que sugiere que ya está disfrutando a costa mía.

—Nada, absolutamente nada —digo, intentando sonar firme, pero es obvio que nadie en esta mesa me cree.

Virginia, incapaz de quedarse callada, me mira con una mezcla de disculpa y preocupación.

—Clau, si te está sentando mal la comida y no te encuentras bien... —empieza a decir, pero antes de que pueda continuar, la interrumpo.

—No estoy embarazada, si es eso lo que estás insinuando —digo, y noto cómo el tono de mi voz se vuelve defensivo sin que yo pueda evitarlo—. Es solo que... no sé, estoy algo revuelta, pero no es lo que piensas.

El silencio que sigue es incómodo, y puedo sentir las miradas de todos sobre mí. Finalmente, Marta es la primera en hablar, rompiendo la tensión.

—Bueno, pues más te vale que sea así, porque si estás preñada y no nos lo cuentas, te mato —bromea, intentando aliviar el ambiente.

Jake, por su parte, me observa con una expresión que no puedo leer del todo, pero sé que no ha

dejado pasar lo que acaba de suceder. Su comentario final, como siempre, llega en el peor momento posible.

—Si cambias de opinión y decides que hay algo que no nos has contado, ya sabes dónde encontrarme. Siempre tengo una caja de condones de sobra —dice, su tono seco y su sonrisa maliciosa—. Aunque igual llegan tarde.

Lo fulmino con la mirada, pero él simplemente se encoge de hombros como si nada.

—Jake, eres un cabrón —le espeto, sin poder evitar una sonrisa irónica.

—Lo sé —responde, tan tranquilo, mientras vuelve a concentrarse en su plato—. Pero al parecer tengo más sentido común que otros que presumen de grandes mentes.

—Escúchame bien, Jake. No estoy embarazada —le digo, mi tono firme, dejando claro que no quiero que siga con el tema.

Él me mira de reojo, como si estuviera evaluando si insistir o no, pero finalmente decide dejarlo estar. Asiente ligeramente, dándome a entender que lo ha captado.

—Como digas, jefa —responde, su tono un poco más suave, antes de volver a su plato.

Virginia gesticula un «lo siento» con la boca, mientras Marta me mira con los ojos bien abiertos, claramente sorprendida por el giro que ha tomado la conversación.

Pero yo sé que no lo estoy. Porque eso sí que sería jodido de cojones. No, solo es un retraso, nada más. Mi cuerpo ya ha pasado por esto antes, después del accidente. Recuerdo que estuve tres meses sin que me viniera, como si mi cuerpo también necesitara una pausa, como si la impresión hubiera sido tan fuerte que me dejara temporalmente desconectada de mí misma.

La conversación en la mesa sigue, pero yo me quedo en silencio, procesando lo que acaba de pasar. No estoy embarazada, pero joder, la posibilidad me ha dejado más nerviosa de lo que me gustaría admitir. Y eso, más que cualquier otra cosa, es lo que me inquieta.

Y entonces lo noto. Las náuseas suben rápidamente por mi garganta, como un torrente imparable. No tengo tiempo para pensar, solo para reaccionar. Me levanto de la mesa de un salto y corro hacia el baño, sintiendo cómo todo dentro de mí se revuelve de forma violenta.

Llego justo a tiempo, abriendo la puerta del baño con la sutileza de un elefante y me lanzo de rodillas frente al inodoro. Apenas consigo agarrar el borde antes de que mi estómago decida expulsar todo lo que le eché en las últimas horas, y joder, qué manera tan asquerosa de hacerlo.

Finalmente, cuando las náuseas empiezan a desaparecer, me recuesto contra la fría y poco higiénica pared del baño. Cierro los ojos, intentando convencerme de que esto es solo una

mezcla de estrés, cansancio y una vida emocional digna de un culebrón.

«No estoy embarazada. Simplemente, la vida es una mierda, y mi cuerpo ha decidido que la mejor manera de recordármelo es con una vomitona inesperada».

Respiro hondo y cierro los ojos, tratando de recomponerme antes de volver a salir y enfrentarme a las miradas inquisitivas de Virginia, Marta y, por supuesto, Jake, que seguro no va a dejar pasar la oportunidad de recordarme esto.

CAPÍTULO 28

Estamos todos sentados en la mesa, yo intentando mantener una conversación decente con mi padre sobre en qué supermercado está más barato el aceite de oliva o qué suavizante deja mejor olor. De repente, llaman al timbre y ahí está él. El tipo de la rehabilitación. El que ayuda a Sofía con todo lo relacionado con su movilidad.

Aunque sabemos que nunca volverá a andar, él le ayuda a fortalecer los músculos, a mantener el equilibrio, a lidiar con el dolor que todavía aparece de vez en cuando. En resumen, es quien le permite seguir adelante con dignidad, aunque esté confinada a una silla de ruedas.

—¡Sorpresa! —exclama mi hermana, con esa sonrisa que ilumina toda la habitación—. He invitado a David.

La sospecha resuena en mi cabeza como una alarma. Miro a mi padre, que parece igual de desconcertado, y luego a David, que esboza una sonrisa educada, aunque algo tensa.

—David, es un placer tenerte aquí —dice mi padre, recuperándose rápidamente y extendiéndole la mano—. Claudia nos ha hablado mucho de ti.

¿Nos? No recuerdo haber mencionado a este tipo más allá de las sesiones de rehabilitación.

—Gracias por invitarme, señor Martín —responde David, con un tono profesional que me recuerda que es quien ayuda a mi hermana a sobrellevar su realidad todos los días.

—Por favor, llámame Carlos —le dice mi padre, con su mejor sonrisa—. Y déjame decirte que estamos muy agradecidos por todo lo que has hecho por Sofía.

Mi hermana irradia felicidad como si hubiéramos ganado la lotería. No puedo evitar sentir una mezcla de emociones. Estoy feliz por ella, claro. Pero también estoy preocupada. Sé lo mucho que ha costado llegar hasta aquí y lo fácil que es caer en el abismo de la esperanza.

—¿Qué tal si nos sentamos? —digo finalmente, intentando romper la tensión que siento crecer en el ambiente—. No todos los días tenemos a un invitado especial para cenar.

Nos acomodamos en la mesa y la conversación empieza a fluir, aunque de manera algo torpe. Mi padre, siempre el perfecto anfitrión, le hace preguntas a David sobre su trabajo: cómo ayuda a mi hermana a mantener la fuerza en los brazos, cómo le enseña a manejar la silla de ruedas con más soltura, cómo la ha apoyado para encontrar una nueva normalidad en medio de todo esto.

David, por su parte, responde con calma, sin perder la profesionalidad, aunque noto que de vez en cuando le lanza a mi hermana una mirada que va más allá de lo puramente profesional. Y Sofía, por supuesto, está en la gloria, como si este hombre fuera el mejor regalo que la vida le ha dado en mucho tiempo.

Yo, en cambio, estoy intentando descifrar si esto es algo a lo que debería acostumbrarme o si solo es una de esas fases en las que intentas aferrarte a cualquier cosa que te haga sentir menos roto.

—Entonces, David —digo, tras el primer bocado—, ¿qué es lo que más te gusta de tu trabajo?

Es una pregunta simple, pero lo que realmente quiero es saber qué demonios está pasando aquí. Porque si este tipo está jugando con los sentimientos de mi hermana, se puede ir preparando para la versión más cabrona de mí que existe.

David se queda en silencio un segundo, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Lo que más me gusta de mi trabajo —dice finalmente, mirando a mi hermana con una sonrisa cálida— es ver cómo la gente recupera su fuerza, su independencia, incluso cuando la vida les ha arrebatado algo tan importante. Ayudar a alguien a encontrar una nueva forma de vivir, a no rendirse... eso es lo que me hace levantarme cada día.

Sofía lo mira como si acabara de recitar un poema de amor y, por un instante, me encuentro sonriendo también. Tal vez esté siendo demasiado protectora. Quizás, solo quizás, este tipo realmente la aprecia.

Pero claro, eso no significa que no vaya a tener un ojo puesto en él. No sería yo si no aprovechara la oportunidad para meterle algo de presión, así que, después de un silencio calculado, suelto una pregunta que parece inocente pero que lleva más veneno que una picadura de avispa.

—Y dime, David —empiezo, con una sonrisa que sé que no llega a mis ojos—, ¿con cuántas pacientes más has ido a cenar después de las sesiones de rehabilitación? Solo por curiosidad.

Mi padre casi se atraganta con el vino, mientras David se queda momentáneamente desconcertado. Sofía me lanza una mirada que mezcla incredulidad y advertencia, pero yo mantengo mi expresión impassible, esperando a ver cómo responde nuestro querido invitado.

David, para su crédito, se recupera rápidamente y esboza una sonrisa que intenta ser relajada.

—Bueno, no es algo que haga habitualmente, si es lo que preguntas. Sofía es... especial. —Dice esto último mirando directamente a mi hermana, y aunque sus palabras parecen sinceras, no

puedo evitar sentir que no es suficiente.

—Especial, claro —respondo, asintiendo lentamente como si estuviera evaluando sus palabras—. Espero que te refieras a su increíble fuerza de voluntad y no solo a lo que es evidente a simple vista.

Mi hermana, ya bastante roja, intenta intervenir.

—Clau, por favor... —susurra, claramente avergonzada por mi interrogatorio.

—¿Qué? —le digo, fingiendo inocencia—. Solo quiero asegurarme de que este chico entiende con quién está tratando. Mi hermana es bastante increíble, y no me gustaría que nadie la tomara a la ligera.

David suelta una pequeña risa, probablemente para aliviar la tensión.

—Lo entiendo perfectamente, Claudia. Y te aseguro que lo último que haría sería tomarla a la ligera. —Sus palabras son firmes, y aunque una parte de mí sigue en modo protector, no puedo negar que parece sincero.

El ambiente en la mesa se tensa visiblemente, pero no me detengo. Si David quiere estar en esta familia, tendrá que pasar por mí primero.

—Y dime, David, ¿eres consciente de que hay una gran diferencia entre aprecio y compasión? —pregunto con una sonrisa que sé que no tiene nada de amistosa.

David suelta una risa incómoda, pero intenta mantener la compostura.

—Me considero bastante inteligente emocionalmente. Conozco las diferencias.

Tengo que reconocer que el tipo lleva con entereza mi injusta hostilidad.

Antes de que pueda seguir con mi interrogatorio, Sofía explota. Literalmente, porque no la había visto así de enfadada en años.

—¡Basta ya, Claudia! —exclama, golpeando la mesa con las manos—. ¡¿Qué te pasa?! Yo fui amable cuando cenamos con Daniel Blake, y eso que al final no ha sido más que otro tío que te ha roto el corazón. ¿O es que me vas a decir que él fue mejor que Álvaro?

La comparación con Álvaro me golpea como un puñetazo en el estómago, pero no dejo que se me note. No delante de ella, no delante de David. Respiro hondo, tratando de mantener la calma.

—No me ha roto el corazón, Sofía —respondo con frialdad—. Yo decidí no irme con él.

Sofía me mira como si acabara de soltar una bomba en medio de la sala.

—¿Te pidió que te fueras con él a Nueva York y no fuiste? —insiste, con los ojos abiertos como

platos—. ¿Por qué, Claudia? ¡¿Por qué no fuiste?!

—Porque no quería, Sofía —respondo, elevando un poco la voz, sintiendo la presión crecer dentro de mí.

Pero mi hermana no cede. Está furiosa y no está dispuesta a dejarlo pasar.

—¡Claro, porque preferías quedarte aquí, como un alma en pena, llorando por todos los rincones! —me suelta, con una mezcla de rabia y frustración—. ¿Crees que no vemos tus ojos llorosos? ¿Crees que no nos damos cuenta de cómo te arrastras cada día, como si te hubieran arrancado algo?

—¿Y qué? —le contesto, la voz temblando un poco, aunque no por miedo, sino por la rabia que me consume—. Duele un poco al principio, sí, pero lo superaré con el tiempo. No es la primera vez que paso por algo así, Sofía. Y, créeme, no será la última.

El silencio que sigue es espeso, pero no dura mucho. Sofía no ha terminado.

—¡No es solo eso, Claudia! —me grita, con lágrimas en los ojos—. ¡Te has quedado porque crees que tienes que tratarme como un bebé! ¡Que soy tu monumento a la culpa y lo utilizas para martirizarte, y ya estoy harta! ¡No tienes que sacrificarte por mí!

—¡No me estoy sacrificando por ti! —le respondo, aunque sé que parte de lo que dice es cierto, y eso solo me enfurece más—. Solo quiero estar aquí para ti, porque eres mi hermana, porque te quiero.

—¡Pero no tienes que hacerlo! —me grita Sofía, con la voz quebrada—. ¡Yo puedo valerme por mí misma y seguir adelante sin ti!

David, que hasta ahora había estado en silencio, se mueve incómodo en su silla, como si no supiera si debería intervenir o no. Pero ninguna de las dos le prestamos atención. Esto es entre nosotras.

—¡Y la puta verdad, Claudia, es que esa noche fui yo la que llamó a mamá primero! —continúa Sofía, y siento que el suelo se abre bajo mis pies—. ¡Le dije que prefería que fuera ella a buscarme porque sabía que tú me regañarías por emborracharme! ¡Así que la culpa fue mía, no tuya!

—¡Mamá siempre acababa agotada al final del día! —le replico, la voz afilada—. Era yo la que tenía que ir a buscarte, siempre era yo.

—¡No! ¡No lo era, Claudia! —responde Sofía, su voz llena de frustración—. ¡Ese es tu maldito complejo de heroína! La gran y perfecta Claudia que nunca necesita a nadie, pero que se aferra a

mí como si fuera la única excusa para no vivir tu vida. Te quiero, pero no quiero ser la razón por la que te niegas a ser feliz. No quiero ser esa carga para ti, ni quiero que tú seas esa carga para mí.

El aire en la sala se siente denso, cargado de todo lo que hemos evitado decir durante años. Sofía y yo nos miramos, ambas con los ojos llenos de lágrimas contenidas, y sé que ninguna de las dos está dispuesta a ceder. Pero antes de que pueda responder, la voz de nuestro padre rompe el tenso silencio.

—¡Ya está bien! —interviene, su voz firme pero teñida de una tristeza que no había mostrado hasta ahora—. Fui yo quien le dijo a mamá que Claudia estaba ocupada y que yo estaba casi dormido. Le dije que fuera ella. La culpa fue mía.

—No, papá —replica Sofía, con los ojos llenos de dolor—. Yo fui la que me emborraché de esa manera. Fui yo quien causó todo esto.

Nuestro padre niega con la cabeza, tratando de hacerla entender.

—Estabas en la edad, Sofía. Era normal cometer errores. Ninguna de vosotras tiene la culpa de lo que pasó.

El silencio vuelve a caer sobre nosotros, como una pesada manta de culpabilidad compartida. Pero entonces, David, que hasta ahora había estado observando en silencio, interviene de manera inesperada, su voz suave pero segura.

—¿No fue la lluvia? —pregunta, rompiendo el silencio—. Quiero decir... Si no hubiera estado lloviendo, si no hubiera habido ese vertido de aceite que convirtió la carretera en una pista de patinaje, ¿no hubiera ocurrido? No quiero minimizar lo que sentís, pero... ¿no es más fácil pensar que esa fue la causa?

Su pregunta nos toma por sorpresa. Nos quedamos en silencio, procesando lo que acaba de decir. La idea de que todo fue un accidente, algo fuera de nuestro control, es al mismo tiempo reconfortante y dolorosa. Porque aceptar eso significaría dejar de castigarnos por algo que nunca pudimos evitar.

—David tiene razón —digo finalmente, mi voz más baja, como si temiera romper el frágil equilibrio que se ha creado en la habitación—. Tal vez... tal vez hemos estado buscando una culpa donde no la había.

Sofía me mira, sus ojos reflejando una mezcla de emociones que no puedo descifrar del todo. Finalmente, asiente, aunque las lágrimas siguen cayendo por su rostro.

—Es más fácil pensar así —admite Sofía, con un suspiro—. Pero la culpa... la culpa es difícil

de soltar.

Nuestro padre nos mira a las dos, su expresión llena de una mezcla de alivio y tristeza. Nos ha visto cargar con este peso durante tanto tiempo, y ahora, por primera vez, parece que estamos dispuestas a dejarlo ir, al menos un poco.

—No tiene que ser hoy, no tiene que ser ahora —dice él suavemente—. Pero tenéis que intentar dejarlo atrás, por vosotras mismas. Ninguna de vosotras merece seguir sufriendo por esto.

Nos quedamos en silencio, todos digiriendo lo que se ha dicho. Por primera vez en mucho tiempo, siento que hay una posibilidad de avanzar, de dejar atrás el dolor que hemos llevado como un lastre durante tanto tiempo.

—Gracias, David —digo finalmente, rompiendo a llorar—. Eres un buen tipo. Necesitamos a alguien en la familia con esa claridad mental. Tienes mi aprobación.

—Dios, ¿desde cuándo eres tan emocional? —se queja Sofía, pero mientras lo dice, estira su mano hacia mí y me atrae hacia ella, dejándome apoyar mi cabeza en su hombro. Es un gesto pequeño, pero en este momento, significa el mundo.

Nuestro padre nos mira con una sonrisa triste, casi nostálgica.

—Me recuerdas a tu madre cuando estaba embarazada. Siempre lloraba por todo... —dice, casi como si hablara para sí mismo.

Sofía se tensa un poco, y luego me susurra entre dientes, apenas audible:

—¿No estarás embarazada, verdad?

El comentario me toma por sorpresa, me para en seco. Miro a Sofía, mis ojos todavía brillando con lágrimas, y sacudo la cabeza rápidamente, como si intentara disipar la idea antes de que pueda echar raíces.

—No, no, claro que no —le respondo, intentando sonar convincente, aunque mi voz tiembla un poco, traicionando la pequeña chispa de duda que está empezando a tomar forma.

Sofía me mira con esos ojos que siempre han visto más de lo que yo quisiera admitir, y sin dejarme apartar la mirada, susurra con una determinación que me hace temer por mi vida.

—Si lo estás, pondré tu culo en un avión a Nueva York, te lo juro, Claudia.

—No hace falta, Sofía. Te prometo que no lo estoy.

—Más te vale —responde, mirándome con esa expresión que mezcla preocupación y humor—. Porque si resulta que sí, no quiero escuchar ni una excusa. Ya estoy harta de verte comiéndote la

cabeza y llorando por los rincones.

No puedo evitar sonreír, a pesar de todo lo que hemos pasado esta noche. Su manera de afrontarlo, de quitarle hierro al asunto, me recuerda por qué siempre hemos sido tan cercanas, incluso en los peores momentos.

—Siempre buscando la manera de sacar algo bueno de cualquier lío, ¿eh? —le digo, sintiendo cómo la tensión se va disipando poco a poco.

—Alguien tiene que hacerlo —responde ella, encogiéndose de hombros—. Y si eso significa una escapadita a Nueva York, pues mira, mejor que mejor. Ya te imagino, con la barriga, recorriendo Manhattan conmigo.

—No va a pasar —le digo, esta vez con más firmeza, pero también con una risa que ya no puedo contener.

Sofía me mira, y por un momento, veo en sus ojos el reflejo de todo el amor y la preocupación que siempre ha tenido por mí, incluso cuando nuestras vidas han sido un caos. Y sé que, pase lo que pase, estamos en esto juntas, para bien o para mal.

—Lo que tú digas, Clau —responde, dándome un pequeño golpe en el hombro—. Pero ya sabes que si cambias de opinión, tengo las maletas listas.

CAPÍTULO 29

Salgo del baño de la empresa, todavía tambaleándome un poco tras haber vuelto a vaciar el contenido de mi estómago. Me siento débil, vulnerable, y lo último que necesito es encontrarme con alguien justo ahora. Pero, por supuesto, ahí está Jake, apoyado en la pared junto a la puerta, con esa expresión neutra que nunca sé cómo interpretar.

Sin decir una palabra, me extiende una bolsa de farmacia. Me la entrega con una calma que roza lo irritante y, antes de que pueda reaccionar, me da la vuelta suavemente y me empuja de nuevo hacia el baño. Todo sin pronunciar una sola sílaba.

Sé exactamente lo que hay en la bolsa, incluso antes de abrirla. No necesito mirar para saber que es un test de embarazo, y no uno cualquiera, sino de esos superavanzados que te dicen hasta cuántas semanas llevas. Como si el simple hecho de verlo me fuera a dar respuestas que, en el fondo, ya sospecho.

—Jake... —empiezo a decir, intentando encontrar las palabras, pero él levanta una mano, interrumpiéndome sin siquiera mirarme.

—No hace falta que me lo expliques —responde con ese tono seco, pero con una leve preocupación que asoma entre líneas—. Solo hazlo. Y si no quieres hacerlo aquí, hazlo en casa, pero hazlo.

Sus palabras, aunque directas, me golpean con la fuerza de la realidad que he estado intentando evitar. Porque, aunque trato de convencerme de que solo es estrés o alguna gripe pasajera, en el fondo sé que las posibilidades están ahí, y necesito enfrentarlas de una vez por todas.

Entro de nuevo en el baño, esta vez con la bolsa en la mano, y cierro la puerta detrás de mí. Me siento en el borde del lavabo, sosteniendo la prueba como si fuera una bomba a punto de estallar. Respiro hondo, tratando de calmar la tormenta que se está formando en mi interior.

—Vamos, Claudia, no es tan difícil —me digo a mí misma en voz baja, intentando reunir el valor necesario.

Finalmente, saco la prueba de la caja con manos que apenas me responden, y lo miro como si estuviera a punto de cambiar mi vida para siempre. Porque, en realidad, eso es exactamente lo que podría pasar. Y aunque una parte de mí ya sabe cuál será el resultado, todavía hay una pequeña esperanza, un pequeño «y si» que me mantiene colgada de un hilo.

—Hazlo —me repito, más para mí que para nadie más, y entonces procedo con lo que sé que tengo que hacer.

El tiempo parece detenerse mientras espero, cada segundo más pesado que el anterior. Me miro en el espejo, buscando en mis propios ojos algún tipo de consuelo, alguna señal de que todo va a estar bien, sin importar el resultado.

Pero no encuentro nada. Solo a mí misma, enfrentándome a una verdad que podría cambiarlo todo.

Finalmente, tomo el test en mis manos, y ahí está, en letras claras y directas: «Embarazada 3+ semanas». Esas pocas palabras parecen tener el poder de derrumbar todo mi mundo en un instante.

De todas las cosas que podrían haber pasado, esto es lo último que esperaba, lo último para lo que estaba preparada. Y ahora, aquí estoy, sola en un baño de empresa, sosteniendo una pequeña pantalla que me ha cambiado la vida con unas pocas palabras.

—Joder, Claudia —me susurro a mí misma—. ¿Qué demonios vas a hacer ahora?

Pero no tengo respuestas. No tengo un plan, ni siquiera una idea de qué hacer a continuación. Solo tengo el peso de esta nueva realidad y el inminente enfrentamiento con lo que significa. Porque no se trata solo de mí, ni siquiera solo de él. Se trata de un futuro que nunca imaginé, de decisiones que no sé si estoy lista para tomar.

Me limpio las lágrimas, intentando recomponerme, aunque el temblor en mis manos me delata. Sigo mirando la prueba, esperando que el impacto inicial se suavice, que la ola de pánico retroceda, aunque sea un poco.

Pero no lo hace.

Salgo del baño, todavía con la cabeza dando vueltas y el corazón latiéndome a mil por hora. Al abrir la puerta, ahí está Jake, apoyado en la pared, mirando y tecleando en la pantalla de su móvil con esa habilidad pasmosa que tiene para parecer que siempre está haciendo algo importante, aunque probablemente esté jugando al solitario.

Levanta la mirada en cuanto me ve salir, y lo que sea que ve en mi cara le confirma lo que seguramente ya sospechaba. Sin decir una palabra, vuelve a centrar su atención en el móvil, sus dedos moviéndose rápidamente por la pantalla.

—No se te ocurra decírselo —le espeto, más nerviosa de lo que quisiera admitir—. Tengo que pensar, ¿de acuerdo? No es que vaya a ocultárselo, pero necesito asimilarlo primero y... no quiero que él se sienta obligado o crea que le voy a exigir alguna responsabilidad.

Jake sonríe, pero es esa clase de sonrisa que le dedicarías a un niño travieso o cuando escuchas una tontería.

—¿En serio? —dice finalmente, sin apartar los ojos del móvil—. ¿De verdad crees que puedes manejar esto sola y no decirle nada? Vamos, Claudia, no te engañes.

—No es que quiera manejarlo sola —le respondo, sintiendo cómo mi frustración se mezcla con el miedo que me ha estado carcomiendo desde que vi el resultado de la prueba—. Solo necesito tiempo para pensar. No quiero lanzarme a la piscina sin saber si tiene agua.

Jake deja de teclear y finalmente me mira, esta vez con una seriedad que rara vez le veo.

—Claudia, no te estoy diciendo que lo publiques en la portada de un periódico, pero él tiene derecho a saberlo. Y tú tienes derecho a que alguien esté a tu lado en esto.

Su tono es firme, pero no agresivo. Es como si estuviera diciéndome algo que sé, pero que no quiero admitir.

—No quiero que se sienta atrapado —susurro, casi para mí misma, dejando que la verdad de mis temores salga a la superficie—. No quiero que sienta que tiene que estar conmigo solo por esto.

Jake suelta un suspiro, deja el móvil a un lado y se cruza de brazos, mirándome directamente a los ojos.

—Y él no es el tipo de persona que se quedaría solo porque «tiene» que hacerlo, Claudia. Lo sabes tan bien como yo. Así que deja de intentar controlar todo y dale la oportunidad de demostrarte lo que realmente quiere hacer. Porque es de Daniel... ¿no?

Ruedo los ojos, sintiendo cómo la irritación se mezcla con la desesperación.

—Maldito Jake —murmuro, con más resignación que verdadera molestia.

Él solo me mira, una ceja arqueada, esperando mi respuesta como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Sí, Jake, es de él —respondo finalmente, mi tono seco, pero no puedo evitar la ligera sonrisa que se asoma en mis labios.

Jake asiente, como si acabara de resolver el misterio del siglo.

—Pues entonces, dale la maldita oportunidad de demostrarte qué tipo de hombre es. No todos son idiotas como Álvaro, ¿sabes?

Suelto una risa, amarga pero sincera. Jake siempre tiene una manera de reducir las cosas a lo esencial, de cortar toda la mierda y llegar al punto, aunque eso signifique ser brutalmente honesto.

—Vale —respondo finalmente, asintiendo lentamente—. Pero dame un poco de tiempo, ¿sí? Necesito asimilar esto antes de hablar con él.

Jake asiente, su expresión suavizándose un poco.

—No te preocupes, Claudia —dice finalmente, sin levantar la vista—. Sé mantener la boca cerrada.

—¡Y una mierda sabe mantener la boca cerrada! —murmuro con furia cuando abro la puerta de mi piso y me encuentro cara a cara con el mismísimo Daniel Blake.

Ahí está, de pie en el umbral de mi casa, como si fuera lo más normal del mundo. Mi corazón se salta un latido, o diez, y siento que el aire se me escapa de los pulmones. Me quedo helada, tratando de procesar lo que estoy viendo, como si mi cerebro se negara a aceptar la realidad.

—Hola, Claudia —dice él, su voz calmada, pero sus ojos me escanean con una mezcla de preocupación y determinación que no había visto antes.

—¿Qué... qué haces aquí? —consigo articular, aunque mi voz suena más débil de lo que me gustaría.

—Jake —responde simplemente, como si eso lo explicara todo.

—¡Maldito chivato! —espeto, medio en broma, medio en serio, sin apartar la vista de Daniel.

Él da un paso hacia delante, cruzando el umbral de mi puerta, y de repente, todo el espacio a mi alrededor parece encogerse. Puedo sentir la tensión en el aire, la incertidumbre de lo que está por venir.

—Podemos empezar por ahí si quieres, pero creo que tenemos algo más importante de lo que hablar —dice, con esa serenidad que a veces me pone de los nervios y otras me da ganas de besarlo hasta quedarme sin aliento.

—¿En serio, Daniel? —suelto, intentando recuperar algo de control sobre la situación—. ¿Jake te llamó y te metiste en el primer avión?

—No fue así exactamente. Yo ya estaba en el aeropuerto cuando le obligué a comprarte el test de embarazo.

Me quedo mirándolo, tratando de procesar lo que acaba de decir, pero mi cerebro parece negarse a colaborar. La idea de que Daniel estuviera al tanto de todo, de que Jake le hubiera contado cada detalle de lo que estaba pasando, me deja atónita.

—¿Me estás diciendo que él te ha tenido al día de todo lo relacionado conmigo? —le pregunto, incrédula, sin poder ocultar la mezcla de sorpresa y enojo en mi voz.

Daniel asiente, con una pequeña sonrisa en los labios, pero sus ojos siguen mostrando esa determinación que me desarma.

—Más o menos —admite, con un encogimiento de hombros—. Jake es... bueno, digamos que tiene sus propios métodos para asegurarse de que todo esté bajo control. Y en este caso, considero que yo debía estar informado.

—¿Sus propios métodos? —repito, todavía intentando asimilar lo que está pasando—. ¿Y no pensaste que tal vez yo debería ser la que decidiera cuándo y qué decirte?

—Claro que lo pensé —responde, su tono más serio—. Pero también sabía que eres cabezota como una mula y que probablemente te tomarías tu tiempo para decidir si querías hablar conmigo o no. Y, sinceramente, no iba a quedarme esperando a que te decidieras mientras yo me volvía loco pensando en lo que podría estar pasando.

Sus palabras me dejan sin aliento. Porque, en el fondo, sé que tiene razón. Yo habría postergado la conversación, habría intentado manejarlo sola, como siempre hago. Y él, de alguna manera, lo sabía.

—Daniel, yo... —empiezo, pero no sé exactamente qué decir. No quiero que se sienta obligado, pero tampoco puedo negar lo que siento, lo que he estado evitando admitir incluso a mí misma.

Él da otro paso hacia delante, acortando la distancia entre nosotros, y coloca suavemente sus manos en mis brazos, mirándome con una intensidad que hace que mi corazón lata con fuerza.

—Claudia, no estoy aquí por obligación, ni porque me sienta responsable de algo. Estoy aquí porque me importas, porque quiero estar aquí para ti, pase lo que pase. ¿Vale?

Nos quedamos así, mirándonos, mientras la realidad de lo que significa su presencia empieza a asentarse en mí. Su sinceridad, su disposición a estar a mi lado sin importar lo que venga, me desarma por completo.

—Vale —respondo finalmente, mi voz apenas un susurro.

Daniel asiente, aliviado, y me atrae hacia él en un abrazo cálido, firme, que hace que toda la tensión que he estado acumulando durante días se disuelva.

Y aunque una parte de mí todavía está aterrada, otra parte, una más profunda y oculta, empieza a creer que, tal vez, todo estará bien. Porque no estoy sola. Porque él está aquí, y eso lo cambia todo.

—Tengo que confesarte algo —empieza, con tono serio, pero esa chispa en los ojos que siempre consigue desarmarme sigue ahí—. Estos días sin ti han sido una auténtica mierda. Y no me refiero a esa mierda poética que te cuentan en los libros, donde todo es melancolía y alguna que otra lágrima colocada en el momento justo. Hablo de una mierda de verdad, de la que te revuelve el estómago, te quita el sueño y te hace cuestionarte si de verdad eres tan listo como creías.

Me quedo callada, sin saber muy bien qué esperar. Pero él continúa, porque cuando Daniel Blake empieza a hablar, no hay quien lo detenga.

—Me jodía ver tu nombre en mi móvil y no saber si debía llamarte o dejar que te enfriaras. Me jodía pensar que estabas ahí, lejos, sin poder hacer nada al respecto. No soy bueno con la distancia, nunca lo he sido. Me gusta tener todo claro, frente a mí, como en una maldita tabla de Excel donde todo encaja perfecto. Pero contigo... —se detiene un segundo, como si buscara las palabras adecuadas—. Contigo nada encaja, Claudia. Y eso es lo mejor y lo peor de todo.

Lo miro, con las emociones a flor de piel, sabiendo que aún no ha terminado.

—Me gusta que me jodas la vida —continúa, soltando una risa genuina, llena de cariño—. Me gusta que me saques de mis casillas, que me hagas perder el control, porque contigo todo lo que sé, todo lo que soy, se tambalea. Y, joder, me he dado cuenta de que eso es justo lo que necesito. Una revolución. No quiero más de lo mismo, no quiero a alguien que me permita seguir en piloto automático. Quiero a la persona que me obliga a pensar, a sentir, a vivir de verdad. Y esa persona eres tú.

Me quedo en silencio, procesando cada una de sus palabras. Es la declaración más cruda y honesta que me han hecho jamás, y me golpea directamente en el corazón. Pero sé que Daniel nunca deja las cosas a medias.

—No te voy a prometer amor eterno —dice, lo que me descoloca un poco—. Las promesas se rompen, y estoy hasta los cojones de romper promesas. Lo que te prometo es que, pase lo que pase, no dejaré de luchar por nosotros. No voy a permitir que te alejes sin más, porque la vida sin ti es una puta mierda. Y si alguna vez te sientes perdida, si llegas a pensar que no hay salida, recuerda que aquí estoy yo, dispuesto a luchar contigo, aunque sea a puñetazos si hace falta. Esto no es perfecto, y nunca lo será. Pero es nuestro, y es jodidamente real.

No puedo evitar soltar una carcajada, entre lágrimas y todo. Esto es lo más Daniel Blake que existe, y me encanta. No es la típica declaración de película. Es crudo, es real, y es justo lo que necesito escuchar.

—¿Sabes? —le digo, secándome las lágrimas mientras me acerco más a él—. Si alguna vez me pierdo, sabré a quién darle un puñetazo para encontrar el camino.

Él sonríe, esa sonrisa que me derrite por dentro, y antes de que pueda decir nada más, me toma por la cintura y me besa. Un beso lleno de promesas no dichas, de verdades incómodas, pero también de todo lo que hemos construido juntos.

Y en ese momento sé que no necesito más declaraciones ni palabras bonitas. Lo único que importa es que estamos aquí, juntos, dispuestos a enfrentar lo que venga, a golpes si hace falta, pero sin dejar de luchar.

Porque eso, más que cualquier promesa vacía, es lo que define lo que somos. Y no necesito nada más.

De repente, escuchamos un ruido en la puerta, y ahí está Jake, como un maldito ninja, observándonos con esa mirada que dice más de lo que debería.

—¿Ya terminaste de hacerte el duro, Blake? —pregunta con esa sonrisa burlona que me da ganas de matarlo y abrazarlo al mismo tiempo—. Porque te juro que casi lloro, oyéndote soltar todo ese rollo de macho sensible.

Daniel suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Sabes, Jake, podría decir lo mismo de ti. Pero en tu caso, no hay esperanza.

Jake se encoge de hombros, inmutable.

—No la necesito —dice, con un guiño—. Ya soy perfecto así.

Y mientras se marcha, dejándonos solos de nuevo, Daniel me mira, todavía sonriendo.

—¿Ves? —dice, con tono divertido—. Hasta Jake lo entiende. Esto no va de ser perfectos. Va de ser nosotros, con toda nuestra mierda incluida.

Miro a Jake con fastidio, consciente de que acaba de arruinar un momento épico.

—No te preocupes —dice Jake, con una sonrisa traviesa—, solo me aseguro de que llegabas bien para decírselo a papá y mamá. Al parecer, están emocionados con la idea de ser abuelos, pero estaban preocupados porque estabas muy nervioso.

Me quedo paralizada, y mi mente empieza a girar a toda velocidad. ¿Papá y mamá? ¿Abuelos?

¿Qué está diciendo?

Miro a Daniel, luego a Jake, y de vuelta a Daniel, buscando alguna señal de que esto es una broma, pero no la encuentro. Ambos me observan, esperando que lo entienda. Finalmente, Jake suelta una risa al ver mi expresión confusa.

—Claudia, nos apellidamos igual —dice Jake, como si fuera lo más obvio del mundo.

Me quedo mirándolo, todavía intentando procesar lo que está insinuando. Y entonces, de golpe, todo encaja.

—Espera... —empiezo a decir, sintiendo cómo mi cerebro intenta recuperar el control—. Yo también me apellido igual que Tomás Martín de Contabilidad, y eso no nos convierte en hermanos.

Jake suelta una carcajada y niega con la cabeza, mientras Daniel sonríe con ese aire de satisfacción que me irrita y me encanta al mismo tiempo.

—Somos hermanos de verdad, Clau —dice Daniel, con un tono divertido—. Jake y yo. Nunca lo mencionamos en la oficina, pero creía que era obvio.

—¿En serio? —exclamo, sintiendo cómo la incredulidad se convierte en una mezcla de sorpresa y frustración—. Obvio para ti, pero él se lo calló con todas las intenciones.

Jake se encoge de hombros, aún con esa sonrisa de quien acaba de soltar la bomba.

—Era bastante divertido ver cómo te volvían loca nuestras personalidades opuestas sin sospechar que venimos del mismo árbol genealógico.

Daniel suelta una risita y asiente.

Me quedo mirándolos, todavía un poco aturdida por la revelación. Me cruzo de brazos y los fulmino con la mirada.

—Sois bastante raritos, ¿no?

Jake se encoge de hombros con su característica indiferencia, esa que siempre me ha sacado de quicio, pero que ahora, con todo lo que sé, tiene un nuevo matiz.

—Bueno, si eso es todo, me voy —dice, rompiendo el momento de nuevo, como solo él sabe hacerlo—. Ya he cumplido mi misión, y no quiero ser testigo de más melosidades. ¿Te quedas aquí o necesitas que te consiga un hotel?

Daniel suelta una risita, y yo le lanzo una mirada de incredulidad a Jake.

—Podrías invitarme a tu apartamento en la Castellana —sugiere Daniel, con una media sonrisa

que sé que no llegará a nada, pero que tiene que intentar.

Jake se detiene en seco, se gira hacia Daniel y lo mira como si acabara de sugerirle que se mude a la luna.

—No, lo siento. Sabes que esas cosas no van conmigo. Búscate la vida, amigo —responde Jake, con ese tono seco que deja claro que no va a ceder.

Ruedo los ojos, sin poder evitar un comentario sarcástico.

—Ya veo quién es el verdadero rarito, además de un maldito chivato —comento, mientras Jake se encoge de hombros de nuevo, como si llevar ese título fuera un honor.

—Alguien tiene que serlo —responde Jake, con una sonrisa que se desliza entre la arrogancia y el humor—. Y, además, te guste o no, Clau, no soy de esos que permiten que las visitas se queden en su sofá. Soy raro, pero no estúpido.

Daniel suelta una carcajada, disfrutando de la dinámica entre Jake y yo, y cuando Jake finalmente se marcha, sacudiendo la mano como si nos estuviera despidiendo con un «ya no me necesitan», nos quedamos en silencio por un momento, absorbiendo todo lo que acaba de pasar.

—Tu hermano es un personaje, ¿eh? —comento, todavía sorprendida por la revelación y por todo lo que implica.

—Eso es quedarse corto —responde Daniel, acercándose más a mí—. Pero, ya sabes, él siempre ha sido así. Directo, sarcástico, y, bueno, con un corazón más grande de lo que le gusta admitir.

Me quedo mirándolo, pensando en todas las cosas que no sabía, en cómo esta nueva pieza del rompecabezas cambia la perspectiva de todo lo que he vivido desde que conocí a Daniel.

—No puedo creer que nunca lo mencionaras —digo, todavía intentando procesar todo—. Quiero decir, entiendo que no quieras mezclar el trabajo y la familia, pero... esto es un poco extremo, ¿no?

Daniel se echa a reír, una risa tan maravillosa, sexy e increíble que siento un nudo en la garganta. Casi lloro de nuevo, malditas hormonas, pero ahora mismo tengo mejores cosas que hacer que llorar. Así que, sin pensarlo dos veces, me pongo de puntillas, tiro de él hacia dentro de mi casa y lo beso. Dios, qué bien se siente hacerlo al fin, qué bien besa, y cómo lo he echado de menos.

Él sigue mi ritmo, sus manos en mi cintura, como si no hubiera pasado ni un solo día desde la última vez. De repente, todo lo demás se desvanece: no hay revelaciones, no hay complicaciones, solo él y yo, y la química que siempre ha estado ahí, esperando para explotar.

—Haremos que funcione —murmura contra mis labios, su voz ronca y llena de una determinación que me hace temblar de pies a cabeza. Con una mano, deja caer su maleta al suelo, sin preocuparse de dónde cae, y luego se quita el abrigo y lo lanza despreocupadamente sobre el sofá, como si esta fuera su puñetera casa. Y, joder, me encanta la naturalidad con la que lo hace.

—Eso espero, porque siempre he querido ver la Gran Manzana en Navidad —le respondo con una sonrisa traviesa.

—¿Ah, sí? —pregunta, levantando una ceja mientras me mira con una mezcla de diversión y deseo—. ¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Bueno, mi hermana dijo que si estaba embarazada me ataría a un avión con destino a Nueva York, así que pensé en ahorrarle el trabajo —respondo con una carcajada, sabiendo lo ridículo que suena, pero también lo real que es.

Daniel se ríe de nuevo, esa risa que me desarma por completo, y se acerca más, su frente descansando contra la mía.

—No tienes que preocuparte por eso, Clau. Te llevaré yo misma, con o sin cuerdas —dice, su tono sarcástico mezclado con una sinceridad que me llega al alma.

—¿Y qué pasa si quiero quedarme aquí? —le provoco, alzando una ceja, aunque sé que la respuesta ya está escrita en mi corazón.

—Entonces me quedaré contigo, y juntos convertiremos Madrid en nuestra maldita Gran Manzana —responde sin dudar, como si fuera lo más sencillo del mundo.

Nos miramos un segundo más, y luego me besa de nuevo, con una intensidad que me hace olvidar cualquier duda que podría haber tenido. Porque, en este momento, sé que lo único que importa es que estamos juntos, y que, sin importar dónde estemos, lo haremos funcionar.

—Entonces, ¿empezamos a empacar para Nueva York o seguimos desempacando aquí? —le pregunto, con una sonrisa traviesa mientras sus manos recorren mi espalda.

—¿Por qué no hacemos las dos cosas? —responde, su voz llena de esa mezcla de humor y deseo que siempre me vuelve loca—. Primero, deshacemos la maleta aquí, y luego decidimos qué llevarnos a Nueva York. Total, tenemos toda la noche por delante.

—Toda la noche suena bien —murmuro, con nuestras risas llenando el espacio.

—A por ello, entonces —dice Daniel, con esa seguridad que siempre me ha desconcertado y atraído en igual medida—. A por este mundo de diferencias, a este caos perfecto que hemos

creado.

—A por ello —repito, mientras nuestros labios se encuentran de nuevo.

Mientras nos movemos hacia el sofá, con él tirando de mí como si no pudiera esperar ni un segundo más, una pequeña parte de mí se ríe de lo rápido que las cosas han cambiado. Pero la mayor parte está demasiado ocupada disfrutando de cada segundo, de cada beso, de cada promesa no dicha que compartimos en ese momento.

Porque, por fin, estamos exactamente donde deberíamos estar. Juntos.

El mundo puede seguir girando, con todas sus diferencias, pero nosotros lo haremos funcionar. Porque, al final, eso es lo que nos hace únicos, lo que nos hace nosotros. Y no hay nada en este mundo que quiera más que seguir compartiendo esas diferencias con él.

EPÍLOGO

La nieve cae suavemente sobre la ciudad, cubriendo todo con una capa blanca que parece sacada de una postal. Estoy en la casa de los abuelos de nuestra hija, Isabel, llamada así en honor a mi madre. Es una casa grande, imponente, de esas que parecen sacadas de una película, con techos altos, chimeneas crepitantes y decoraciones navideñas que harían palidecer a cualquier revista de diseño.

Mientras contemplo el árbol de Navidad, que es casi tan alto como la sala en la que estamos, no puedo evitar sonreír al recordar cómo me sentí cuando llegué aquí por primera vez. Un poco pequeña, tal vez, ante la grandeza de los Blake. La familia es... peculiar, sí, pero también me recibieron con una amabilidad inesperada. Casi habían dado a Daniel por perdido, como si pensarán que nunca encontraría a nadie capaz de seguirle el ritmo, de entenderlo. Y entonces llegué yo, con mi carácter explosivo y mi manera de volverlo loco, y eso, al parecer, fue algo bueno. Una familia un poco rara, sí, pero mi familia ahora también.

Desde el primer día, todo me pareció un choque cultural impresionante. Pero han sido encantadores a su manera, siempre asegurándose de que me sienta bienvenida. Aun así, no es fácil acostumbrarse a los coches caros, el servicio siempre disponible, el spa personal en la casa y todo ese lujo...

Hoy, Jake llega para celebrar la Navidad con nosotros. Se ha hecho cargo de la empresa en España, demostrando que, aunque sea un cabrón sarcástico, también es un genio en los negocios. Pero lo que más me emociona es que no viene solo; se trae a mi padre, a mi hermana Claudia y a David, el chico que, a pesar de su seriedad, ha logrado conquistar el corazón de mi hermana.

Estoy nerviosa, no voy a mentir. El choque cultural sigue siendo impresionante. Los padres de Daniel son encantadores, pero aún me cuesta acostumbrarme a este nuevo mundo de lujos y formalidades. Cada vez que veo a mi padre entrando en esta casa, siempre tengo el mismo pensamiento: «Esto no es real». Pero aquí estamos, celebrando la Navidad juntos, y eso lo hace real.

—¿Estás bien? —me pregunta Daniel, acercándose a mí con nuestra pequeña Isabel en brazos. La niña balbucea algo incomprensible, pero su sonrisa lo ilumina todo.

—Sí, solo estaba pensando en cómo han cambiado las cosas —respondo, tomando la taza que

me ofrece y sintiendo el calor reconfortante entre mis manos—. Hace un año estaba aterrada, sintiéndome fuera de lugar. Ahora... es como si todo encajara, a nuestra manera rara, pero encaja —le digo con una sonrisa—. Pero sigue siendo difícil de procesar que tengo un marido millonario y un suegro que probablemente podría comprarse un país si le apeteciera.

Daniel se sienta a mi lado, pasando un brazo alrededor de mis hombros y acercándose más a él sin soltar a la pequeña Isabel, que mira con adoración a su padre, y no la culpo.

—Siempre supe que lo harías, Clau. Eres demasiado testaruda para que algo te detenga —dice, con una sonrisa—. Y mira, ahora estamos aquí, con nuestra pequeña, esperando que Jake haga su entrada triunfal y critique todos los adornos de Navidad que puso mamá.

Suelto una carcajada, imaginando perfectamente la escena. Jake y su sarcasmo no se toman vacaciones, ni siquiera en Navidad.

Cuando Jake finalmente entra, con su sarcasmo habitual y esa sonrisa que siempre parece decir «sabía que todo saldría bien», me relajo un poco más. Nos abrazamos, y aunque me suelta alguna broma sobre lo bien que me he adaptado al «lado oscuro», sé que en el fondo está contento de verme feliz.

—Por cierto, tu padre está encantado —dice Jake, señalando hacia donde mi padre conversa animadamente con el padre de Daniel, en ese inglés cogido con pinzas que ha aprendido en un año—. Creo que ya ha hecho más amigos aquí que yo en toda mi vida.

—Eso no es muy difícil —le contesto, guiñándole un ojo.

Jake se ríe, dándome una palmada en la espalda antes de dirigirse a criticar, con su habitual humor mordaz, los adornos navideños que decoran la casa, después de saludar a Daniel brevemente y decirle a su sobrina que no crezca con los defectos de su padre.

Pero entonces entra Sofía, y mi mundo tiembla un poco. Ella ha seguido adelante sin mí, y eso me da la misma alegría que dolor. Es un sentimiento extraño, uno que no he terminado de procesar. La veo sonreír mientras David, el chico que ha sido su apoyo incondicional, la sigue de cerca. Están bien, son felices. Pero una parte de mí todavía lucha con la culpa, con el miedo de que, en algún momento, ella me haya necesitado y yo no estuve ahí.

—¡Clau! —exclama Sofía, con su tono siempre jovial, mientras Isabel se estira hacia ella con esos bracitos regordetes—. ¡Mira quién está aquí!

—¡La tía Sofía! —le digo a Isabel con una sonrisa, y la peque suelta un chillido de emoción que nos hace reír a las dos.

Sofía se inclina hacia Isabel, plantándole un beso en la mejilla antes de levantar la vista hacia

mí, su sonrisa radiante como siempre. Noto el brillo en sus ojos, ese que siempre está ahí cuando estamos juntas, un reflejo de todo lo que hemos pasado, pero también de lo mucho que nos queremos.

—¿Cómo está la peque? —pregunta Sofía, mirándome con esa mezcla de ternura y picardía que la caracteriza.

—Está bien, como siempre, dando guerra —respondo, devolviéndole la sonrisa mientras Isabel agarra un mechón de su cabello y se lo lleva a la boca—. ¿Y tú? ¿Cómo te va?

—¡Bien, mejor que nunca, en realidad! —responde, riéndose, y sé que lo dice en serio, lo que me llena de orgullo, pero también me da una pequeña punzada en el corazón, una que se disipa rápido cuando veo lo feliz que está—. David sigue haciéndome reír todos los días, y además... ¡me ha enseñado a cocinar algo que no se queme!

—¡No me digas! —le contesto, fingiendo asombro—. ¿De verdad? Bueno, eso es un milagro navideño.

Nos echamos a reír juntas, y en ese momento, cualquier rastro de distancia que haya sentido desaparece. Porque Sofía siempre ha sido así, un rayo de sol en medio de cualquier tormenta, y no importa lo que pase, siempre nos encontraremos riéndonos juntas, como siempre lo hemos hecho.

—Oye, Clau —me dice, con una sonrisa traviesa—, ¿te acuerdas de aquella Navidad en la que intentamos hacer galletas y terminamos quemando toda la bandeja? ¡Mamá estaba tan enfadada!

—¿Cómo olvidarlo? —respondo, riendo—. Casi se desmaya cuando vio el desastre que hicimos en la cocina. Y tú dijiste que era arte abstracto.

Sofía se ríe de nuevo, su risa es como un bálsamo para cualquier pena que haya sentido.

—Bueno, parece que ahora no solo hago arte abstracto en la cocina —dice, guiñándome un ojo—. A ver si un día te invito a cenar, pero esta vez sin incendios, te lo prometo.

—Estaré encantada, aunque no prometo no traer un extintor por si acaso —bromeo, dándole un pequeño empujón en el hombro.

Nos miramos, y en ese instante sé que, aunque nuestras vidas hayan tomado caminos diferentes, el lazo que nos une es más fuerte que cualquier distancia. No importa dónde estemos o lo que pase, siempre nos tendremos la una a la otra, riendo juntas, como siempre ha sido.

—Te quiero, Clau —me dice Sofía, de repente, con una sinceridad que me toca el alma.

—Y yo a ti, Sofi —le respondo, sintiendo cómo el amor por mi hermana se expande en mi

pecho.

Nos abrazamos, con Isabel atrapada entre nosotras, riendo y balbuceando, y en ese momento, todo está bien en el mundo. Porque, aunque la vida nos haya cambiado, seguimos siendo las mismas chicas que se hacen reír a carcajadas y se apoyan incondicionalmente. Y eso, por encima de todo, es lo que realmente importa.

—¡Mira cómo se ríe! —exclama Sofía, contagiándome con su alegría—. Es igualita a ti, Clau, con esas risas que llenan toda la habitación.

—Tiene razón —interviene Daniel, que se ha mantenido en un segundo plano, dejándonos este momento a nosotras—. Esa risa, esa energía... definitivamente las ha heredado de su madre.

Me giro para mirarlo, y en su rostro veo esa mezcla de orgullo y amor que siempre logra desarmarme. Daniel, siempre tan considerado, ha dejado que Sofía y yo tengamos nuestro momento, pero ahora que lo ha dicho, noto que él también forma parte de esto, de esta nueva familia que hemos construido juntos.

Sofía se ríe, dándole una palmadita en el brazo a Daniel.

—Claro, tenía que salir a Clau. Porque si salía a ti, Daniel, habría sido un bebé muy serio —bromea, guiñándole un ojo.

—Lo compensa con mucha intensidad —le aseguro.

Sofía abre los ojos exageradamente y se lleva una mano a la frente en un gesto dramático.

—¡Ay, madre! ¿Eso significa que me vais a convertir en tía de una tropa de sobrinos?

Daniel, sin pensarlo demasiado, responde:

—Bueno, ya sabes lo que dicen... Más vale pájaro en mano que cerdo volando.

El silencio que sigue es tan espeso que casi puedo cortarlo con un cuchillo. Sofía me mira, yo miro a Sofía, y luego las dos estallamos en carcajadas, tan fuertes que me duele el estómago. Daniel nos observa, completamente perplejo, sin entender por qué nos reímos tanto.

—¿Qué he dicho? —pregunta, confuso.

Sofía, con lágrimas de risa en los ojos, apenas puede hablar.

—Yo intento contenerme, pero es imposible. Estoy casi doblada de la risa.

—Es «más vale pájaro en mano que ciento volando» —le aclaro, todavía riendo—. Pero tu versión es... madre mía, es única, Daniel.

—Y decías que era aburrido cuando me conociste —dice Daniel, con una sonrisa satisfecha,

mientras me mira.

—¡Qué equivocada estaba! —le respondo, limpiándome las lágrimas de risa.

Nos quedamos en silencio por un momento, disfrutando de la paz que trae este caos familiar. El árbol de Navidad brilla suavemente en la esquina de la sala, y la nieve sigue cayendo fuera, completando la escena perfecta. Es un momento que nunca imaginé vivir, rodeada de personas que amo, en una ciudad que una vez me pareció inalcanzable.

Daniel me rodea con su brazo y se inclina para besarme la sien, mientras Isabel juega con uno de sus juguetes en el suelo.

—No cambiaría esto por nada —susurra Daniel, y puedo sentir la sinceridad en su voz.

—Ni yo —le respondo, apoyando la cabeza en su hombro.

Porque en este mundo de diferencias, hemos encontrado nuestra felicidad. Y es perfecta, tal como es.

Fin

¡Hey! Si has llegado hasta aquí, no te vayas sin dejar tu huella.

Tu opinión u valoración es como el último capítulo de esta historia: ¡imprescindible!

¿Nos vemos en las reseñas? Dale a este QR



AGRADECIMIENTOS

¡Y llegaste hasta aquí! Si estás leyendo esto, significa que has aguantado todas mis idas y venidas, los dramas (que no son pocos), los personajes que a veces te daban ganas de sacudir y, claro, los momentos en los que probablemente querías tirar el libro por la ventana... Pero no lo hiciste. Y por eso, te doy las gracias.

Gracias a ti, lectora incansable, que has invertido tu tiempo, tus emociones y hasta probablemente alguna que otra noche de insomnio en esta historia. Espero que hayas disfrutado, llorado, reído (y si alguna vez quisiste golpearme a mí, también se vale). ¡Enhorabuena por sobrevivir al viaje hasta el final!

Esto no habría tenido sentido sin ti, porque, aunque yo pongo las palabras, eres tú la que les da vida. Si te ha gustado, entonces todo este esfuerzo, café derramado sobre el teclado y alguna que otra crisis existencial frente al cursor en blanco han valido la pena.

Y si no... bueno, al menos lo intenté, ¿no?

De verdad, gracias por hacerme compañía en este caos controlado. Ojalá esta historia haya sido tan especial para ti como lo ha sido para mí escribirla. ¡Nos vemos en la próxima, porque esto no acaba aquí!

Con cariño,

Ariana

No te olvides seguirme en mi página de Amazon si quieres enterarte de las próximas publicaciones, ofertas o promociones, puedes hacerlo desde este QR y dándole al botón de seguir bajo mi nombre:

